

Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

# Abalorios

## *Cuentos*

Carlos Eduardo Carranza

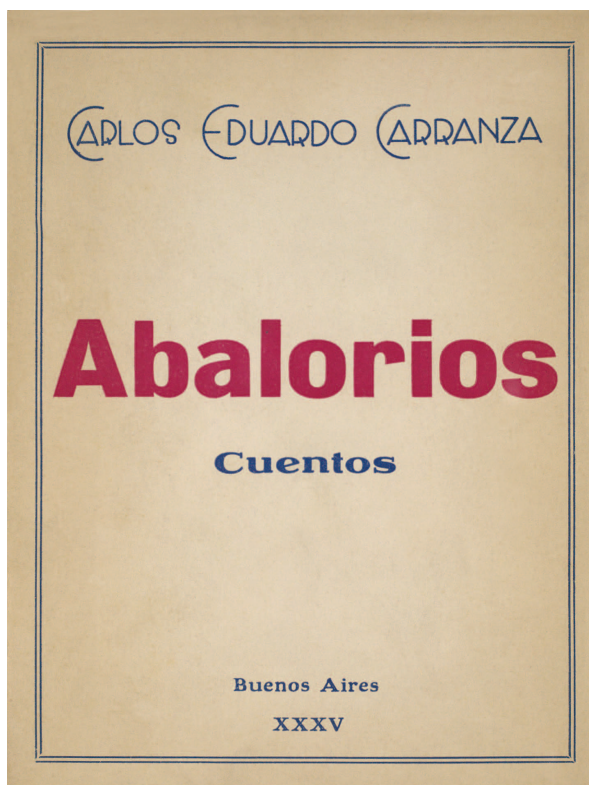




La historia del narrador **Carlos Eduardo Carranza (1881-1935)** guarda la forma de un mito. Nació en Casilda, vivió un tiempo en Rosario y finalmente recaló en la ciudad de Santa Fe. Allí, además de su trabajo como periodista, formó una legendaria dupla junto a Mateo Booz en la década de 1920. Escribieron a cuatro manos *El salvador de la estirpe*, una novela por entregas para el diario *La Nación*. Y también teatro: *Don Osorio*, una de aquellas obras, llegó a estrenarse en Santa Fe bajo la dirección de Armando Discépolo.

La carrera literaria de Carranza, sin embargo, se vio truncada con su prematura muerte en 1935. Ese mismo año había dado a conocer su primer libro en solitario, *Abalorios*. En ocasión de su homenaje, Mateo Booz confesó: «Debo decir también algo que pocos saben: Carranza era poeta, un gran poeta. Tenía el don de la imagen fulgurante y original y el secreto del número y el ritmo. Era implacable crítico de sí mismo, destruía o guardaba recatadamente esas composiciones».

Con el correr del tiempo, no sólo su poesía sino también la figura entera de Carranza terminaría sufriendo el olvido. Su libro, *Abalorios*, se volvió inhallable incluso en las bibliotecas públicas. Nunca, hasta hoy, pudieron volver a leerse esos relatos en los que Carranza desplegó sus personajes y esas atentas observaciones de los diferentes ámbitos santafesinos, desde los pueblos del centro de la provincia o la propia capital, hasta los montes del norte. *Abalorios* es el testimonio de su lugar como precursor de la narrativa santafesina, junto a Mateo Booz y Alcides Greca.



La presente edición electrónica de *Abalorios (Cuentos)* se basa en la primera edición del libro, publicado en Buenos Aires por Librería y Casa Editora de Jesús Menéndez, en 1935. La caricatura del autor y el ex libris del original fueron realizados por Gervasoni.

A los fines de optimizar la fluidez de lectura, se decidió modernizar la acentuación ya en desuso de ciertos monosílabos y normalizarla allí donde aparece de forma irregular. Mientras que la puntuación, incluso en los casos más caprichosos y arbitrarios, se respetó siguiendo el original. Por último, se corrigieron las erratas evidentes.



Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

# Abalorios

## *Cuentos*

Carlos Eduardo Carranza

## HABLA EL AUTOR

«Es una gran ventaja no haber hecho nunca nada, pero no hay que abusar de ella», dice Oscar Wilde refiriéndose a aquellos que, en el campo de las letras, si no logran realizar, pueden intentar algo. Salgamos pues de este estado de perfección que es la pereza, según el mismo escritor, para sumarnos a la nutrida caravana de los que trotan en busca de editores. Yo he hallado el mío y en sus manos deposito el fruto de mis fáciles recreos espirituales: una colección de cosas livianas e intrascendentes que corresponden a un género literario por el cual siento verdadera simpatía, aunque el género no haya tenido que agradecerme nada hasta ahora. Las he reunido bajo un título que, acaso, suscite la sospecha de una intención agresiva para quienes las lean, si a poco de hacerlo recuerdan que con abalorios catequizaban al indígena los conquistadores; pero me deja tranquilo el buen discernimiento de mis coetáneos que no han de dar por las cuentecillas de vidrio de mis relatos más de lo que ellas valen, sin promoverme juicio de jactancia.

Estoy absolutamente convencido de algo que es importante para los que quieren lanzarse sin miedo a la publicidad, a saber: que los escritores elegantes, sutiles y de pensamiento meduloso son los que menos lectores reclutan. Tal vez por ello Stendhal se conformaba con cinco docenas y Meredith, satisfecho de producir «for an acute and honourable minority» —dice uno de sus comentaristas— resultaba pedante sin serlo. La verdad es que, con raras excepciones justificadas por lo extraordinario de los valores, los malos escritores alcanzan una difusión a la que no podrían nunca aspirar los buenos. ¿Por qué? Parece que Nietzsche lo explica satisfactoriamente cuando sostiene que esos malos escritores son más necesarios que los galanos e ingeniosos ya que responden al gusto de las clases sin cultivo que constituyen abrumadoras mayorías.

Para mí hay tres clases de protectores del libro. La que lo adquiere con destino al simple ornato de la casa y no halla otro placer que el vanidoso de exhibirlo. Con un sujeto que muestra una respetable cantidad de volúmenes alineados en artísticos anaqueles, el juicio público o cuando menos la opinión de su barrio resulta siempre favorable. No importa que no los haya hojeado siquiera, ni tenga la más remota noticia de los autores. Los libros dan prestigio intelectual a

quienes los compran y de estos puede formularse el diagnóstico que el doctor Bloomfield Bonington hace en la pieza de Bernard Shaw de aquellos que acusan dignidad sin base alguna: buena familia.

La segunda clase la forman gentes que solicitan libros serios con el honrado propósito de leerlos, los leen pero como carecen de conocimientos especiales para dominar las cuestiones abstrusas que plantean y proponen, no los entienden. Las editoriales ganan con esta clientela todo lo que pierden los autores mal interpretados como consecuencia de la espantosa dispepsia bibliográfica que sobreviene a sus admiradores, metidos luego a publicistas. Estos publicistas, tan dañinos en los cultivos literarios como en el campo vegetal el abrojo grande y el sorgo de Alepo que tomando partido en los movimientos políticos o sociales, lo embarullan y complican todo, me recuerdan una lección de Eugenio d'Ors.

Cuando Xenius estuvo hace algunos años en Santa Fe, yo que había necesitado leer varias veces Oceanografía del Tedio para penetrar algo de su profundo sentido le dije, impertinentemente:

—Anoche ha sido Vd. aplaudido de manera rabiosa. Permítame que le pregunte cuántas personas de las que asistieron a su conferencia filosófica pueden haberlo entendido.

—Todas —contestó el gran hombre—, porque las que no me entendieron han puesto muy buena voluntad en escucharme.

En la tercera división agrupo a los lectores inteligentes de todas las inclinaciones que se dirigen seguros hacia el género que les agrada, lo perciben y le extraen un provecho ajustado a su capacidad intelectual o emotiva. Leyendo, unos se ilustran, otros gozan placeres estéticos y los demás rien sencillamente, sin cuidarse del valor efectivo que provocan sus explosiones de buen humor. Bien puede originarlas una tontería como una ocurrencia genial.

Como se ve, existe mercado literario extenso para todas las maneras de producir, pero cuando recuerdo la sentencia del filósofo alemán, declaro que está lejos de mi espíritu refugiarme en ella o convertirla en una divisa para introducir el dumping en el comercio del libro. Sería, por otra parte, demasiada pretensión esperar que me lean todas las personas de mal gusto. Confío en que lo harán algunas y esa es mi esperanza.

Al reunir los materiales para este volumen —el primero que doy a la estampa—, tuve la intención de que lo prologara algún escritor amigo, pero me arrepentí en seguida, pensando en el descrédito que ha caído la costumbre. Un prologuista, forzosamente camarada, diría que poseo cualidades de escritor profesional; que en un medio más evolucionado podría vivir dignamente de mi pluma, sin necesidad de redactar providencias administrativas desde un despacho ministerial; que la bizarría, vibración y movimiento de mi estilo valorizan los temas que escojo, y que, en fin, logro resultados certeros para la emoción y también para el humorismo de trazos fuertes. Preferiría mil veces decir tales

exageraciones por mi cuenta antes de comprometer la formalidad de un escritor amigo permitiendo que salgan de su boca.

No sé cuál será la opinión de la crítica sobre este libro, pero me tiene sin cuidado. Acaso un poco de silencio baste para hacerle justicia, pero si no es así, me anticipo a las objeciones probables. De Abalorios puede decirse que es un mosaico de piezas que no ensamblan por falta de unidad. A la pintura a brocha gorda de costumbres rurales, siguen episodios de la vida urbana animados por tipos que el autor deforma, tal vez intencionalmente, procurando efectos sobre la sensibilidad grosera del lector que no lograría con recursos más afinados. El estilo que a ratos se eleva en una desesperada intención de casticismo desmaya apenas el cuentista sufre la extenuación del titánico esfuerzo que, evidentemente, ha realizado para mantener el tono, y degenera en una estólida construcción cuyo equilibrio salva a duras penas una especie de instinto que tal vez sea en él un sentido auxiliar. No se diría sino que este hombre estuviera atacado de una sordera absoluta y que así como no puede controlar el registro de su voz sufre mientras escribe un desconcierto mental como percusión del desbarajuste fónico. Podría, a pesar de todo, resultar interesante si no abusara de recursos que el buen gusto ordena dejar sin empleo. Y así por ejemplo, en el cuento «La vuelta de don Rodrigo», pieza de un humorismo impío y truculento, nadie pensará que era necesario al autor caer en un detallismo hasta cierto punto revulsivo, para alcanzar su propósito. Verdad es que Eduardo Wilde dio en la prosa filosófica una muestra macabra de necrofilia, pero Wilde era Wilde y además un escritor de enjundia.

Todo esto y algo más puede decir la crítica contando, desde luego, con mi aprobación, pero repito, ello me tiene sin cuidado. El éxito como el fracaso no son sino meros accidentes en la vida del hombre y esta es demasiado breve para que la llenemos con una disputa sobre lo que valemos o no valemos. Cada escritor vale en la medida que el público lo aprecia y no en la medida que la técnica literaria y el buen gusto quieren que sea apreciado; y, con las excepciones fenoménicas de rigor, todos desaparecen sin dejar rastros.

Hay literatos que pulen el estilo producen páginas académicas y no interesan. Hay adocenados y cacofónicos pendolistas que viven de rentas con solo explotar las debilidades enfermizas del público. Aquellos sueñan con la gloria efímera girada al menguado proceso de una generación. Estos desprecian el laurel simbólico y únicamente lo apetecen boyando en la salsa de un estofado.

Yo, sin veleidades de ninguna clase, digo con Pío Baroja: «Para mí el mundo se acaba cuando me duermo, y más se acabará cuando me muera». Si el lector no simpatiza con mi obra porque la encuentra floja, desmadejada, vulgar y sin interés, musitaré en mi caída la inefable lamentación de Don Quijote:

«No por culpa mía sino de mi caballo estoy aquí tendido».

C. E. C.



## EL ÁNGEL CUSTODIO

### PROEMIO

La decadencia social de los Trujillo es un hecho muy anterior, en la cronología de Santa Fe, a la aparición de los primeros tranvías a sangre. Con todo, el apellido conserva, para ciertas memorias fieles a los acontecimientos del pretérito, la sonoridad de sus horas de apogeo brillante. La oral tradición está de acuerdo en que los Trujillo provenían de una rancia aristocracia española cuyo origen se remontaba al período de las zaragatas entre los partidarios de Isabel y doña Juana la Beltraneja.

Todo el mundo sabe que cuando Don Juan II concedió al alcázar de Trujillo, ayuntamiento de Cáceres, la dignidad de plaza fuerte y Villa coronada, otorgó al mismo tiempo que los hidalgos allí nacidos podían trocar su patronímico y sus armas por el nombre y escudo de aquel famoso lugar, en premio de cualquier proeza que realizaran por los fueros de Castilla y León. No fueron pocos los que renunciaron a tal merced, buscando en otros campos lustre más pingüe para sus blasones. Don Francisco Pizarro, el conquistador del Perú, halló la menguada para su apetito de gloria. Tampoco quiso medrar con ella don Diego García de Paredes, aquel Hércules guerrero que deshacía a puñetes cabezas de soldados italianos como si fueran de alfeñique.

Pensaron de otra manera los Quincoces, fijodalgos de la Miajada. Estos, después de luchar contra el marqués de Villena y contribuir a su derrota, se acogieron al privilegio. Y así fue como don Mendo de Quincoces levantó el primer señorío de Trujillo sobre la célebre colina por cuyas faldas corre, sonando hace siglos, el cantar vetusto:

«Si fueres a Trujillo  
Por donde entrases  
Hallarás una legua  
De berrocales».

Está bien establecido que el primer Quincoces de Trujillo vino con don Juan de Garay de quien fue espolique, y que, siendo más tarde su asistente de campo, escapó por raro suceso de la carnicería de los minuanes donde el intrépido vizcaíno perdió la vida.

Desde entonces, hasta que empieza a actuar en Santa Fe de la Vera Cruz don Saturio, el personaje de este verídico relato, que ya no usa para nada el apelativo oriundo y firma a secas Trujillo, sin partícula, hay una laguna inmensa en la genealogía de tan ilustre prosapia. No osaremos nosotros guachapear en sus aguas, por más limpias que sean, ya que la historia no fue nunca disciplina propia de quienes cultivan el romance llano y somero.

Lo que interesa es recordar la prosperidad de esta familia distinguida antes de que el lector llegue a verla castigada por una dura malparanza, como si el destino decidiera, caprichosamente, el tumbo de las vidas más nobles en un cochitehervite.

A don Saturio Trujillo se le consideraba hace cuarenta años, uno de los hacendados más ricos de Santa Fe y su enlace con Belén Saráchaga, fue, al decir del viejo diario Nueva Época cuyos recortes tenemos a la vista, el acontecimiento mundano más resonante de aquellas calendas. Se aliaban dos ilustres familias con raíces muy hondas en la era colonial, porque los Saráchaga tenían bastante que hacer con los nobles lugartenientes que acompañaron a los adelantados Ortiz de Zárate e Irala.

Dos años después, don Saturio Trujillo, envuelto en un litigio ruinoso, perdió toda su fortuna y su hogar dejó de ser, naturalmente, el sitio de reunión de las gentes selectas. El suceso de los Quincoces jamás había previsto esa cruel alternativa de su existencia. Empezó a postular en busca de empleos sin hallar ninguna sinicura que correspondiera a sus aptitudes. Entonces, atacado por el achaque que inmortalizó al famoso hidalgo de la Mancha, entregose a la lectura. Mas no eran los libros de caballería los que pasaban bajo sus pupilas de presbíta sino manuales y cartillas prácticas que introducíanle al dominio de las ciencias y las artes mecánicas.

El mancebo de la alfajorería «Merengo», Policarpo Samaniego, solía contemplarlo a don Saturio, sentado ante el velador del fondo del negocio, con uno de esos libracos bajo los ojos mientras burbujeaba la gaseosa en el vaso olvidado, y sentía cierto respeto por el hombre. Ese respeto le obligaba a no formular observación alguna cada vez que el señor Trujillo se marchaba sin pagar el consumo, cosa que acaecía con bastante frecuencia. Y el señor Trujillo también simpatizaba con el mozalbete en cuyas posaderas puso alguna vez, como respuesta a excesivos atrevimientos, la puntera de sus botines enterizos.

Lo que nunca sospechó el heredero de los Quincoces de la Miajada es que aquel galleguito llegaría a ser un miembro de su familia. De manera que, cuando años después su mujer le refirió una noche que Policarpo Samaniego aspira-

ba a la mano de su hermanita Carola Trujillo, y había presentado una solemne petición, don Saturio por poco sufre un soponcio.

—Es un joven de porvenir —arguyó doña Belén—. Tiene sus ahorros y va a explotar una confitería por su cuenta.

Don Saturio, en la reacción de su sorpresa, no supo qué decir. Hizo un gesto de resignación fatalista y se fue al escritorio. Allí tiró una gaveta del pupitre y extrajo un lienzo polvoriento desenvolviéndolo.

Era el escudo de armas de los Quincoces de Trujillo con la imagen de la Virgen del Triunfo, manto de mariposa, corona, esto y un crío regordete en el brazo izquierdo: el Niño.

## CAPÍTULO 1

*En donde se le malogra a don Trujillo una fórmula científica y se tienen las primeras noticias de doña Deogracias de Pesqueira, dama que juega un rol importante en esta melancólica historia.*

Desde que perdiera su empleo en la Administración del Puerto de Santa Fe, don Saturio Trujillo se dedicaba a los inventos. Primero construyó una ratonera destinada a ejecutar roedores por partida triple. Tratábase de un ingenioso artilugio que no exigía colocar sobre su plataforma o báscula supliciatoria ninguna substancia laticínea u otro cebo, ya que bastaría verter una gota de cierta droga con tufillo específico, muy parecido al de la merluza en escabeche, para atraer a los voraces enemigos de la despensa.

Desgraciadamente, la falla de un insignificante resorte hizo que fracasara el artefacto cuando ya andaban despertando una intensa expectativa los primeros ejemplares lanzados a la plaza comercial.

Mas no era don Saturio hombre de aquel jaez a quienes humilla el refrán: «a la noche, chichirinoche, y a la mañana, chichirinada». Era la constancia su virtud cardinal, y los contratiempos, lejos de arredrarlo, servíanle de acicate. Se tenía fe, a pesar de sus sesenta años cumplidos y las molestias de un lumbago rebelde que, periódicamente, le doblaba la notomía. Ahora, olvidado ya el percance, estaba empeñado en la elaboración de una tinta indeleble que tendría la duración y fijeza de una escritura egipcia; y aquella mañana, sentado ante una mesa atiborrada de trebejos raros, revolvía con una varilla de cristal en una probeta un líquido oscuro.

De pronto sonó en la habitación contigua un instrumento de viento que puso en conmoción toda la casa.

—¡Edisón! ¡Muchacho del demonio, deja de soplar el corno! —gritó don Saturio encolerizado.

Cesó el ruido y Edison, el menor de los hijos don Saturio, músico de la banda policial, apareció en mangas de camisa, despeinado y con los tiradores del pantalón caídos sobre los muslos.

—Iba a ensayar sin saber que estaba aquí, Vd. papá.

—¡Negras se las hubiera visto Franklin en esta casa para inventar el pararrayos! —exclamó el señor Trujillo. Después, más serenado, añadió—: ¿Es que mis ocupaciones no tienen importancia, caramba?... ¡Se juega el porvenir de la familia!

Edisón prometió no tocar más y salió. Era aquel buen muchacho, por el momento, el único sostén efectivo de la familia, pues con Sócrates que cursaba derecho, no solo no se podía contar para nada, sino que había que costearle los estudios y vestirlo. Pero Sócrates era el orgullo y la esperanza de la familia. De las tres niñas casaderas noviaban Cleopatra y Desdémona. Macbeth, la mayor, muy hacendosa, se ingeniaba para aportar recursos al hogar con algunos trabajitos de aguja.

La debilidad de don Saturio había consistido en dar a sus hijos nombres de sabios y heroínas, y para sus futuros nietos reservaba una selección de patrimonios históricos: Epaminondas, Artajerjes, Lisistrata, Newton, Fredegunda, Chilperico...

El señor Trujillo tomó la probeta de la mesa y expidió un grito:

—¡Úrsula!

—¿Qué manda, don Saturio? —preguntó la desarrapada fámula que acudió restregándose los ojos.

—Llená este aparato con el agua del filtro y revolvé bien con la varilla hasta que no quede borra en el fondo... Y en seguida me lo traés.

Salió la sirvienta con la probeta y el inventor empezó a pasearse por la habitación que era una sala grande con mobiliario sin estilo ni armonía donde algunas piezas de lujo presuntuosas y averiadas alternaban con otras de lastimosa mezquindad, dando la sensación de la decadencia de sus dueños. Allí se reunían y recibían visitas los Trujillo.

Don Saturio, enfundado en un grueso paletó, con zapatillas de prunela y una bufanda de lana enrollada al cuello, no tenía aire alguno de inventor. Semejaba más bien, con sus gafas de metal blanco y sus cachetes redondos de un rojo plomizo, cuidadosamente rasurados, uno de esos viejos burócratas que se lo pasan cosiendo expedientes en los subsuelos de los Tribunales.

Al rato llegó la sirvienta, haciendo vacilar en sus manos el chisme de laboratorio.

—¡Esta porquería no se derrite, don Saturio!

—¡Porquería! Más respeto, guasa... he, he, que se derrama... tenela derecha... vas a ensuciar el piso... ¡Animal!

Úrsula, aturdida por los gritos del amo, dejó caer el recipiente que se estrelló

en el suelo, y huyó lanzando un alarido como si le hubieran asestado un cachete. El líquido al derramarse dibujó en el piso un archipiélago, alcanzando los salpicones los bajos del pantalón y las babuchas del sabio.

—¡Baguala! ¡Manos de lana! —estriduló don Saturio, amagándole un tardío puntapié.

Doña Belén de Trujillo, alarmada, asomó de peinador en la puerta de la alcoba.

—¿Qué hay, Saturio?

Don Saturio mostró el charco de anilina.

—¡Qué va a haber! Una fórmula perdida... Estoy trabajando como burro desde que Dios amanece y esa infeliz de Úrsula me vuelca la probeta.

Doña Belén movió la cabeza.

—Ah, vos siempre matraqueando con tus inventos, en vez de buscarte una colocación... Ya estamos viendo lo último de la miseria en esta casa...

—Pero, mujer sin fe, la fortuna no anda en aeroplano... No podés ni siquiera sospechar lo que es esta tinta que estoy preparando... Cuando el público conozca sus condiciones...

—Sí, sí, para entonces ya nos habremos muerto de hambre.

—Nadaremos en plata. Pero es inútil querer convencerte... Yo debí casarme con Madame Curie... ¡Qué hacerle!... No todos los inventores tienen suerte... La mujer del sabio Berthelot se murió de pena el mismo día que falleció el marido...

Doña Belén fastidiada le cortó el discurso.

—No hay con qué parar la olla y te ponés a hacer chistes.

—¿Y qué querés que haga, Belén?

—Moverte, gestionar algo, salir de esta situación de algún modo...

—Es lo que estoy haciendo, sin resultados. En todas las oficinas donde me presento, lo primero que veo son unos cartelones que dicen: «no hay vacantes». ¿Comprendés? También recorro los diarios y... nada que me convenga. Sin embargo esta mañana vi un aviso muy interesante...

Don Saturio tomó de la mesa un periódico y leyó:

—«Se desea un hombre serio, con instrucción, no mal parecido y de experiencia...»

—Eso es, eso es lo que te conviene. Salí volando...

—«...para casarse con una viuda» —acabó de leer don Saturio en medio de una risotada.

Doña Belén de Trujillo se fue batiendo la puerta con tal violencia que hizo desprender del marco un pedazo de revoque.

Pero las desavenencias en el matrimonio eran cosas pasajeras. Fuertemente unidas en el bienestar como en las horas de adversidad, esas dos almas buenas se amaban, ofreciendo un ejemplo de armonía conyugal. Don Saturio tomaba en serio sus inventos y cifraba en ellos la felicidad de todos los Trujillo. Doña Belén veía naufragar, una tras otra, las especulaciones científicas de su consorte,

sin amargarlo con burlas ni reproches. Tal vez todo fuera mala suerte porque su Saturio había leído todos los manuales Calpe y solía pasarse horas enteras en el taller de vulcanización de Joaquín Juan, con la nariz metida en un robinete o el ojo clavado en el parche de una cubierta. Solo cuando volaban los últimos ochavos del sueldo de Edison, ella perdía su habitual dulzura de carácter y el dominio de sus nervios.

A la hora del incidente volvió muy emperejilada y sin la menor señal de irritación. Hasta parecía alegre. Don Saturio, encorvado sobre la mesa, mezclaba en un cucurucho unos polvos parduzcos para reconstruir la fórmula malograda.

—Basta de trabajo, querido—dijo doña Belén, echándole por la espalda los brazos al cuello. Hoy es nuestro aniversario.

El señor Trujillo alzó las gafas, aplastando los espejuelos sobre la frente.

—Ah, es cierto. ¡Treinta años de casados! Y en qué situación nos encuentra este acontecimiento, caramba...

—No te aflijas. Dios aprieta pero no ahoga... Vamos a festejarlo con ayuda de la Providencia. He recibido dos visitas. Vino Carola...

—¿Mi hermanita? Uff...

—Iba de paso, no quiso entrar, te dejó saludos...

—Que no le agradezco. Estará mal decirlo, pero no la aguanto a doña Carolina Trujillo de Samaniego con esas ínfulas de protección cuando a nadie protege. Y todo por haberse casado con un fabricante de caramelos... Samaniego —Dios me perdone— fue para la infancia con sus famosos pescaditos de goma un enemigo más temible que el crup... ¿Y quién más vino?

—Doña Deogracias.

—¿La masajista Pesqueira? La aprecio más y desde que me dio aquellas sobadas a las caderas le estoy muy agradecido. Lo bien que me hicieron...

—Es un alma de Dios y le ha dado por protegernos y querernos. Figurate... apenas supo, no sé por quién, que hoy cumplíamos seis lustros de casados, corrió al Mercado Central y ha traído en un canastón más de lo necesario para un banquete: legumbres frescas, pejerrey, fiambres, dulces, conservas, fruta y hasta un alfajor. Debe haberse gastado la pobre unos cincuenta pesos, por lo menos...

Del interior de la casa llegaban los ecos de un alegre parloteo de mujeres, quebrado por gritos y carcajadas. Momentos después hicieron irrupción en encantadores deshábilles las señoritas Trujillo: Desdémona con un colosal mazo de apio blanco debajo del brazo y una ristra de salchichas en el cuello, a modo de collar; Cleopatra portando en una bandeja un majestuoso budín historiado al azúcar; Macbeth con un racimo de uvas moscatel sobre la rubia cabecita y una botella de sidra en la diestra.

—¡Ay, qué locas, qué locas!—comentó sofocada por la risa doña Belén.

Las tres gracias realizaron unas cómicas reverencias ante sus papás y se marcharon cantando. Don Saturio dejó los polvillos de su fórmula tintórea y

exclamó jovialmente:

—¡Vaya, tendremos que llamarla a doña Deogracias de Pesqueira, nuestro ángel custodio!

## CAPÍTULO II

*En el que se habla de la absoluta falta de cordialidad con que D. Policarpo Samaniego miraba a los Trujillo y de las humillaciones que padecía su mujer viendo a su sobrino Edisón tocar el corno.*

El matrimonio Samaniego, rico y estéril, no era por ninguno de los poros permeable a los sentimientos de familia. Don Policarpo, devenido opulento tras largos años de asistir al manipuleo de las policromas pastas almibaradas en las mesas y tornos de su fábrica de caramelos, juzgaba con una acritud excesiva a los parientes de su mujer. Los Trujillo con toda la gloria de sus pergaminos nobiliarios eran para él unos haraganes, unos poltrones que todo el año se lo pasaban al socaire. ¡Unos dejados de la mano de Dios!

Samaniego capeaba en el absoluto retiro de los negocios los temporales de una diabetes progresiva a la que ya había sacrificado dos fragmentos de su recio organismo: primero el pie izquierdo y luego toda la pierna del mismo flanco.

Don Saturio, en respuesta al menosprecio con que el ex mancebo de la alfajorería «Merengo» hacía mención de sus inventos frustráneos, componía chistes un tanto crueles a expensas de don Policarpo.

—Es demasiado rico el gallego para darse el lujo de que lo entierren por secciones —decía.

En su concepto los cirujanos solo por espíritu de avilantez profesional no habían empezado el programa de ablaciones por la cabeza del confitero, siendo que allí estaba el secreto de su definitivo bienestar.

A doña Carola no le hacían ninguna gracia las chirigotas de su hermano. Ella quería bien a los Trujillo, hubiera deseado mantener con todos la más afectuosa convivencia y ayudarlos en la manera de lo posible. Pero cuán distintas eran, desgraciadamente, las esferas sociales en que las respectivas familias alternaban. Y después de esto, todo era ensayar un intento mínimo de protección a los de su sangre para que el marido montara en cólera incoercible. Ni un cinquiño saldría de su caja de caudales para fomentar el ocio de aquellos bigardos.

Samaniego no admitía ni como hecho milagroso la resurrección de sus parientes. Dábalos, social y económicamente, por muertos. En cambio, doña Carola, acariciaba la esperanza de ver resurgir a los de su casta, concediéndole a Sócrates la virtud de un verdadero agente redentor. Porque ese muchacho, atildado, fino y de maneras delicadas, era una promesa halagüeña, y ella se sentía

realmente dichosa cuando el nombre de su sobrino sonaba en la crónica de los mítines universitarios o en cualquier suceso mundano.

A la inversa, no pocos bochornos sufría la pacata señora a causa del maldecido oficio de Edisón Trujillo, nacido según su nombre de pila lo insinuaba, para descollar en cualquier actividad intelectual, y entregado ahora a la infame ocupación de soplar en un corno. Cuántas veces, humillada ante el espectáculo que ofrecía el hijo de su hermano —un Trujillo Saráchaga— sudando con los carrillos inflados frente al atril de la partitura, habíase visto ella obligada a huir de las retretas de la Plaza Mayo, llena de indignación.

Samaniego a quien refería tales incidencias la exacerbaba con sus comentarios filosóficos.

—Y, qué mujer... ¿No es el pobre Edisón, al fin y al cabo, el mejor de los Trujillo? Por lo menos, el infeliz trabaja, mientras que los otros...

—Nadie diría que es hermano de Sócrates. Son tan distintos...

—Quita allá con tu bendito Sócrates. Es un mequetrefe petulante que si llega a doctor será para convertirse en uno de los tantos pelmas que andan por ahí provocando el pitorreo de las gentes con sus pringosas melenas y ridículos chambergos.

—Sos injusto, Policarpo, debiéramos ayudarlo.

—¿Ayudarlo? Cualquiera día...

El confitero Samaniego, que nunca había hecho favores a nadie, pensaba, sin embargo, que no lo enterrarían con sus talegas y acariciaba una idea: prolongarse en la figura de un rapaciño de su apellido que allá en la aldea natal dejara cuidando cabras a la sombra de los oteros.

### CAPÍTULO III

*De las desazones que trajo a la ciudad la tinta indeleble de don Saturio y de cómo la viuda de Pesqueira desprendióse de una obra de arte muy estimada.*

La tinta indeleble de don Saturio dio lugar a un ruidoso escándalo en Santa Fe. Los comerciantes que de buena fe la habían adquirido empezaron a recibir quejas de sus clientes. De la agüita teñida del señor Trujillo no quedaba, a los pocos días de graficar con ella, ni vestigios de su paso por el papel. Un gerente de banco dio el grito de alarma. Al abrir la cartera del establecimiento con el objeto de proceder al redescuento de unas letras, se encontró con que muchos pagarés escritos y firmados con la cacareada anilina estaban en blanco, sin que fuera posible descubrir ni con la ayuda de una lupa de gran potencia el lugar donde habían sido estampadas las rúbricas.

El periodista Enrique Rebollo, novio de Cleopatra, que por afecto a su futuro



suegro le hiciera una propaganda desorbitada al producto, casi pierde el empleo. No lo despidió la empresa porque estimaba en mucho sus servicios, pero el joven tuvo una explicación agria con el inventor a raíz de la cual hacía dos meses que no aportaba por la casa. Cleopatra, con los ojos enrojecidos de tanto llorar, inquietaba a la familia que daba por roto el noviazgo.

—Esto es lo que sacamos con tus inventos, Saturio—plañía la madre.

Así pues, fue una gratísima sorpresa para todos ver entrar ese domingo, en la sala de recibo, a la masajista de Pesqueira llevando de una mano a Enrique Rebollo, un poco pálido y con la novedad de un trapecito piloso, estilo Chaplin, bajo la nariz.

La reconciliación dio lugar a una escena patética. La emoción era general. Cleopatra abrazó a doña Deogracias.

—Chocá, sos todo un hombre, Rebollo —le dijo Aurelio Carbajo novio de Desdémona, al periodista, tendiéndole la mano.

—Para festejar la paz quiero hacerles un obsequio —anunció el ángel custodio.

—No se ponga en molestias, doña Deogracias —observó la señora de Trujillo.

—Nada, nada, hace tiempo que lo tengo bien pensado, y este es el momento oportuno. Voy y vengo.

Y salió a prisa.

Don Saturio dejó de palmear a su futuro yerno y quitándose a Cleopatra, lo hizo sentar a su lado, en un desvencijado canapé.

—Como Vd. comprenderá, joven, el percance proviene...

—Oh, no hablemos más de eso, don Saturio.

—Es necesario que le explique... todo viene de que a la tinta le han quitado sus cualidades de perennidad, pasándole el papel secante... Ahí está el error, ve... A mi tinta hay que secarla al sol, fuente de toda vida y de toda pureza.

Carbajo lanzó una carcajada irreverente, recibiendo un pellizcón de su prometida.

—¿Quiere decir, don Saturio que en días nublados no se puede escribir con su tinta? En Ushuaia tendría escasa aplicación entonces.

El señor Trujillo levantó las gafas y le envió al atrevido una mirada fulminante.

—Nada de cuchufletas, Carbajo. ¿Marcharían acaso los rayos ultravioletas sin un buen foco eléctrico? ¿Puede usted sacar una fotografía en las tinieblas sin quemar un cartucho de magnesio? Ergo: todo invento requiere los medios adecuados para su eficacia.

—Lo que me preocupa —interrumpió Rebollo— son las consecuencias de la denuncia ante la justicia. ¿No le molestarán a Vd.?

—A papá no pueden hacerle nada —explicó Sócrates—. Lo que hace al delito es la intención de cometerlo, y papá no ha abrigado tal propósito. Eso lo dicen Garofalo, Ferry, Morissot, Ortolán y otros grandes penalistas.

El muchacho llevaba con dignidad el nombre de un sabio.

—Sócrates sabe mucho —dijo don Saturio halagado. Rebollo quiso levantarse para reunirse con Cleopatra que le hacía guiños nerviosos desde una puerta, pero su interlocutor tiránico lo detuvo.

—Quisiera hablarle de otro asunto, joven. Me ha interesado sobremanera la noticia que da su diario sobre descubrimiento de petróleo en el Departamento San Cristóbal, y aquí en secreto, le confío una idea, estoy por solicitar un permiso de cateo para toda la zona. ¿Qué le parece?

—Excelente idea.

—Son centenares de leguas cuadradas... Cuando los sindicatos yanquis perciban el tufo del kerosene tendrán que acudir a mí. Yo les venderé la mitad de los permisos por una cantidad fabulosa... Es una danza de millones, Rebollo...

Rebollo que temiendo un pedido de propaganda para más adelante se tiro-neaba los pelos del trapecoide quedó tranquilo al oír las conclusiones de don Saturio.

—Este negocio, joven, tiene la ventaja de que no ha menester de reclame alguno. Al contrario, el silencio es su mejor aliado. Recién cuando funcionen los pozos y se instalen surtidores para la venta del precioso combustible, será llegado el momento de dar grandes avisos a los diarios...

—¿Y abandona Vd. el invento de la perforación de cheques a punta de lapicera? —preguntó Carbajo.

El interpelado no tuvo tiempo de responder porque para alivio de Rebollo, apareció doña Deogracias. Traía un paquetón que empezó a desenvolver. Todos la rodearon.

—Es el busto de mi Gervasio, dijo la masajista, besando apasionadamente al palitroque.

—¿Del comandante Pesqueira? —interrogó don Saturio.

—Sí, lo hizo un preso de la cárcel cuando mi marido era director... ¡Ay! lo que me cuesta, amigos míos, desprenderme de esta reliquia, pero, quedará en buenas manos...

El busto era la reproducción en madera de pinotea de una cabeza con anchos bigotes retorcidos, perilla y orejas enormes. Parecía la imagen de un perro de aguas.

—No tuve el honor de conocerlo al general Pesqueira, señora —expresó Carbajo.

—No había llegado a general todavía, pero era un santo... tan bueno, tan chistoso, tan... de su casa... ¡ay!

—¿Falleció en algún combate? —preguntó Sócrates.

—Esa era la ambición de Gervasio; quería morir por la Patria...

—Peleando por la libertad, como Lord Byron en Missolonghi —sugirió el pichón de abogado.

—... Pero, murió de una herida estrangulada —acabó con acento trémulo la masajista.

Carbajo se sonó con fuerza la nariz y las muchachas salieron cautelosamente de la sala.

—Pero, cómo ¿va a desprenderse Vd. de este caro recuerdo familiar? —protestó don Saturio—. No podemos consentirlo, de ningún modo. —Quiso volver a cubrirlo con la toalla en que llegara envuelto. Doña Deogracias lo impidió dulcemente.

—Ya está resuelto —gimió la piadosa mujer. Es de ustedes y como yo lo podré contemplar todos los días.... Ahora solo falta saber dónde lo ponemos... ¿Dónde?...

—En aquella columnita, en lugar del bibelot—indicó doña Belén.

—Sí, allí se destacará más porque va a recibir toda la luz de la ventana... Eso es... ¡Qué bien queda! Contempló un rato el monigote y se fue con el tranco íntimo y los ojos recoletos. En cuanto desapareció estallaron las risas sofrenadas.

—¡Válgame Dios qué obsequio! —prorrumpió doña Belén.

—No nos atengamos, mamá, al valor extrínseco de esta obra plástica —corrigió severamente Sócrates—. Muchas naciones de Oriente veneran fetiches de ningún valor estético pero que representan valores morales inmensos. Lo intrínseco es lo que vale, mamá, en el arte y en la vida...

—¿Vd. lo conoció al comandante Pesqueira? —le preguntó Carbajo a su futuro suegro. Don Saturio meditó un momento.

—Sí, de vista... Era un hombre grandote, con las piernas arqueadas de tanto andar a caballo. Solía juntarse con el capitán Serapio Quevedo del Guardianes de Cárceles, un tape petizo y picado de viruelas que murió del cólera, y los dos eran muy aficionados a la caña con guinda...

## CAPÍTULO IV

*En el que una excelente inspiración del «ángel custodio» merece la más severa crítica de doña Carola Trujillo de Samaniego.*

En el bienestar de la familia Trujillo se advertía la influencia benéfica de doña Deogracias. El «ángel custodio», como acabaron por llamarla todos los miembros del hogar, era un semillero de iniciativas útiles para la casa.

—¿Por qué no aprende Macbeth mi oficio? —insinuó un día la masajista a los esposos. Estos recibieron la indicación con cierta reserva. Se les antojaba que la actividad no era propia de una señorita.

—Es un trabajo honesto que da bastante cuando hay seriedad y diligencia —sostuvo la Pesqueira.

En principio, don Saturio no desaprobaba la idea. Era cosa de pensarlo un

poco. Consultada Macbeth, la muchacha recibió complacida el proyecto. ¿Por qué no? ¿Qué tenía de malo? La cuestión era trabajar y ayudar a los padres. Ya no era una nena y con dedicarse exclusivamente a señoras, todo se arreglaba perfectamente.

—Claro —apoyaron Cleopatra y Desdémona—. No vamos a estarnos siendo unas cargas cuando hace falta quien lo solivie al pobre Edisón.

Doña Belén, necesitando mayores luces, requirió la opinión de la señora Samaniego.

—¡Jesús! ¡Qué ocurrencia! —exclamó Carola, apenas informada del asunto—. ¡Macbeth masajista!... ¡Ni se te ponga en la cabeza, Belén! Figúrate qué violencia para mí si voy de visita a una casa distinguida y me encuentro con mi querida sobrina, dale que dale, sobando las piernas de algún atacado de neuralgias.

Luego en tono cariñoso añadió:

—No todo lo que relumbra es oro. Yo quisiera ayudarlos y me desespero con los inconvenientes... los inquilinos cada vez más remolones, los tres campos sin arrendar hace un año y para colmo, todos los fondos disponibles colocados en el dichoso empréstito patriótico... Hay días en que nosotros mismos sufrimos terribles apremios de dinero... ¿Darles recomendaciones? Eso quisiera hacerlo, pero es imposible. Ya sabes cual es el carácter de Samaniego.... No quiere meterse con nadie ni deberles favores a los políticos...

Para don Saturio que estaba vacilante, las opiniones de su hermanita resultaron decisivas.

—Lo he pensado bien al asunto —anunció—, y no veo dificultad ni peligros. Debemos aceptar agradecidos el proyecto de nuestro ángel custodio.

Macbeth empezó a practicar y un año después obtuvo su título y con él la incorporación a su clientela de una gran parte de los enfermos de doña Deogracias, sin que esta se resintiera por ello.

—Total yo ya soy vieja —decía la buena mujer— pronto tendré que retirarme de la profesión y esta es mi casa... mi única familia.

Tenía razón: la casa de los Trujillo era la suya. Diez veces por día, con la circunstancia favorable de vivir a pocos pasos, entraba sin aviso previo y andaba por todos los rincones sacudiendo y ordenando muebles, dando consejos útiles o regañando cariñosamente por cualquier cosita que se hacía mal o no estaba en su verdadero sitio. Era doña Deogracias partidaria del orden, la economía y los hábitos hacendosos. Cleopatra y Desdémona, demasiado amigas del colchón, solían recibir algunas mañanas unas rociadas de agua fresca que las sacaba de la cama, chillando como cotorras.

—¡Haraganas! Son las nueve y con esta mañana tan linda... ja, ja, ja,... ¡Arriba, dormilonas! —Y les arrebatava las cobijas.

—¡La mataría! —decía Cleopatra, fuera de sí. Y Desdémona, recordando que a menudo la masajista malograba con su intempestiva aparición una demostra-

ción afectuosa de su Aurelio, la mandaba in mente a los profundos infiernos.

Las muchachas tomaban desquite volviendo cara a la pared el busto del finado Pesqueira al que le habían raspado una aleta de la nariz y agujereado un ojo. Doña Deogracias reclamaba plañideramente contra semejantes ocurrencias, mientras restablecía la imagen tallada por el presidiario, en su verdadera posición. Todos le echaban la culpa a Úrsula. Úrsula, ajena al desaguizado, encogíase de hombros:

—¿Yo?... ni siquiera he tocado ese mamarracho.

Pero las niñas viéronse obligadas a madrugar, sin la ayuda del ángel custodio. La masajista, poniendo en juego sus relaciones, consiguió para Cleopatra un puesto de cajera en la farmacia «El frasco verde», y para Desdémona otro de ayudanta de labores en una escuela fiscal. Rebollo y Carbajo, empleados con magros emolumentos, no vieron mal que sus futuras esposas, ahora con recursos para los gastos del tocador y la modista, les aliviaran el chichisbeo. Hasta se hacían, cada cual, una ilusión que no se atrevían a confiarse por pudor: la de que el ángel custodio cargara con los gastos de boda. «Si eso hiciera —pensaba Carbajo— yo le añadiría al título sacramental, uno más: le llamaría “el hada epitalámica”». En el fondo, ambos se burlaban de la pobre señora. Don Saturio mismo, agradecido como estaba, por los favores recibidos, clamaba contra la oficiosidad catastrófica de doña Deogracias.

Sus chismes de inventor, que a él le agradaba encontrar siempre donde los dejaba, cambiaban frecuentemente de ubicación, porque la masajista, creyendo hacer un servicio y dominada por un criterio estético distinto, dábales otro emplazamiento.

Un día encontró el señor Trujillo, hecho fragmentos en el canasto de los papeles, el plano de la zona petrolífera.

—¡Ay! —gimió, oprimiéndose con una mano el coxis donde había repercutido la tempestad de sus nervios. ¡Mujer del demonio que en todo se mete!

—Ha creído la pobre que se trataba de un papel inútil —dijo doña Belén, procurando calmarlo.

—¿Inútil? Un croquis completo lleno de crucecitas con tinta carmesí que señalaban los posibles yacimientos del mineral.

—Pero, ¿no es que había encontrado Vd. serias dificultades para obtener el permiso de cateo y renunciado a todo? —interrumpió Carbajo.

Don Saturio miró a su futuro yerno, de pies a cabeza, con ojos coléricos:

—Suponiendo que así fuera —exclamó—, ¿eso autoriza a los extraños a meterse en casas ajenas y destruir lo que hallen a mano? ¿Sabe, acaso, la infeliz masajista, lo que es una carta geológica en poder de un estudioso?... ¡Un documento es siempre un documento, joven!

Cuando así se despachaba don Saturio estaba lejos de suponer que el ángel custodio, a esa misma hora, batía victoriosamente las alas, después de arrancar

a un diputado influyente, cliente suyo, un nombramiento para el señor Trujillo en la casa central de correos. La noticia causó gran alborozo en la familia. Era el bienestar definitivo. Doña Deogracias, modesta como siempre, explicó el éxito de la gestión. El parlamentario, agradecido a los masajes con que ella le había curado un tortícolis rebelde, le hacía ese servicio.

—Que se le reconoce a Vd. señora, con toda el alma —expresó don Saturio conmovido y sin guardar ya en su corazón ni el más leve sedimento de rencor por la rotura del mapa petrolero—. Y vea usted —agregó— como me viene de molde este destino en el correo... Hace tiempo que planeo un aparato ingenioso para obliterar timbres postales. Se pueden sellar con él treinta mil cartas por hora... Allí, en contacto con aquel simpático organismo me será fácil ensayarlo...

## CAPÍTULO V

*En donde se verá cómo los Trujillo alcanzan tal bienestar que parecen ricos, lo cual no impide que se susciten enojosas cuestiones de familia.*

Cleopatra y Desdémona se casaron sin abandonar sus empleos y los Trujillo arrendaron una casa más amplia en la calle San Jerónimo para que no se desperdigara la familia. Era una hermosa finca de tres patios y con una gran huerta de frutales. El locador que exigía fianza sería rechazó primero la de un caballero muy difundido en la alta sociedad y después la de un abogado famoso por sus alegatos in voce. No quería figurones ni picapleitos. Y cuando los interesados consideraban fracasadas sus gestiones, la masajista Pesqueira que en todo tenía que meterse arregló el conflicto, firmando el contrato como garantía solidaria de don Saturio.

A los moradores de la nueva vivienda les sobraba espacio para moverse dentro de ella sin causarse molestias. El jefe de la familia reclamó para sí, exclusivamente, la sala principal, a fin de ampliar el laboratorio que ahora contaba con ciertos cacharros de herrería. Sócrates se instaló en otra con amplias ventanas a la calle. Hasta allí no llegaba el sonido del corno de Edisón que ocupaba un altillo en la cola del edificio. Con las ganancias de Macbeth se renovó totalmente el mobiliario. Galerías pobladas de mimbres flamantes y tinajas con aceitosos hierbajones daban a la mansión un aspecto confortable. Úrsula, que en la otra casa tenía que andar todas las noches abriendo un catre cochambroso en el gabinete de los inventos, poseía alcoba fija debido a la generosidad de Doña Deogracias que le regalara una cama de fierro y un lavabo. Además la fámula se embutía ahora en blancos delantales, dejando escapar por la cofia de reglamento sus mechaz grises. En aquel inmenso caserón todavía sobraban piezas y los Trujillo parecían ricos.

Doña Carola de Samaniego, informada de la mutación y de los ecos simpáticos que alcanzaban ciertas fiestas «chez Trujillo» descritas por Enrique Rebollo en Sociales de su diario, se sintió curiosa. Ya se había impresionado bien, cuando al pasar en su “Alpha Romeo”, ocho cilindros, por la casa de sus parientes, a la deliberada velocidad de diez kilómetros por hora, observó la señorial fachada del edificio, el brillante alicatado mayólico del zaguán y otros detalles interesantes. Los Trujillo, con quienes había roto desde el lanzamiento de Macbeth a la ingrata profesión de sobar al prójimo, volvían a ser personas deseables, pero no era cosa de exponerse a algunas de las genialidades de su hermanito, tomando la iniciativa para un acercamiento. Se le ocurrió una idea, y declarándose atacada de un molesto tic a la espalda hizo llamar a su sobrina con la promesa de buenos honorarios. A don Saturio lo exasperó la noticia:

—¿Masajes a mi hermanita? ¡Que la rasque el confitero Samaniego con papel de lija para metales! Yo no le contestaría a Carola aunque lanzase desde el mar un SOS. en noche de naufragio.

Contra la actitud del señor Trujillo se declaró toda la familia. Fue un verdadero pronunciamiento. No valía la pena, ahora que estaban bien, alejar a una parienta distinguida que, al fin y al cabo, les hacía honor.

—Es tu sangre, Saturio —le advirtió doña Belén.

—¿Mi sangre? Muchas veces, Dios me perdone, lo he puesto en dudas.

Sócrates, con el tono doctoral que reservaba para las grandes circunstancias, tomó la palabra:

—Tu razonamiento, papá, falla por la base. En la vida pública como en la existencia familiar, el perdón de los agravios eleva, como el rencor empequeñece. Solo los seres inferiores no olvidan las ofensas recibidas. Esto lo ha dicho, no estoy seguro, si Lamartine o Paul de Kock.

El señor Trujillo volvió la cara para que los suyos no vieran reflejada en ella la impresión de la derrota y, mascullando por lo bajo un «con este pergenio no se puede», se alejó, encogiéndose de hombros, lo que equivalía a decir: «hagan lo que quieran».

Doña Carola de Samaniego retornó a la casa y contra su antigua costumbre de no visitarla, sino de tarde en tarde, lo hacía ahora muy de seguido para tener siempre que formular alguna observación sobre la masajista a la cual apenas se dignaba saludar cuando la encontraba.

—¿Por qué le dan tanta beligerancia en los asuntos de la casa? —reclamaba—. La tratan como si fuera de la familia.

—Es que le debemos demasiado —replicaba Macbeth.

—Sí, pero resulta un pegote insoportable —argüía Carbajo—. Y tiene cada ocurrencia. Figúrense, quiere que al nene lo llamemos Gervasio...

—En recuerdo de su difunto milite —concluyó Rebollo—. ¡Como si no le bastara con habernos encajado el busto!

—Un nombre sin eufonía, demasiado vulgar —objetó seriamente don Saturio—. Nunca lo consentiré. Ya lo he dicho: o Epaminondas o Artajerjes... En último caso, Solón.

—También podría exigir doña Deogracias que le llamaran al niño Quevedo... ¿No tendrá por ahí el busto del capitán del guardiacárceles? —apuntó la Samaniego.

—No seas así Carola. Yo jamás he creído una palabra de esas murmuraciones —protestó Belén. —En cambio en toda la cuadra donde vivían los Pesqueira se tomaba nota de las palizas que le atizaba el comandante a su digna consorte.

Doña Deogracias ignorando estos comentarios se interesaba vivamente por la carrera de Sócrates cuyos derechos de inscripción pagaba hacía cuatro años, amén de cargar con el importe de textos muy costosos. El talento del estudiante parecía que desataba la envidia de las mesas examinadoras. Ya había sufrido dos reprobaciones. Por fortuna, arañando, se salvó en las pruebas finales con un 4 y ahora ocupábase en preparar el discurso académico para atrapar las borlas doctorales. Porque Sócrates no se conformaba con ser un simple abogado; quería su título completo de doctor en derecho y ciencias sociales.

La masajista montaba una guardia cancerbera en las galerías y frente a la habitación del joven para que nadie lo molestara.

—¡Chist! ¡Silencio! —prorrumpía al menor amago de ruido o algazara—. ¿No saben ustedes que el niño Sócrates está escribiendo la tesis? —Ella hubiese deseado echar una gruesa capa de arena en la calle para ahogar los ruidos del tráfico y mandar presos a los vendedores de helados que hacían sonar el cornetín bajo las ventanas de su protegido.

El flamante profesional del derecho estaba hacía una semana encerrado en su habitación, entre una montaña de librotos. Con los dedos apeñuscados sobre la lapicera y la puntita de la lengua fuera de la boca, papaba conceptos jurídicos y filosóficos.

—Le reservo al niño Sócrates una sorpresa —dijo la masajista a doña Belén. Y se explicó: había mandado confeccionar una gran chapa profesional. La ocurrencia se difundió por toda la casa.

—El ángel custodio tiene, a veces, inspiraciones económicas —alacraneó Carbajo.

Sócrates salió al fin de su encierro, pálido y con la barba crecida, como un fakir desenterrado, pero sin preocupaciones ya. Había terminado la tesis. Y cuando vio en un ángulo del vestíbulo coruscar la chapa de bronce que rezaba: «Estudio Jurídico del Doctor Sócrates Trujillo Saráchaga» experimentó una impresión violenta. Cleopatra y Desdémona alzaron la refulgente lámina y el universitario, cada vez más embobado, exclamó: —¡Es soberbio el efecto!... ¡Cómo brilla!... Ponele más a la derecha... Eso es... Letra gótica, gran visualidad... ¡Fabuloso!...



—Se me olvidó de comprar una buena pomada y una gamuza —dijo la masajista a la cual nadie, en el entusiasmo de la contemplación del regalo, se había acordado de dar las gracias.

Pero la misma Carola tuvo que reconocer el excelente buen gusto del obsequio.

## CAPÍTULO VI

*Don Saturio pasa de una gran decepción a una extremada alegría después de conversar con su amigo el procurador don Prócoro Damasco.*

El jefe de la central de correos hízole saber a don Saturio que la Dirección General consideraba el invento de la maquinita obliteradora un chisme mecánico, completamente inútil. En las pruebas a que fuera sometida, resultó que destruía el ochenta por ciento de las piezas que pasaban por el rodillo estampador. Indicaba aquella superioridad que se amonestara seriamente al empleado en cuya foja de servicios se consignaría, como dato ilustrativo, poco favorable para su carrera, esa maniática propensión a perder el tiempo con iniciativas absurdas.

Don Saturio tomó, apesadumbrado, el invento que se le devolvía —un cuadro de acero no más grande que una lata de sardinas— y refrenó, por respeto a su jefe, las explosiones de cólera que le subían a la boca. Pero cuando en el pasillo, de regreso a su oficina, oyó el ruego de un cartero que le pedía la maquinilla inservible para hacer jugar a los niños, tronó:

—¡Un puntapié le daría a Vd. a no impedírmelo este maldito reuma!

En su casa no dijo nada pero alarmó a todos con su mal humor.

—Tiene Vd. muy descuidada la barba, don Saturio, le advirtió doña Deogracias que también llevaba el control de la estética hogareña. Mi Gervasio se afeitaba tres veces a la semana.

—¡Déjeme Vd. de jeringar! Y sépalo de una vez: de su Gervasio se me importa a mí una rupia.

—¡Jesús!

—¿Por qué no tomás una purga? —insinuó doña Belén.

Don Saturio agitó rápidamente los brazos sobre la cabeza como quien espanta mosquitos e hizo un puchero de enfado.

¿Laxantes? Lo que él necesitaba no era eso sino consuelo para su amor propio de inventor herido por aquella amonestación injusta de sus superiores. Y lo encontró en el corazón de su viejo amigo, el procurador español don Prócoro Damasco, hombre disertor y de una erudición nada común en individuos de su gremio.

Damasco no era partidario de los inventos como recurso para salir de pobre. Eso era aleatorio y muy lento. Las estadísticas demostraban que el 99% de los

inventores estaban siempre bajo el calcañar del casero o del proveedor de comestibles.

Don Prócoro prefería denunciar herencias vacantes y reclamar islas fiscales por derecho treintenario. También escribía tradiciones de la era colonial en los periódicos locales.

Al señor Trujillo le hizo olvidar sus preocupaciones con una noticia bomba. Refiríole cómo revisando un expediente en el Archivo de los Tribunales, llegó a saber por sus constancias que, noventa años atrás, había sido enterrado, junto a un guariguay plantado en la manzana en que se domiciliaban los Trujillo, un arcón metálico repleto de monedas.

—En la cuadra existen numerosas fincas —previno don Saturio.

—Sí, pero la única que tiene guariguayes es la que Vd. alquila. Me he enterado bien del detalle —Y agregó—: Se trataría, según todos los datos que he podido reunir, de un tesoro antiquísimo, traído a América para substraerlo a la avilantez de un valido de la casa reinante que pretendía arrebatarlo a cierta rama de la misma, caída en desgracia. Toda una odisea la del cofre, amigo Trujillo. Figúrese. De España fue llevado al Perú, de allí lo transportaron a Buenos Aires, de la metrópoli del virreinato a las antiguas misiones y de aquí a Santa Fe...

—¿No cree Vd. amigo don Prócoro que con tanto ajeteo puede haberse deformado el arcón y perdido esa riqueza?

—Imposible. Consta que era del mejor acero colado en las forjas de Toledo, con triples cerrojos y gordos precintos de fierro dulce, trabajado a martillo.

—¡Una fortuna habrá allí! —balbuceó tembloroso don Saturio.

—¿Una fortuna? ¡Un fortunón! —corrigió don Prócoro haciendo chasquear las falangetas de la mano—. La caja pesa por lo menos tres quintales y todo el contenido va en oro acuñado con efigies de soberanos españoles: óbolos de Alfonso VI... denarios de Don Fernando II... dineros coronados de los tiempos de don Sancho IV... piezas de cincuenta enriques... onzas, peluconas, coronas, florines y ducados reales...

El señor Trujillo apartó del mazo de sus emolumentos postales, recién cobrados, un billete de diez pesos y se lo puso al erudito procurador Damasco en el bolsillo del saco. Después fue a una ferretería y adquirió un pico, una pala y una azada.

Esa noche doña Belén, que advertía en su marido un cambio de humor hasta encontrarlo dicharachero y alegre, lo llevó aparte.

—Tengo que consultarte varias cosas, Saturio. Hay novedades en la casa.

—Sí, sí, vaya si hay novedades —dijo él sonriente y con los pulgares en las sisas del chaleco.

—Ah, ¿sabes?

—No, no sé nada, contá...

—Sócrates quiere formalizar sus relaciones con Adelaida Guzmán, y Carola hará el pedido de mano.

—¿Y por qué no somos nosotros los que damos ese paso? ¿No nos corresponde, acaso?

—Los Guzmán son gentes de mucho rango social y ricos.

—¡Bah! En esta dichosa Santa Fe cualquiera que posee un par de conventillos para alquilar es un potentado. Ya le enseñaré yo a más de uno lo que es tener plata y saber gastarla...

—No te alterés, hombre. Sócrates me ha convencido de que debe ser Carola quién...

—Bueno, que así sea... ¿Y qué más novedades?

—Estoy seriamente preocupada. Doña Deogracias...

—¿Qué le pasa a nuestro ángel custodio?

—Acaricia la pobre un proyecto. Como vos sabés, ya casi no tiene clientela porque Macbeth se la ha llevado. Además, sus fuerzas flaquean, la fatiga cualquier esfuerzo pequeño y cada día ve menos.

—¡Pobre mujer! —dejó escapar sinceramente don Saturio.

—Y —concluyó doña Belén— desea venirse a vivir con nosotros.

El señor Trujillo dio un salto en la banqueta.

—¡La chinche en la oreja, toda la vida! Vayan unas perspectivas para el hogar... una cuestión cada quince minutos... un fastidio eterno... ¿Es acaso posible vivir en paz con doña Deogracias?

—Cuestión de saber llevarla, Saturio.

—Sí, sí, por cualquier tontera hace un litigio. Ayer no más porque le dije que el dichoso busto del comandante echaba a perder la decoración del comedor de diario y que debía ponerlo en la despensa, se echó a llorar como una Magdalena...

—Has sido excesivo, Saturio.

—No, me quedé corto, debí decirle que lo colocara en el gallinero.

—Hablemos con formalidad. Estamos tan obligados con ella que no podemos negarnos a recibirla...

—Y bien, sea, pero con algunas condiciones: que no abra la boca, que no se meta con nadie, que se esté en la última pieza de los fondos...

—No aceptará... ella se considera de la familia.

—Pues, entonces se le pagan los servicios que ha prestado y abur. Con un puñado de enriques o florines, todo se arreglará... Acaso todo el bien que nos ha hecho el ángel custodio, bien mirado, no valga cien coronas de la época de Don Sancho IV...

Doña Belén meneó la cabeza. No había entendido el exotismo monetario de su marido, pero don Saturio consideró que era más interesante llevar a los Trujillo por sorpresa, del pauperismo a la opulencia, y calló.

## CAPÍTULO VII

*De los inconvenientes con que luchaba don Saturio para encontrar el regio patrimonio y de la peregrina solución que tuvo el conflicto de familia.*

La conducta de Sócrates tenía resentida a la familia. Después de casado no aportaba por la casa de sus padres, sino por casualidad, y cuando lo hacía era para estar consultando nerviosamente el reloj de oro de tres tapas. La ausencia de su mujer, que no se dignara acompañarlo ni una vez, ponía al flamante abogado en trance de explicaciones laboriosas: indisposiciones, compromisos engorrosos, deberes de sociedad le impedían a la pobre Adelaida hacer una escapada para saludar a sus suegros y cuñados. Vendría en cualquier momento a disculparse.

Estas excusas no satisfacían a nadie, empezando por don Saturio que atribuía a la influencia corruptora de Carola el desvío de su hija política.

—Adelaida visita todo los días a los Samaniegos, pero le falta tiempo para cumplir con nosotros —gruñía el hombre de los inventos. Y dominado por un pesimismo creciente barbotaba—: ¡Criar hijos! ¡Vaya un negocio!

Al señor Trujillo le había vuelto el mal humor como consecuencia de las dificultades con que luchaba para encontrar el tesoro escondido. Una mañana muy temprano, empezó entusiasmado a remover la tierra bajo la copa del guariguay. El aliciente del trabajo le centuplicaba las energías. Ya había cavado hasta una profundidad de medio metro cuando el pico tropezó con un objeto duro que lo hizo rebotar. A don Saturio le zumbaron los oídos, latióle con violencia el corazón y un escalofrío le recorrió la epidermis, desde el occipital hasta la rabadilla.

—¡Ay! ¡Ay! —exhaló sin que experimentara dolor alguno. Luego gritó—: ¡Carbajo! ¡Rebollo! Vengan ustedes, hijos...

—¿Dio con el arcón, papá? —preguntó el periodista, mientras Aurelio desalojaba de la boca una buchada de dentífrico y se aproximaba al hoyo.

—Creo que sí, el pico ha chocado con un objeto metálico.

Los yernos afanosos esgrimieron las herramientas y continuaron la excavación. Al rato Carbajo se detuvo y lanzó un terno:

—¡Esto no es un arcón ni cosa que se le parezca!

—¿Qué es? —balbuceó angustiado don Saturio, que sin valor para presenciar la exhumación del regio patrimonio, aguardaba sentado sobre una pilita de ladrillos, el resultado de la faena.

—¡El esqueleto de un perro!

Le costó un grandísimo esfuerzo a don Saturio tener que verificarlo con sus propios ojos, naciéndole una inquina feroz contra el procurador Damasco. Pero don Prócoro al ser interpelado le devolvió las esperanzas:

—¿Cree Vd. tan chapetones a aquellos hidalgos de la conquista como para

sepultar, casi a flor de tierra, un tesoro? El perro no debe ser más que una aña-gaza para despistar en previsión de que alguien se informara del escondite. Hay que seguir cavando, hombre...

Y ante el desconcierto de su esposa e hijos que no concebían tanta tenacidad, don Saturio continuó haciendo temblar la tierra bajo la copa del guariguay. Tenía el propósito de llegar hasta el agua si era necesario.

Carola, sabedora de los comentarios que se hacían en la casa de su hermano por su presunta complicidad en el desvío de Adelaida, habló claro. Saturio estaba equivocado y a Sócrates había que disculparlo. Este mentía por no atreverse a decir la verdad monda y lironda. La nuera no visitaba a sus suegros por culpa de la masajista.

—Donde respira esa mujer, no es posible que alterne ninguna persona bien nacida —dijo la Samaniego. Y en seguida revivió la historia de las relaciones ilícitas de doña Deogracias con el capitán Serapio Quevedo. Eso pudo no tener importancia antes del ingreso de Sócrates a la «élite» santafesina y de su entroncamiento con una familia aristocrática, pero ahora en que, por razones de afinidad, los Trujillo empezaban a sonar, la cosa era diversa.

Don Saturio se frotó las manos, preocupado. Por primera vez acogía con benevolencia las opiniones de Carola.

—¡Si Belén me hubiera hecho caso! —exclamó—. Pero echó en saco roto mis advertencias y doña Deogracias se ha incorporado a la familia con todos los privilegios de la sangre.

—¡Como por derecho agnaticio! —afirmó Sócrates.

—A mí me tiene trastornada con sus monsergas y retahílas —dijo Cleopatra—. No puedo dar un paso sin tropezar con ella.

—Cierto, es un poco cargosa la pobre —asintió doña Belén.

—¿Y la cara que le pone a las visitas que nos llegan? Basta que alguno demuestre afecto hacia nosotros para que se enfurruñe. Parece que tuviera celos —informó Macbeth.

—Me ha echado a perder el corno fregándolo con una porquería que le sacó todo el niquelado —dijo Edisón con un acento cargado de rencor.

Carbajo señaló una de las manías intolerables del ángel custodio:

—No puede verme con el pijama rayado. Dice que le ataca los nervios. Figúrense...

El periodista Rebollo se desfogó con una protesta iracunda:

—Ayer casi le pego, pues ¿no se le ocurre a la buena señora de Pesqueira darle a Úrsula, para que prendiera fuego, cuatro carillas del artículo que estaba escribiendo sobre la fiesta veneciana?...

Sócrates tomó la palabra:

—En todo este lío familiar no hay más que un exceso de bondad y una palmaria subversión de conceptos. Se le ha otorgado a doña Deogracias el rol gen-

tilicio de un dios penate incompatible con las costumbres cristianas del hogar moderno...

—¿Qué clase de Dios era ese, hijo mío? —demandó el señor Trujillo curiosamente.

—Un protector doméstico, papá. Su nombre viene de Penus y sus imágenes se guardan en Penetralia.

—¿Y se les puede echar cuando jeringan demasiado? —preguntó Carbajo.

—En los tiempos de Grecia y Roma se los invitaba con sal y frutas, manteniéndolos siempre cerca de una buena estufa encendida, pero actualmente creo que se los puede eliminar sin ceremonias...

—Perfectamente, doctor —cortó Carbajo—, es lo que vamos a hacer... mandar a su domicilio a la masajista...

—Sí, ¿pero quién le pone el cascabel al gato? —dijo Rebollo.

—¡Yo! —contestó don Saturio—. ¿Quién otro puedo ser sino el...? ¿Cómo se dice, Sócrates, en latín?

—Caput familiae.

—Eso es... y ya verán...

Los diálogos se cortaron bruscamente. Doña Deogracias entró en el comedor de diario con una cesta al brazo, y sin notar el aspecto hostil de la asamblea, empezó a descargar cajas sobre la mesa:

—¡Qué gran pichincha he hecho! Pasaba por el almacén de la esquina y vi a Mendiluce encaramado en el mostrador, dándole al martillo... Me acordé de la casa y aquí tienen: calamares en su propia tinta, sardinas francesas, pimientos de calahorra, mostaza, dulce, spaghettis con manteca... ¡Lo que le gustaban los spaghettis a mi Gervasio!... Pero, ¿qué ha sucedido? ¿Quién ha muerto?... ¿Por qué tan serios?...

—Cumple con tu sagrada misión, papá —musitó Sócrates, tocándole el codo al autor de sus días.

Don Saturio arrancó:

—Señora, nadie duda en esta casa de su cariño y de sus prendas de corazón, pero la tranquilidad de todos exige un sacrificio.

—¿Un sacrificio? No entiendo...

—Tendrá Vd. la bondad de no volver a poner los pies en estos umbrales. Como si hubiéramos fallecido. Cada uno en su casa y Dios en la de todos... He terminado.

Doña Deogracias, anonadada por el exabrupto, dejó caer algunos de los objetos que tenía en las manos, paseó miradas estúpidas por la rueda y prorrumpió:

—¡Dios mío, qué desencanto! La ilusión de mi vida deshecha... quería venir aquí para siempre a cuidarlos a todos, a buscar un abrigo para mis últimos años... Todo el bien que les he hecho... ¡y el premio que me dan! —Después dirigió los ojos hacia el busto del comandante e interrogó:

—¿Qué me dices de esto Gervasio? —Y como ni el adefesio escultórico ni los Trujillo pronunciaran una sílaba, en respuesta, la masajista tomó el palitroque de madera labrada, lo besó y dirigióse con él a la puerta de salida. Antes de franquearla, volvióse y gritó—: ¡Puercos!

—¿No habremos sido unos ingratos? —suspiró doña Belén.

—No —dijo Macbeth, que todo lo había escuchado desde la habitación contigua—. Los Trujillo no somos peores ni mejores que los demás. Iguales que todos... con la misma crueldad en el fondo de las almas...

Sócrates puso remate doctoral al discurso de la hermana:

—La ingratitud, mamá, es el gran resorte animador de las acciones humanas. Sin ella se amortiguan los conflictos del espíritu y la vida se convierte en una monotonía insoportable...

## NOTICIAS DE LAS TIJERETAS

### I

Las Tijeretas es un pueblo chico pero alegre que disemina su barroso caserío en un plano anegadizo a no mayor altura de nueve metros sobre el nivel del mar.

A un tiro de Malincher pasa el río discurriendo tuertamente entre chilcas y espinillos. No es navegable y su fauna se reduce a una fermentida sardina que los comarcanos solo gustan, como el espartillo los equinos, en períodos de mucha penuria.

Hay algunas viviendas modernas en Las Tijeretas, pero son pocas. La más hermosa de todas es la de don Bailón Coronel que tiene puerta zaguanera con agarraderos de níquel y molduras sobre las ventanas y parapetos.

El agua potable es escasa y el azar la ha distribuido caprichosamente: en lo de Liborio Albarracín, el viejo cuatrero, es dulce, mientras que la que surte el pozo de misia Gualberta de Verón, excelente mujer que se lo pasa llorando a su difunto marido, no sirve ni para lavar los platos. Es salada, corta el jabón, endurece el cabello y paspa la cara.

Pero ni dulce ni salado abunda allí el líquido vital. A lo mejor, en plena canícula se extinguen de manera subitánea las dos linfas y los vecinos se lo pasan molestando al jefe de la estación para saber cuándo llegará el tren aguatero.

Puede calcularse que, debido a tal inconveniente geológico, el 95% de los habitantes han perdido la costumbre higiénica de bañarse. Por eso, cuando una generosa precipitación colma los aljibes, los tijeretinos no piensan sino en aplacar la sed, desoyendo con menosprecio el canto hipocóndrico de los batracios que croan sus letanías en manantiales ad hoc.

En torno de una familia distinguida gira todo el mecanismo social de Las Tijeretas. Ella da vida y movimiento a un sistema de relación y correspondencia vecinal tan armónico y regular como el que gobierna el de las constelaciones. Es la familia Coronel.



## II

Les dicen los Coroneles, y son muchos. Todos son sanos, vigorosos y conversadores, y todos alcanzan, proliferando extraordinariamente, una envidiable agerasia. De cada varón del tronco patriarcal representado por el finado don Mamerto —que en paz descanse—, sale una rama de hojas abundantes. Don Mamerto murió a los noventa y cuatro años, frente a un plato de chatasca, sin decir ¡ay! Parecía que estaba dormido.

Las mujeres tienen bozo, nalgas abultadas y ojos negros de un mirar penetrante, pero son muy educadas y finas. Macedonia, la soltera, constituye una excepción dentro del tipo uniforme de la casta: es delgada, de andar ligero y jacarandoso. En la casa le apocopan el patronímico y le dicen Donia.

Sinforoso Coronel, el comerciante, dueño del almacén «Tome y Traiga», casó con Rufina Zalazar. Loreto Coronel, el más culto y representativo de todos, tomó por esposa a Hilaria Navarrete, de los Navarretes de Salabina. Gumersindo está viudo, pero se le ve pasar muy de seguido por la casa de misia Gualberta de Verón y de estas circunstancias se extraen elementos para diagnosticar una posible recidiva. Avelino es el benjamín de la familia. Se encuentra lejos, en Soconcho, trabajando de cajero en una botica. Antes, cuando vivía en el pueblo, era poeta, llevaba largo el pelo y presidía el club balompédico «Tijeretas Junior». Juan Coronel desmiente la tradición de su raza. Ha cumplido treinta y cinco años y no piensa casarse. Varón de talla atlética y bien delineada fisonomía, hay en su estampa de Apolo criollo una mezcla de gringo y aborigen que producen un hermoso tipo. Posee una fuerza bárbara pero es el hombre de un pacifismo absoluto y de una quietud sin ejemplos. No lo gasta el trabajo ni lo sacan de su inercia vegetativa los tejemanejes lugareños. En el pueblo le dicen al estafermo, don Juan de las Tijeretas, porque allí ha nacido, mientras que todos los demás son de Choya.

La familia está orgullosa de él y no vería con buenos ojos que Juan olvidara su rango trabajando en cualquier cosa. Afortunadamente, el gallardo mocetón sabe darse el lugar que le corresponde y si no calza de comisario de tablada o secretario de la Comisión de Fomento, huelga todo el año, tocando la guitarra. Ahora el partido a que pertenece anda de capa caída y don Juan de las Tijeretas calcula que ha de pasar mucho tiempo antes de que se incorpore al presupuesto. De ahí que cuando algún amigo forastero le pregunta cómo le va, responde, muy serio:

—Hay que desensillar hasta que aclare.

Existen más Coroneles pero son de afuera; unos viven en el Desmochado Abajo y otros en Quitilipí sin contar los que nunca han salido de Choya. Todos los de Las Tijeretas están embromados. El puestero don Bailón gozó en otros tiempos de una holgada situación pecuniaria, pero la epidemia que atacó, hace diez años, a las haciendas de la comarca, le llevó de una racha quinientas va-

cas. Actualmente, no es un secreto para nadie que lo último que le queda —la casita moderna—, está hipotecada y que en lo de Benmergui y Barruquel le han cerrado la libreta.

Mas la pobreza de los Coroneles no les resta significación y, como en Las Tijeretas nadie logra llegar a rico, aquellos se sostienen con la fuerza del apellido. Tardará mucho en surgir otro apelativo que los eclipse.

### III

Todos los pueblos del mundo tienen sus peculiaridades y sus rasgos distintivos, y, en algunos, lo fenoménico y lo extraordinario suele ser cosa normal y corriente.

En Las Tijeretas lo común es que los niños nazcan cinco o seis meses después del casamiento de los padres.

—¡La fuerza del clima! —explican los entendidos.

El Dr. Filemón Gallo no quita ni da fundamentos a tal afirmación. Está estudiando el caso que se le ocurre interesante y promete ocuparse en una revista científica. Mientras tanto, lleva al día la historia clínica de los matrimonios.

Muy pocas personas disienten con aquella hermenéutica, y las que divergen son mal miradas en la población. Lo que, realmente, mueve el comentario apasionado de los vecinos es el advenimiento de un párvulo dentro de los ciclos vegetativos ordinarios. Eso sí que es estupendo; y como si una nota de descrédito hubiera caído sobre Las Tijeretas, ya no se habla de otra cosa hasta que la excelente teoría de la fuerza telúrica local recibe una nueva demostración, haciendo olvidar aquella anormalidad.

Macedonia Coronel milita en el campo de los disidentes. Donia es escéptica. Duda y niega por más que su educación le impida sostener en público lo que, atribulada, expresa en la intimidad. Tiene treinta y dos años, y va en camino de vestir imágenes porque su noviazgo con Donato Almirón, el telegrafista del correo, es vox pópuli, algo muy aleatorio.

La pesimista muchacha registra con prolijidad suma en un cuaderno las fechas de los esponsales y natalicios, de modo que, si por desgracia, el fuego hiciera presa de los libros del Registro Civil, el precioso vademécum de Macedonia serviría para reconstruirlos. Pero, por meterse en lo que no debe, nadie la quiere en Las Tijeretas. La tratan porque es una Coronel.

Don Loreto deplora que su hermana haga uso tan poco útil de un recurso recomendable como es el de las anotaciones. Guardar apuntes está bien; él lleva un minucioso registro de las alternativas porque pasa su esofagitis y de los estados temperamentales que favorecen o perjudican el proceso de la enfermedad, amén de una valiosa colección de voces técnicas que parecen aliviarlo cuando

las pronuncia para informar sobre la marcha del achaque. En su carnet pueden leerse datos de esta guisa peregrina:

«Hoy, día de la Circuncisión del Señor. Viento norte. Comí bien dos papas. Degluto perfectamente».

«25 de Mayo. Ha cambiado el tiempo. No puedo ingerir ni leche terciada. Me duele la región precordial y detrás de la oreja derecha una venita hace tac... tac... tac...».

«19 de febrero. Domingo de Sexagésima. Santos Gabino, Marcelo, Publio, Barbato y Conrado. Me alivian bastante los comprimidos, pero persiste el ardor de la faringe».

A don Loreto Coronel lo quieren todos en Las Tijeretas porque no debe haber en el mundo un hombre más servicial y comedido. Si enferma un vecino, el primero en llegar y sentarse a la cabecera del paciente es él. En los velatorios despabila cirios toda la noche y en el momento culminante de cerrarse la caja hexagonal, es siempre don Loreto quien remolca hacia el habitáculo contiguo al deudo más desesperado diciéndole filosóficamente: «¡Valor!... Todos tenemos que seguir el mismo camino...».

#### IV

¡Cuán distinto es su hermano Sinforoso, el casado con Rufina Zalazar! Este no se interesa ni se aflige por nada. Su mujer es de corazón tierno, sabe hacer dulces caseros y es capaz de cualquier sacrificio por aliviar una necesidad y secar lágrimas. Ella fue la que le cortó el empacho con cataplasmas de ruda al nene de los Bustamante y tuvo en su casa tres días a los entenados de don Amaro cuando misia Micaela se murió del pasmo. Pero a la caritativa compañera de Sinforoso plácele en demasía ocuparse de vidas ajenas y ese es su defecto.

Don Sinforoso Coronel madruga. A las cinco, en verano, todavía algo oscuro, ya está en la puerta de su almacén, enfundando en su cazadora de seda cruda, muy limpito, con el jopo bien peinado y un cacho de lápiz detrás de la oreja. El «Tome y Traiga» estaba antes muy surtido; había de todo: magnesia efervescente, papel de escribir, jabón de olor y cueros de carpincho. Pero ahora da lástima: unas cuantas botellas, diez latas de sardinas, media docena de alpargatas, unos hongos amojosados en un frasco de vidrio con la tapa tomada y otras chucherías. Es que la plaza va mal.

—No hay —informa el señor Coronel, frotándose las yemas del pulgar y el índice.

De tarde en tarde, un cliente demanda cinco centavos de azúcar y cinco de yerba. Don Sinforoso coloca el calabacín sobre la tapa dada vuelta de la pava, marcha al mostrador, sopla al canto un mazo de papel de estraza, despacha e introduce la chirola en el cajón que tiene timbre de alarma. Sobre la estantería hay un cartel

que dice: «Hoy no se fía, mañana sí».

En las horas que le deja libre el negocio, el comerciante se ocupa en limpiar su «Chevrolet». Es el único vehículo raudo que existe en Las Tijeretas. Don Sinforoso lo adquirió el año pasado de unos viajeros que volcaron en el callejón de las sinasinas, casi de balde, porque el coche quedó a la miseria. Pero el herrero del pueblo lo puso como nuevo aunque no haya podido corregirle algunos pequeños inconvenientes. No tiene arranque y le falta la batería para el alumbrado, así es que al darle manija hay que calzarlo con un ladrillo o subir rápidamente para tomar el volante; y andando de noche, es necesario colgar del capot un buen farol con reverbero. El parabrisa se rompió en el accidente, pero no hace falta ya que la máquina apenas desarrolla una velocidad de 12 kilómetros por hora. El ruido que mete el motor es tan grande que se percibe claramente a una legua de distancia y cuando el locomóvil rueda por las calles del pueblo, saca de sus casas a todos los vecinos, mientras los perros le dan escolta en un furioso empeño por morderle las gomas. Don Sinforoso lo alimenta con petróleo y de ahí la abundancia de humo que despide, al punto de que, según sople el viento, no sea posible a veces distinguir entre la nube gaseosa que lo envuelve más que una pequeña parte de su elegante carrocería.

Ahora el propietario del «Tome y Traiga» lo está revisando. Le ha hecho un prolijo zurcido a la capota que se llovía, ha pintado de amarillo claro los rayos de las ruedas y en lugar del marlo que tenía la boca del radiador, le ha puesto un sólido tapón de lapacho que no se va a salir.

Es que están por venir los Navarretes de Salabina y tendrá que sacarlos a pasear.

## V

Hace tres días que Liborio Albarracín está a pan y agua en el calabozo de la comisaría. Lo agarraron a la caída de la oración, en mangas de camisa y con los perros atados. A lo que parece, mucho tiene que ver con el robo de los novillos gordos del chacarero don Redento Galmarini que vive dos concesiones más allá del puesto de don Bailón Coronel. Le han secuestrado unos cueros de vacunos cortados por el lado de las marcas, que tenía enterrados debajo de la ramada y una gran cantidad de charqui fresco. ¿De dónde tanta abundancia en el rancho de este peine cuando hasta las familias más acomodadas de Las Tijeretas lo están pasando a mate y mazamorra debido a la escasez reinante?

El comisario Retamoso no se chupa el dedo. Considera que el hecho debe tener, lógicamente supuesto, grandes ramificaciones y orienta sin alharacas, pero con excelente criterio técnico, la pesquisa. Por lo pronto le resulta muy sugestivo el penetrante olor a carne asada que emana de numerosos domicilios. De lo de

misia Felicitas, la venerable mamá de los Coroneles, salen unas densas ráfagas de humo con tufo de pellas derretidas. Se está quemando en el pueblo demasiada bosta de vaca y no hay mosquitos que espantar.

Otra cosa que hace pensar: don Juan Coronel ha comprado diez centavos de bicarbonato en la botica, alegando, él sanote como una manzana, cierta opilación al estómago.

De averiguación en averiguación se llega a saber que don Bailón tiene colgado de un paraíso un costillar entero y que la viuda de Verón les ha regalado a los Bustamante un matambre porque, total, tenía que tirarlo. Y hay algo más: Retamoso, como quien no quiere la cosa, se ha arrimado al Chevrolet de Sinforsoso, detenido frente al comercio de los señores Benmergui y Barruquel, y ha descubierto huellas frescas de sangre y sebo por todos los huecos del vehículo.

El comisario no abriga ya ningún género de dudas. Va derecho a su oficina, lo hace comparecer a Liborio y le pega con la fusta para que cante. Pero el viejo Albarracín es duro de pelar y aguanta el vapuleo sin soltar prenda. Así se pasan unos días. Después sucede algo extraño. El puestero don Bailón Coronel ha celebrado, a puerta cerrada, una prolongada entrevista con Retamoso, al término de la cual Liborio Albarracín sale sin custodia de la comisaría y se va a su casa. No se le ha podido probar absolutamente nada.

A la tarde llega en un tílbury arrastrado por un caballo blanco, el chacarero Galmarini. Tiene el hombre un aspecto de reo en capilla. Saluda y gime:

—¿E mis anemale, señor cumesario?

—¡No hay novedad, amigo! —responde secamente Retamoso que se pasea por la vereda castigando la caña de la bota con la azotera del rebenque.

—¡Porca miseria! ¡Maladetto paesse senza custizia!

—¿Qué dice, che? Avise... No se vaya a desacatar, ¡eh! porque lo meto al calabozo.

—¡Mis nuvillos! ¡Mis nuvillos!

—¡Sargento Pedernera!...

El señor Galmarini descarga sobre el anca del jamelgo un enérgico latigazo y parte como una flecha.

Entre los vecinos que han presenciado la incidencia queda una impresión penosa, pero todos alaban sin reservas la firmeza del comisario que ha salvado el principio de autoridad.

Esa impresión no tardará en disiparse porque en Las Tijeretas reina un júbilo general ocasionado por el inminente debut del «Circo los Cuatro Vientos». Hay un alemán que alza pesas de ciento cincuenta kilogramos; un japonés que se traga doce cuchillos y otro tipo que echa fuego por la boca, los ojos y la nariz; por delante y por detrás...

## VI

La miseria se acentúa en Las Tijeretas. Bien lo ha dicho el propietario del «Tome y Traiga»: la plaza va mal. Benmergui y Barruquel han liquidado los ramos de tienda y mercería. La curtiembre dejó de trabajar. La cosecha del alpiste está perdida. No hay pastos por falta de agua; enflaquecen los vacunos y la sarna diezma las ovejas.

Los novillos gordos de Galmarini no han sido más que un alivio para la crisis que apenas atenuada por la influencia de ese factor providencial, recrudece con caracteres violentos. Esto demuestra que en materia económica, los paliativos no surten otros efectos que los de agravar los males. Hay que ir a la raíz de los problemas.

Don Loreto Coronel opina que es excesiva la garantía metálica del papel circulante y que no habría peligro alguno en lanzar a la calle una abundante emisión de billetes bancarios, algunos de los cuales no dejarían de llegar a Las Tijeretas en los trenes semanales mixtos. Pero la sensación general producida por los cuadros panorámicos respira hondo pesimismo. Apenas el comisario Retamoso sobreesayó en el asunto de Liborio Albarracín, el puchero de cadera subió a 0,60 y el lomo a un peso. El carnicero don Nolasco Cejas ya no da de yapa el bofe para los perros y al chipá lo vende como a la pulpa.

Parecería que la atmósfera de penuria colectiva debiera restringir las manifestaciones del espíritu público, pero no resulta así.

En Las Tijeretas nunca anduvo más activa la iniciativa social en procura de sanas diversiones.

Los Coroneles han puesto en boga el deporte de la pesca con caña, red y anzuelo, y al río se va casi todo el pueblo en masa. A lo largo de la ribera se forman grupos pintorescos, separados de acuerdo con las respectivas categorías.

Bajo de un quebracho achaparrado está la familia hegemónica. Don Juan de las Tijeretas, respaldado en un árbol, pulsa la vihuela, echando al aire las notas de su bien timbrada voz. Le canta a la ecuyere Vanda, del «Circo los Cuatro Vientos». Dicen que está perdidamente enamorado de ella.

Misia Felicitas, asistida por sus niñas Mónica y Pantaleona, fiscaliza severamente la línea que atiende el tape de la casa, Desiderio, y archiva en una canasta vivitas y coleando, las sardinetas que salen del agua. Tiene la senecta matrona un aire de dignidad que inspira gran respeto.

En su canoa Donato Almirón se va río abajo con su novia Macedonia. A veces se pierden de vista en un recodo y hay que chiflarles.

En otros grupos se reparten las gentes de menor jerarquía social: las entenas de don Amaro, los Patiño, los Gamboa, los Valquinta...

A cada rato es necesario espantar un cuzco que hociquea en los tarritos donde se guarda el cebo para la pesca.

—¡Cuidá los gusanos, Pantaleona! —grita misia Felicitas.

La muchacha despega del pasto sus nalgas prominentes, quita los ojos de Pablo y Virginia que está leyendo, se incorpora y le hace retumbar las costillas de una patada al pichicho dañino.

Gumersindo Coronel y la viuda doña Gualberta de Verón se tumban a la bartola un poco más allá para poder hablar tranquilos. Parecen Júpiter y Antiope del cuadro de Watteau. A falta de un gran pintor que copie las escenas de estas «diversiones campestres», el menor de los Bustamante, muchacho muy atrevido, saca instantáneas con su Kodak.

Liborio Albarracín está siempre solo como un leproso. Es que nadie quiere tener tratos con él por sus malos antecedentes. Pero al viejo no se le importa un pito de esa repulsa unánime; tiende su línea y adormilado espera que los candidatos piquen, mientras el fuego del charuto le chamusca los bigotazos. Alguna vez se le ha oído refunfunar y decir que todos sus convecinos son unos desagradecidos, pero su costumbre es estarse callado. Los otros días pescó un amarillo grandote, lo cual por ser muy raro, desencadenó una protesta general. Misia Felicitas no puede comprender cómo Dios ayuda a esta clase de gente.

Las reuniones pastoriles dan nutrido material informativo a los cronistas orales de Las Tijeretas, y así, por ejemplo, ya se sabe que el casamiento de Macedonia Coronel es una fija para corta fecha, del mismo modo que el de doña Gualberta con Gumersindo. Tal vez las dos bodas se realicen el mismo día porque ese es el deseo de las familias.

## VII

El «Circo los Cuatro Vientos» está de bote en bote.

La compañía se despide con la última función que es de gala y a beneficio de Vanda, la ecuyere. Se ven muchas caras desconocidas, porque han venido gentes de todas partes: de Choya, de Cañada de los Teros, de Cuerno Quemado y de Palo Torcido.

Mientras los zanahorias dan tensión a los alambres de los aparejos acrobáticos y la banda toca una mazurka, todas las miradas convergen hacia el palco número uno que ocupan los Navarretes de Salabina. Las sillas de este palco son las únicas que tienen fundas de coco.

Don Loreto Coronel conversa con sus suegros, una pareja de viejos muy simpática. Por las trazas se advierte que son personas acomodadas estos forasteros. Don Pedro Regalado Navarrete, bigote y mosca blancos, usa cuello duro militar, y en la corbata tiene una cabeza de perro de oro con ojos de piedritas coloradas. A misia Restituta de Navarrete le da tres vueltas al cuello un abalorio de cuentas verdes, desborda en cascada sobre el seno opulento y va a perderse en las

rodillas. En el palco siguiente están misia Felicitas, Donia y su novio Donato, Pantaleona y Mónica, algo apretados.

El número tres lo ocupa Sinforoso con su mujer Rufina, doña Gualberta y Gumersindo. Los Patiños, los Gamboa, los Valquinta y las entenadas de don Amaro se han acoplado en la última ringlera del paraíso, casi tocando las lonas con las cabezas.

Rufina está muy orgullosa de la elegancia y la robustez de su marido y se hace lenguas de la salud inalterable del hombre.

—¡Es como un reloj! —dice la cariñosa señora.

—Y era el más delicado de todos —informa misia Felicitas—. Lo criamos con leche de cabra.

Sinforoso escucha sonriendo los elogios.

Hay en el circo muchos individuos groseros que entretienen su impaciencia, profiriendo dicharachos e insolencias.

—¡Qué gente guasa, che Pedro Regalado! —prorrumpe a cada rato misia Restituta, dando curso a su indignación.

Cerca del portillo del redondel por donde penetran los acróbatas al picadero, don Juan de las Tijeretas avizora nervioso desde su platea, la inminente aparición de la danzarina ecuestre. Cesa la música y al rato sale la estrella llevando de la brida un frisón blanco. Su primer saludo es para don Juan; luego hace unas graciosas reverencias y salta a la grupa casi cuadrada del equino gordo y manso que empieza a galopar estimulado por el látigo del director de pista. Los cobres musicales producen ahora una melodía lánguida a cuyo ritmo la amazona realiza sobre el anca del animal riesgosas contorsiones, saltos y cabriolas.

La señorita Vanda es rubia, alta y gruesa; posee unos bíceps de boxeador y una montaña de tejidos musculares que nace de las curvas dorsales y quiere reventar dentro de un satinado calzón carmesí, tan prieto como la malla color carne que ciñe sus pantorrillas opíparas.

Cada vez que pasa la ecuyere frente a don Juan de las Tijeretas, dibuja con una pierna un ángulo de ciento veinte grados, expide un gritito y le tira un beso. Don Juan, arrebatado por el entusiasmo, se despelleja las palmas, batiéndolas. Chasquea el látigo y el caballo se detiene. Vanda sentada sobre el lomo, con las piernas caídas, deja que el bruto alivie su fatiga desalojando enormes boñigas que un zanahoria se apresura a recoger con una pala. El tony pellizca las piernas de la artista y se lame las yemas de los dedos, como si hubiera recogido en ellas el azúcar de un pastelillo. Don Juan sufre un poco con este detalle.

Todo el mundo ríe ruidosamente, menos los Navarretes de Salabina. Misia Restituta descarga un fuerte abanicazo sobre el muslo de su marido y protesta:

—¡Uff! ¡Qué indecencias, che, Pedro Regalado!



## VIII

Han tenido gran éxito los dos números sensacionales del programa. El hijo del Imperio del Sol Naciente se tragó las hojas del Albacete, como si fueran espárragos, y el hombre salamandra despidió fuego por los cuatro flancos. Ahora el público espera la llegada del Hércules teutón que izará con una sola mano las dos bolas de hierro. Ahí están en el medio de la pista las voluminosas esferas macizas, unidas por un gordo travesaño cilíndrico. No es un camoufflage, porque algunos individuos del paraíso han intentado levantar las pesas con cuatro manos, sin conseguirlo. Pero el alemán no aparece y en su lugar, se presenta el patrón del Coliseo, anunciando un contratiempo: el gigante se ha sentido repentinamente indispuerto a causa de haber comido una ensalada de pepinos, y no podrá trabajar. Se dará en reemplazo de ese número una divertida pantomima. Gritos, vociferaciones, golpes de garrotes sobre las tablas atestiguan que el público no está conforme.

Entonces ocurre algo realmente insólito. Don Juan de las Tijeretas abandona su platea, impone silencio al público y advierte que él va a substituir al atleta enfermo, demostrando la pujanza del músculo criollo. Y sin esperar que el auditorio se reponga de su asombro, se quita el saco, lo arroja al suelo y empieza a arremangarse la camisa.

—¡Juan! —clama Macedonia despavorida.

—¡Un Coronel dando este espectáculo! —gime misia Felicitas—. ¡Pero hijo!

—¡Qué vergüenza, che Pedro Regalado! —barbota la señora de Navarrete—. ¡Lo que van a decir de nosotros en Salabina!

Hasta Sinforoso impreca contra el informal miembro de la familia, azuzado por Rufina que quiere echar fuera del palco a su hombre-reloj para que impida a Juan cubrir de ridículo a la estirpe.

Pero el público está encantado y quiere ver la hazaña. Don Juan de las Tijeretas no vacila. Va derecho a la barra, la toma con su diestra y levanta el pesado armatoste por encima de su bella cabeza. Y así, sin dar muestras del menor cansancio, recorre todo el redondel, vuelve al punto de partida y arroja las esferas que al caer hacen retemblar el suelo.

El circo se viene abajo en un homenaje desbordante al fortacho. Don Juan se inclina para agradecer, y en este momento el tony que está detrás suyo le aplica un recio puntapié en las posaderas, como acostumbra a hacerlo con el alemán. Don Juan de las Tijeretas, que ha estado a punto de caer, procura sonreír, pero no puede. Lo invade la sensación del ridículo, oye el clamor de la avergonzada familia y las risotadas de la gentualla, ve a Vanda misma sonreír y no puede contenerse. Gira sobre sus talones, cierra el puño y lo descarga sobre la cara del agresor. El tony se desploma enterrando la facha pintarrajeada en el aserrín de la pista.

Entonces el comisario Retamoso, seguido del sargento Pedernera y una gran

masa de público, salta al picadero. La confusión es enorme. Se oyen voces:

—¡Lo ha matado!

—¡No, está desmayado nomás!

—Ya despertó... no es nada...

Afuera del circo se escucha un fragor ronco y atronador, como si volaran a escasa altura cien aeroplanos. Es el «Chevrolet» de Sinforoso que se lleva a los Coroneles y Navarretes, llenos de vergüenza y con la dignidad familiar hecha girones...

## IX

Han pasado algunos meses. El ritmo de la vida es siempre el mismo en Las Tijeretetas. La plaza comercial no da la menor señal de reacción. Un cielo inexorable se obstina en no permitir que lo empañe la menor nubecilla promisoría para los campos de la comarca donde muge, enteco, el ganado de cornamenta cervical. Los aljibes no dan ya a los baldes que escarban sus fondos más que un poco de greda húmeda, y los esqueletos de las ranas son los únicos vestigios de la lejana y última lluvia bienhechora. El río mismo arrastra un mísero caudal de agua turbia y no larga ni por milagro un escuálido pijote. Benmergui y Barruquel hablan de trasladar el negocio a Palo Torcido y el «Tome y Traiga» lleva la existencia lánguida de un organismo próximo a extinguirse. Pero, a pesar de todo, el pueblo conserva su fisonomía risueña y jovial. Los Coroneles desde el infausto suceso del «Circo los cuatro vientos» han perdido el control hegemónico de la sociedad y todo hace creer que no volverán a levantar cabeza en Las Tijeretetas. Ahora son, alternativamente, los Patiños y los Gamboas quienes llevan la batuta y dan las normas del buen tono.

Don Juan remató su descabellada aventura del picadero, casándose con Vanda, por las dos partes, en los precisos momentos en que empezaba a aclarar en el campo político y todo lo señalaba para ocupar la vacante dejada por Retamoso. ¡Pobre comisario! La octava de Carnaval, mientras estallaban en los tamangos de Judas los primeros cartuchos de pólvora, le partieron la espalda de una puñalada alevosa. Hizo ¡puaff! y cayó entre unos yuyos. En la confusión no pudo saberse quién le pegó, pero todas las sospechas recayeron sobre Liborio Albarracín. Desgraciadamente, a este no se le pudo probar nada.

Macedonia Coronel se casó, a fines de marzo, cuando empezaban a caer las primeras hojas de los paraísos con Donato Almirón, y en agosto del mismo año tuvo dos robustos varoncitos. Uno se llama Caracciolo y el otro Expedito. Los mellizos son unas monadas. La maternidad le ha comunicado a la excelente muchacha nuevas modalidades. Donia es ahora una señora muy de su casa, habla poco, no se da casi con nadie, y cuando le recuerdan aquella inocente cos-

tumbre que tenía de anotar los esponsales y natalicios, reconoce que fue una tonta perdiendo su tiempo de manera tan lastimosa. Por lo demás, la teoría de la fuerza del clima ha recibido centenares de testimonios rotundos que hacen imposible el simple ensayo de cualquier divergencia. El mismo doctor Filemón Gallo se avergüenza de haber distraído sus luces científicas en el estudio de un fenómeno tan vulgar y ha roto más de cien historias clínicas completas.

Pero si no existen cuestiones sociales o familiares, en cambio la fatalidad ha tendido sobre Las Tijeretas un velo de pesar público que tardará mucho en disiparse.

Un día llegó al pueblo la terrible nueva del fallecimiento de don Loreto Coronel, cundiendo con la velocidad del rayo.

—¡Ha muerto don Loreto! —clamaron por calles, ranchos, mansiones y boliches.

Misia Gualberta de Verón, a pesar de que está gruesa y poco presentable con los paños que le han salido, dirigió el novenario.

Era un espectáculo sensible ver a los vecinos afligidos pedir informes.

Don Loreto, casi curado de su esofagitis, venía de Buenos Aires cuando le dio un ataque en el tren. El guarda, al ir a pedirle el boleto, lo encontró duro, reclinado en el asiento, con una libretita de apuntes en una mano y un lápiz en la otra.

Todo hace creer que en el momento en que la Parca traidora e inexorable lo sorprendió, don Loreto se disponía a registrar en su carnet, alguna de las variadas alternativas porque pasaba su dolencia.

Es una lástima que los habitantes de Las Tijeretas no hayan podido conocer los últimos pensamientos del gran hombre que fue una Biblia de benevolencia para el prójimo y el más servicial de los caballeros.

Pero, en fin, ¡qué se va a hacer!... Es el camino que todos tenemos que seguir...

## EL SUCESORIO DE VERGARA

Al doctor Salustio Cardoso lo sacudió fuertemente de un brazo su mujer. Habituaba ella a despertarlo de maneras más suaves hasta cuando, luchando con la pereza del letrado, debía repetir los llamados.

—¡Ha muerto Vergara!

Cardoso se sacó de la boca con los enveses de los pulgares algunos pelos del nutrido bigote, y tartajeó, maquinalmente, el nombre del extinto, bostezando.

—Vergara, el millonario —dijo ella—. La familia te manda llamar.

El abogado gordo, mofletudo y ya algo viejo quitó la panza de las cobijas y se sentó en la cama, con los ojos llenos de pitañas. Las palabras de su compañera le habían hecho una música agradable en las orejas. Vergara era uno de los primeros contribuyentes de la Provincia. Campos, una chorrera de casas y conventillos, plata en todos los bancos. Estaba podrido en oro... ¿Para qué lo llamarían si no para confiarle la testamentaria, puesto que no había tenido mayores relaciones con el difunto ni con los deudos?

—Levántate Salustio —urgió la señora. No se hizo rogar y empezó a ponerse las medias. Cuando iba a embutir las piernas en los pantalones leonados se detuvo. Para una visita como la que iba a hacer, se imponía el terno de paño negro.

—Deberías ir de levita.

—¿Te parece, Clodomira?

Momentos después, vestido con la prenda fúnebre y tocado con una galera lustrosa reclamó cinco pesos para el taxímetro. Clodomira se los dio amenazándolo con un dedo.

—Traeme a la vuelta unas empanaditas de «Los Dos Chinos».

En el zaguán el cartero le puso en las manos un aviso de vencimiento que guardó suspirando.

Los Vergara vivían lejos y mientras el automóvil que lo conducía zigzagueaba en la congestión de la calle San Martín, el doctor Cardoso pensaba. Pensaba en la buena ocurrencia de morirse que había tenido el millonario, un viejo tacaño que jamás hiciera el más mínimo favor al prójimo. Se lo representó, como lo

conociera en vida: flaco, encorvado, de gafas ahumadas con rejilla y blandiendo un garrote de guinda.

—El hijo sabrá gastar mejor los pesos —dijo para su capote el curial, sintiendo que en la reflexión ponía algo de encono.

El medidor marcaba dos pesos y medio, al detenerse el coche frente a la casa mortuoria. Cardoso pagó y quedose un ratito en la vereda, escuchando unos gritos que partían del interior. El muerto se llamaba Toribio y ese era el nombre que sonaba a cada instante entre ayes lastimeros, con un acento desgarrado que hacía daño.

El abogado estiró los faldones de la levita, aplastó sobre el pecho la corbata Palmerstón y empujó, destocado, la puerta.

—¡No han traído más que los candeleros!... ¿Y el catafalco? —preguntó autoritaria una mujer con los párpados enrojecidos y la nariz húmeda.

—Soy el doctor Salustio Cardoso —contestó este en tono severo.

—¡Ah! Disculpe, señor. —Y la dama reclinó la cabeza en el antebrazo del hombre, satisfecha de hacer compartir el duelo de la casa al primer amigo que llegaba. Después se lo llevó adentro, lo hizo recorrer varias habitaciones y lo introdujo en la alcoba donde Vergara había exhalado su último suspiro.

Don Toribio cubierto hasta la barbilla por una sábana yacía en el lecho de dos plazas, amarillo y con las mejillas hundidas como si estuviera chupando un caramelo. Le habían cerrado la boca con un lienzo que le circuía la cara y se anudaba sobre la cabeza, entre un remolino de cabellos verdosos, formando cuernos con las puntas. Uno de los ojos del difunto resistía a la presión de los dedos de la viuda, empeñada en clausurarlo.

—Salí, mamá, te va a hacer mal —suplicaba el hijo de Vergara en cuyo rostro, casi imberbe, no se reflejaba sufrimiento alguno. Al fin, con un esfuerzo la apartó del lecho. La señora dio unos pasos. Le flaqueaban las fuerzas y estuvo a punto de caer. Cardoso la atrajo hacia sí y ella se le echó en los brazos sollozando. El abogado, sin saber qué hacer ni que frases hallar para calmarla, se puso a darle palmaditas en la paletilla como quien hace dormir un bebé. Unas mujeres se la llevaron y Cardoso, relevado de su piadosa tarea, intentó salir al patio, ávido de aire puro. Pero en ese momento dos empleados de la funeraria entraron con el féretro y tuvo que retroceder.

—Si usted fuera tan amable, caballero que me ayudara a colocar a papá en el ataúd... No quisiera que lo tocaran manos mercenarias —articuló con voz piana el hijo del millonario.

—¡Cómo no! Con mucho gusto. —El hombre de ley que en su fuero interno reclamaba contra tal impertinencia, descubrió el cuerpo de Vergara e hizo pasar una manga de la levita entre el colchón y las pantorrillas rígidas del difunto mientras con la otra ahuecaba el lecho buscando la zona de los riñones. El muchacho tomó al autor de sus días de las axilas. En seguida, sin tropiezos, lo

colocaron en la caja. Al incorporarse, una arista del herraje abrió un siete en la levita del doctor, y este, insensiblemente, dirigió una mirada rencorosa al ojo rebelde del cadáver que parecía realizar un guiño burlesco.

En el patio consultó Cardoso su reloj. Eran las 9. A las 10 tenía una audiencia en los tribunales. Si no asistía iban a fallar en rebeldía. Se puso nervioso. Ya era hora de hablar sobre los asuntos del muerto, pero se le ocurrió indiscreta cualquier insinuación y tascó el freno. Llegaban visitantes y la mayor parte de ellos se dirigían a él pronunciando la frase sacramental: «Mi pésame sentido». A algunos informó sobre su falta de parentesco con el cadáver. Era un simple amigo; mas como las explicaciones se hacían largas y le fatigaban acabó por estrechar las manos que se le tendían, moviendo silenciosamente la cabeza, como un gran señor consternado.

El reloj marcó las diez y luego otra media hora. La audiencia estaba perdida y el cliente en el ahorcaperros... En fin, no era un gran asunto, y acaso con una incidencia levantara el desahucio legal. Su fuerte era la chicana. Lo que tenía entre manos iba a sacarlo de apuros... Eso era lo importante.

El hijo de Vergara se le aproximó a las 11 cuando ya la cabeza se le mareaba en la atmósfera viciada de la capilla ardiente.

—Yo quisiera hacerle un pedido —le dijo—. Me agradecería que hablase Vd. en el cementerio.

El doctor Cardoso hizo un gesto vacilante. La retórica era una actividad ajena a sus gustos y contraria a su capacidad.

—Pensaba formularle esa petición a nuestro abogado el doctor Cardona, pero es un hombre tan ocupado...

—¿El abogado de ustedes es el doctor Cardona? —inquirió sobresaltado Cardoso.

—Sí, señor. Esta mañana lo hicimos llamar para que arregle los asuntos de papá y me extraña que no haya venido todavía...

—Pero cómo, ¿no fui yo a quién hicieron llamar ustedes? —profirió Cardoso, en una exaltación que le hizo alzar la voz y llamar la atención de los circunstantes.

—No señor, no ha sido así... Se habrá equivocado el que llevó el mensaje, pues fui yo mismo quién se lo di... Y ahora caigo en la seguridad de una equivocación. Cardona y Cardoso... Ya, ya... Y los dos viven en calle San Jerónimo... Claro... Se explica todo... nombres parecidos...

El doctor Cardoso comprendió que allí no podría hacer una escena y salió de la cámara fúnebre seguido por el joven.

—¿De manera —dijo el heredero del millonario— que podré contar con Vd.?

—¿Para?

—El discurso.

Al abogado le vinieron deseos de pegarle.

—¡No! —contestó secamente. Y salió sin darle la mano.

Afuera se palpó nerviosamente la corbata y la encontró húmeda. La viuda de Vergara había volcado en ella el torrente de sus lágrimas. También tenía huellas frescas de ese mismo origen en diversas partes de la levita.

Clodomira lo esperaba con natural impaciencia. El negocio de la testamentaria gorda abría horizontes inconmensurables a sus aspiraciones de mujer amiga del confort y de la buena vida.

—¿Y las empanaditas? —fue lo primero que dijo.

Cardoso sin contestar se quitó la hopalanda fúnebre y la arrojó a un rincón. Después ordenó:

—Andá, arreglame el baño. —Y como ella, sorprendida y alarmada ante las actitudes de su marido, inquiriese los motivos de su disgusto, el doctor exclamó airado:

—¡Viejo cochino!

## NUESTROS PADRES

### I

Pablo Mastronardo, hijo único, era a los veinte años de edad una carga pesada para la pobre familia. Su padre, D. Cayetano, remendón que oficiaba de sereno en el ferrocarril, tronaba de vez en cuando contra la inercia del heredero. No podía comprender cómo de un hombre laborioso, ejemplo de sobriedad y buenas costumbres, había salido aquel muchacho haragán, que se lo pasaba en el café o garrapateando papeluchos.

Pero su mujer, Dña. Visitación, apagaba las monsergas del honrado napolitano echando sobre el Vesubio de su verbo pintoresco la sedante musiquita de su tonada santiagueña.

—Tené pacencia, Tanito. El chico no es de nuestra laya, ¿sabés? Dejalo, que ya nos ayudará con el tiempo.

Estaba la excelente criolla orgullosa de su Pablito, a quien llenaban de alabanzas las gentes capaces de la ciudad. Ella, con un granillo de entendimiento más que su marido, advertía lo injusto de querer lanzarlo a un empleo cualquiera. ¿Su hijo cobrador de las aguas corrientes? Eso no iba a ocurrir mientras viviera su madre. No existían, tampoco, apremios que hicieran indispensable la ayuda del mozo, ni era prudente fatigar su complexión delicada. Con techo propio, adquirido a fuerza de economías cruentas, el matrimonio podía mirar tranquilo el porvenir.

D. Cayetano se dejaba convencer fácilmente. Se hubiera podido sospechar que sus protestas no tenían otro objeto que el de oír elogiar al unigénito. Sus anhelos de supervivencia en el vástago, a quién vio, alguna vez, cerrando los ojos, convertido en el primer vendedor de calzado de la ciudad, eran irrealizables.

El propietario del almacén «La Buena Medida», don Miguel Martínez, considerábase obligado a pronunciar, a veces, algunas palabras admonitivas al amparo de la amistad:



—Hace usted mal, Sr. Mastronardo, en estimular el ocio del muchacho. Los hijos deben conocer la mano de los padres. Y no se haga usted ilusiones: las letras no dan a la postre más que hambre y miseria.

Pero el sereno, como si lo incitaran a la comisión de un crimen, meneaba la cabeza. Jamás tendría valor para poner un dedo sobre Palucha, como lo llamaba. Además no había razones que aconsejaran el empleo de la violencia. Pablo Mastronardo era un joven correcto y sin vicios, que cuando no estaba engolfado en la lectura, daba conferencias en las bibliotecas gremiales en defensa de las clases oprimidas. Cierto que algunas de sus ideas chocaban abiertamente con las del matrimonio, pero eso no tenía mayor importancia.

La naturaleza endeble del joven exigía cuidados solícitos. Sus largas vigiliassobre los libros y las frecuentes salidas nocturnas para cumplir con los menesteres de la propaganda ideológica le estropeaban la salud. El médico ordenó un programa de alimentación especial: buenas carnes jugosas, hortalizas elegidas, yemas de huevo al Oporto, amén de caras emulsiones estimulantes.

El remendón hizo mentalmente la cuenta de los tacos que tendría que enderezar para combatir la anemia de Palucha, y se sintió desfallecer. Su sueldo, sumado a lo que rendía esa actividad subsidiaria, no alcanzaba para tanto.

Dña. Visitación vino a sacarlo de la zozobra.

—No te aflijás, Tanito, que la Virgen de las Mercedes no nos abandonará.

Desde el día siguiente ella empezó a salir muy temprano para trabajar a destajo en casas ajenas. Regresaba a la noche rendida por el cansancio, pero contenta al desenvolver frente a la mesita del zapatero, que la contemplaba con los ojos barnizados por la emoción, exquisitos manjares destinados a detener el raquitismo del luchador. Porque Pablo, aunque no mostrase el menor interés en develar el secreto de tan extraordinarios dispendios familiares, era un hombre de acción en quién se perfilaba ya la vigorosa personalidad del futuro conductor de muchedumbres. Sus cuentos y artículos polémicos desataban en la ciudad comentarios vivaces y apasionados, pero siempre elogiosos. Unos lo comparaban a Dostoyewsky, otros creían descubrir en su estilo la manera de Gorki, mejorada con nuevos y originales matices.

Los cónyuges, después de engullir en la cocina, pasaban a la habitación del intelectual para verlo comer en una tabla cubierta por blanquísimo lienzo. Cuando el muchacho mostraba apetito, ellos se sentían felices. Pablo, absorbido por la lectura de un libro que tenía siempre abierto sobre el mantel, masticaba sin mirarlos. A veces un párrafo interesante del volumen le animaba el rostro y le hacía dar golpecitos sobre la mesa con el puño cerrado.

El sereno, satisfecho, cogía su garrote y su linterna para marchar al trabajo. Ella quedaba en actitud de adoración silenciosa frente al pensador, sin atreverse a pronunciar una palabra por miedo de molestarlo.

En las noches muy frías, al menor golpecito de tos del muchacho despertaba

sobresaltada Dña. Visitación, y antes de que volviera a repetirse el síntoma alarmante corría a reforzarle las ropas de la cama, aligerando la suya.

## II

En la peña del Cit Turín, cafetucho de parroquia heterogénea frecuentemente animada por el concurso de tosca gente marina, era Pablo Mastronardo un personaje notorio. Bajo su fieltro aludo se desparramaban indóciles unas guedejas de cabellos rubios que daban al rostro largo y afilado un aspecto mesiánico. Allí iban a escuchar el verbo ceñido pero edificante del joven pendolario a quien todos daban, sin alterarlo, el título de maestro, individuos de ideologías más o menos semejantes. Eran infaltables asistentes al mentidero el zambo Robledo, el profesor de calistenia Pérez Tolosa y el acquarelista triestino Bonavera. Robledo, sucio y desaliñado, hacía gala de una cultura enciclopédica y de una habilidad de vulpeja para componer los conflictos que le creaba su devoción incondicional al hijo del zapatero. Demasiado altivo para someterse a las tiranías jerárquicas, por tolerables que fuesen, carecía de ocupación estable, a pesar de que lo dominaba todo: la crónica, el comentario, la crítica de arte y los deportes. Tenía rasgos de franqueza que le hacían simpático. Por un tiempo había practicado el chantaje. Ahora, maduro y lleno de experiencia, abominaba de esa industria vitanda, atrayendo sobre su chalina percurdida e hilachosa las miradas de los proletarios.

—Todos tenemos que arrepentirnos de algo malo —plañía con una voz de somormujo Bonavera. Lo escuchaban con agrado porque era un interesante repertorio de anécdotas mundiales. Había combatido en la gran guerra y la metralla le ahuecó en las llanuras del Trentino la mitad de la cara, llevándole todos los huesos. Después, desvanecidos con la filosofía amarga de la postcontienda sus patrióticos ensueños de redención, gustó, como tantos otros rebeldes, el repugnante aceite de ricino de la dictadura...

—Lejos de vituperar esas crisis de la civilización, debemos celebrarlas —interrumpía Pérez Tolosa—. Nos han traído grandes enseñanzas. ¿No ha evolucionado el pensamiento hacia nuevas formas de belleza en el campo del arte y de las letras bajo el horror de la hecatombe?

El profesor de calistenia no era persona muy grata a la barra intelectual del Cit Turín. Su costumbre de romper las unanimidades del terceto con discrepancias absurdas le enajenaba las simpatías de sus cofrades. Además, no podía perdonársele a un maestrillo ciruela, que apenas lo era de ejercicios físicos, según decía Robledo, el lujo de tener opiniones personales.

Pablo Mastronardo, que no lo quería, pero que tampoco se animaba a provocar una baja en su círculo rompiendo violentamente con él, tomó la palabra:

—Nosotros no hemos adelantado gran cosa. Nuestra literatura, hoy como

ayer, se arrastra en el campo de un nacionalismo vacuo y estéril, sin vigor para captar el hábito de las grandes ideas que orientan al mundo. Folklorismo, chiste, manida trama pasional y filosofía barata absorben a nuestros escritores. Un falso pudor, por otra parte, les impide penetrar en el crudo realismo de la vida y descubrir valientemente sus lacras y miserias...

—No tienes razón —replicó Pérez Tolosa, con acento irónico. Este país joven carece de panoramas accesibles al genio literario. En una tierra con capacidad para albergar cien millones de habitantes, que apenas posee diez, donde todos comen más o menos bien, y donde, claro está, no se producen convulsiones sociales, como no sean las que originan los que vienen de afuera, llenos de hambre y de odio, ¿qué han de hacer los literatos si no es pulir la prosa y afinar el ingenio para decir cosas reideras y livianas en buen romance?...

—¡El dolor existe en todo el universo! —protestó enérgicamente Mastronardo.

—Conforme, pero el nuestro, dolorcillo de dentición, no ha menester aun de Gorkis, Korolenkos, Andreiews y Panait Istratis que lo exageren.

—Eso no es argumentar —terció el zambo Robledo—. Es cierto que carecemos de escenografía trágica, que no tenemos todavía, desgraciadamente, miseria racial como los rusos, pero...

El profesor de calistenia le ahogó el discurso:

—¡Bah! ¡Siempre con los rusos! Y lo que más nos agrada de ellos, al fin y al cabo, son los materiales de construcción: estepas, nieve, lobos, pelerinas, vodka, samovares y esos bonitos apellidos que acaban en owna, en ich, en off y en ieff... No sé lo que resultaría nuestro Juan Moreira vertido a la lengua de Tolstoi, pero se me ocurre que si la mujer del gaucho malo, en vez de llamarse Vicenta, hubiera llegado hasta nosotros con las dulces gracias de Matcha Peodorowna...

—Hablas como un imbécil —gritó irritado Mastronardo. Pero en el fondo de su espíritu luchaba por triunfar la verdad que surgía de la disparatada perorata de su amigo, hiriéndolo. Su personalidad literaria se formaba de una servil devoción a los modelos extraños al medio en que él actuaba. Los dos libritos que había compuesto —himnos al dolor de los humildes y de protesta contra las injusticias sociales— no eran sino manifestaciones violentas de una sensibilidad artística excitada por la obra ajena. Podrían haberse publicado en Varsovia o en Moscú sin ser extranjeros allí.

—Para pintar bellamente la vida, tal como es: fea, triste y cruel, preciso es haberla vivido —martillaba, implacable, Pérez Tolosa—. Esa ventaja tienen los miserables hijos del pueblo que conocieron las torturas del hambre, los golpes y las humillaciones, hasta llegar al pontificado de las letras.

En aquella pequeña capital de provincia, Mastronardo acabó por no hallar suficiente atmósfera para su talento. Ya había especulado con todos los elementos del cuadro lugareño: huelgas sin sangre, desórdenes estudiantiles, vicios y taras de la patriarcal sociedad burguesa. La idea de un gran teatro de experimenta-

ción, de una cosmópolis bullente, que lo absorbiera, mezclándolo en su torbellino, lo sedujo, y ya no tuvo otro anhelo que el de emigrar. Pero un acontecimiento deplorable obligólo a refrenar sus deseos y aplazar el proyecto. Una noche, mientras don Cayetano rondaba por la playa de maniobras de la estación, fue tomado por una locomotora, que le astilló una pierna. Se hizo necesario amputársela. La empresa le concedió el retiro y una indemnización por el accidente. Desgracia con suerte porque, una vez restablecido, el lisiado pudo entregarse de lleno a sus tareas de remendón.

Y tres meses más tarde Pablo Mastronardo, bien equipado y llevando en la cartera el fruto íntegro de la sangría paterna, partió para Buenos Aires. El escritor, pálido, pero sereno, vio, al arrancar el convoy del andén, correr por las mejillas apergaminadas de la autora de sus días dos hilos líquidos, mientras el papá, firmemente plantado sobre su redonda jamba de pinotea, sacaba de sus canosos mostachos un beso de despedida.

### III

Pasó algún tiempo antes de que el hijo emigrante diera al matrimonio noticias directas de su nueva existencia en la metrópoli. En las cartas que escribía al zambo Robledo y al acuarelista Bonavera había siempre postdatados recuerdos para los «pobres viejos». No se comunicaba con ellos por falta de tiempo y porque no lograría hacerse entender. Estaba bien, trabajaba con gusto e iba ensanchando el círculo de sus relaciones. Las perspectivas para su labor literaria eran excelentes. Una de las más importantes «Pravdas» de Leningrado había reproducido un cuento suyo, y ahora la editorial «Fulgor», que estaba realizando un gran negocio con sus ediciones económicas, acababa de aceptarles los originales de un libro recién terminado. Se llamaría Mala ralea.

Al artista irredento le confiaba un secreto sentimental. No había podido resistir al clamor bíblico: «¡Ay del hombre que está solo!», y lo acompañaba una mala mujer, pescada en el arroyo. «No te alarmes —aclaraba— ya no es mala; al contrario: es buenísima. Con el barro se hacen obras de arte, y yo aspiro a convertir este puñadito de cieno en un cántaro samaritano. Tenía por nombre una ironía sangrienta: se llamaba Pura. La he rebautizado, y ahora se llama Vándala. Al primer hijo que me dé, le pondré Tunante, y si otro le sigue, cargará con la bonita gracia de Pillete. ¿Comprendes? Pillete y Tunante serán dos hombres libres que harán sonrojar a muchos Ángeles y Perfectos del santoral burgués».

Al fin escribió a los viejos quejándose amargamente de las inclemencias del invierno porteño y de la falta de un gabán para soportarlo.

Doña Visitación alzó adolorida los brazos al techo. Don Cayetano dejó de cerotear el hilo, rascándose la barba con sus embetunadas uñas.

El escritor deslizaba en su misiva una alusión patética al amasijo del hogar lejano. ¡Cómo extrañaba, a la hora del mate, aquellas ricas tortas santiagueñas leudadas con chicharrones! Allá no era posible conseguirlas ni de encargo. Pero que eso no fuera motivo de ninguna preocupación, ni de tomarse trabajo.

Una semana después el matrimonio despachó por encomienda a Buenos Aires un abrigo para soportar las inclemencias de Siberia, junto con varias golosinas de fabricación casera. «Cualquier cosa que te haga falta, hijito, pedila no más», decía Dña. Visitación en una carta desbordante de cariño y faltas ortográficas.

De lo que guardose bien de hablar la buena mujer era de los aprietos en que al hogar puso aquel oneroso envío. Para pagar al sastre, el sereno jubilado tuvo que vender a un prestamista de alma levantina dos meses de su pensión. El negocio importaba para D. Cayetano la privación por tiempo indeterminado del vaso de vino de las comidas y del combustible para la pipa. En cambio, lo contento que se iba a poner Palucha con el flamante sobretodo y los bollos de mistol.

#### IV

En la peña del Cit Turín pontificaba ahora, heredero legítimo de Mastronardo, el combatiente de la mandíbula desbaratada. Ausente aquel, el profesor de callistenia Pérez Tolosa ya no disimulaba su franca oposición a la literatura del jefe y le roía sin piedad los zancajos.

—Escribe como Gorki —expresaba entusiasmado Bonavera, después de leer enfáticamente un párrafo en que Pablo describía con plumadas vigorosas un cuchitril del que se enseñoreaba el hambre y la tuberculosis.

—Snobismo literario... Imitación —interrumpía el pedagogo—. Con un adarme de habilidad cualquiera hace lo mismo. Pero advierta usted cómo la escenografía moscovita transportada desde Nijni Novgorod, a Nueva Pompeya, resulta algo tan exótico como si yo hiciera bailar a D. Segundo Sombra la kamarinskaya en la perspectiva Newsky...

—¡El arte toma de todos los teatros humanos sus elementos de vida y belleza! —vociferó el irredento—. Usted no entiende de esto... Esta es otra clase de gimnasia...

El zambo Robledo intervino para poner en paz a los hombres.

—La imitación no es ningún delito en literatura —dijo—. Anatole France hasta legítima el robo, liso y llano, a condición de que el plagiario o el ladrón de ajenos frutos ponga a lo robado el sello de su ingenio. Otra cosa es, claro, la copia fidedigna... el calco carbónico...

—Sí —masculló Pérez Tolosa—: algo hay que respetar del cercado vecino o lejano. También conviene esa valentía del escritor que consiste en mentir, falsificando miserias familiares para que el mundo exclame: «Ved a la gloria surgir de un estercolero»...

—No, usted entiende mal; escuche;... es que no siempre la realidad suministra los elementos necesarios para provocar el interés y la emoción, y entonces...

—Hay que inventar cosas espeluznantes y ridículas...

—Bueno —terminó colérico el acuarelista—: no cuente usted miserias; diga que nació en cuna de oro, que su infancia transcurrió a la sombra de un castillo gótico, que tuvo una novia de cabellos blondos y un hermoso perro danés que respondía al nombre de Tom, y... verá cómo sus admiradores forman legiones...

Pablo Mastronardo volvió a escribir a los viejos. La «Fulgor», procediendo con bastante informalidad, exigía ahora el pago de la edición antes de entregar los ejemplares del libro. ¿De dónde sacar quinientos pesos? Y no era cosa de malograr un éxito seguro, pues calculaba ganar dos mil. Cualquier sacrificio momentáneo que ellos hicieran para resolverle el problema tendría pronta compensación.

El zambo Robledo se encargó de explicar al aturullado matrimonio la sencillez y la ventaja de la operación. Verdad que resultaba enojoso y molesto gravar la casita con una hipoteca, pero como esta podría levantarse seis meses después, a lo sumo, el negocio no ofrecía riesgos.

Frente a la hornacina de la Virgen de las Mercedes y la milagrosa estampa de San Jenaro, la pareja capituló con los últimos escrúpulos y el prestamista guardó en su caja de caudales un nuevo documento con la firma del mutilado.

## V

La aparición del libro de Mastronardo en las vitrinas de las librerías fue un suceso para la ciudad. Mala ralea se vendía a docenas con el fuerte incentivo de su sabor local y el de la fácil individualización de casi todos los tipos protagónicos. En el sujeto central podía verse nítidamente al acuarelista Bonavera con su perfil deformado por el plomo de la carnicería mundial, y al maestro Pérez Tolosa castigado en sus veleidades de Aristarco con una idiotez incurable, que arrastraba por los jardines del Asilo de Mendigos.

El especiero don Miguel Martínez, propietario de «La Buena Medida», a quien el autor de Mala Ralea pintaba como a un usurero sin entrañas, entró furiosamente una noche en el tenducho del remendón. Don Cayetano tachonaba de clavitos la renovada suela de un coturno veterano. Doña Visitación movía las agujetas en la policroma urdimbre de un tejido calchaquí, que iría a proteger el cuello del unigénito.

Frente a los esposos el zambo Robledo halagaba el amor propio de ambos elogiando al hijo ilustre.

—No es que a mí me ofendan las ocurrencias del mequetrefe —barbotó el comerciante, casi sin saludar—. Todo el mundo me conoce, gracias a Dios... Yo seré un palurdo, señor Mastronardo, un bruto de los que ya no hay, si se quie-

re; pero insultar a los padres, ¡corcho!... ¿Han leído ustedes las tunantadas que contiene este infame libraco?

Y mostraba un ejemplar estrujado de Mala ralea.

Los viejos abrieron bocas tamañas.

—Hay que entender bien las cosas del arte —se atrevió a decir Robledo.

Don Miguel lo miró indignado.

—¡Las cosas del arte! Sí, sí... ¿Y va a decirme usted, ¡recorcho!, que estas charranadas son bellas ocurrencias artísticas?

Abrió el volumen bajo la luz del quinqué y, señalando en la página con el índice, leyó con voz de trueno: «Mi padre, que en su juventud había practicado todas las actividades púnicas, era un borracho consuetudinario. Por las calles de la ciudad lo seguían los muchachos vagabundos, arrojándole piedras y burlándose de su pierna de palo. Mi madre, idiotizada también por el alcohol, oficiaba de adivina. Echaba las cartas y vivía en continuas pendencias con la vecindad del falansterio. Ambos se enfurecían cuando una mala jornada me impedía llevarles algunos centavos para alimentar sus vicios, y me castigaban brutalmente hasta hacerme perder el conocimiento».

El especiero dejó de leer, escupió en el suelo y arrojó el libro.

—Ahí tiene usted, Sr. Mastronardo, los frutos de su debilidad criminal. El buen hijo le enrostra a usted los azotes que nunca tuvo valor para aplicarle. Ahora es tarde... ¡Chúpese usted, recorcho, la gloria de haber criado semejante cuervo!...

Se fue, batiendo con violencia la puerta del tenducho.

Don Cayetano voleó en su rugosa palma los clavitos que tenía en la boca y miró a su consorte con ojos de extravía.

La mujer estereotipaba en el rostro un asombro medroso. Al fin articuló con voz temblona:

—¿Pero es que Pablito ha escrito eso?

Robledo tajó con el filo de su mano sucia horizontalmente al aire, según era su costumbre cuando iba a explicar algo importante y dijo:

—Don Miguel no entiende de estas cosas... Todo es pura fantasía literaria... ¿saben?... Las novelas no pueden ser como las cosas verdaderas... Hay que inventar... decir que es blanco lo que es negro... desfigurarle y cambiarlo todo... ¿Comprenden?

—Eso es, eso es —asintió Dña. Visitación, como si las palabras del pendolario aflojaran el nudo de su inquietud.

El viejo Mastronardo tomó de la mesita la pipa vacía y se puso a chuparla como si estuviera encendida.

—Pero... los padres... hablar mal de los padres... insultar a los padres —balbució luego, en un tono que revelaba el esfuerzo de su inteligencia por comprender la conducta del heredero.

Robledo expidió una sonora carcajada.

—Pura fábula, cuento, D. Cayetano. ¿Y quién los conoce a ustedes? Vamos a ver. Nadie. ¿No comprenden que es una broma para... para hacer interesante el libro? Pablo los quiere mucho a ustedes, pero si el libro no es interesante no se vende... ¡Y hay que pagar la hipoteca!...

El acento jovial del hombre de letras contagió a la pareja. Marido y mujer se contemplaron un momento en una grave actitud de interrogación mutua, y luego, como si estuvieran ya completamente convencidos de que no existía el menor motivo para afligirse, acabaron por reír también.



## EL MICROBIO DE HANSEN

### I

Cuando se supo en San Javier que don Froilán Avendaño iba a casarse con la maestra Ormesinda Galván, la gente del pueblo empezó a comentar la novedad. Era una macana lo que pensaba hacer el vacudo puestero de Los Saladillos, treinta años mayor que la muchacha, y a quien no le hubieran faltado, ciertamente, candidatas más en armonía con su educación y sus costumbres sencillas. ¿Para qué cargar con esa «gata parida» que solo porque el padre había sido elector de gobernador, saludaba como de lástima a los conocidos?

—¡Pobre paisano! ¡No sabe lo que se pesca!—decían las colegas de Ormesinda, mordidas por la envidia y sobre todo aquellas en trance ya de vestir imágenes debido a la estupidez del género masculino.

Al que le iba a hacer cosquillas el notición era a Servando Palomeque, el encargado del bañadero garrapaticida que anduvo diez años de novio con la Galván, era ya como de la familia y un buen día sin que nadie supiera por qué, la dejó plantada. ¿Y quién no recordaba en San Javier aquel paseíto sospechoso que hizo Ormesinda hasta Empedrado y duró varios meses?

La viuda de Acosta que por rara casualidad asomaba siempre a la puerta de casa, con alivio de luto y una buena capa de harina en el moreno palmito, cada vez que pasaba el señor Avendaño al trote de su tordillo, no quiso acompañar a los murmuradores. Cada cual era dueño de hacer su gusto y si a don Froilán le gustaba la muchacha no había por qué meterse en sus negocios sentimentales. Naturalmente que la pareja era muy desigual. Eso estaba a la vista. A ella le agradaban las diversiones, el baile, los paseos y la relación con gentes distinguidas, mientras que a don Froilán, acostumbrado a vivir en el campo entre perros y guascas, sin permitirse otro recreo que el de una partida de truco, le iba a resultar dura la existencia pueblerina.

Pero, al fin y al cabo, en San Javier no era el primer caso de matrimonios desaparejos y allí, como en todas partes, abundaban los Trifones y Sisebutas.

—Lo malo es —decía la viuda, rematando su hipócrita discurso—, que el pobre Avendaño va a tener que matar el hambre a todos los Galván, que hasta ahora viven con el sueldo de la maestra.

Las murmuraciones no debieron llegar hasta el sujeto que inocentemente las desataba y si llegaron no hicieron la menor mella en Avendaño, pues este entregose de lleno a los preparativos de la boda y a organizar el nido.

Cuando se supo que le había comprado en diez mil pesos contantes y sonantes la propiedad al vasco Aldazoro, una linda casa de estilo moderno, recién construida, con mayólica en el zaguán, balcones volados y hasta el lujo de un cuarto de baño, los habladores soltaron todo el trapo. A don Froilán le estaban llenando de humo la cabeza los Galván y acabarían por fundirlo.

Y el día que el mueblero Guffanti puso en exhibición el atalaje del futuro «home», de Avendaño, el negocio se convirtió en una romería. Toda la población desfiló para ver los riquísimos juegos de dormitorio, comedor, sala y vestíbulo que iban a adornar la mansión del feliz matrimonio. No se había visto nada parecido hasta entonces, ni cuando se casó el Dr. Cerrillos de la Retama.

—Eso le ha de costar a don Froilán como cincuenta vacas —apuntó el meritorio de la policía, que era aficionado a las estadísticas.

Las acciones políticas de don Calixto Galván que estaban bastante flojas desde que entró a tallar en el Departamento el candidato don Juan Pedernera, criollo manirroto y muy bienquisto en las esferas oficiales de la Capital, experimentaron un pequeño repunte. Avendaño tenía plata y aunque nunca le había gustado meterse en política, arrastraba mucho en Romang y Los Saladillos, de manera que todo consistiría en que su futuro suegro aprovechara sus pesos y sus prestigios.

A Pedernera le entró un poco de desazón. Le tenía puesto el ojo a la senaduría próxima a vacar, considerándola pan comido, pues con excepción de los ciento cincuenta votos con que trabajaba por su cuenta el independiente Patiño, la mayoría del electorado se le rendiría fácilmente. Pero metiéndose Avendaño la cosa ya cambiaba de aspecto.

En la Jefatura Política hubo cabildeos entre el titular de la rama, el receptor de rentas y el juez de paz que cobraron extraordinaria animación al saberse que don Calixto Galván se había embarcado en la mensajería, con rumbo a Santa Fe. En la misma diligencia tomó asiento el señor Patiño. ¿Qué andarían tramando? El juez de paz estiró con el índice la piel sobre el pómulo derecho descubriendo el sanguinolento tejido de la órbita ocular.

Pedernera hizo que se acercaran al puestero de Los Saladillos algunos embozados emisarios suyos para explorarlo, pero Avendaño se hizo el desentendido, y a lo sumo se dignó corresponder a los preguntones con unas sonrisitas enigmáticas.

Tampoco se pudo sacar nada en limpio conversándolo al indio Ruiz, amigo íntimo de don Froilán.

—Yo no sé nada —dijo el autóctono—, pero si Avendaño se mete les va a dar qué hacer.

Desorientados los oficialistas, ya hablaban de dar una vueltita por la Casa Gris, cuando regresó el señor Galván en la misma diligencia que lo había llevado. Venía el hombre con un cargamento de cajas y envoltorios. Su viaje no había tenido otro objeto que el de adquirir el ajuar de la novia.

A Pedrera y sus parciales se les quitó un gran peso de encima y tanto se tranquilizaron que ninguno de ellos faltó, acompañando a sus familiares, a la misa blanca oficiada por la felicidad de Ormesinda Galván.

Una semana después se realizó el casamiento y el mismo día por la tarde la flamante pareja se embarcó en el «Venteveo» con rumbo a Santa Fe. De allí seguiría a Buenos Aires en viaje de placer.

Todo lo más representativo de San Javier fue al puerto a despedir al matrimonio Galván Avendaño.

En el atracadero mientras el «Venteveo» cargaba cueros y sacos de maní, damas y caballeros soslayaban miraditas picarescas hacia los cónyuges y sus radiantes familiares. Estaba interesante don Froilán metido en un terno negro de amplios pantalones, con la perilla cuidadosamente recortada y una gran corbata de resorte sobre la que brillaba el monograma macizo del alfiler.

El vapor dio una larga pitada y pronto todo el pasaje estuvo a bordo. Desatóronse las amarras, maniobró la tripulación y el «Venteveo» lentamente se alejó de la costa haciendo hervir café con leche bajo su pesada hélice.

Desde la orilla los que quedaban agitaban sus pañuelos saludando a los esposos que contestaban con los suyos parados en el castillito de popa.

Servando Palomeque también hacía tremolar en el aire su fino lienzo con guarda carmesí.

## II

La señora de Avendaño quiso seleccionar sus relaciones no solo para darse el lugar que le correspondía, de acuerdo con su holgada posición pecuniaria, sino que también para desquitarse de la gentecilla malévola que comentara burlonamente su casamiento con el viejo hacendado. Nada de trato con sus ex colegas de la Escuela Fiscal que le habían sacado el pellejo despiadadamente. Las tenía bien catalogadas a esas malas pécoras y bien claro les hizo saber la antipatía que les guardaba recibiendo fríamente a unas y haciéndose negar por la sirvienta a otras que fueron a visitarla cuando el matrimonio regresó de su viaje de bodas. Las desairadas comprendieron y se eliminaron de la manera más gallarda posible.

Con las que deseaba mantener vinculaciones regulares doña Ormesinda era con las señoras del jefe político, el receptor de rentas, el juez de paz y el estan-

ciero Mr. Mullady y sobre todo con doña Teótima de Pedernera, la esposa del caudillo departamental que se le había insinuado mucho en la kermesse a favor de los inundados.

Don Froilán Avendaño otorgó amplia aprobación al protocolo social de su consorte.

—Lo que vos hagás, hija, estará bien hecho —dijo por todo comentario.

A él no le interesaban esas cosas y si algunas violencias le había traído su cambio de estado eran las de tener que dar un rodeo para entrar en la casa por los fondos cuando llegaba del puesto ataviado a la criolla o la de quitarse sus prendas rurales y presentarse con rígido cuello almidonado en la sala para hacer número en casos inevitables.

Pero esas molestias cesaron pronto y en las tertulias del hogar acabó por ser una fórmula cortés lo de inquirir por la salud del dueño de casa.

Muy buena era la del señor Avendaño que mientras su compañera comentaba en joviales ruedas femeninas los sucesos mundanos de San Javier, instalado bajo los arcos del parral, en una silla de paja, enseñaba a decir zafaduras al loro Bartolo, o sobaba una guasca para hacer una cabezada.

Así iban las cosas cuando inopinadamente las amigas de doña Ormesinda empezaron a guardar largos intervalos en sus visitas. Como si se hubieran puesto de acuerdo aparecían muy de tarde en tarde para estarse un rato y salir como disparando. Y era una coincidencia por demás sugestiva que cuando la señora de Avendaño iba a devolverles sus atenciones rara vez las encontraba.

Mientras tanto, en la población corría un venticello que bien podía explicarlo todo. Se decía y repetía que los Avendaño eran leprosos. Una india que había estado al servicio de la familia daba detalles confirmatorios del rumor. Don Froilán tenía una pantorrilla a medio roer y a la señora le salían manchas en la espalda. ¿Quién de los dos había llevado al matrimonio el terrible microbio de Hansen? Las opiniones estaban muy divididas en San Javier. Para unos el introductor de la peste era don Froilán y para otros su consorte. Formaban en este último grupo las maestras de la Escuela Fiscal, algunas de las cuales no vacilaban en asegurar que siempre habían advertido en Ormesinda signos sospechosos.

El rumor desacreditante entró al fin en el hogar boicoteado. La señora Avendaño por poco se muere de disgusto.

—¡Qué canallada! —exclamó.

—Es la envidia que nos tienen, hijita —dijo don Froilán—. Y no hay que llevarles el apunte.

Estaban aquella tarde, bajo el emparrado.

El papagayo Bartolo paseaba por los arcos gangoseando un gastado dichoracho.

—¡Somos leprosos! Así dicen esos sinvergüenzas. Y vos te quedás muy tranquilo —gimió la dama.

Ahora comprendía ella la razón de aquel vacío hostil que le habían hecho todas sus relaciones. Ya no la visitaba nadie y hasta el bachiller Astudillo, que pasaba las vacaciones con los Mullady, no venía a escribirle en su álbum de postales el nuevo pensamiento que le prometiera. Escondió el rostro en las manos y se echó a llorar sin consuelo.

—Somos leprosos —articuló el loro al tiempo que descargaba sobre la cabeza del puestero una rociada.

Don Froilán le tiró con un cascote.

Entre los ases políticos del oficialismo se dio gran importancia a la desgracia de los Avendaño. A la sazón se iniciaba la campaña electoral y el señor Galván, afirmado a la idea de atrapar la senaduría, estaba trabajando fuerte.

—A nosotros nos conviene —dijo el juez de paz— cargarle el microbio a don Calixto.

—Sí —apoyó el receptor de rentas—. Eso le hará perder muchos votos. Y la cosa viene bien porque en el programa de nuestro candidato Pedernera, podemos incluir la construcción de un leprosario modelo.

No andaban descaminados el cobrador de las alcabalas y el administrador de la justicia lugareña, porque apenas empezaron los oficialistas a hacer propaganda, explotando la tarea específica del rival, Galván experimentó sus efectos. Los amigos le disparaban recordando el texto de unos carteles murales fijados profusamente en la población, que decían: «Ciudadano: Vote por Pedernera, que hará instalar un leprosario en San Javier, resolviendo un gran problema de asistencia social. No ayude a quienes son un peligro para todo el departamento».

El señor Galván mandaba por la noche a tres mocovíes de su comité a despegar los carteles, pero al día siguiente aparecían otros con leyendas más sugestivas: «¡La lepra es el flagelo más terrible que azota a la humanidad! ¡Cuidado con los leprosos! ¡Viva la Unión Departamental y su candidato don Juan Pedernera, hombre sano de cuerpo y alma!».

Galván experimentó otros contratiempos. En Romang y Los Saladillos por donde anduvo de gira, encontró fríos a los amigos de don Froilán Avendaño que no se decidían a actuar, eludiendo con evasivas todo compromiso. Echando ajos y cebollas regresó a San Javier y allí recibió el tiro de gracia. Patiño con sus independientes se había plegado al pedernerismo. Ya no había nada que hacer. Eso era la derrota.

Furioso fue a ver a su suegro y entre los dos hombres hubo una escena violenta.

—¡Vd. me ha reventado! —barbotó Galván.

—¡Vd. ha traído la fama de la lepra a mi casa! —replicó Avendaño.

El señor Galván, fuera de sí, levantó su grueso bastón de verga sobre la cabeza de su hijo político. Ormesinda se interpuso gritando:

—¡Papá! ¡Froilán!

Don Juan Pedernera obtuvo el domingo siguiente un triunfo aplastante, pues casi todo el electorado se volcó por la lista oficial. Por la noche los ases del situacionismo, reunidos en el Club Social, comentaban jubilosamente la victoria.

—Figúrense —decía el juez de paz— que ni Servando Palomeque, con ser tan amigo de los Galván, ha votado por don Calixto...

—Al pobre Palomeque le sucede algo grave —interrumpió el receptor—. Aunque por propia confesión no tuvo mayores relaciones con la Avendaño teme que el microbio de Hansen se le haya introducido en el organismo y se ha entregado a las manos del curandero Valdivia que lo está «tratando»...

—¿De veras? —inquirió el jefe político.

—Como les digo. Y el curandero le ha ordenado que se meta desnudo dentro de una panza de vaca recién abierta y se esté quieto allí 24 horas.

—Vaya, vaya —exclamó el médico español Dr. Cerrillos de la Retama—. Eso es algo mejor que los baños purpúreos de Luis XIV.

Y un coro de carcajadas resonó en la sala del Club.

#### IV

A los Avendaño les sobrevino, andando el tiempo, una nueva desgracia. Boicoteados durante años por los vecinos poseedores de certificados de buena salud, se encontraron con una regular cantidad de personas sospechadas y hasta convictas y confesas de llevar en sus torrentes circulatorios el microbio de Hansen, que querían entablar relaciones con ellos.

Y como algunas eran tan finas y amables que resultaba violentísimo rechazarlas o hacerlas objeto de descortesías, el matrimonio se vio en un serio conflicto.

—Lo mejor sería —insinuó don Froilán— que nos fuéramos al campo.

—¿Dejar mi casa? —objetó ella con enojo.

—Peor será, hija, que nos agarre la peste. Y después de todo, el campo no es tan malo como vos te imaginás. Allá arreglando bien la casa, podemos estar cómodos y no te va a faltar nada.

Ormesinda estaba tan irritada ante la maldad de sus convecinos que la idea de no ver pasar por la vereda algunas figuras odiosas la llenó de satisfacción. La vida de aislamiento que venía haciendo la había ido despojando poco a poco de sus veleidades mundanas para convertirla en una sencilla mujer casera, sin otro afán que el de cuidar a sus tres hijos varones. Los dos mayores, Froilancito y Calixto, iban ya a la escuela. Además había hecho un descubrimiento que la llenaba de felicidad: casada con un hombre que podía ser su padre y por el cual no sintiera el menor afecto, acabó por quererlo sinceramente. Don Froilán era buenísimo y bajo sus modales toscos de campesino ocultaba un gran corazón.

El puestero advertía los progresos que en su consorte hacía el proyecto de

emigrar al campo, pero no decía nada. Solo de tarde en tarde, insistía. Confiaba en que ella acabaría por dar la voz de marcha. Mientras tanto mejoraba las instalaciones de Los Saladillos.

Un incidente precipitó las cosas. Numerosos padres de familia se dirigieron a las autoridades sanitarias de la provincia denunciando que en los bancos de la Escuela Fiscal se sentaban algunos niños leprosos, entre ellos los Avendaño.

A los chicos del puestero le brotaban a la sazón unos granitos en los rostros, probablemente a causa de los grandes calores reinantes, y de allí venía la alarma que con la historia clínica de los Avendaño no necesitaba de mayores estímulos para tomar cuerpo.

El Consejo de Educación ordenó sobre la marcha la clausura y desinfección del establecimiento.

Doña Ormesinda tuvo una crisis de indignación.

—Pero, ¿qué se han propuesto esos imbéciles con tanta persecución? Y a vos, Froilán, ¿qué te cuesta llevarnos a Santa Fe y hacernos revisar con un buen médico para que vean que somos sanos?

—No, hija —objetó el puestero—, estos sinvergüenzas ya nos han dado la fama y va a ser inútil querer arreglar las cosas. Mejor es que nos vamos al campo.

—Pero los chicos no pueden quedar sin escuela.

—¿Y no les podés enseñar vos misma que sos «maistra»?

La réplica no tenía contra. Don Froilán había ganado la partida y resuelto el problema de su tranquilidad.

Una semana después llegaron de Los Saladillos las chatas del puesto y los peones empezaron a cargar el mobiliario. A doña Ormesinda la preocupaba la idea de que no iban a hallar, seguramente, quien quisiera alquilarles la casa desocupada, de manera que fue una sorpresa para ella la noticia de que al día siguiente de dejarla ya tendrían inquilino. El Dr. Cerrillos de la Retama, sin miedo alguno a la tradición insalubre de la vivienda, iba a diseminar su herramental científico por todos los sitios en que había andado de prepotencia el atrevido microbio de Hansen.

A los tres meses de partir el matrimonio, la escuela seguía clausurada. Esto era una anomalía grave y la protesta del vecindario se hizo sentir. El caudillo epiceno señor Patiño recordó que él había dado los votos de sus independientes a Pedernera, bajo la condición expresa de que el senador obtendría un leprosario modelo para el departamento, todo lo cual estaba asentado en un papel escrito de puño y letra por el electo que aquel guardaba bajo el sudador del chambergo. Pero Pedernera se había concretado a conseguir empleos para sus amigos, cobrar las dietas, y cazar patos por los bañados. Y es claro, con un representante de ese jaez, bien podían sufrir toda clase de desmedros los intereses regionales, sin excluir los muy sagrados de la instrucción primaria.

Pedernera a quien se le iba acabando la cuerda de la senaduría y soñaba

en la reelección suspendió la fabricación de cartuchos y colgó la escopeta. Lo necesitaba a Patiño.

No era exacto que él hubiera olvidado sus compromisos electorales. Lo cierto era que al incorporarse al Senado se encontró allí con media docena de colegas del sector contrario sindicados de poseer en cantidades más o menos abundantes los ejemplares del terrible microorganismo descubierto por el sabio noruego.

—Usted, comprenderá, amigo Patiño —dijo Pedernera—, que en casa del ahorcado no se debe mentar la sogá, y yo he temido que hablando del asunto se interpretaran mis palabras como alusiones personales.

—¡Ante el bien público no hay consideraciones que valgan! —expresó malhumorado el jefe de los equidistantes—. Y si en las bancas de la izquierda se sientan algunos específicos, usted debió pedir el desafuero de los que se oponen a la solución del gran problema sanitario.

Pero se serenó en seguida con la promesa formal de que Pedernera activaría su gestión parlamentaria antes de que las Cámaras llegaran al período de receso.

## V

El senador cumplió su palabra. En vísperas de caducar su mandato, el Gobierno decretó por iniciativa de Pedernera el levantamiento de un censo de la lepra, designando a los profesionales que habrían de correr en las ciudades y en la campaña con el empadronamiento de los enfermos. Lo del internado vendría después. El señor Patiño sacó del tafilete del sombrero el documento histórico y lo mostró satisfecho a sus contertulianos del café «La Bola de Estaño». Había esperado cinco años largos el cumplimiento de lo pactado, pero empezaba a recoger los frutos de su virtud capital: la paciencia.

En San Javier la noticia del primer paso que se daba hacia el gran «desideratum» sanitario no dejó de causar alarmas. Corrían las versiones más extravagantes.

—Van a mandar a todos los leprosos a un lazareto, y no se van a salvar ni los ricachones —decía la viuda de Acosta.

Servando Palomeque, que cansado de sumergir su humanidad en las panzas calientes de vacas y bueyes inmolidos bajo la advocación de los dioses penates de la ciencia infusa, no se tranquilizaba con el tratamiento del curandero Valdivia, estaba ahora en manos del médico español. El Dr. Cerrillos de la Retama, administrándole por diversas vías aceite de chaulmogra, a pasto, había añadido a los achaques que le trajera el régimen curativo de prevención, una acentuada cojera.

Palomeque estaba enfermo de sugestión. El facultativo peninsular le había



dicho que el microbio de Hansen suele tardar de uno a diez años en manifestarse y como hacía siete que se cuidaba, dentro de tres más recién podría saberse a ciencia cierta a qué atenerse.

—No es mucho lo que le falta a usted esperar —añadía el galeno, alentándolo—. Tres años pasan como un soplo y luego, en el peor de los casos, si en usted hubiera prendido el bacilo, su situación sería muy distinta de la de aquellos que lo han dejado madurar, sin combatirlo con una medicamentación adecuada. Usted ha acumulado mucho elemento defensivo en el organismo.

Y así era. Palomeque había absorbido ya la mitad de la farmacia «El Mocoví». Pero, en rueda de amigos, la opinión del Dr. Cerrillos era pesimista.

—No creo que aguante un año el pobrecillo —decía.

## VI

Terminado el censo de la lepra en el pueblo, el técnico de Santa Fe, encargado de la operación, un jovencito recién egresado de la Facultad, anunció que partiría al campo. Empezaría su labor rural por Los Saladillos.

—Tendrá usted en ese distrito muy poco trabajo —le advirtieron—. Allá los únicos leprosos deben ser los Avendaño, una familia tan conocida por esa enfermedad que bien podría Vd. ahorrarse la molestia de visitarlos, llenando acá no más las fichas.

El empadronador se opuso. Eso no era formal y él tomaba muy en serio sus funciones. Así es que una mañana, partió en dirección a Los Saladillos.

Horas después, con un sol rajante, el doctorcito llegaba a la finca de los candidatos al fichero sanitario.

Don Froilán Avendaño que ya había recibido un chasque de San Javier, con la noticia de que iba a tener visita oficial, estaba a la sombra de una parva, dirigiendo las maniobras de dos peones que enfardaban alfalfa. Bajo el ancho sombrero de paja, la cara cetrina y redonda del puestero proclamaba un exceso de vigor y salud.

—Vd. debe ser el «dotor» que ha venido de Santa Fe, ¿no? —inquirió con una sonrisa.

—Sí, señor, soy el Dr. Comalleras, enviado por el Consejo General de Higiene.

—Bueno, amigo, ya sé de lo que se trata. Abájese y vamos para las casas.

Avendaño llevó a su visitante por un caminito en un sembrado de maní. En un cobertizo, distante cien metros de la casa habitación, rodeado de paraísos que le daban fresca sombra, se detuvo.

—Si le parece hablaremos un ratito aquí antes de pasar adelante —consultó al huésped. En el cobertizo había un Ford viejo y varios envases de nafta que podían servir de asientos.

El Dr. Comalleras hizo una señal de conformidad y tomó asiento en un cajón. El puestero ocupó otro, mientras el asistente quedose en actitud discreta, alejado, bajo los árboles.

—No es nada agradable la misión que me trae —dijo el empadronador—. Siempre es una violencia...

—Aquí no hay leprosos ni cosa que se le parezca —cortó en seco don Froilán—. Todo ha sido un cuento.

—¿Un cuento?

—Sí, «dotor», y un cuento que yo mismo he hecho para reírme de unos cuantos sonsos de San Javier y vivir tranquilo.

El Dr. Comalleras interrogaba con los ojos parpadeantes y la boca abierta.

Avendaño sacó la tabaquera y, mientras liaba un cigarrillo, habló:

—Yo me casé algo viejo con una mujer joven y era muy natural que la guardara para mí, ¿no le parece? Bueno, ya sabe lo que dice el viejo Vizcacha en el Martín Fierro: «es difícil conservar prenda que otros codicean». ¿Y qué hacerle? Ella era amiga de los paseos y las reuniones, le gustaban los bailes y los «randevuses», como dicen en la «ciudad». Entonces yo me dije: «si hago correr la voz de que tengo el microbio de don...» ¿Cómo se llama?

—De Hansen.

—Eso es, de don Hansen... «Si hago correr la voz de que llevo el bicho de ese gringo bajo la tricota, no se me arrima ni una mosca». Y es lo que hice, dotor.

El Dr. Comalleras sofrenó una sonrisa que estaba por degenerar en carcajada y objetó:

—Pero con eso usted perjudicaba su nombre y el nombre de su familia.

—Al contrario, dotor, les he hecho un servicio a todos. A mi suegro don Calixto Galván que tenía el vicio de la política y quería trabajar con mi plata lo hice salir por baranda. Se metió a candidato. Los «alversarios» dijeron que la peste la había traído él a mi casa, y en las «elecciones» salió como perro que le pisan la cola. Lo «redotó» don Juan Pedernera, un verdadero leproso. Aura mi suegro está en Rafaela empleado de langostero y mis cuñaditos que querían vivir a mis costillas se las pelan por ahí como Dios les ayuda. El microbio del gringo les ha dado una buena corrida.

El semblante del empadronador denotaba el rato de amenidad que estaba gozando inesperadamente.

—En San Javier —dijo— me han informado que a causa de su cuento, estuvo clausurada la Escuela Fiscal durante tres meses.

—Sí, a los «guries» les salió un sarpullido, pero para mí que eso fue un pretexto de los maistros que tenían ganas de hacer sebo. Pero eso mismo resultó una suerte porque decidió a mi mujer que también es maistra a que nos viniéramos del todo al campo. Y aquí estamos hace tres años tranquilos; ella tan

acostumbrada a esta vida que ni a ruego consigo que me acompañe cuando por gran necesidad tengo que ir al pueblo.

El Dr. Comalleras, sonriente, quiso hacer por fórmula, una comprobación y examinó las manos de don Froilán. No halló indicio alguno.

—¿No le han dicho en San Javier que tengo una pata bandeada hasta el caracú? —interrogó con aire picaresco el puestero.

—Ah, es verdad.

—Pues vea, amigo.

Don Froilán desabrochó las dos piernas de su bombacha de gambrona y levantándolas hasta los muslos mostró al facultativo sus remos morenos y nudosos sin un estigma.

—Pero si usted quiere, puede hacernos figurar no más a todos los de la familia, como leprosos. A mí eso no me importa.

—No —expresó el doctor—, estoy convencido, y aunque mi deber sería denunciar su caso a las autoridades sanitarias, por si correspondiera aplicarle alguna multa, voy a silenciarlo.

—Muchas gracias, «dotor».

Los hombres se incorporaron. Hacia ellos venía un individuo de perfiles autóctonos. Don Froilán le gritó:

—Che Ruiz, agarrá el cordero mamón más gordo de la majada y ligerito lo metés al asador. Tengo un «güesped» distinguido. Porque usted dotor no va a irse a esta hora con el buche vacío, a menos que le recele a la compañía, ¿no?

El doctor Comalleras encantado aceptó y mientras Ruiz daba media vuelta militar para cumplir la orden, el puestero, señalándolo al facultativo, dijo:

—Este es el que me hizo andar el cuento del microbio. ¡Indio ladino, ni mandado hacer pa prestar un servicio!

—Y ahora ¿qué cuento haremos a su señora?

—Ah, me olvidaba de decirle que ella no sabe nada y que toda la culpa de la fama que nos trajo el microbio se la carga a las malas lenguas de San Javier. Si aura le digo la verdad, seguro que me perdona y se ríe, pero ¿no le parece, dotor, que sería mejor callarnos?

—Sí, es mejor, es más prudente —asintió el facultativo—. Puede decirle que yo soy un viajante de comercio.

Y como dos viejos amigos se dirigieron hacia las casas, hablando de una nueva marca de automóvil. A su encuentro les salió una mujer que llevaba en cada mano un gran balde desbordando leche recién ordeñada. Doña Ormesinda Galván de Avendaño, en chancletas, con las greñas en desorden, colorada y regordeta, no tenía ya nada que ver con la delicada dama pueblerina en cuyo álbum desgranaba las perlas de su ingenio poético el bachiller Astudillo.

## LA VUELTA DE DON RODRIGO

### I

En la Embajada de España recibiose un cablegrama de Madrid ordenando se averiguara el paradero de don Rodrigo Villademoros y Moraita para repatriarlo por cuenta de la República.

El nuevo régimen político establecido en la península quería asegurarse el concurso del mayor número posible de intelectuales y sobre todo el de aquellos que habían padecido bajo el rigor de las dictaduras militares. Villademoros y Moraita, ex diputado a Cortes, orador fogoso y publicista antimonárquico estaba entre ellos. Pero, ¿dónde hallarlo?

El canciller de la Embajada, sobre quien recayera el enfadoso cometido de dar con la estampa del prócer, se rascó el pestorejo.

Villademoros y Moraita no era un desconocido y de su actuación, al principio ruidosa en ciertos órganos de la prensa metropolitana, despotricando contra la Corona, se tenían noticias todavía frescas; pero, poco a poco, el incisivo y temible pendolista había ido perdiendo actualidad y admiradores. Escribió una zarzuela que no tuvo éxito, anduvo algún tiempo espilocho por los cafés de la calle Boedo y, un día, desapareció de la circulación como si se lo hubiera tragado la tierra. Más tarde reapareció en Montevideo, disminuido entre una bohemia de oscuros vanguardistas, volvió a Buenos Aires y ya no se habló más de él.

Aquí se perdían los recuerdos del canciller. Pero la policía, tal vez, pudiera hallar los rastros del político exilado y a ella se dirigió el funcionario, dando las señas particulares del sujeto: un individuo alto y cenecño, con una pequeña cicatriz sobre el pómulos derecho y un lunar de pelos en la mejilla izquierda.

—Lo del lunar —apuntó el segundo secretario de la Embajada— es algo que hará fácil la identificación. Villademoros tuvo siempre la coquetería de llevar la mechita pilosa retorcida en forma de sacacorchos.

—Puede habérsela quitado —objetó el agregado naval.

—Es poco probable, pero, en ese caso, siempre quedaría la mancha que es muy negra y del tamaño de una perra gorda.

Requerida la Comisaría de Investigaciones, pronto suministró una extraordinaria noticia. Precisamente la noche anterior la gente de la brigada de Orden Social, que andaba por unos acachuales de Villa Devoto siguiendo la pista de unos sujetos disolventes, encontró el cadáver de un hombre cuya filiación correspondía exactamente a la del patricio ibérico. En el bolsillo trasero del pantalón guardaba dos cartas de España datadas en Mansilla de las Muías y dirigidas a su nombre. No cabía ya la menor duda. Se trataba de don Rodrigo Villademoros y Moraita.

La policía informaba que el cadáver había sido enviado la Morgue, después de constatarse por el facultativo de la repartición que no existía crimen. Aquel ardiente luchador, de alma volcánica, había muerto de frío.

## II

El director de la Morgue dio orden al mayordomo Ramón Perojo de preparar el cadáver:

—A las 18 vendrán de la Embajada con el féretro para llevarlo. Procure Vd. hermopear cuanto le sea posible al finado porque anuncian que habrá una buena gratificación.

Ramón Perojo, en vez de alegrarse con la noticia, se entristeció. Su ilustre connacional, el hombre del chirlo y el lunar que con tanto denuedo combatiera a la dinastía de los Borbones, ya no era más que un montón de despojos confundidos con los de otros seres anónimos en un cajón que pronto daría pasto al horno incineratorio. Y vaya si el consular individuo, el caso de dextrocardia, había resultado un fenómeno interesante. Abierto la noche siguiente a la del hallazgo, el cuchillo luchó con la dureza de unos tejidos abdominales que parecían por lo resistentes los filamentos de una coraza. En cambio, el costótomos aserró los huesos con la suavidad con que una tijera de mercero taja percalina. Villademoros y Moraita tenía un corazón infantil a la derecha del tórax, perfectamente libre dentro del pericardio. Un corazón de bebé. Y el colmo era que ninguna de las vísceras ventrales del hombre estaban en sus sitios normales.

Ramón Perojo en sus cinco lustros de mayordomía se había convertido en un habilísimo jefe de trabajos prácticos que reemplazaba con ventaja a cualquier estudiante de quinto año, y a él acudían, frecuentemente, los alumnos de la Facultad. Disertaba y demostraba en el anfiteatro a la manera de un consumado profesor, pero no lo hacía nunca desinteresadamente. Cobraba sus lecciones. Así es que en aquella ocasión, cuando el estudiante Mariano Meana habló de llevarse el corazón de Villademoros y Moraita a su domicilio, para estudiarlo,

Perojo que lo hacía saltar en la concavidad de su diestra, como a un pajarillo escarchado, contestó:

—Por cinco pesos no diré que no.

Los riñones anormales del prócer, unidos en forma de herradura, dieron lugar a una puja acalorada. Al fin se los llevó el estudiante Lucas Gutiérrez, envueltos en dos hojas de Búfalo Bill. Y ya subastadas las demás piezas anatómicas, el mayordomo cuyo pensamiento estaba fijo en la taquilla del Hipódromo, dijo:

—Ahora, jóvenes, vamos a hacer la comprobación de algo axiomático, a saber: que cuando un órgano muy vital se desarrolla demasiado, lo hace siempre a expensas de otro, también vital. Y no les quepa a ustedes la menor duda: este corazón liliputiense estaba absorbido y subalternizado por un cerebro colosal. Nos basta con ver la cabeza del interfecto.

La cabeza de Villademoros y Moraita era, en efecto, una testa extraordinaria, una voluminosa «cápita» de superhombre.

Ramón Perojo tomó el serrucho y procedió, rápidamente, a destapar el cráneo. Los muchachos se aproximaron.

—¡Diantre! —prorrumpió chasqueado el mayordomo—. Aquí no hay casi materia gris... los ventrículos cerebrales cargados de agua... una miseria de tejido noble...

—¡Hidrocéfalo! —gritó el estudiante Onosífero Redondo—. Ya me lo suponía. Perojo lo miró irritado.

—¿Y qué deduce usted de ello? Vamos a ver...

La larva de Hipócrates no supo qué contestar ni Perojo le dio tiempo para que pensara.

—Que el tío este era un heredolúético, hombre —acabó triunfalmente el mayordomo.

### III

Todo eso había ocurrido la víspera. Ahora Ramón Perojo, atribulado, pensaba en la propina de la Embajada y en la imposibilidad absoluta de entregarle el cuerpo de un auténtico Villademoros y Moraita. A haber dispuesto de la cabeza, todo se hubiera arreglado, pero a la cabeza se la había llevado Straguadagna.

El Mayordomo corrió al teléfono y se puso en comunicación con la pensión del estudiante. No estaba.

—Dígale en cuanto llegue que no desfigure la cabeza del hombre que cortamos ayer. La policía ha dado noticias del cadáver al Embajador y estamos algo comprometidos... Yo iré a buscarla...

La persona que atendía el aparato debía ser una mujer porque inmediatamente colgó el tubo lanzando una exclamación de horror.

Perojo dióse cuenta recién de que había equivocado el número y hablado con la Dirección del Colegio del Divino Prisionero. Volvió a digitar sobre el disco del automático pero no obtuvo respuesta.

Eran los dos de la tarde y el anfiteatro estaba desierto. A las cuatro empezaban las clases de autopsias y el local iba a llenarse. Poco tiempo, pues, le quedaba al capataz de la Morgue para resolver satisfactoriamente su conflicto, y ninguna idea salvadora se le ocurría.

Con una sonrisilla amarga a flor de labio empezó a pasearse por la sala. Luego pasó a la cámara frigorífica y abarcó con las manos enlazadas sobre el bandullo el espectáculo del macabro recinto. Había allí durmiendo el sueño tranquilo de la muerte, sobre sus desgarnecidos lechos de piedra, como veinte individuos de ambos sexos. Clientes casi todos de la más sórdida bohemia metropolitana, tenían algunos, para Perojo, la sugestión de la notoriedad con que habían pasado por la galería popular. Contempló a Tristifuque, largo, esquelético, con las canillas cubiertas por un vello rojizo. Lo habían descubierto, noches atrás, en la gruta de la Recoleta, estrujando en la diestra crispada por los estertores de la agonía un muslo de gallina a medio descarnar. El alcoholista giróvago que durante tantos años había hecho la felicidad de los chicuelos del barrio de las Aguas Corrientes plegaba sus labios en un rictus beatífico a la luz del sol que entraba tibia y mansa por las amplias vitrinas del depósito. Al mayordomo le llamó la atención el notable parecido de Tristifuque con el enemigo irreconciliable de Alfonso XIII, retirado de los matorrales de Villa Devoto. Cabeza grande, cara triangular, los mismos mostachos grises y espesos e idéntica masa capilar cenicienta.

Perojo se echó a reír y en el mismo tono de gravedad con que disertaba en la sesión de trabajos prácticos exclamó:

—Ved como los muertos tienen, casi todos, turbadoras semejanzas. Con fabricarle a este tunante por medio del crio cauterio una cicatriz en el pómulos y pegarle sobre la mejilla un pelotón de cerditas blancas, haríamos de él un político ilustre, digno de alojarse en una cripta del Escorial, entre Don Felipe el Hermoso y Doña Juana la Loca.

¡Y la facilidad con que se podía confeccionar un lunar cabelloso! Perojo, siempre sonriendo, recordó que durante el último carnaval, disfrazado de beduino, había recorrido el Corso de Flores, ostentando en un cachete un tirabuzón piloso que le daba un aire feroz y causó al público mucha gracia. Por ahí debería tener el artilugio, guardado como un recuerdo de esos días de locura. Pero el tiempo apremiaba y no era cosa de dejarse ganar por aquellas reminiscencias humorísticas. Tal vez Straguadagna conservara todavía intacta la cabeza del prócer.

Ramón Perojo se despojó a prisa del guardapolvo y salió en busca del estudiante.

## IV

El Gobierno nacional resolvió que un buque de la armada transportara los restos del señor Villademoros y Moraita hasta La Coruña donde los recibirían las autoridades españolas. Y la Cancillería de la República cisplatina, haciendo gala de sus sentimientos confraterno, dispuso que el crucero «Uruguay» se mantuviera con los fuegos encendidos para escoltar al navío argentino apenas entrara en aguas jurisdiccionales. Del Brasil no se tenían informaciones exactas, pero dábase por seguro que si el «Barroso» no salía al encuentro de las dos unidades navales rioplatenses, los fuertes del Corcovado harían salvas de honor al pasar frente a ellos el fúnebre y patriótico convoy mientras todas las campanas de Río doblarían a muerto durante media hora.

En la gran sala de recepciones de la Embajada instalose la capilla ardiente y por ella desfiló, renovándose sin cesar, todo lo más granado y representativo de la colonia peninsular. Los miembros del cuerpo diplomático ponían con sus tricorrios, casacas y espadines una nota solemne y severa en la pompa del velatorio.

Un ataúd regio con monumentales manijas de bronce descansaba en el catafalco custodiado por cuatro bomberos en ropas de parada. Don Rodrigo Villademoros y Moraita, dentro de la acolchada caja interior, preciosa como una bombonera, dormía el sueño de la inmortalidad.

A cada rato alguien se inclinaba sobre el cristal del receptáculo, echaba una mirada furtiva y se iba meneando la cabeza como bajo la impresión de un fuerte dolor cívico.

En un pequeño grupo el personal de la Embajada comentaba la vida y obra del luchador.

—No puede ser más irónico el destino que Dios reserva a estos arquetipos —decía el primer secretario, sonándose la nariz—. Este gran hombre desaparece cuando todo le señalaba para ocupar brillantes posiciones en su patria. Don Niceto Alcalá Zamora le admiraba y tenía por él un afecto verdaderamente fraternal...

—Lo de siempre —murmuró adolorido el agregado naval—. Hay que morir para que el mundo nos haga justicia...

—Le vi muchas veces en Madrid —interrumpió el segundo secretario—. Sus últimos tiempos allá fueron harto difíciles. Vivía Villademoros en una gatera de la calle de Fuencarral sin tener a veces con qué merchar un churro o regalarse con un plato de frejoles.

—¡Y era valiente hasta la temeridad! —dijo el canciller—. Recuerden ustedes aquella terrible bofetada que le atizó en Cádiz a don Calo Ponte y Escartin...

—¿Quién no recuerda eso en España? Fue a raíz de la cuestión de Marruecos y el asunto de las impunidades...

—No —rectificó el secretario principal—, fue en Vigo durante la botadura del



cazatorpedero «Churruca»... Y de ahí vino su desgracia. El marqués de Estella le hizo quitar las inmunidades y lo desterró ipso facto.

Los hombres callaron para observar al ministro plenipotenciario de Checoslovaquia que doblado sobre la mirilla del féretro parecía querer guardar en sus retinas las severas líneas faciales del repúblico próximo a desintegrarse. Después vieron cómo el diplomático aplicaba un recio tincazo al cristal y se apartaba restregándose los ojos.

—¿Verdad que no era un perfil vulgar el de Villademoros? —le susurró al oído el embajador, acercándosele—. En España le llamaron por algún tiempo Catón de Utica no solo por su austeridad y su talento sino porque la fisonomía de don Rodrigo trasuntaba, con extraordinaria fidelidad, la del estoico enemigo de los triunviros...

—Probablemente ha sido todo fruto de una perturbación visual —musitó cavernosamente el ministro—. Sin embargo, juraría...

—¿Qué? —interrogó anheloso el embajador.

—Nada. Vi que una mosca se columpiaba en la guía más larga del bigote del tribuno e hice ruido en la caja para ahuyentarla. El díptero no se movió, pero en cambio advertí que la mechita pilosa del lunar rodó por la mejilla del Sr. Villademoros y quedó entre un pliegue del sudario mientras la mancha negra chorreaba como si fuera un salpicón de colofonia.

El Embajador dirigió maquinalmente una mirada hacia el catafalco frente al cual el hojalatero de la funeraria procedía en ese momento a atornillar la tapa del ataúd.

—Alucinación, excelencia. La mala noche —dijo sonriendo. Y agregó—: Una copita de ojén es el mejor colirio para limpiar los ojos.

## V

El embarque de los restos de don Rodrigo Villademoros y Moraita congregó en el puerto de Buenos Aires un gentío inmenso. El dolor público era evidente. Lo había despertado, en gran parte, el epicedio sonoro y pomposo tejido por la prensa ante los huesos todavía intactos de aquel glorioso precursor de la República que iba a reclamar el cálido cobijo del humus solariego, libre ya de aristócratas ganforros. «Vuelan sus cenizas, pero nos queda el perfume de su espíritu», dijo un orador contrayendo al final del párrafo las aletas nasales como si quisiera con este gesto dar un valor práctico a la metáfora.

—Sí, sí, aromas del Cairo —dijo para su capote el mayordomo de la Morgue, Ramón Perojo, que a dos pasos de la cureña en que descansaban los restos mortales, dejaba, inadvertidamente, caer sobre el cilíndrico chapeo de un elevado funcionario, la cernada de su apagado chicote paraguayo.

Terminados los discursos, cayó sobre el murallón del dique la pasarela del navío de guerra y por ella descendieron seis marineros para alzar el féretro y conducirlo a bordo. Sobre los puentes del crucero formaba toda la tripulación con atavíos de gala, y en las casamatas los cabos artilleros apercebían las piezas para hacer las salvas de ordenanza. Sonaron las primeras notas de un himno y al cerrarse el compás final tronó una batería de tierra. Y mientras las sirenas de los buques surtos en las dársenas desgarraban los aires, la gallarda unidad de la Armada empezó a alejarse del malecón. Partía en medio del silencio solemne de la multitud que agitaba pañuelos y cayados. Cuando traspuso la zona del dique devolvió esos saludos vomitando fuego por las dos bandas. Una flotilla de aviones evolucionando sobre el crucero, a escasa altura, arrojaba grandes coronas sobre la cubierta.

Ramón Perojo, conmovido, agitó también su diestra en la que esgrimía un programa de la próxima reunión hípica y exclamó:

—¡Buen viaje, querido Tristifuque! ¡Y memorias para el gordo Prieto!...

## HISTORIA DE UN HOMBRE ANDARIEGO

### I

Era Daniel Solórzano uno de aquellos hombres que pudiendo servir para algo, la fatalidad se empeña en que no sirvan para nada. En los cursos de la Facultad, hasta graduarse de arquitecto, no acusó las condiciones de un buen ni de un mal estudiante. En cambio, dio siempre muestras de un gran respeto por todas las manifestaciones de la inteligencia. Pensaba acaso, con Barbey d'Aureville, que no es una gran desdicha carecer de talento cuando se siente el talento de los demás.

Hijo único de una familia de la clase media, recibió al morir sus progenitores una herencia que le aseguró un tranquilo y cómodo pasar. Tenía gustos sencillos y costumbres frugales.

Cuando Daniel Solórzano colocó sobre las puertas de su casa las consabidas tablillas de bronce, aguardó sin nerviosidades la clientela que no tardaría en venir. No necesitaba apurarse.

Dos años después de registrar su título le encargaron la construcción de un hospicio. Se cavaron los cimientos y la obra empezó; pero, a medio levantarse los muros, pudo observarse en estos cierta tendencia a imitar las líneas de la torre de Pisa. Hubo una reclamación en forma: o las paredes se enderezaban, o se rescindía el contrato.

El hombre escuchó en silencio las quejas y se encogió de hombros. Había en su gesto la dignidad de un tipo superior que no se toma la molestia de discutir sus procedimientos.

—Si no les agrada mi trabajo —barbotó— busquen a otro que lo haga mejor.

Desde entonces Daniel Solórzano no volvió a meterse en dibujos ornamentales. Cuando las chapas de bronce estuvieron a punto de desaparecer carcomidas por el óxido, nuestro héroe pensó que era tiempo ya de formar un hogar.

Su salud era completa. Tenía treinta y cinco años de edad, excelente apetito, buenas piernas y un alma rica en matices sentimentales, sin ser romántica. Su sueño era tranquilo y sus ideas respecto de la moral tan sencillas que las redu-

cía a un sereno egoísmo. Este egoísmo no le impedía ser un ciudadano afable, compasivo y cortés; pero nada de sacrificarse tontamente por el prójimo.

Era un creyente sin fanatismos y en cuanto a la otra vida, si en ella pensaba alguna vez con la simplicidad de un hombre que toma al pie de la letra los Evangelios, era para lamentarse de que existiese un infierno demasiado cruel y un cielo por demás monótono. No concebía cómo iba a habituarse él, de suyo andariego, a estarse siglos y más siglos sentado en el Paraíso.

Resuelto formalmente a cambiar de estado civil, consultó el espejo sin que leñera en él nada inquietante. No era lindo ni feo, ni viejo ni muy joven, ni flaco ni sobrado de carnes. Sacó así, en resumen, que tenía lo necesario para desperatar en el alma de una mujer honrada una pasión modesta.

Echoso a buscar novia y la encontró bien pronto, a pesar de su escasa diligencia, en una figurita graciosa asomada a un balcón volado.

Un día ella dejó caer, como de intento, una pantalla japonesa, lanzando un grito. Daniel Solórzano se agachó, cogió el adminículo y se lo entregó a su dueña, con una sonrisa que dejaba en descubierto un colmillo de oro.

Las dos almas se habían aproximado por el incidente, y ahora, cuando él pasaba todos los días por ese lugar, siempre hallaba Elvira —así se llamaba ella— el modo de cambiar cuatro palabras.

Los días calurosos ayudaban bastante a Solórzano en su flirt, y todo era estar frente al balconcillo y ver a la imagen que lo iluminaba, para que de sus labios salieran exclamaciones como estas:

—¡Qué tiempo!... ¿no?... Es indudable que va a llover... Esto no puede seguir así...

Las opiniones sobre el estado atmosférico coincidían siempre, admirablemente. Ella nunca emitió un vaticinio meteorológico en oposición a los pálpitos celestes de Daniel.

—En efecto —contestaba— el tiempo tiene que cambiar.

Acabaron por quererse. El amor empieza así, por cosas pequeñas.

Elvira era hija única de un corredor de seguros contra incendio y granizo —don Bernabé Grajera, oriundo de las Baleares—, que se lo pasaba las tres cuartas partes del año viajando en busca de firmantes de pólizas. Durante las ausencias del padre, la muchacha quedaba al cuidado de una vieja tía septuagenaria, muy devota y de una refinada cultura, cuya larga nariz estaba siempre metida entre las páginas de una novela que le mojaba continuamente los ojos.

Daniel Solórzano presentó su candidatura a novio oficial. Habló con el papá en el rincón más tranquilo de «La Cosechera» frente a dos tazas de paulista. El corredor de seguros era un hombre corpulento y de gran estatura, barba negra en forma de abanico y espejuelos de concha, con resorte, sujetos por un cordón de seda.

Quería la felicidad de su hija, y si las intenciones del pretendiente eran buenas, el asunto estaba terminado. Lo que a él no le agradaban eran los noviazgos largos y desacreditantes para las mujeres pobres. Le hablaba con toda franqueza: tenía la mano algo pesada y no le agradaría, de ningún modo, acudir a ella para corregir una informalidad.

Solórzano pidió al mozo dos copitas de anís de los ocho hermanos Hamed, y le abrió a don Bernabé su corazón: no era él hombre de aventuras galantes y todo marcharía como sobre carriles. Apenas el tiempo preciso para arreglar unos asuntos de familia, refaccionar la casa y tirar las amonestaciones parroquiales. Seis meses cuando más.

El asegurador contra granizo e incendio hizo de cuenta que cobraba una alta prima y sonrió al colmillo de oro de Daniel. Luego, perdiendo el aire severo con que había iniciado la conversación, quitó con el pañuelo las piochas cristalinas de anisado que colgaban de sus bigotazos y habló de España en términos rotundos. ¡Ah, la ruina espiritual de la madre patria! Era necesario como aconsejaba Ángel Ganivet ponerse una piedra en el lugar del corazón y arrojar un millón de españoles a los lobos si no se quería arrojar todos los españoles a los puercos. Lo sentía por Alfonso que era un rey valiente, pero la monarquía se venía al suelo sin remedio... España se arrastraba invertebrada... Bien lo había dicho Ortega y Gasset... ¿Qué podía esperarse de un país donde la minoría selecta iba, poco o poco, perdiendo el derecho de gobernar a las masas estultas?...

Don Bernabé movió sobre la mesa sus manazas blancas y velludas para dar mayor énfasis al discurso, tumbando el azucarero.

—Sí —exclamó— Ortega y Gasset ve bien las cosas... hoy se parará una institución; mañana otra; hasta que sobrevenga el patatús definitivo... Guardemos el colapso histórico.

—Guardemos —dijo maquinalmente Solórzano, cuya deliciosa ignorancia de los fenómenos políticos de España no le impedía admirar la perspicacia de su futuro suegro y pagó la consumición con un billete flamante.

Desde aquel día quedaron los novios entregados a su ternura.

Solórzano iba todas las noches a la casa de su prometida, observando en estas visitas una puntualidad de ritual.

Llegaba a las nueve y se retiraba a las once, después de hablar del porvenir con Elvira, frente a la tía siempre engolfada en la lectura de su romance.

Todas las veladas eran iguales, sin un solo detalle que las diferenciara. Daniel penetraba en el zaguán del domicilio en cuya cancela de vidrios esmerilados le esperaba la hija del señor Grajera. Entregaba su sombrero y su caña amarilla y pasaban ambos a un saloncito de paredes pulcras, con un juego de sillas anémicas, algunos retratos de familia en las testeras y una columnita sobre la cual se miraban amorosamente dos perrillos de terracota. A las diez la fámula servía el té.

—Vamos a ser muy felices —decía él, cogiéndole a Elvira una mano, cuando la cara de la tía se eclipsaba detrás de las tapas del romance.

—¡Ay! —suspирaba ella—. ¡Son tan falsos los hombres!

De tarde en tarde hacía su entrada en la sala el corredor de seguros, bajo cuyo volumen de coloso de Rhodas temblaban las maderas machihembradas del piso.

Don Bernabé Grajera expresaba el placer de encontrar muy correcta la tertulia, y se marchaba, después de vaciar el contenido de una taza y hacer algún chiste a expensas de su hermana. Su futuro yerno le inspiraba ya absoluta confianza.

Antes de los seis meses empezaron los preparativos de la boda. Esto dio lugar a algunos laboriosos cambios de ideas. ¿El sacerdote y el funcionario civil irían a la casa, o irían ellos al Registro Civil y a la Iglesia?

Elvira, mujer como todas, no ocultó sus deseos de un viajecito vanidoso por la calle principal, dentro de la caja forrada de blanco e iluminada a giorno de un cupé, con una larga hilera de coches a la zaga. Pero don Bernabé combatió reciamente la idea, recordando las costumbres sencillas de las Baleares. En Palma de Mallorca se casaba casi todo el mundo sin aparatos ni bullangas.

—Me revientan esas farsas —dijo—. Parece que uno quisiera demostrar más de lo que tiene.

En realidad, lo que temía don Bernabé era dar a sus amigos chuzones de La Cosechera tema para bromas mortificantes, cuando lo vieran pasar sentado en la berlina, frente a los novios, poniendo la nota fúnebre de su barba en el impoluto albor de los azahares.

El día de la boda llegó. Después de la firma del contrato civil y la lectura por el sacerdote de la epístola de San Pablo, en la salita se hizo un poco de tertulia entre las personas que habían acudido a presentar sus plácemes a los desposados. Don Bernabé, metido en un jacquet cuyos largos faldones le chicoteaban las macizas combas de las pantorrillas, estaba majestuoso con su barba cuidadosamente peinada y perfumada.

Daniel y Elvira emprendieron felices su viaje de bodas.

El agente de la compañía de seguros La Invencible acompañó a los esposos hasta la estación del ferrocarril. Después de cargar las maletas en el vagón, irritado por las exigencias desmedidas de un mozo de cordel y, sobre todo, por una insolencia que a este se le saliera de la boca, alzó su mano gorda y velluda y le atizó una soberana bofetada tendiéndolo sobre las lozas del andén.

Un grito ahogado escapó del pecho de Elvira que, a la vera de su marido, echaba el busto fuera de la ventanilla.

En ese momento silbó la locomotora y el tren empezó a andar. En el remolino de gentes que se formó con el suceso, solo pudieron distinguir los viajeros los brazos de don Bernabé, agitándose en los aires para desasirse de la multitud de manos que se le echaban encima. Instantes después el convoy se perdió en una curva del camino de hierro.

Dos o tres estaciones más adelante, un telegrafista asomó al compartimiento en que viajaban los esposos y les entregó un despacho. Lo abrieron nerviosamente. Era un mensaje tranquilizador del papá: «Estoy perfectamente bien. No se preocupen. Felicidad».

—¡Qué genio tiene el pobre papá! —dijo ella.

Solórzano rodeó con su brazo la cintura de su mujercita y exclamó:

—Bien vi con mis ojos que la razón estaba de su parte.

## II

Del viaje de bodas volvieron Elvira y Daniel en ese dulce estado que sigue a los deslumbramientos. Se amaban y comprendían que muy bien habían hecho en unirse. Eran dos temperamentos en muchos puntos semejantes. Ella poseía un carácter suave y una gran discreción. El era un alma de Dios, incapaz de romper un plato.

Don Bernabé los visitaba a menudo, acompañándolos no pocas veces a la mesa. En estas ocasiones, el activo agente de La Invencible no llegaba con las manos vacías. El deseo recóndito del buen hombre era poder entregar algún día sus barbas de azabache a las manitas de un rapazuelo. Ser abuelo a los cuarenta y ocho años podía resultar, para otros, una gloria harto molesta mas tal perspectiva le llenaba a él de júbilo santo.

A la vuelta de uno de esos largos viajes que solía emprender, en cumplimiento de su ministerio tutelar de los intereses expuestos al fuego y a los meteoros, sus primeras palabras eran para preguntar, con una sonrisita maliciosa, frotándose sus manazas:

—¿Y?... ¿No tienen alguna buena noticia para mí?

Elvira exclamaba, ruborizándose:

—¡Pero, papá!

Al fin, esa buena noticia llegó.

Don Bernabé dejose invadir por una alegría desbordante. Iba a realizarse su más cara ambición.

—Si es varoncito, como espero —dijo—, llevará mi nombre, que siempre es bueno prolongar lo que mala fama no tiene.

La fatalidad que, con frecuencia, se mezcla en los negocios humanos, defraudó las esperanzas del ya casi abuelo.

Un sábado, después de haber trajinado mucho con su cartapacio en las axilas, recibió de Buenos Aires una noticia fulminante: la compañía de seguros «La Invencible» se había declarado en estado de falencia. Aquello había sido una ladronera, y el dolo podían verlo hasta los ciegos.

Don Bernabé descargó en la mesita del café Gambrinus frente a la cual es-

taba sentado, sorbiendo una limonada con pajueta y enjugándose el sudor, un terrible puñetazo.

—¡Qué charranada! —gritó—. ¡Comprometer a un hombre como yo! —Él había sido el más celoso y diligente de todos los propagandistas de la compañía, al punto de que, grato el Directorio a sus servicios, resolvió al clausurarse el último ejercicio, con un enorme dividendo para los accionistas, obsequiar al señor Grajera con una gran medalla de oro, tachonada de piedras finas, y publicar en un prospecto extraordinario su barbada efigie, a fin de estimular el celo de otros agentes.

Don Bernabé, consternado, se fue en volandas hasta su casa. Quería revisar sus libros y pólizas para cerciorarse de la situación en que lo sorprendía la catástrofe de «La Invencible». Pero, al abrir la gaveta de su escribanía una oleada de sangre le llenó la boca. Al ruido del cuerpo que se desplomaba sobre la alfombra, acudió la criada y en seguida la hermana.

Hubo una escena desgarradora. El asegurador yacía de cúbito dorsal, como una res desnucada. La hemorragia era torrencial y bien pronto llenó una palan-gana.

Vino el médico pero muy poco tuvo que hacer. Momentos después don Bernabé era cadáver.

Los despojos del señor Grajera fueron velados en la casa de su yerno. Don Bernabé ofrecía la augusta serenidad de un prócer español dormido. De las mangas del jacquet un tanto arrugadas al cruzarse las manos sobre el tórax, salían los puños cilíndricos de la camisa, abotonados con dos alfonsinos.

Al día siguiente, antes de que el hojalatero procediera a soldar el ataúd, Elvira inclinose sobre el cuerpo yacente de su querido padre, provista de unas largas tijeras y comenzó a despojarlo de sus barbas.

Solórzano, que había ido a buscar un papel para guardar tan sagrada reliquia, volvió cuando su esposa terminaba la tarea, con un gran sobre azul, en cuya parte superior podía leerse, impresa en grandes caracteres tipográficos, la dirección de la compañía «La Invencible» (Sección Granizo). En esa cubierta fueron cayendo las renegridas guedejas del honrado hijo de las Baleares.

—Quiero bordar con este pelo un almohadón para el canapé de nuestro dormitorio —dijo la huérfana, humedeciendo el sobre con el vapor de su llanto.

Solórzano, triste pero sereno, cogió el fúnebre trofeo, mojó las obleas con el borde de la lengua y lo cerró.

—Es una buena idea la tuya —repuso—, sin contar con que va a quedar muy bonito y será un gran recuerdo.



### III

Diez años después, cinco hermosas criaturas —dos varones y tres mujeres— alegraban el hogar del matrimonio Solórzano. Al primogénito se le había impuesto en la pila bautismal el patronímico del abuelo. Era, físicamente, un calco casi perfecto de la figura de don Bernabé.

El jefe de la familia no había cambiado. Seguía siendo el mismo hombre; solo que había caído en un vicio: el de ambular.

—La calle —decía— se ha hecho para el hombre —Y como en nada tenía que ocuparse, apenas se desayunaba poníase en franquía para no regresar hasta la hora del almuerzo. Sin hacer la digestión, o con el pretexto de hacerla caminando, antes de que la criada levantara el mantel, retiraba de la percha su sombrero y su caña amarilla, ganando nuevamente la vía pública, así lloviese a cántaros o el sol de estío arrancara chispas al empedrado.

—Tomaré mi café por ahí —decía.

A las ocho de la noche estaba en su casa para cenar, y otra vez a respirar el aire de la libertad, bajo el resplandor de los focos eléctricos. Cuando el reloj del comedor hacía sonar las doce campanadas, giraba la llave en la cerradura de la puerta de calle, y Solórzano penetraba en la alcoba, con un paquetito de pastas en una mano y un cucurucho de caramelos en la otra.

Tan acostumbrada estaba Elvira a este sistema de vida, que era ya en ella cosa habitual y mecánica, al abrir los ojos todas las mañanas, buscar en el velador los obsequios de su compañero.

La manía ambulatoria de Solórzano no le impedía ser el más cariñoso de los padres y el más afable de los maridos; veía contentos y felices a los suyos y le parecía innecesario de todo punto, vivir en contacto permanente con ellos.

El dolor, que es lo que más aproxima a los miembros de una familia, jamás había entrado en esa feliz morada, después de la muerte de don Bernabé. En cuanto a la educación de los hijos, tenía Solórzano un respeto tan absoluto por las instituciones docentes del Estado y una confianza tal en la eficacia de los sistemas pedagógicos, que no se hubiera permitido nunca ayudar con una indicación la labor escolar de los niños. Sabía que estaban en buenas manos y eso le bastaba.

Un solo objeto había en la casa capaz de retener al flemático caballero algunas horas bajo el techo del hogar: era el almohadón bordado con las retintas y sedosas hebras de las barbas de su suegro.

Cuando contemplaba ese elemento decorativo se reconstruía en su imaginación la simpática figura del agente de «La Invencible» y se le aparecía del mismo modo que lo vio por primera vez en La Cosechera, con los lentes inclinados sobre la taza de café y haciéndole francas prevenciones. Recordaba también orgullosamente aquella bofetada de mano maestra que don Bernabé plantificara al mozo de cordel.

La septuagenaria hermana del señor Grajera, desaparecido este, retiró del Banco algunos ahorrillos que había podido reunir y emigró a Palma de Mallorca, para realizar su deseo de morir en la tierra natal. Desde allí enviaba frecuentemente noticias quejándose de una hinchazón progresiva de las piernas que iba acabando con ella. En una de las primeras cartas adjuntaba dos recortes de periódicos mallorquinos, los cuales se ocupaban en términos elogiosos del difunto don Bernabé.

Uno de ellos decía: «El nunca bastante llorado Bernabé, a quien sus amigos llamaban cariñosamente Cotufa, era hermano del brigadier de correos, por oposición, don Apolinario Grajera, hasta cuyo respetable hogar hacemos llegar el testimonio de nuestras dolientes simpatías».

El otro periódico recordaba que don Antonio Maura supo siempre tener en gran aprecio a don Bernabé, al punto de que, cada vez que el gran político español iba a Palma, no dejaba de preguntar por Cotufa.

El almohadón dio motivos a que el hogar, habitualmente tranquilo, se convirtiera por algunos minutos en teatro de pequeñas reyertas. Más de una vez él, distraído, al buscar asiento en el canapé, se había sentado sobre la reliquia de familia, arrancando a su consorte gritos de protesta:

—¡Qué horror, Daniel!

Era, en efecto, una enormidad aplastar ese venerable recuerdo capilar. Solórzano inmediatamente se incorporaba, presentando a su esposa todo género de excusas.

—No ha sido adrede —decía. Y se ponía a alisar con la palma de la mano las hebras sedosas de la barba de su suegro, distribuidas en un artístico dibujo que representaba a un gato de Angora haciendo rodar con la pata un ovillo.

A pesar de todos los cuidados que ella tenía con ese testimonio de su piedad filial, en varios años de yacer sobre el canapé el felino había perdido el bigote y mostraba el rabo muy raleado. El micifuz enflaquecía a ojos vistas.

Las traviesas criaturas, al menor descuido, penetraban en la alcoba y ponían a sacó las barbas del abuelo, gozando con el inocente placer de arrancar pelos y echarlos a volar de un soplido.

La madre castigaba severamente esos atentados de los niños, quienes sin sospecharlo, realizaban en cierto modo, el sueño dorado del abuelo. ¿No había deseado ardientemente don Bernabé que las manitas de sus nietos acariciaran algún día sus barbas patriarcales?

Solórzano, para quien el tiempo carecía de significación y había perdido la noción de él a fuerza de no saber en qué cosa útil emplearlo, estaba incompleto cuando le faltaba el reloj, un hermoso cronómetro de tres tapas, legado de sus ascendientes, que llevaba sujeto de una gruesa cadena de oro con un elefante de marfil y un guardapelo redondo.

A cada momento consultaba su reloj, y eso de llevarse la mano al bolsillo del

chaleco donde lo guardaba era una costumbre maquina.

En cierta ocasión se le descompuso y Solórzano fue, en el término de una semana, veinte veces a la relojería, urgiendo la reparación.

—Un hombre sin reloj es un navegante sin brújula —decía.

Solía despertarse a altas horas de la noche y su primer impulso era llevar la mano al reloj, escondido bajo la almohada y hacerlo sonar junto a la oreja.

—¡Diablo! ¡Las tres! —murmuraba. Y volvía a hundirse en el proceso de su sueño.

Ese gran vigía del reino de Kronos, ¿en qué empleaba el tiempo, una vez que se lanzaba fuera de su domicilio? Nunca despertose en Elvira el menor asomo de curiosidad que la obligara a indagarlo. Imaginaba a su marido en ocupaciones hipotéticas que no se detenía, por falta de motivos, a analizar. Cuando al regresar de sus andanzas se sentaba a la mesa, preguntaba:

—¿Qué novedades hay por el mundo?

—¡Si no lo sabes tú que vienes de la calle! —replicaba ella amablemente.

Y entonces Solórzano refería puerilmente cualquier suceso presenciado a través de las grandes vidrieras de La Cosechera.

Un día llegó Solórzano a su casa con un aparatito de mondar tubérculos y un abrelatas, comprados a un charlatán que pregona esos útiles ingeniosos frente al mercado de la plaza Blandengues.

—Tráeme una papa —demandó a su esposa, y cuando la tuvo, empezó a dar explicaciones prolijas sobre la manera de emplear el aparato.

Elvira quedó encantada con la incorporación al menaje de tan valioso instrumental de cocina.

Al día siguiente había cortezas de papas y batatas por todas partes: en las galerías, en los patios, en la pieza de costura y hasta en las narices del gato bordado con los pelos varoniles del abuelo. Los niños, testigos de la lección práctica del papá, la habían aprendido muy bien.

#### IV

Ante la vida apacible y chirle de Solórzano, cualquiera hubiera creído que por las venas de ese buen sujeto, en vez de sangre, corría jarabe de camuesas. La compañera más celosa y desconfiada podía pasar tranquilamente su existencia junto a ese digno varón. Pero he aquí que el ambiente de paz inalterable terminó un día.

Entre las contadas relaciones de los esposos Solórzano gozaba de ciertos privilegios, conquistados a fuerza de entrar, por grados, en las intimidades del hogar, una excelente mujer: doña Flora de Barragán.

Era doña Flora viuda de un recibidor de cereales que halló fin trágico entre los paragolpes de un vagón al cruzar un paso a nivel, mirando a un aeroplano

que hacía tirabuzones a poca altura. Dotada de muchas habilidades, sabía bordar a máquina Singer, hacer riquísimos budines al coñac y dirigir un novenario de difuntos.

Fue por indicación de ella que en el hogar de los esposos Solórzano se reemplazó el café de los hermanos Saint por un café vegetariano, sin ninguna propiedad cardíaca. En el matrimonio estuvo a punto de triunfar la opinión de misia Flora, contraria al uso de la carne de vaca, pero Solórzano, después de privarse de ella por algunos días, advirtió al pesarse en la balanza de la Farmacia Argentina, de don Ítalo Accinelli, que había bajado seis kilos, y se negó a seguir adelante con el sistema.

—A la naturaleza no se la puede violentar —dijo al entrar una mañana en el comedor con un gordo paquete de emparedados de jamón y anchoa. Y se explicó. Era menester haber empezado a no comer carne desde muy pequeño para poder practicar el régimen de las hortalizas.

—A nuestra edad —agregó— el hombre tiene que ser, por fuerza de la costumbre, un animal panfago.

A partir del fracaso de su doctrina vegetariana misia Flora empezó a cobrarle al yerno del señor Grajera una gran inquina.

—Es necesario que usted, querida, abra un poco más los ojos —díjole un día a Elvira, y como esta hiciera un gesto de sorpresa, la viuda entró en materia.

—¿A quién hará creer su esposo en la corrección de su conducta? Es demasiado callejero para que sea un santo. A lo mejor resulta un camastrón con una rínglera de bastarditos...

—¡Por Dios, misia Flora! ¿Qué está usted diciendo?

La viuda de Barragán comprendió que había ido muy de prisa y recogió velas. Ella no quería decir nada de Solórzano, pero el mejor de los hombres merecía la pena de ser quemado a fuego lento, y, luego, Solórzano no era ni podía ser una excepción.

—¡Ay! —suspiró—. Cuando recuerdo que mi pobre Fabricio, con ser casi un santo, me hizo padecer...

El dolor de los celos es, como el de la maternidad, tanto más intenso cuando más tarde llega. La señora de Solórzano, ya próxima al invierno de la vida, gustaba por primera vez el amargo sabor de ese yuyo tóxico. ¡Qué cándida había sido, guardando intacta entre las paredes del hogar su fe de mujer desaprensiva, y cómo se habían burlado de ella! Todo su pasado de niña sencilla y crédula, sin una inquietud, tornábase ahora en un agrio motivo de reproche y acusación. ¿De qué le había servido tener un concepto más o menos claro de la psicología masculina —¡son tan falsos los hombres!— si en vez de vivir avizorando en las costumbres del marido, se lo había pasado, como una imbécil, criando hijos y metida con toda el alma en el charquito trivial de la vida doméstica?

Ahora, solo ahora, comprendía el porqué de esos dramas pasionales en que

las infelices mujeres del folletín policial huían de este pícaro mundo, después de ahogar sus ensueños de dicha y amor en activas soluciones de fósforo y bicloruro.

Nada en el semblante ni en los modales de Elvira denunció empero al impávido arquitecto lo que pasaba en el corazón y en la mente de su compañera. Elvira siguió siendo, aparentemente, la mujer dulce, hacendosa y sonriente de todos los días.

—Estás engordando demasiado —le dijo él una tarde, después de aplicarle una palmadita cariñosa en un carrillo—. A ti sí que te vendría bien dejar por algunos días la carne, el vino y todas las sustancias grasas, como lo aconseja la viuda Barragán. Hay que prevenir los peligros de la obesidad...

—¡Ah, el hipócrita! —pensó ella y se echó a especular con la juiciosa advertencia de su marido. ¿Qué le importaría al pillo que ella estuviese gruesa o delgada? ¿No pensaría, acaso, llevarla con pérfidas insinuaciones, a una completa extenuación, para librarse luego, sin compromisos, de un estorbo?

Desarrollada esta idea macabra en el cerebro de Elvira, enlazó rápidamente los sucesos que iban a derivar de su muerte. Veía ya a una tunanta ocupando su sitio en el hogar... los hijos de su corazón maltratados por la intrusa... su marido mismo, que no había sabido comprenderla, expiando en una vida infernal el crimen cometido.

Tentada estuvo un día la hija de don Bernabé de caer a las plantas de Daniel, abrazarse a sus rodillas y pedirle, con lágrimas y gemidos, que se detuviese al borde del abismo.

Pero Solórzano retiró el hongo de la percha, cogió su caña amarilla y se encaminó hacia la puerta. Antes de abrir la cancela se volvió y dijo, con un cinismo desconcertante:

—Quisiera para la cena unas torrijas de seso.

Otro día se propuso espiar a su marido y disfrazada de hombre lo siguió hasta La Cosechera, instalándose en una mesa vecina a la que ocupaba el arquitecto con dos amigos: el uno grueso, completamente rasurado y con el aspecto de una persona acostumbrada a la buena vida; el otro un poco más joven, de bigote cortado a la inglesa y un gran sombrero gris perla.

Elvira levantó la bufanda que llevaba enrollada al cuello y prestó atención.

El señor del sombrero gris perla llevaba la palabra en una disertación bastante embrollada sobre bellas letras.

—Antes de halagar los groseros sentimientos del vulgo, romperé la pluma —exclamó—. Yo diré tantas veces corno sea necesario, lo que decía Zola, hablando de los hermanos Gouncourt: «¡Ah, qué miseria, ser superior y sucumbir al desdén de abajo, renegar de la sandez y no poder vivir sin el aplauso de los necios!».

—¡Hermosa frase! —apuntó el señor de cara burguesa— pero no estoy de acuerdo. Se puede tener el concepto que se quiera acerca del público, mas es

necesario trabajar, y usted, querido amigo, no trabaja... huelga todo el año...

—Pero —replicó el otro— ¿es acaso posible intentar algo mientras no nazca un público inteligente, capaz de estimular y comprender a los escritores?... A mí, lo confieso, me faltan ánimos para llenar una cuartilla.

—Yo, en cambio, preocupándome muy poco del ambiente —interrumpió el compañero— escribo diez carillas grandes todos los días.

—¡Tres mil seiscientas cincuenta carillas al año! —dijo Solórzano con una candorosa sencillez—. No deja de ser una bonita cantidad.

—Claro —manifestó el caballero laborioso— que todo ese material no va a aprovecharse, pero cuenten ustedes que solo se utilice un 70% y ya tenemos...

—Aguarde usted un poco —suplicó el arquitecto y sacando un lápiz hizo una rápida operación aritmética en el dorso de un volantín.

—¡Son dos mil quinientas cincuenta y cinco carillas!

Elvira pagó el gasto y salió del café aprisa. Experimentaba una sensación de alivio.

Como de costumbre, esa noche, al sonar las doce, el monstruo penetró en su domicilio llevando los consabidos productos de confitería. Ella fingió estar dormida y se puso a examinarlo a hurtadillas. Solórzano vertió agua en el vaso e hizo unos buchecillos. Al desalojar el líquido en el lavabo, dijo, hablando consigo mismo:

—Tendré que dejar este maldito vicio del tabaco.

Enseguida dio cuerda a su cronómetro de repetición, colocólo debajo de la almohada, se desvistió y entró en cama. Minutos después dormía.

Ella, despierta, no daba por terminado su espionaje.

Ahora, atormentada por el torcedor de unos celos dementes, venía a su memoria el recuerdo de un relato policial leído hacía muchos años, cuando era soltera. Era la historia de un sujeto, autor de un crimen espeluznante, a quien se le había podido arrancar la confesión del delito al despertar de una pesadilla bajo cuya influencia lo había referido todo entre lágrimas y gritos. Pero Solórzano tenía esa vez un sueño inarticulado. Se limitaba a expedir de su laringe, averiada por la nicotina, sonidos monocordes. Sin embargo, cerca de la madrugada, revolvióse en el lecho y lanzó una sonora carcajada. Ella se estremeció. Solórzano hablaba:

—¡Tres mil seiscientas carillas al año!... ¡Eso sí que se llama ponerle el hombro al trabajo!...

En el espíritu de Solórzano se hacía como en un tubo digestivo la transformación laboriosa de las sustancias literarias que ingeriera en La Cosechera. No estaba habituado a esa clase de manjares.

Elvira se propuso observar de todos modos a su marido. De mañana, al levantarse, se dirigía a las ropas del arquitecto para ver si encontraba algún testimonio de su infidelidad, pero solo extraía de los bolsillos chucherías, sin valor probatorio alguno: un cartel de teatro, botón o una pastilla de eucaliptus adherida a los forros del saco. Decididamente el tunante era muy precavido y costaría mucho pillarlo en falta.

En cuanto a Solórzano, nada había ocurrido a sus ojos que le obligara a cambiar de costumbres. Una noche, mientras aguardaba en la esquina el tranvía para regresar a su casa, una mujer no mal parecida se le aproximó y dirigiéndole una sonrisa amable, dijo:

—Buenas noches, señor Tombolini.

Solórzano se quitó el sombrero cortésmente pero, aclaró enseguida: él no era Tombolini.

—Pues cualquiera lo confunde a usted con don Santos Tambolini. Disculpe. Ahora por la voz me doy cuenta del error.

—¡Oh, señora, no es nada! No tiene importancia.

—Sin embargo siempre resultan ridículas estas equivocaciones, cuando se es joven. Pase que los viejos se equivoquen... ¿Dónde tendré yo mis ojos que no miro donde los pongo?

Solórzano volvió a renovar sus perdones por cosa tan baladí y, corto de genio como era, se sintió un poco cohibido ante las sonrisas y melindres de la dama. Para salir del conflicto, bajó a la calzada y plantándose en medio de los rieles oteó largo rato el fondo de la calle desierta, en busca del tranvía.

Cuando el coche partió llevándose al marido de Elvira, la mujer encogiose de hombros y dijo:

—¡Imbécil!

Al otro día estalló una bomba en el cuarto de costura de doña Elvira.

—He hecho un descubrimiento —dijo la viuda de Barragán, mientras partía con sus dedos engarabitados un pedazo de torta de huevo.

Y le contó a su infeliz amiga cómo, saliendo de la zapatería Los Pirineos, había visto al mosca muerta del arquitecto flirteando con una damisela demasiado conocida en la ciudad.

—Esa tipa tiene tres hijos —agregó misia Flora, con marcada intención—. ¡Quién sabe!...

Elvira no dijo nada, pero sintió que el alma se le encogía en el pecho. Ya no era el dolor vulgar de los celos lo que atormentaba su corazón. Era la melancolía profunda del desvanecimiento de su fe.

La viuda de Barragán quedó sorprendida del efecto de sus confidencias. En vez de la explosión de cólera que esperaba, sólo halló en su amiga una expre-

sión de desdeñosa indiferencia y como quisiera volver sobre el motivo de su charla, Elvira la detuvo con una frase seca:

—No, misia Flora, dejemos este asunto que no tiene ninguna importancia.

—Tal vez tenga usted razón —repuso la viuda y se fue, haciendo zalemas, pero en el fondo muy despechada.

El mismo día Solórzano llegó a su casa algo agitado:

—Creo —dijo a su mujer— que mi opinión ha prevalecido.

—¿De qué hablas?

—He sostenido en La Cosechera que ese boxeador de color, Wilson, es, para mí, un tonguista, y nada más.

—¿Qué es eso de tonguista?

—Que sólo sirve para concertar farsas y explotar la candidez del público, pues carece de escuela. La primera vez que lo vi pelear me di cuenta de que su guardia era muy defectuosa.

Cuando estudiante, la debilidad de Solórzano había sido el box, cuyo tecnicismo llegó a dominar perfectamente.

Elvira quedó pensativa, como si rumiara algo, y en seguida dijo:

—Haces mal en ponerte a hablar de esos brutos. ¿Qué ganas con ello?

—¡Bah! Una opinión no compromete a nada...

En la cabeza de Elvira acababa de germinar una idea.

Cuando al día siguiente Solórzano salía del cuarto de baño, envuelto en una toalla turca, su mujer le entregó una esquila que el cartero acababa de dejar. El arquitecto echose en el diván de la alcoba y abrió el pliego, mientras su mujer salía solicitada por una algazara que los chicos armaban en la galería.

En la cara de Solórzano se dibujaba, a medida que iba leyendo, una gran consternación.

El papel, en letra redonda y clara, decía así: «Señor: sé que usted se ha permitido arrojar sombras de la manera más villana, sobre mi reputación de boxeador y caballero. Esas agresiones yo las castigo severamente. En consecuencia, le prevengo que apenas se ponga al alcance de mis puños lo dejaré knock out. Con que así tenga bien presente estas advertencias, y cuídese. Wilson».

—¡Flauta! —exclamó Solórzano—. Ese animal lo ha tomado a pecho, y a lo que parece ni siquiera teme la descalificación de la Comisión Municipal de Boxeo. ¡Y que nunca falten chismosos por ahí, ocupados en crear conflictos a los amigos!

—¿Qué te dicen en esa carta? —le preguntó Elvira, con aire de distracción, al entrar.

—Te diré... me invitan a un concurso oficial de planos para la cárcel de Coronda... ¡Phs!... algo que no me interesa. —Y desgarrando el papel en pequeños trozos, los echó al bolsillo de su salida de baño.

Su mujer, pasmada ante el poder de simulación de su marido, le preguntó acerca del traje que se pondría ese día.



—No —dijo Solórzano resueltamente— tráeme ese pijama que tengo en el ropero, sin usar, y las pantuflas de piel de cabrito.

—¡Cómo! —exclamó ella, fingiendo asombro—. ¿No piensas salir?

—Hoy me quedo en casa. No me siento en disposición de andar por las calles.

Elvira sonrió. No esperaba que su maquinación surtiera un efecto tan rápido.

Al otro día se quejó el arquitecto de un agudo dolor al coxis. Seguramente habría atrapado humedad por ahí. Tampoco saldría. La esposa le puso en el lugar afectado una capa de linimento «Sloan», luchando con una suave resistencia del enfermo.

—No —decía él—, dejemos obrar a la naturaleza. —El pícaro dolorcillo no impedía a Solórzano ir continuamente a la ventana y alzando el visillo echar miradas leporinas a la calle. Temía ver a cada momento oscurecerse la esquina con el betún facial del maldito pegador de peso pesado. ¿Quién lo habría metido a abrir opiniones sobre asuntos tan procelosos?

Veinticuatro horas después el lumbago de Solórzano adquiría un carácter pertinaz; pero su esposa estaba tranquila, porque sabía a qué atenerse.

Le habló de llamar a un médico y él se opuso decididamente. No le daba mayor importancia a ese alifafe que, al fin y al cabo, bien podría resultar el punto de partida de una existencia más arreglada. ¡Cansado estaba de vagar por esas calles de Dios, sin programa fijo!

—¿Qué dirías tú si me quedase en casa todos los días? —le preguntó una mañana.

Ella sintió que el corazón se le llenaba de júbilo.

—No creo que te impongas semejante sacrificio —contestó—. ¿Dejarías de pensar, acaso, que la calle se ha hecho para el hombre?

—El hombre es un animal de costumbres y nada más —replicó él.

Solórzano informábase todos los días de lo que hablaban los periódicos acerca de Wilson. Una vez se enteró de que este realizaba gestiones para fundar una academia de box y que, probablemente, ya no se iría por mucho tiempo de la ciudad.

—¡Maldito negro! —exclamó—. Era la primera vez en su vida que sentía un amago de cólera.

Elvira vio a su marido tan triste, tan contrariado a momentos, que se fortificó en la convicción de su infidelidad.

Transcurridas tres semanas el incorregible viandante no tenía ya humedad en la piel ni despedía olor a aguarrás, pero no se movía de su domicilio. Los pocos amigos con que contaba, intrigados por el largo ostracismo del arquitecto, creyeron al principio que estaría de viaje.

Y a todo esto, el negro, por completo ajeno a la odiosa intriga urdida con el auxilio de su respetable apellido, seguía en el ring de la ciudad dejando knock out a todos los que se le ponían delante.

## VI

Hacia un año que Solórzano no salía de su casa para nada y ese largo período de quietud a que se sometiera el arquitecto había bastado para que su mujer sanara radicalmente de su dolencia psicológica. De la tormenta pasional no le quedaba a Elvira en el alma la más leve barredura.

En el espíritu de la excelente señora se había hecho la paz a expensas de la poesía. Abolido el sufrimiento moral, continuó criando carnes a la sombra de los muros patriarcales de su casa.

Solórzano, curado de su manía ambulatoria, enfermó de inercia. No franqueaba los umbrales de su mansión ni para recortarse el cabello. Hacía venir el peluquero.

Elvira lo invitaba a menudo a vestirse y a que saliera a tomar el aire.

—No, querida —decía él—. Estoy tan cómodo aquí, que no siento ninguna necesidad de oírmelo en la calle. Ya sabes que si el calor aprieta con subirme a la terraza, hago una abundante provisión de oxígeno.

El antiguo parroquiano de La Cosechera parecía tener las mismas razones que aquel Monsieur Farjolles de la novela de Alfredo Capus, para exclamar, una vez que se ponía su pijama a rayas, calzaba sus pantuflas de cabrito y echábase en un sillón: «¡Qué bien está uno en su casa!».

Pero si el giróvago estaba realmente satisfecho con su nuevo régimen de vida, no podía decir lo mismo su consorte. En el pecado de haber querido reformar por procedimientos bruscos a su marido, hallaba Elvira la penitencia.

Todos los extremos son peligrosos, y ella que antes quería hacer de su marido un individuo de hogar, ahora se lamentaba de tenerlo todo el día en la casa molestando continuamente, pues Solórzano en todo quería tener participación y en todo se metía.

Los gustos del matrimonio discordaban muy a menudo.

La mujer ordenaba de un modo determinado el emplazamiento de los objetos decorativos del «home» y el marido, discurriendo por las habitaciones, les daba una colocación distinta, con arreglo a un sentido propio de la estética y del arte.

También ejercía una vigilancia muy severa sobre la higiene de los niños. A cada instante reclamaba que se les cambiaran los delantales o se les pasase una esponja húmeda por las pantorrillas.

El café lo había sustituido por el mate. Una sirvienta estaba dedicada, desde que Dios amanecía, a servirle el calabacín con canuto.

—¡Por favor, quítate de ahí! —solía gritar la señora al entrar en la cocina y ver a su marido revolver el fondo de una marmita con un cucharón de madera.

—Este guiso va a salir muy seco —decía él; y se marchaba a importunar por otro lado de la casa.

Un año antes los hijos del matrimonio eran un encanto, por lo bien educa-

ditos; pero todo había sido familiarizarse con la figura del papá para que se convirtieran en verdaderos salvajes.

Era cosa corriente ver a Solórzano en el fondo de un sillón, acogotado por el mayor de la prole, mientras los demás, colgándosele de piernas y brazos, cometían con él las mayores irreverencias. De esas efusiones salía el papá con la «robe de chambre» hecha un estropicio.

El famoso almohadón bordado con las guedejas barbales de don Bernabé desalojó más de una vez su tranquilo reclinatorio para volar por las galerías como una pelota de football, sacrilegio que ponía fuera de sí a Elvira, quien corría hacia los niños para castigarlos, pero Solórzano abría sus brazos como dos alas, bajo las cuales iban ellos a guarecerse.

El zarandeado cojinete ya no decía nada en su motivo artístico: el gato había perdido la cola, las orejas y un ojo de cristal amarillo, indiscutiblemente felino.

Se pensó en la restauración del animalejo con cabellos de la familia; pero la idea abortó: no se hallaba una masa capilar de dónde sacar un tipo de hebra abenucina semejante al que abrigara las fuertes quijadas del abuelo.

En una de sus incursiones por el desván de la casa, Daniel Solórzano descubrió, entre la espesa red de telarañas de un ángulo, un bibliotequín giratorio lleno de libros, y entre ellos un gordo volumen de las obras completas de Julio Verne. En el tomo rompía la marcha Veinte mil leguas de viaje submarino.

—La instrucción no está demás —se dijo—. Y desde ese día se engolfó en la lectura del fantástico relato.

Podía vérselo en la galería echado casi horizontalmente en el sillón Morris, sosteniendo sobre el tórax el pesado libraco.

Su viaje bajo el líquido cristal era demasiado lento: a cada instante tenía que abandonar un banco de coral y subir a la superficie, cubierto de algas y moluscos, para dirimir un conflicto de los niños, promovido ruidosamente en torno suyo. Pero su gran corazón de padre hacía que no le fuese mucho sacrificio salir sin escafandra del Nautilus, perdiendo de vista a un cefalópodo de cien tentáculos, para arrearle un suave cachete, simulacro de castigo, al más revoltoso de la prole.

Una tarde, su mujer se aproximó a él con aire radiante y le señaló en un periódico un artículo donde se comentaba la muerte del pugilista Wilson, caído el día anterior, de resultas de un formidable directo al estómago.

Esperaba ella que la noticia interesara a su marido.

Solórzano cogió el diario, leyó algunas líneas displicentemente y se lo devolvió, enseñando, en una mueca despectiva, su colmillo de 18 quilates.

—Siempre dije —exclamó— que ese boxeador era un «paquete», y que su guardia no valía un ardite... Tenía que acabar así. ¡Y las protestas con que recibieron algunos en La Cosechera mis opiniones!...

—Pues debieras tomarte un desquite, buscando ahora a esos burlones en el café.

—¿Yo?... ¡Pues no faltaba más!... Bien tranquilo estoy en mi casa, y no pienso moverme de aquí aunque el mundo se venga al suelo.

Y ante la consternación de Elvira, Solórzano volvió a colocar el libro sobre el pecho, extendióse en el asiento y se zambulló de nuevo con su alma ingenua en las profundidades del mar...

## UN LADRÓN

### I

El Chimango salió a media noche de su cuchitril dispuesto a probar fortuna. Hacía más de un año que estaba sosegado, como un hombre de bien, trabajando por poco jornal en la fábrica de aceite donde hallara colocación debido a los buenos oficios del «Patronato de Liberados».

Su mujer, Ruperta, que lo sintió tirarse del catre y abrir la puerta del habitación, clamó:

—¡Ya volvés a las andadas, Maclovio!

—No, vieja es que me «augo» con este calor. Viá tomar el fresco y vuelvo. Estate tranquila.

Y se deslizó afuera, perdiéndose en las sombras del conventillo.

El Chimango tenía bien estudiado el teatro de la visita que pensaba hacer: una casa de buena fachada con fondos abiertos sobre un baldío poblado de chilcas. Lindo sitio para ocultarse al menor asomo de peligro; y luego, no había más que saltar un tapial de caballete destartalado. Detrás un bosque de naranjos y chumberas y el libre acceso a la vivienda cuyos moradores acostumbraban a dormir con las puertas abiertas en verano.

El Chimango caminaba cautelosamente. Con el estado de sitio y la ley marcial no era cosa de descuidarse un hombre que tenía su prontuario, andando a esas horas, asistido por un Colt, calibre 36 y una cuchilla de cocina. Y él no era de los que se dejaban agarrar sin pelearla. «¡Ojo Chimanguito!», se dijo para su capote, mientras se escurría a lo largo de la calle, casi pegado a las paredes.

No halló contratiempos. Barrio de gentes proletarias a esa hora yacía en la paz de un silencio pleno, apenas alumbrado por las mortecinas candilejas esquineras.

El Chimango cruzó el chilcal y escaló la finca, una finca como de encargo, sin perros y con poca gente.

## II

Ya dentro de la casa vaciló un rato. ¿Dónde guardarían las alhajas? Porque el Chimango se las había visto muchas veces a la señora cuando salía de paseo. El hombre gastaba una linda cadena de oro en la extremidad de la cual debía haber un gordo cronómetro del mismo metal y pinchaba la corbata con un brillante.

Avanzó por una galería y se detuvo frente a una puerta abierta de par en par. De la habitación llegaba el rumor de suaves respiraciones. De otra más distante, fuertes ronquidos. El Chimango hizo jugar el resorte de su linterna eléctrica y dentro del círculo de luz se dibujaron dos cabezas de niños dormidos. Entre las camas como protegiéndolos, abría sus brazos un Cristo de plata clavado en una cruz de marfil. El Chimango apagó la luz, irritado por la solemnidad del cuadro que le ablandaba el alma con una emoción desconocida. ¡Si estaría por hacerse zonzon! La pieza contigua era el cuarto de baño. La salvó a oscuras, poniendo en acción su tacto sutil de viejo delincuente. No halló obstáculos para llegar a la alcoba y de nuevo oprimió el botón de la linterna enfocando hacia el sitio de donde partían los ronquidos. La pareja, dándose las espaldas, dormía en una amplia cama de bronce. El Chimango en pocos segundos guardó en sus retinas el inventario de la habitación: un ropero de tres lunas, un toalé y una percha con cortina cuyos flecos tocaban el piso. Encima del toalé un alhajero y no había que dar más que cuatro pasos para llegar hasta él, sorteando dos sillas atestadas de ropas. El ladrón, a oscuras, se dirigió sin vacilar al mueble, rozando el perchero. Una de las banquetas debía ser muy coja porque al tocarla picó fuertemente el piso con una pata, produciendo un ruido seco. El Chimango se metió bajo la cortina estrangulando el resuello. La mujer se había despertado.

## III

—¡José! —gritó.

—¿Qué hay? —dijo el hombre.

—¿Has hecho ruido vos?

—No. Dormía.

El Chimango sintió que una mano buscaba en la pared la llave de la luz y en seguida se iluminó la estancia. A través del raído cortinado, vio a los esposos sentados en la cama: ella azorada, él bostezando.

—Algún gato de la vecindad —apuntó el hombre—. Ya sabés que este es un barrio tranquilo.

—Levantate y revisá. No estoy tranquila.

José tiró del cajón de la mesita de noche y sacó una pistola Browning. Pegada a su camisón la señora lo siguió. Iban iluminando las piezas que recorrían. Al

rato volvieron. El Chimango, con la cuchilla apercebida, esperaba que lo descubrieran, pero al matrimonio no se le ocurrió hurgar en el escondite y volvió al lecho. De refilón el hombre rozó con el caño de la pistola los pliegues del cortinado.

—Buen negocio haría el ladrón a quien se le antojara visitarnos— dijo el marido, reprimiendo un bostezo—. Sin empleo, con una cédula de desalojo y toda la chafalonía empeñada, hoy lo que nos falta es que nos vengan a robar...

El Chimango, desde su escondite, paró la oreja.

La mujer, escondiendo la cara entre las manos, exhaló un hondo suspiro.

—¡Dios mío! ¡Qué situación la nuestra!

—¡Bah! —repuso él—. No es para desesperarse. Ya nos arreglaremos. Peores hemos pasado...

—Y los chicos sin zapatos —gimoteó ella—. Mañana no podrán ir a la escuela.

El hombre se rascó la cabeza después de menearla un rato.

El Chimango, que iba introduciendo lentamente su cuchilla en la vaina de cuero, se sintió molesto. ¿Dónde se había metido?

—Todo se va a arreglar —dijo después el esposo—. No te aflijás, hijita. Tengo una gran idea. Mañana mismo lo veré al doctor Ibáñez que siempre se me ha ofrecido mucho y estoy seguro que nos sacará de apuros.

La mujer retiró las manos de la cara, serenándose.

—¿Estás seguro, José?

—Completamente. ¿Dónde tenía yo la cabeza que no pensé en esta solución tan sencilla? Si no tendré más que hablarle al buen amigo...

Extendió el brazo sobre la espalda de su consorte, la atrajo hacia sí y la besó en la frente.

—Durmamos tranquilos —dijo. Y se deslizaron bajo las sábanas, apagando la luz. En la oscuridad del aposento, hablaron los cónyuges un largo rato, libres ya de toda inquietud.

El Chimango percibió el ruido del elástico que producían los cuerpos de la pareja buscando la posición más cómoda para entregarse al sueño. Momentos después roncaban.

#### IV

El ladrón no aguardó más y salió de su escondite ovillándose para sortear el peligro de la silla coja. Sin percances, traspasó la habitación, cruzó el cuarto de baño y se detuvo en la pieza de los niños cuyas respiraciones suaves y rítmicas nada interrumpía. En un reloj lejano sonaron cuatro campanadas. Una tenue claridad perfilaba ya las líneas de los muebles, alquitarándose por los visillos de la ventana. No tuvo necesidad el caco de recurrir a su artificio eléctrico. Veía

bien, y la visión obsesionante de los niños dormidos le llenaba ahora su endurecido corazón de una extraña emoción.

Corriose hasta las camas de los pequeños y se puso a mirarlos. La niña que representaba unos cinco años recortaba sobre el fondo blanco de la almohada su carita redonda, entre un marco de cabellos ensortijados. El niño, moreno y gordinflón, tenía entre los brazos un mono de trapo despanzurrado. Entre los dos lechos, el Cristo de plata clavado en su cruz ebúrnea santificaba aquella atmósfera de paz. El Chimango calculó que la reliquia no valdría menos de cincuenta pesos y sus manos, presas de un temblor voluptuoso, se alargaron hacia ella. Pero las retiró en seguida, restregándose los párpados. Le había parecido que en el instante en que iba a cometer su acción sacrilega, el Redentor despe-gaba del hombro su cabeza coronada de espinas y lo miraba con ojos severos. El criminal bajó los suyos, sintiendo un temblor que le doblaba las rodillas, y los clavó en el suelo. Sobre una alfombrita vio los zapatos de los niños que motiva-ran aquella explosión de pena maternal. Los levantó. Tenían las suelas rotas y las punteras descosidas.

El Chimango estuvo un rato indeciso. Decididamente se estaba haciendo un zonzo completo, pero no lo podía evitar. Metió la mano en el bolsillo del pantalón y extrajo un rollo de sucios papeles de banco. El día anterior le habían pagado la quincena en la fábrica. Retiró un billete de diez pesos y lo colocó en un zapato; contempló otra vez a los niños profundamente dormidos y salió de la habitación, sin cuidarse ya de hacer ruido.

Del dormitorio de los esposos llegaba el dúo de sus ronquidos dispares.

El Chimango en pocos minutos estuvo en su casa. Desnudose rápidamente y se metió en la cama. El ruido de la chala que hizo el colchón despertó a Ruperta.

—¡Mirá qué hora de volver, sinvergüenza!

Y como él lanzara una ruidosa carcajada, la mujer sentenció:

—Vos no vas a parar hasta que te «jusilen» o te manden a «Usalla»...



## EL SUEÑO DE MIRASOL

### I

—¡Osvaldo Bortoluzzi!

La voz del habilitado pagador sonó en la oficina contigua con acento imperioso, y el jefe de la Sección Informes, cuyos cabellos cortados a cepillo sobresalían de una montaña de expedientes, se incorporó en la silla de vaqueta.

Era un hombre grueso, como de sesenta años, ojos pequeños color tabaco, nariz picuda y carrillos colgantes, meticulosamente rasurados. Marchaba, debido quizás a un encogimiento de los nervios del cuello, con el mentón separado del pecho por un ángulo de noventa grados.

Sus compañeros del Ministerio habían hallado en un remoquete pintoresco la feliz expresión de ese detalle distintivo. Le llamaban Mirasol. Y Mirasol, poco amigo de familiaridades y de hacer chistes, oyendo alguna vez como lo sacaban de su casilla zoológica para ubicarlo en otra que no le correspondía, advirtió que aquello no le hacía ninguna gracia.

Sin apresurarse, Bortoluzzi pasó a cobrar su sueldo que, previa firma de la planilla, le fue entregado en un sobre azul. De vuelta a la mesa de trabajo, en vano intentó reanudar la tarea interrumpida: el estudio de un legajo engordado con las triquiñuelas de una fábrica de gas pobre que se empeñaba en robar al fisco con el auxilio de un político conspicuo.

Fastidiado, dobló la cubierta del infolio, lo arrojó a un rincón y se puso a mirar por la ventana de aquel tercer piso hasta la cual llegaban apagados los ruidos de la ciudad.

Una hermosa mañana de primavera cargaba el aire con los efluvios de la tierra mojada por las lluvias recientes, y en el cielo azul, muy alto, volaban las primeras golondrinas.

Mirasol se sintió triste. No era la única vez que esto le ocurría. Comparando su vida de hombre ejemplar con la de otros hombres, no le hacía feliz el saldo favorable que resultaba del balance. No habría en los sujetos con los cuales se

cotejaba esa rigidez moral que a él le había servido para ir escalando, uno a uno, los peldaños de la reputación, pero en cambio, los demás procuraban, de algún modo, alegrar sus vidas, mientras que la suya era una monótona sucesión de actos rutinarios: comer, dormir, trabajar, mantener y educar hijos. Una marcha estúpida por un camino blanco sin la menor mancha de caída venial.

Bortoluzzi estrujó en el fondo del bolsillo los cinco billetes flamantes de cien pesos y se representó el proceso de distribución de ese dinero ganado en treinta días de barajar cifras y papelotes. Pagaría al proveedor de comestibles, luego al tendero, después al farmacéutico, al odontólogo...

Todo esto era, ciertamente, cumplir con los deberes de un honrado padre de familia, pero ¿no estaba lleno el mundo de gentes insignificantes que hacían la misma cosa? Al menos algunas de esas gentes dábanse mañas para celebrar a espaldas del hogar, de cuando en cuando, una calaverada sin consecuencias. Él, en cambio, había gastado las tres cuartas partes de su existencia para llegar a ser en su barrio un don Osvaldo.

La reacción de su melancolía fue un arrebato de cólera que le llevó a registrarse interiormente. Desanduvo treinta años y al volver, paso a paso, del fondo de sus recuerdos como la figura de un film cuyo motivo carece de emoción, se vio empequeñecido por una serie de acontecimientos vulgares: su adolescencia solitaria y arisca, el comienzo de su carrera burocrática llena de sobresaltos y humillaciones; un casamiento a prisa, sin novela de amor; después los hijos, el ambiente de paz hogareña bajo la dictadura doméstica de una mujer fea que le expresaba su cariño con gruñidos y hacía milagros de economía. Más tarde los ascensos ganados a prueba de uñas en una atmósfera de favoritismos e injusticias y, al fin, el bienestar relativo... la modesta casa propia que tenía en cada ladrillo la historia de una privación. Una lucha larga de la que salía con los cabellos plateados para mirar el panorama de la vida con la turbación de un operado de cataratas a quien quitan la última venda.

¿Y lo que le restaba hacer? Poca cosa. Llegaría un día en que habrían de faltarle fuerzas para seguir revolviendo los papelotes de su mesa de trabajo y, con el seguro de una jubilación mezquina, se iría a su casa a enfermar y morir. En el barrio dirían los vecinos: «Ha muerto don Osvaldo». Y algún «¡Pobre Mirasol!» sería el comentario piadoso de los compañeros de oficina cuando vieran pasar el cortejo fúnebre en dirección al cementerio.

Cortó las amargas reflexiones de Bortoluzzi la entrada en el despacho del director de la repartición, un hombre calvo con un tic nervioso que le hacía levantar los hombros a cada momento.

—Es urgente —dijo— que preparemos el informe sobre el vestuario de los vigilantes. He llevado a casa la muestra de los paños y los modelos de los cascos enviados por la casa Bradalaga. Podríamos examinar todo allí, si usted quiere ir.

—Con mucho gusto, señor Chopitea. ¿A qué hora?

—Después de las diez y siete.

—Muy bien, no faltaré.

El Director Chopitea se fue. Tenía este caballero fama de funcionario incorruptible.

Mirasol echó un vistazo al reloj de su oficina. Faltaba un cuarto de hora para la salida. No valía la pena continuar la tarea y, encendiendo un cigarrillo, se asomó al balcón.

A sus ojos se ofrecía un hermoso espectáculo: el del río surcado por embarcaciones de todas las formas y banderas. En el fondo del canal apareció un enorme navío de tres puentes, arrojando espesas columnas de humo por sus chimeneas.

Por primera vez en su vida Bortoluzzi sintió que en su corazón prosaico entraba un granito de poesía y se dejó invadir por la honda sugestión de aquellas ciudades flotantes que paseaban por los mares del mundo, almas de todos los climas. Se representó a través de reminiscencias novelescas que ahora despertaban en su imaginación con el vigor de sensaciones nuevas las lejanas y fastuosas capitales de Occidente, centros de placeres, poblados por mujeres maravillosas de todos los tipos raciales. Soñó en los misteriosos harenes de las urbes gentilicias arrulladas por las ondas de ríos azules; en las músicas eróticas que vibran en los contorcios del trópico; en toros y mantones; bayaderas y constelaciones del Punjab; tchartchafs y perros vagabundos...

Y el pobre hombre que jamás había puesto sus botas de elásticos sobre la borda de una chalupa casi se echa a llorar de emoción, movido por los resortes de su insospechado órgano sentimental.

Cerró el balcón y penetró en su oficina. Allí se estuvo como idiotizado unos segundos. De pronto descolgó el auricular del teléfono y habló con su domicilio. Un asunto urgente le impedía ir a almorzar. Que no le esperaran hasta la noche. Satisfecho, cogió la galera de la percha, cubriose y abandonó la oficina al punto que el reloj hacía sonar la duodécima campanada.

## II

Mirasol bajó con la agilidad de un niño las escaleras del Palacio de Gobierno y echó a caminar por una de las callejas diagonales de la plaza. Le turbaba un tanto la idea del primer desorden que iba a introducir en sus costumbres severas, porque el jefe de Sección pensaba divertirse, experimentar una emoción fuerte que le pusiera al nivel de los demás hombres, siquiera por un día.

No iba a ser cosa, claro, de contraer hábitos licenciosos y andar como un pi-saverde, en continuos mariposeos por los huertos prohibidos. Sabría detenerse en los justos límites. Total, él era como todo el mundo, de carne y hueso... y cuando hasta los santos habían pecado...

Seguro de sus fuerzas morales, se echó a reír.

Tonto y más que tonto había sido tardando años en alumbrar una idea tan sencilla.

Pero en seguida se quedó serio.

—Esas debilidades no siempre salen bien —se dijo. Guardaba en la memoria el recuerdo de compañeros de trabajo metidos en aventuras galantes que habían terminado desastrosamente. El temor le hizo evocar los episodios del cuento de Maupassant, «Le Cochón de Morin» para encontrar, en la historieta de aquel burgués chapetón que padece un lamentable error y es cogido luego en las redes de una intriga jocosas, nuevos motivos de sobresalto. Pero se tranquilizó. ¡Bah! Eso era un cuento y, después de todo, en el caso de que pudieran ocurrir cosas por el estilo, preciso era tener en cuenta que Morín se había conducido como un viejo estúpido. Despejado siguió su camino.

A cada instante hurgaba en el bolsillo del pantalón para cerciorarse de que estaba allí el sobre con los quinientos pesos. En una de esas exploraciones maquinales, dio un brinco y se le cortó el aliento. Su diestra tocaba una base limpia de lastre. Revolió la mano y un suspiro de alivio salió del pecho del burócrata. El bolsillo demasiado largo se había doblado en forma de ocho y en el fondo estaba la plata.

—¡Una limosnita, señor, para los niños débiles! —lo abordaron dos hermosas señoritas, vestidas con telas vaporosas. Una de ellas, sin esperar respuesta, adelantose y le prendió en la solapa una florecilla de papel pintado. La otra señorita extendióle, sonriendo, una alcancía y dio las gracias cuando por la ranura cayó la tercera moneda de níquel. Se fueron las muchachas y Bortoluzzi quedose aspirando el perfume de los polvos de arroz que dejaran en el aire, con la nariz crispada como la de un corcel de batalla que olfatea el humo de un obús.

Recién entonces reparó en el descuido de su tualé. Tenía el cabello muy crecido y los aladares empezaban a rebasar el nivel de la galera. Entró en una peluquería de lujo para hacerse restaurar. Bajo las hábiles manos del «coiffeur» la cuadrada cabeza de Mirasol adquirió el agradable aspecto de un campo de avena recién segado. El fíguro le levantó los bigotes, desparramándole un tanto las puntas y al arrasar con un pelotón de vegetaciones grises que le salía de una oreja, deslizó en ella una lisonja. Bortoluzzi reprimió una sonrisa de halago.

Ya fuera, con la cara refrescada por el agua Colonia, se consideró dichoso. En el alma virginal del viejo, abría las alas un lepidóptero.

¿Dónde iría? El estómago le advirtió que empezaba a tener hambre y un individuo extenuado por la debilidad tiene muy pocas probabilidades de pasar un día agradable. Ya encontraría por ahí un restaurant decente.

Bertoluzzi dejó la calle principal de la ciudad y tomó otra, procurando alejarse del barrio en que estaba su domicilio. A esa hora las actividades urbanas entraban en un período de tregua y pocas gentes circulaban por las aceras.

Mirasol se detuvo frente a una casa de limpia fachada que ostentaba sobre la puerta un aparatoso letrero a grandes caracteres dorados: «Pensión de los Artistas».

Venía del interior el tufo incitante de las viandas entre el ruido de las vajillas y un musical parloteo de voces femeninas.

El oficinista vaciló. ¿Estaría cómodo allí? Al fin decidióse y apartando las cretonas del portier, penetró resueltamente en el negocio.

Frente al mostrador de estaño niquelado dos alemanes de cuellos apopléticos, lanzando enérgicos ¡Jetz!, golpeaban enormes jarros de chopp. Adelantose un mozo con raído saco de lustrina y un delantal blanco, cubierto de amarillentas impresiones digitales.

—¿El señor desea almorzar?

Bortoluzzi redujo a cuarenta y cinco su ángulo de noventa y siguió al sirviente al comedor, una vasta sala de paredes cubiertas con un papel chillón sobre el cual volaban millares de amorcillos regordetes, disparando saetas. Un ventilador suspendido del techo agitaba con el voleo perezoso de sus palas los hierbajos enterrados en unas tinas de losa pintarrajeada.

El comedor estaba casi desierto, con los manteles de las mesas doblados sobre las aceiteras y los restos de pan. Ebrias por el vapor de los vinos y las sales de las frutas se perseguían las moscas.

Solo en una tabla redonda, colocada en el centro de la sala había un grupo de mujeres, una muy voluminosa ya entrada en años y dos jóvenes, bastante lindas, rodeando a un viejo retacón de cabellera lanuda que parecía ser el director del cuadro.

El viejo estaba inclinado sobre un pringoso cuaderno manuscrito. Las mujeres charlaban y bebían vasitos de rum. Una de ellas, rubia, con grandes ojeras tiradas a lápiz, tenía asido de un cordelín de seda a un asqueroso perrillo de Malta, y a cada esfuerzo del animal por libertarse de su dueña, esta respondía con un:

—¡Quieto Lulú!

En uno de los forcejeos del pichicho, la amarra levantó la falda de la mujer hasta la rodilla, dejando en descubierto una pierna bien torneada.

A Mirasol se le escapó del tenedor una sardina que entre dos hojas de lechuga se llevaba a la boca.

—¡Ira de Dios! —vociferó el viejo de la tabla redonda, cerrando malhumorado el cartapacio—. ¿A quién se le ocurre escribir estas sandeces? ¡Y el imbécil del empresario dice que con estas enjundias sacaremos la tripa del mal año! ¡Un rayo lo parta a él y a sus autores locales!

—¡Calma, Paco, que no has hecho aún la digestión! —exclamó la mujer gruesa.

—¡Qué calma ni qué tontainas! ¡Reviente yo mil veces pero no dejaré de decir, mujer, que esto es una burla... un asesinato artístico! ¿Es qué hemos caído tanto para que se nos pegue en el morro con estos papelotes?

Las jóvenes estallaron en ruidosas carcajadas.

—Vosotras, malas hembras, reíos cuanto queráis pero id buscándoos colocación —les gritó el viejo, colérico.

Bortoluzzi, introducido sin querer a las miserias de esa familia de cómicos de la legua, se sintió sacudido por una gran piedad. Decididamente nadie era feliz en el mundo, ni aún aquellos que erraban como pájaros bajo todos los cielos. La rubia le miró con tristeza, como si le pidiese amparo. La otra mujer, impasible y desdeñosa, encendió un pitillo de tabaco rubio y se volvió hacia los amorcitos de la pared.

Del despacho llegaban, secos y retumbantes, como las órdenes de un cabo de cañón, los ¡jetz! y ¡prosit! de los teutones.

Mirasol hizo un esfuerzo y sostuvo la mirada, sin pestañear. Ella, entonces, sin dejar de contemplarle, bajó suavemente un párpado.

El oficinista, aturcido, revolviose en el asiento, vertió agua y se puso a beber a pequeños sorbos, como si quisiera mantener el mayor tiempo posible introducida la nariz en el vaso.

El mozo, trayendo la cuenta, vino a sacarle de su violencia. Mirasol pagó con un billete de cien. En ese instante Lulú desprendiose de la amarra. La rubia corrió tras él. El antipático animalejo, después de medir un buen trecho de la sala con sus patucas peludas, fue a guarecerse entre los tobillos del jefe de la Sección Informes.

—Hágame usted el favor, caballero, de coger a Lulú—suplicó la dueña.

Bortoluzzi se agachó y alzó el perro poniéndolo en manos de la mujer con tal torpeza, que ella le apretó las suyas por unos segundos, lo cual bastó para que los flácidos mofletes del buen hombre adquirieran el matiz de una cresta de pavo en celo. Estaba experimentando él la emoción fuerte con que había soñado y hasta se sintió con fuerzas para articular unas palabras galantes. Como si ellas fueran una invitación la artista tomó asiento a su lado.

—Al fin empieza mi aventura—pensó Bortoluzzi. ¿Y a qué distancia de sospecharla estaban en su casa!

A esa hora su mujer estaría haciendo la siesta. Se imaginó verla en telas livianas, tendida en un catre, próxima a perder de la diestra, vencida por el sueño, el vástago de sauce con que mantenía agrupados en torno suyo a los niños. Un poco de remordimiento empezó a pellizcarle la conciencia, pero no tuvo tiempo de ir más lejos en sus escrúpulos.

En el comedor, con paso inseguro, entró un sujeto, silbando un aire popular. Tenía las ropas arrugadas y el sombrero echado sobre una oreja.

Bortoluzzi palideció. Ese encuentro con Elizabide, su compañero de oficina, era lo peor que podía ocurrirle. Lo conocía bien. Burlón y maldiciente, jaranero, amigo de crear conflictos a todo el mundo, no había quien se salvara de sus groserías. Las palizas recibidas a menudo no surtían otro efecto que el de enconar

su naturaleza maligna. Además era un borrachín incorregible a quien no se le podía exigir discreción alguna. Se sostenía en el empleo porque contaba con fuertes padrinos.

Bortoluzzi quiso ocultarse pero el otro lo vio.

—¡Calla! ¡Mirasol! ¿No me equivoco? No, es él en persona. —Y se aproximó.

—¿Se llama usted, Mirasol, caballero? —susurró la rubia—. Es un bello nombre.

El jefe de Sección hizo señas al borracho para que callara. Elizabide le contestó con una carcajada.

—Es inútil, camarada, te he descubierto... ¡Ah, viejo zorro! ¡Estás bien acompañado, eh!

—¡No sea usted impertinente, hombre! Deje en paz a este caballero —expresó la artista con enojo.

—Ya, ya, ¿con qué tienes abogados con faldas? ¡Bravo! Te has cansado de ser virtuoso... Sí, sí... lo veo bien... Te felicito. Ya no engañarás a nadie... ¡Choca!

Y le alargó la mano. Mirasol no pudiendo evitarla se la estrujó hasta hacerle daño. Con toda el alma le hubiera abierto el vientre de una feroz cuchillada.

Elizabide ahogó el dolor del apretón con una nueva risotada y dirigiéndose a los de la tabla redonda, chilló:

—Vean ustedes a este viejo verde. Con su cabeza cuadrada parece el general Hindenburg, pero... no asusta a nadie. Es un Napoleón de chocolate... Eso sí, es muy enamorado... a pesar de que no tardará mucho en ser abuelo... Ji, Ji, Ji... ¿Verdad Mirasol, que pronto lo serás?... No te fastidies, hombre... Estamos en familia... Vaya, confiesa que te gustan las mujeres... ja, ja, ja,... ja, ja, ja... ¿Verdad que te agradan Bibí?

Bortoluzzi se levantó furioso de la silla, y los cómicos se prepararon para asistir a una riña. Pero el jefe de Sección, sacándole la cara al grupo, descolgó el sombrero y se dirigió a la puerta del comedor, seguido de Lulú que le tiraba dentelladas a los bajos de los pantalones. En un momento el perrillo avanzó demasiado y un pisotón le hizo lanzar un aullido.

—¡Ah, del mal hombre! ¡Ha reventado a Lulú! —clamó la dueña corriendo en auxilio del can, con lágrimas en los ojos.

—¡Eres un salvaje! ¡Has estropeado al pichicho! —gimoteaba el ebrio—. Pero, lo pagarás... Te obligarán a entregar en su lugar un Pekin cruzado, o un cachorro de Pomerania... Es inútil que escapes, viejo zorro... Sabemos dónde vives...

Mirasol huyó. Y alejado ya del teatro de su desgraciada ventura todavía resonaban en sus orejas las risotadas burlescas del canalla de Elizabide.

### III

Mirasol anduvo rápidamente, sin detenerse durante media hora. Se le ocurría a cada instante que detrás de él venían los cómicos de la pensión, con el perrillo mal herido. Al fin, rendido por el cansancio y bañado por el sudor de la carrera, se dejó caer en el banco de una plazoleta solitaria.

Una opresión en el estómago, donde los jugos gástricos luchaban por disolver los pesados materiales del almuerzo, hízole añorar su bote de bicarbonato. ¡Qué bien le sentaría ahora una cucharadita de aquel polvo blanco!

El temor de enfermar allí, en aquel sitio apartado, y el pensamiento de que podían llevarle tendido en la tarima de un camión de la Asistencia Pública, despertó en el infeliz caballero una angustiada nostalgia. Recordó la fresca galería de su casa; el sillón de tijera con lona rayada en el que se tumbaba todos los días para dormitar media hora con la cabeza cubierta por el periódico a que estaba abonado hacía veinte años. Eran las tres de la tarde.

—¡Bah!—exclamó Bortoluzzi, reaccionando— soy un niño. —En seguida una idea levantó su ánimo. No perdería el tiempo. En el bolsillo tenía una nota de pequeños acreedores a quienes acostumbraba visitar cada vez que cobraba su sueldo. Buscó la nota y la desplegó. Era una hoja de cuaderno escolar, escrita a lápiz con muy mala ortografía por la señora Bortoluzzi, en la cual se alineaban los gastos del hogar.

El baratillo «A la Ciudad de Tánger» iniciaba el estado de las deudas con un modesto renglón de quince pesos y un pico. Precisamente, estaba cerca de la plazoleta. Mirasol dejó el banco y se dirigió allí. Los dueños eran unos judíos de Marruecos que no medraban mucho con el establecimiento.

—No valía la pena molestarse por tan poca cosa, don Osvaldo —dijo hipócritamente la tendera, mientras depositaba el dinero en el cajón.

—Cuentas claras conservan amistades, y a nosotros nos gusta el orden.

—Eso está bien —asintió la baratillera. E hizo un elogio de los hombres honrados. Daba gusto, en verdad, tener clientes como don Osvaldo. Otros sujetos solo atinaban a disipar cuanto ganaban, en el café y las diversiones deshonestas. Conoció ella a más de uno de esos tunantes que, cargados de hijos, derrochaban el dinero con mujerzuelas o eran envidiados crónicos que no salían de las casas de juego. ¡Ah! ¡No había castigo bastante para tales tipos!

A Mirasol se le ocurrió que la filípica de la marroquí era contra él. Tomó el recibo y se marchó.

Iba el oficinista por la faja de sombra de la acera, enjugando el tafilete de la galera con el pañuelo, cuando al levantar los ojos vio, frente al escaparate de una librería ubicada sobre la vereda opuesta, a una muchacha rolliza, de faldas cortas y delantal blanco con tiros, por las trazas doméstica, sonriendo a un mozalbete que, indudablemente, le diría cosas agradables.



Mirasol exhaló un hondo suspiro. Para la gente moza, la vida si que tenía sus encantos. Tanto peor para él que nunca había sido joven.

Un coche que rodaba al paso de los caballos se detuvo frente a la pareja. La chica miró temerosa a todos lados. El galán la empujó suavemente y en seguida ambos entraron en el vehículo. El auriga fustigó a las bestias y el coche partió a escape.

El jefe de Sección que en su maliciosa curiosidad no perdiera detalle de la maniobra, al ver la cara del caballero que hasta entonces le había dado la espalda, casi se cae de bruces. Reconoció en él a su hijo Medardo, el estudiante.

—¿Se siente usted mal, señor? —articuló a su vera una anciana pequeñita de cuyas manos sarmentosas pendía un rosario.

—¡No! —dijo áspera y descortésmente el burócrata. Y sin darle las gracias siguió su camino.

El descubrimiento que acababa de hacer llenole a Mirasol el pecho de cólera. ¡Bien se iniciaba el muchacho! Pero cuando procuró hacer la crítica del episodio, comprendió que no tenía autoridad alguna. Los jóvenes podían divertirse a condición de que no fueran hijos suyos. ¡Bonita moraleja!

Calmose y continuó andando. Dos cuadras más adelante la muestra de un bazar le recordó que también allí tenía que pagar una factura, y entró.

El salón de ventas estaba lleno de parroquianos y los dependientes se multiplicaban para atenderlos.

Mirasol, mientras esperaba turno, se entretuvo examinando un objeto de arte. Un cadete lo señaló a otro, y le dijo:

—Tú, vigila al viejo. ¡Tiene una facha!

A pesar de que la insinuación fue hecha en voz baja, el burócrata la oyó bien. Tentado estuvo de arrimarse al mostrador y atizarle un cachete al atrevido muchacho, pero en ese momento sus ojos se encontraron con los de una bella señora, elegantemente vestida que le miraba como demandándole un saludo. Mirasol no recordó haberla visto nunca. Tal vez la dama le confundía con otro. Cambió de sitio y a poco andar, sorteando las mercancías apiladas en el salón, se encontró de nuevo, en un ángulo, con la desconocida. Ella volvió a mirarle.

—Bueno —se dijo Bortoluzzi — comprendo. Una nueva aventura. —Y como indemnizado de todos los padecimientos del día, sintió que entraba por sus poros una gran suma de bienestar. Ya no sería tonto. Había interpretado bien las miraditas.

Sin satisfacer el objeto que lo trajera, abandonó el negocio y se apostó en la esquina. Al rato salió la desconocida, llevando en la mano un pequeño paquete. Ella lo vio y esta vez Mirasol le hizo un gran saludo que obtuvo por respuesta una sonrisa.

La dama, después de caminar unas cuadras, tomó un tranvía y el jefe de Sección, que la seguía, apresuró el paso y subió tras ella, instalándose en un

asiento próximo. Cuando el guarda le entregó su boleto, pagó también el de la mujer y esta al recibirlo se volvió, para agradecer la atención con un movimiento de cabeza. Mirasol cerró los ojos y se hundió con la imaginación en la dorada trama de una novela de amor, pero como necesitaba tenerlos muy avizores, los abrió en seguida.

El viaje se hacía, para la impaciencia de Bortoluzzi, demasiado largo. Por fin la dama alzó un dedo y el guarda tiró de la correa.

Antes de que la incógnita se moviera de su asiento, Mirasol ya estaba en la plataforma y todavía sin detenerse el coche, plantose en la acera.

La mujer cruzó la calle sin volver la cabeza, se introdujo en un amplio zaguán y desapareció, ligera como un pájaro.

Recién Mirasol se dio cuenta del barrio en que se encontraba y su estupefacción no tuvo límites al fijarse en la fachada del domicilio de su perseguida. Esa casa era la del director de su repartición, señor Chopitea. ¿No sería la mujer, la misma esposa del superior?

—¡Buena la he hecho! —exclamó el desventurado.

Lo peor de todo era que allí tenía que entrar en cumplimiento de una obligación ineludible. Consultó el reloj. Justamente era la hora de la cita. Chopitea le estaría esperando.

Hesitó un rato. Luego, galvanizado por la reflexión de que todo podría justificarlo con la misma necesidad de visitar al principal, se dirigió a la puerta del zaguán y oprimió el botón del timbre.

—Pase, señor —le dijo una fámula que tendría ya orden de introducirlo.

En el escritorio le esperaba Chopitea metido en un pijama de seda. Tres niños, sentados en la alfombra, recortaban los monos de una revista.

—Tendremos que rechazar estas muestras. Son de una calidad muy inferior a las del año pasado —apuntó el director, mientras sacudía unas tiras de paño.

Bortoluzzi estrujó a su vez las telas y fue de la misma opinión.

—Los cascos están bien hechos, pero las plaquetas son de un metal ordinario que pierde pronto el brillo y los cimborrios demasiado puntiagudos y filosos. Parecen moharras. Los números son tan pequeños que casi no se ven.

Para poner en evidencia las fallas, Chopitea se cubrió con un casco.

—¿No ve usted?

—Efectivamente —contestó Mirasol.

El director levantó entonces de su calva el defectuoso modelo y lo transfirió a la cabeza cuadrada de su inferior jerárquico.

Bortoluzzi adquirió el aspecto de un gendarme de cinematógrafo. Los niños, retorciéndose de risa, abandonaron los monos para contemplarlo a sus anchas. Uno de los picaruelos sacándole la lengua dijo al hermano: «se llama Mirasol». El mismo Chopitea, malgrado la seriedad de su cometido, no pudo reprimir una carcajada. El viejo estaba diabólicamente bufo con el casquete.

De pronto se abrió la puerta del escritorio y apareció la dama del bazar, vestida con un peinador que la hacía más hermosa. Mirasol quitose con tanta prisa el ridículo chapeo que se le cayó al pavimento.

—Mi esposa —dijo Chopitea, presentándosela.

—Cuando lo vi en el bazar —manifestó ella sonriente— creí que usted se negaba a reconocermé. Yo le recordaba desde aquel día que fui a la Casa de Gobierno y usted tuvo la amabilidad de acompañarme hasta el gabinete de mi esposo. Estuvo Vd. en esa ocasión muy cortés... No podía olvidarme...

Bortoluzzi, que no recordaba nada, mintió. Cierta que en el primer momento de verla, nada le había dicho su memoria, pero luego recordó.

—Después —añadió la señora Chopitea— me imaginé que usted se había propuesto conquistarme. Tantas delicadezas gastó conmigo. ¡Qué risa!

A Mirasol se le inflamaron los mofletes.

Chopitea acudió en su auxilio.

—¡Locuela! Cómo pudiste pensar que un hombre de su edad... —Mirasol no tuvo tiempo de pensar si debía agradecer o maldecir la intervención de su jefe. Uno de los chicos que se había apoderado del casco se lo introdujo hasta las orejas y en ese momento el maltrecho oficinista saltó de la banqueta, dando un pequeño grito. El más travieso salía gateando debajo de la silla de Mirasol con un pincho de sombrero en la mano.

—¡Ah, bribones! —aulló el padre, indignado—. ¡Fuera!

Los chicos corrieron hacia la mamá que se los llevó a prisa zurrándolos.

El encargado de la Sección Informes frotose con una mano el lugar en que había hecho blanco el alfiler, y restó importancia al incidente. No era nada... Todos los niños eran así...

Revisaron unos papeles y quedaron en redactar el informe al día siguiente.

Mirasol se marchó. Nunca como entonces le pareció más largo el camino de su casa. Tuvo la sensación de haber pasado años sin respirar la atmósfera de la familia, y se imaginó que cuando estuviera allí iba a experimentar la emoción de quien vuelve a reunirse con seres queridos después de un espantoso naufragio. Y ¿qué era la odisea de aquella tarde fatídica sino un viaje por las aguas turbias del pecado en las que había corrido el peligro de hundir el esquiife de su existencia honesta?

Mirasol recapituló las impresiones del día y deteniéndose en el objeto que le determinara, por sugestión, a cometer una serie de actos ridículos, se burló de su minuto sentimental. Ahora, derrengado, lleno de vergüenza y pena, veía bien aquel gigantesco navío de tres puentes. Era uno de esos barcos cubiertos de grasa y hollín que entran en los puertos lanzando por los imbornales aguas cargadas con los gérmenes de todas las plagas; arcas flotantes gobernadas por hombres brutales que perdían el miedo a los elementos, hinchando sus vientres con barriles de gin.

¿Y aquellos cómicos cuya miseria le había impresionado tanto? Bien merecida tenían su suerte por holgazanes y viciosos. En cuanto a Elizabide, era obra de bien molerle los huesos sin perjuicio de agradecerle el servicio que le prestara.

A pocos metros de su domicilio, llegó a sus oídos la música del piano que tocaba su hija Esther, y el cerebro de Mirasol se pobló de imágenes risueñas.

En el hogar reinaba el orden y el riguroso aseo de todos los días. Juana, la sirvienta, enchufaba a la canilla del agua corriente el pico de la manguera, para regar la huerta. Un negrilla enjugaba con un paño los mosaicos del patio recién lavado, y en la dorada jaula, suspendida del techo de la galería, cantaban los canarios.

Mirasol dejase caer con voluptuosidad felina en el sillón de tijera, y extendió las piernas.

—¿Y Medardo? —preguntó a su mujer.

—Se está bañando. Ha venido muy cansado de la Facultad.

Una arruga se dibujó en la frente del oficinista.

—¿Quieres tomar algo?

—Sí, tráeme un refresco. Tengo sed.

Al rato volvió la señora de Bortoluzzi con un gran vaso de limonada, y mientras ella revolvió con la cucharilla, él se puso a observarla. Era una mujer de líneas gruesas, algo ajada por el trajín de una vida hacendosa. Tenía el cabello repartido en dos largas trenzas que le caían por la espalda. De sus formas duras y redondas, emanaba un áspero perfume de salud. Mirasol descubrió en ella atractivos en los que nunca había reparado y al devolverle el vaso, tomola de una mano, la atrajo hacia sí y le dejó la inquietud de su corazón en el fondo de los ojos.

Envuelto en una salida de baño cruzó Medardo la galería, arrastrando suavemente sus zapatillas de esparto...

## HUAKALO

Cuando estuvo hecho el desvío ferroviario don Parmenio Quiroga necesitó más brazos para la explotación de su obraje «Los Tucos». Entre una mesnada de co-rentinos y santiagueños, fuertes como los quebrachos de la selva, llegó Edisto Gutiérrez, un gigantón rubio de casi dos metros de estatura.

—Este no ha de servir para maldita la cosa —pensó el capataz Sandalio Vidal, mozo bajito, oriundo de Goya, que tenía un desprecio olímpico por los hombres de talla elevada. Y después de mirarlo insolentemente, de pies a cabeza, interrogó:

—¿De dónde venís?

—Del Ambato de Catamarca.

—Ah, los de allí no sirven ni para afilar un hacha. Y, ¿en qué querés ocuparte?

—Soy carrero.

El capataz lanzó una carcajada.

—¡Trabajo de haragán!... Y con ese peso... Pobres mulas...

El señor Quiroga intervino:

—Vamos a necesitar otro carrero, Vidal. Tómelo nomás.

Gutiérrez se incorporó al personal de «Los Tucos» y desde el primer día demostró su capacidad en el empleo. Sus «paradas» eran las que más rendían y mejor aspecto presentaban. El catamarqueño sabía tratar a las recuas, convirtiendo en dóciles cuadrúpedos a las mulas más pícaras. Les fue poniendo nombres a todas: Bonita, Paqueta, Pulida, Chiquita, Calavera... Hablaba con ellas como con seres humanos y rara vez empleaba el látigo para avivarlas.

—Hemos hecho un negocio con este Gutiérrez —decía don Parmenio.

La esposa del obrero, doña Cata, mujer frívola que de tiempo en tiempo caía a «Los Tucos», abriendo paréntesis a su vida mundana de la Capital, se burlaba del gigante. Los peones la apodaban en quechua «Uman Puca» (cabeza colorada) en gracia al rojo matiz de sus cabellos. Hábil amazona, corría como un demonio por los bosques y caminos, sin compañía. A Gutiérrez jugábale bromas pesadas, muy de seguido. Una vez la halló el carrero tendida sobre la

hierba en el fondo de una picada. Daba la impresión de estar muerta. La alzó y cuando consternado prodigábale los más respetuosos nombres, ella se retorció entre los robustos brazos del auriga, presa de una risa epiléptica. En otra ocasión Gutiérrez oyó voces que lo llamaban del lado de la acequia y al correr en esa dirección vio a doña Cata, con medio cuerpo fuera del agua que le pedía le alcanzara sus ropas dejadas sobre las ramas de un sauce.

¡Qué bromista era la patrona!

A Gutiérrez lo acompañó al obraje su mujer Evarista y un hijo de cuatro años: Toto. El chico era rubio como el padre; la mujer una linda criolla con unos ojos provocadores y un bosque de pelo retinto. Contrastaban fuertemente los dos tipos: él colosal, buenazo, callado y trabajador; ella menudita, parlanchina y haragana. Gutiérrez la adoraba, a pesar de sus defectos capitales. Frecuentemente, al llegar a su rancho, rendido por el cansancio, encontraba el fogón apagado y el hijito dormido. Sin esperar a que Evarista volviera de sus excursiones por las viviendas del obraje, prendía fuego y preparaba la comida de los dos.

Sandalio Vidal, tipo de presa, acostumbrado al dominio de la mujer de aquel medio áspero y violento, apenas conversó con Evarista hizo una confidencia en rueda íntima:

—¡Pan comido!

Se los veía paliquear muy a menudo.

—Tenga cuidado —le decían los peones al capataz— Gutiérrez puede darse cuenta.

—¿Y a mí qué? —respondía el prevenido llevándose la mano al costado donde tenía el Éibar. No le causaba miedo el gigante, lo consideraba un flojo y hasta se animaba a correrlo con una varilla de urunday. Además él estaba harto de «Los Tucos» y cualquier día se mandaría mudar.

Sandalio Vidal, malo como una yarará, no contaba con la simpatía de sus patrones, pero don Parmenio Quiroga necesitaba allí quien se impusiera al elemento bravío que periódicamente entraba mezclado a los nativos pacíficos y por eso toleraba al capataz, haciendo la vista gorda ante muchas de sus demasías.

Gutiérrez se había percatado de la amenaza que acechaba a su rancho, pero ante una advertencia más paternal que autoritaria, la Evarista se encolerizó. La tenía su hombre acostumbrada a los mimos y halagos. Ahora le venía con zonceras.

Él no volvió a decirle nada.

Doña Cata lo vio entrar un día en su casa. El hombrón iba con sus pilchas de gala, blusa negra, bombachas de gambrona enchufadas en las medias y pañuelo de seda blanco. Voltejeando entre las manos el alón refirió sus cuitas a la patrona, con voz trémula:

—Yo quisiera, doña Cata, que Vd. le diera unos consejos a la Evarista.

«Uman Puca», maquillada como para una soiré de Santa Fe, echó por el em-

budito de sus labios embadurnados de rouge un hilo de humo, sacudió el pitillo egipcio y miró al carrero con los ojos entornados. ¿Qué consejos quería que le diera a esa chinita? No valía la pena. Pero prometió.

—No se haga mala sangre, Gutiérrez; lo que sobran en este mundo son mujeres.

Cuando el catamarqueño giraba sobre sus talones para marcharse, dio ella un salto de la mecedora y tomándolo de los brazos lo hizo volver.

—¿Nunca ha querido Vd. a otras mujeres, Gutiérrez?

El auriga meneó la cabezota.

—¡Sonso!

Al día siguiente, Gutiérrez al regresar del trabajo se encontró con la novedad de que su compañera lo había abandonado llevándose todas sus ropas y dejando al niño en poder de unos vecinos.

—Se ha ido con Vidal —le dijeron, esperando una reacción violenta. Pero Gutiérrez se echó a llorar como una criatura, abrazando a su hijito.

—No están lejos... Allí no más en el otro obraje... en Las Achiras... ¿Por qué no los va a buscar y los castiga? —le insinuaron los compañeros.

El catamarqueño meneó su cabezota rubia.

—¡Huakalo! —lo apostrofó el otro carrero santiagueño Albano Gaité, diciéndole en quechua, llorón.

¿Qué podía valer un hombre que en vez de vengar su honor ultrajado derramaba lágrimas como una mujer?

—¡Huakalo! —repitieron otros a quienes le resultaba fácil ofender al hombre manso y resignado.

Y desde entonces a Gutiérrez ya no se le dio otro nombre. Hasta aquellos que lo estimaban lo llamaban por ese remoquete, sin molestarlo.

Pasaron los días. Huakalo, como si nada hubiera ocurrido en su vida, seguía transportando en su carro desde el aserradero al desvío las maderas del obraje, cada vez más cariñoso y tierno con sus mulas. Ahora les adornaba las cabezadas con flecos de tientos y borlas de lana, colgándoles al cuello dijes sonoros que encargaba a don Parmenio cada vez que iba a la ciudad.

—¿Y mamita? —preguntaba a veces el chico, su inseparable compañero en las horas de trabajo y descanso.

A Huakalo se le encogía el corazón en el pecho. A veces Toto lo veía enjugarse los ojos con el dorso de su mano enorme y abandonarle las riendas. Lo llevaba siempre en el carro y le enseñaba a pronunciar los nombres de las bestias.

—¿Será carrero como yo? —se decía—. ¿Será tan disgraciao como su padre? —Pensando en lo último en las vueltas de algún tortuoso camino de la maraña, deseos sentía de matar a la criatura y matarse él.

Al patrón le había explicado su conducta con motivo del abandono de su mujer:

—El hombre es hombre don Parmenio. Eia es la culpable. ¿Pa qué la voy a castigar, si no me quiere, no?

—Si Vd. no fuera tan flojo lo hacía capataz —le dijo Quiroga que andaba preocupado con la partida de Vidal y veía en Gutiérrez a un hombre honrado.

Huakalo bajó la cabeza sin contestar, como abochornado.

Días más tarde, un hachero correntino, despedido por haragán, lo atropelló con cuchillo a don Parmenio en la puerta del escritorio.

Gutiérrez, presente, se interpuso resueltamente, tomó del brazo al agresor y lo desarmó.

—Me he equivocado, Huakalo —exclamó el patrón abrazándolo—. Vd. es un hombre sereno y valiente.

—Patrón, yo soy güeno y nada más.

Y como Quiroga le ofreciera el puesto de capataz, se negó.

—No, don Parmenio, yo no he nacido pa mandar. Yo solo quiero ser peón... Déjeme con mis mulas. —Y no fue posible convencerlo.

La vivienda de Gutiérrez era la nota feliz en las treguas del trabajo. Como si el drama del rancho destruido hubiera despertado en su corazón un vibrante raudal emotivo, el hombre tosco del trajín diurno se convertía por la noche en una caja musical. Huakalo cantaba vidalitas acompañándose a la vihuela y su voz dulce era un regalo para las chinas. Doña Cata solía cerrar la novela de Piti-grilli con que entretenía sus ocios para escucharla extasiada.

Huakalo, a haberlo querido, hubiera encontrado en sus muchas admiradoras del obraje fácil lenitivo a sus pesares, pero el hombre parecía no tener más alma que para su pibe y sus acémilas.

Saliendo de la estación del Desvío, Gutiérrez se encontró inesperadamente una tarde, con Sandalio Vidal. No lo había visto desde la fuga de Evarista. El ex capataz de «Los Tucos» estaba entre un grupo de hacheros que conocían su aventura. Huakalo se detuvo, hizo crujir entre sus manos el cabo del látigo y miró con fijeza a su ofensor.

—¡Tata, vamos! —gritó en ese instante el niño que lo esperaba sentado en el pescante del carro.

Gutiérrez tuvo un momento de vacilación. Alternativamente paseó sus ojos del grupo al minúsculo tripulante del vehículo que, como si intuyera el peligro, unía a sus llamados unos ademanes de impaciencia.

Al fin, resuelto, volvió la espalda a los hombres y marchó rápidamente hacia el rodado empuñando las riendas. Apenas partió estallaron las mal reprimidas carcajadas de aquellos, sobresaliendo del coro burlón la risa estrepitosa de Vidal. Huakalo la siguió escuchando durante un largo trecho como un eco infernal.

—¿Por qué llorás, tata? —inquirió el niño viendo correr por las mejillas del gigante dos lagrimones.

Huakalo lo acarició en silencio.



Promediaba diciembre. Un calor intolerable atormentaba a los hombres y a las bestias y en la población del obraje todo parecía que iba a sucumbir bajo el sol que brillaba como un ascua ardiente bajo el implacable cielo de acero. El termómetro del escritorio señaló 45°. El amanecer había sido una promesa de día asfixiante y a medio día, exhaustos, rendidos, volvieron a sus ranchadas los hacheros. Los perros carleando buscaban los menguados recortes de sombra de los aleros con las lenguas lívidas y los ojos vidriados... Hasta la avestrucita charabona de Toto, que nunca se guarecía bajo techo, aplastaba el buche en el piso de tierra. El viento norte echaba un resuello de horno sobre las casas. Chorrearban sudor las camisas de los hombres y las mujeres andaban casi desnudas. Los bueyes, desuncidos de los cachapés, rechazaban mugiendo el agua caliente de los bebederos. El horizonte empezó a obscurecerse, poco a poco.

—Va a llover —dijo doña Cata.

—No, patrona, tenemos luna de seca y el norte nos embroma —contestó Albano Gaité, ahora capataz del obraje.

—¡El nublado es quemazón! —anunció don Parmenio, bajando precipitadamente de la azotea con un anteojo militar.

Por la dolorosa experiencia de años atrás ya se sabía lo que significaba aquel hecho. Un peón, a todo lo que daban los remos del caballo, apareció en el fondo de la picada y un minuto después echó pie a tierra frente a la administración. Traía noticias alarmantes. Los bosques ardían como yesca a dos leguas a la redonda. Las Achiras, la Zulema, El Cevilito eran un semicírculo de fuego que, estimulado por el viento, venía cerrándose sobre «Los Tucos».

Quiroga ordenó libertar los animales y enganchar los carros. No quedaba otro camino expedito para la fuga que el del sur, cortado por el arroyo Las Iguanas. Tendrían allí que desuncir y vadearlo a lomo de mula.

La faja negra del horizonte fue elevándose. Inmensas nubes de humo, rasgadas continuamente por cárdenos resplandores, condensaban el hollín de los montes carbonizados que el viento hacía caer sobre la tierra y los árboles todavía indemnes, como una erupción volcánica. Pronto la humareda alcanzó el cenit, cubrió el sol y entenebreció la tierra. Ramas encendidas volaban crepitantes por el aire, resolviéndose en secas explosiones, como estallidos de cohetes. Algunas cayeron en los corrales. Las bestias, tocadas por el fuego, se enfurecieron y en medio de relinchos y mugidos rompieron las cercas o saltaron sobre ellas, dando coces en el vacío. Las mujeres apeñuscadas en la casa de los patrones oraban ante los retablos. Otras despavoridas, con los hijitos en brazos, clamaban presas de un terror pánico. Aves de la selva corridas de los nidos posaban sobre los ranchos y se metían en los habitáculos.

El único ser tranquilo parecía ser «Uman Puca». Se había hecho ensillar el zaino de sus correrías por el bosque y en rigurosa indumentaria masculina de breches, polainas y sombrero de cowboy, tenía de las bridas al hermoso equino

acariciándole la cabeza con la mano para aquietarlo.

—¡Tata! —clamó el heredero de Gutiérrez, mezclando su espanto al de los otros chicos.

Ella lo atrajo maternalmente hacia sí, calmándolo.

—Se para el norte —vozarreó Gaité en ese instante.

—Está cambiando, y esto nos salva si sigue —dijo Gaité.

—¿Y Huakalo? —inquirió la obrajera.

No lo veía por ningún lado ni apareció al final de una búsqueda larga y afanosa. Nadie recordaba haberlo visto en las casas cuando empezó la quemazón. ¿Dónde estaría?

—¡Hay que buscarlo! —ordenó imperiosamente la patrona, y montó a caballo lanzándose al galope en dirección al monte. Cuatro hacheros correntinos la siguieron.

Empezaba a soplar el sur barriendo suavemente las nubes de humo que volían a replegarse sobre los focos del incendio. Refrescó la atmósfera y clareó el ciclo con un sol ya en ocaso.

Noche cerrada regresó la amazona con su escolta. Los ijares de los caballos cubiertos de sudor espumoso daban una idea del esfuerzo que habían realizado y las caras caídas de los jinetes informaban mejor que las palabras.

«Uman Puca» apeose de un salto, arrojó la fusta y fue a sentarse al lado de su marido que, codos en las rodillas y cabeza entre las manos, ocupaba un banco, a la puerta de la administración.

—¡Pobre Huakalo! —exclamó doña Cata, mientras encendía un cigarrillo rubio.

Y no pudo decir más porque una atronadora algarabía de gritos y exclamaciones hizo incorporar a los esposos.

—¡Huakalo! ¡Huakalo! ¡Ha llegado el carrero! —proferían hombres y mujeres.

El gigante seguido por una caterva de varones y chinas cruzó el patio llevando en sus brazos un fardo cubierto con un poncho mojado. A la luz del farol suspendido de lo alto de la puerta, los Quiroga reconocieron al catamarqueño, ennegrecido el rostro, chamuscado el cabello, sangrante, espantoso. Algunos girones de ropa tapaban sus carnes desgarradas. Dos muñones con coágulos de sangre negra como brea eran sus pies. Lo tendieron en un catre después de librarlo de su carga que colocaron en otro.

Quedaron todos asombrados. Lo que traía el carrero era su mujer. ¡La Evarista!

Gutiérrez abrió los ojos.

—¡Querido amigo! —solo supo decirle Quiroga.

Huakalo sonrió y empezó a hablar. De sus labios salían difíciles pero claras las palabras.

—Yo juí a traísela a mi pibe, ¿sabe?... Eia la pobrecita quería venir... ¡Acaso

no es la magre?... El correntino no la dejaba... se hizo el malo y me peleó... y... ¿qu'iba a hacer?... Dios me perdone... Lo cosí a puñaladas... Así... Así...

Alzó el brazo derecho y como si tuviera en él el fierro homicida finteaba en el aire. Lo extenuó el esfuerzo y se sosegó. Al rato le volvieron las energías. Eran las últimas. Se extinguía.

—Pucha qu'es fiero el bosque quemao... Me faió el cabaio y tuve que andar como una legua a pie... las llamas parecían viboritas... Patrón, me muero... Yo juí un hombre güeno... un hombre güe...

Pesadamente la cabezota del gigante cayó sobre la almohada y Huakalo quedó inmóvil. Hombres y mujeres se arrodillaron imitando al patrón que lloraba. Solo «Uman Puca» permaneció de pie, dominando el cuadro, fría e inmutable.

En el cielo, ahora completamente despejado, brillaban las estrellas derramando paz sobre el duelo de la selva castigada por el fuego.

## LA TRAGEDIA DE GUMERSINDO CHAMORRO

### I

Yo, Melendo Fragueiro, a pesar de mi modesta profesión de dependiente de mercería, no debo considerarme, en realidad, un hombre vulgar. He leído muchos libros, no pocos encuadernados y algunos con bonitas estampas y filetes dorados a fuego. Sé reflexionar, soy sentimental y dispongo de cierta capacidad para las obras de imaginación. Pero, cada vez que intento poner en el papel las cosas que me salen de la cabeza, fracaso. Me falta estilo, y ya se sabe que sin eso, de nada vale la buena letra. ¿Qué se hace con una linda caligrafía, si uno carece de estilo? Tuviéramo yo y andarían mis trabajos vendiéndose como el pan, porque es indudable que en mí hay pasta de escritor. A pesar de todo comprendo que debo intentar algo por vencer aquella dificultad capital y he ahí porque me atrevo ahora a escribir la tragedia de Gumersindo Chamorro, salga como salga.

### II

El verano pasado quebró la tienda «A la Villa de Ribadeo» y yo quedé sin ocupación. Mientras me comía mis escasos ahorros en una pensión española del barrio Oeste, iba todas las tardes a abrir una novelita de bolsillo bajo los años árboles de la Plaza Constituyentes. Este paseo perdió ya su triste fama. Antes era el refugio de los cansados de la vida que se quitaban allí el hongo o el canotier de un pistoletazo. Ahora, modernizado, con su hermosa pérgola, su caja armónica y sus enarenados senderos, se anima con el abejero de las rondas femeninas y los vozarrones de gentes rudas que van a encender sus pipas bajo las frescas umbrías.

Desde el primer día de mis visitas a aquel lugar, distrajo mi atención un tipo de aspecto severo, vestido invariablemente con terno de hilo blanco, zapatillas sport y amplio panamá. Ocupaba siempre el mismo banco, como si se lo hubie-

ran reservado por privilegio. Rígido, con las manos cruzadas sobre las rodillas, un grueso bastón entre las piernas y el sombrero sobre el asiento, no miraba a nadie, ni parecía interesarse por nada de lo que le rodeaba. A veces los niños que allí correteaban ponían sus arcos en contacto con las piernas del caballero, sin sacarlo de su actitud indiferente y estática. ¿Quién sería? Representaba unos 60 años. Acaso tuviera más. Los concurrentes a la plaza acabaron por no reparar en él y las niñas dieron en llamarle el «viejo de blanco», considerándolo, a fuerza de contemplarlo clavado en el mismo lugar, un adorno, un detalle del paseo. Y no les hubiera sorprendido ver manando de sus labios dos hilos de agua como de los de un tritón de fontana.

### III

Una tarde levantose una fuerte brisa y el panamá del hombre voló del banco cayendo a mis pies. Agacheme para recogerlo y otra ráfaga violenta lo llevó más allá. El viejo de blanco se incorporó, esperando de mi parte un acto de cortesía. Corrí detrás del chapeo y, cuando ya iba a atraparlo, tornó el viento a hacerlo voltejear. Así anduve yo, largo rato, tras la volandera prenda, como un niño en pos de una mariposa. Al fin capturé el sombrero y me dirigí sudoroso y jadeante hacia su dueño. El caballero me dio las gracias, más que con la palabra con una sonrisa. Nos presentamos:

—Melendo Fragueiro.

—Gumersindo Chamorro.

Y desde ese día el solitario de la Plaza Constituyentes tuvo un compañero, con no poca sorpresa del concurso vespertino. Chamorro hablaba parcamente y siempre por iniciativa mía, interrumpiendo de vez en cuando con algún monosílabo mis elogios de la ciudad. El no era de Santa Fe. Venía del norte de la República, siguiendo un viaje sin itinerario que lo hacía andar de acá para allá, como un judío errante.

Le hablé de la leyenda de la plaza.

—Aquí se han suicidado muchas personas y tiene tanta celebridad este paraje que hasta el poeta Caillet-Bois le ha dedicado un hermoso soneto.

Gumersindo Chamorro me miró con un gesto que ahondaba las arrugas de su cara amarillenta. Después dijo:

—Cualquier sitio es bueno para morir. Eso no tiene importancia. Tampoco lo importante es matarse. Vivir es más heroico. Hay más valor en arrastrar la vida como un lastre inútil cuando ya no se tiene derecho a vivirla...

—Y sobre todo, cuando existe un fuerte espíritu cristiano —interrumpí.

Chamorro guardó silencio. Y en los días subsiguientes se mantuvo en un mutismo absoluto. Yo iba a la hora de siempre a sentarme a su lado, obteniendo por

toda respuesta a mi saludo un seco movimiento de cabeza. Y para no molestarle leía mientras él, con las manos en las rodillas y la vista perdida en el espacio, parecía aislarse del mundo.

Una tarde, al cerrarse el último compás de la Traviatta que tocaba la banda de policía, exclamé, volviéndome a mi compañero:

—Puesto que le es enojosa mi compañía, desde mañana le dejaré solo.

Chamorro salió de su ensimismamiento y me cogió un brazo.

—No, quédese. Hablaremos. Soy el más desgraciado de los hombres. Voy a contarle mi historia... Al fin y al cabo, es necesario que yo me desahogue.

Y empezó.

#### IV

—Nunca fui un libertino ni un mal sujeto, pero me gustaron demasiado las mujeres. ¿Ha leído usted los poemas bárbaros de don Ramón del Valle Inclán?

Yo no conocía ni por el nombre a este autor, pero con vergüenza de confesar mi ignorancia, contesté:

—Algunos...

—Recuerde la patética confesión de don Juan de Montenegro en «Romance de Lobos»: «como el hombre necesita muchas mujeres, y le dan una sola, tiene que buscarlas fuera... Si a mí me hubieran dado diez mujeres, habría sido como un patriarca... Las habría querido a todas y a los hijos de ellas y a los hijos de mis hijos». Yo podría decir lo mismo que don Juan, con igual sinceridad.

—¡Diez mujeres! —observé—. Me parece demasiado. —Y recordé la figura hombruna de la patrona de mi pensión que tenía siempre en el puño a su marido.

—No son muchas —prosiguió calmamente Chamorro—. En Turquía hay quien las tiene legalmente, las ama y es amado por ellas.

Bello país.

—Sin los prejuicios de Occidente que nos han hecho, por respeto a normas exteriores e hipócritas ideologías, más inmorales que los musulmanes. Pero escuche mi historia. Me casé muy joven con Gladys Fernández, una mujercita bella, hacendosa e inteligente. Yo era empleado de una importante casa comercial de Tucumán a cuya firma pertenecía un tío rico de quien debía heredar. En nuestro hogar reinó la más perfecta armonía. Quería a Gladys con un cariño tranquilo. Ella correspondía con un afecto exaltado y vehemente. A los dos años de casados algunos devaneos míos, sin mayor importancia, despertaron sus celos violentos y la paz se alteró en el hogar. Me repugna la mentira y confesé mis pecados, esperando su perdón. Tuvo una crisis de exasperación al final de la cual me amenazó con el divorcio. Mi cinismo la había desencantado. La vida a mi lado le sería odiosa en lo sucesivo. Yo estoy seguro de que si ella hubiera disculpado

mis deslices habría ganado para siempre mi corazón. La hubiera adorado...

—¿Sin dejar de querer a otras?

—Posiblemente, pero sus injurias y sus lágrimas me hicieron reaccionar en sentido contrario. Le fui perdiendo cariño y concluyó por hacérseme intolerable. Y un día, de mutuo acuerdo, nos fuimos a Montevideo para divorciarnos. Volví a Tucumán solo y triste. Era libre y no estaba contento.

Gumersindo Chamorro sacó en un suspiro su largo pescuezo cuadriculado del cuello de la camisa y calló un rato. La banda en ese momento atacaba «Torna a Sorriento».

## V

Después prosiguió:

—Al principio encontré en la ciudad silenciosas pero no por ello menos mortificantes manifestaciones de hostilidad social. Todas las simpatías estaban a favor de mi ex consorte. Y sin embargo ninguno de los que me adjudicaban el papel de victimario y a ella el de víctima hubiera podido decir que yo había sido en el disuelto hogar un mal hombre. Gladys misma los hubiera desmentido. Ello no impidió que empezaran a llamarme «el loco Chamorro». Pero me fui acostumbrando a despreciar los chistes groseros y la murmuración maligna. A ello me ayudó un nuevo afecto que prendió en mi alma, provocado por una mujer de cultura extraordinaria: la poetisa Lía Aveleira. ¿No ha oído usted hablar de ella? Hace treinta años su nombre era famoso en los círculos intelectuales de Tucumán.

—Cuánto lo siento, pero en aquella época yo no había nacido todavía. Tengo ahora 27 años.

—Es cierto, usted es muy joven, señor Fragueiro. Vaya una pregunta la mía... Bueno... Lía, mujer de espíritu libre, aceptó mi situación y cuando le propuse un casamiento en tierra uruguaya, el único reparo que señaló fue la familia. Iba esta, seguramente, a negar su consentimiento. Y así fue. Hubo protestas, pero mi novia era mayor de edad y un poder enviado a Montevideo acabó con las resistencias.

—Casado otra vez —dije yo.

—Ante la legislación del país hermano. En Tucumán yo no tenía más que una esposa legítima que ya no me pertenecía: Gladys. La otra era mi concubina. Así la llamaban en la ciudad, empleando un término popular más chocante. Pero Lía no daba señales de la menor molestia. Era feliz mostrándose en público prendida de mi brazo. En aquella época publicó un libro de versos que fue muy elogiado por la crítica nacional y yo gocé, de rechazo, mi hora de notoriedad. Llovíanme las felicitaciones.

Gumersindo Chamorro se enjugó la frente con el pañuelo e hizo una larga pausa.

## VI

—No fui feliz, sin embargo —prosiguió al rato.

—¿Con una mujer de esas cualidades?

—Precisamente por ello... Ya verá usted... A Lía le agradaba demasiado la vida de sociedad y así resultaba que, perteneciéndose más a sus relaciones que al marido, vivía en la calle. El nacimiento de nuestro primero y único hijo no alteró esa norma de existencia. Y cosa rara, yo era entonces un modelo de fidelidad conyugal. Empezaron a molestarme con anónimos y tuvimos las primeras reyertas en la casa, que fueron elevando el diapasón hasta convertirse en ruidosas notas de escándalo. Lía protestaba y lloraba. Vinieron, por otra parte, a agriar mi carácter algunos episodios desagradables. Una noche en la sala de un cine quiso la casualidad que las localidades que habíamos hecho reservar fueran vecinas a las tomadas por la familia de mi primera esposa. Penetramos en la sala a oscuras, y cuando se encendieron las luces me vi sentado entre Gladys y Lía. Por la fila de platea corrió un murmullo de sofocadas risas femeninas. Detrás mío, un señor, inopinadamente, se puso a recordar las proezas de Barba Azul. Me volví con deseos de pegarle y tan pronto como las luces se apagaron salí saltando por encima del público, seguido de mi mujer.

—Me figuro su conflicto, señor Chamorro.

—Lía sufrió mucho con esta incidencia y la pobre Gladys no debió padecer menos. Yo aproveché el suceso para insinuarle a mi compañera la necesidad de emigrar. En Tucumán no podríamos vivir tranquilos. Ella se resistió. Insistí, resuelto a cambiar de residencia y le dije que nos iríamos a Buenos Aires. Precisamente allí me reclamaba mi tío para atender una importante sección de sus negocios. El nombre mágico de la gran capital tuvo influencia en el ánimo de mi mujer, que se mostró conforme y hasta satisfecha. Y un día partimos, sin despedirnos de nadie.

## VII

—¿Encontró usted la paz, en Buenos Aires?

Chamorro plegó sus labios en un rictus violento y repuso:

—Encontré el infierno, y si debiera creer que merecía algún castigo, diría que hallé la más cruel expiación. Lía no tardó en trabar relaciones intelectuales y en hacer vida de cenáculos literarios. Quise oponerme a que contrajera cier-



tas amistades que consideraba peligrosas y se defendió con las exigencias de su vocación artística. Ella no era la mujer vulgar cargada de prejuicios a quien podía un marido que solo entendía de números aherrar entre las paredes de la casa como a una esclava de la Edad Media. ¿Y por qué? Después de todo ¿acaso no me quería con locura? Fui débil y cedí. Ella pagó mi condescendencia con mimos y halagos. Nunca la vi tan cariñosa ni nunca tuvo más libertad para hacer lo que le daba la gana. Salía de casa y volvía a cualquier hora, fumaba y bebía como un hombre.

»—No te aflijas, queridito, hago vida espiritual —me decía.

—Y usted, señor Chamorro ¿seguía observando la misma fidelidad de antes?

—No, en Buenos Aires hay demasiadas tentaciones y yo no pude abstraerme a ellas ni resistir a mi temperamento. El hombre es hombre ¡qué diablos!

—Bien, comprendo. Y ¿qué vino después?

—Lo que siempre esperaba y temía. Una tarde, solo y aburrido en mi casa, abrí maquinalmente un cajón del pupitre de Lía y hallé un billete que olía a cinamomo. Lo desplegué. Era una esquila amorosa, concertando una cita para el mismo día. Y a la hora en que yo hacía esa terrible comprobación, ella, la perjura y la indigna, estaría en brazos de otro. Esperé midiendo las habitaciones de la casa, a grandes trancos, como una fiera enjaulada. Fue larga mi espera. Al final llegó Lía agitada y alegre como siempre. Echome los brazos al cuello, besándome. La aparté, sin devolverle las caricias y fingiendo una serenidad que no sentía, le dije:

»—¿Cómo van tus asuntos artísticos?

»—He estado corrigiendo las últimas pruebas de mi libro... Un fastidio, querido.

»—Trabajas demasiado, hija mía... Y ¿esto qué es? ¿Algún capítulo del volumen? —Le extendí el billete perfumado.

»Lo tomó sin turbarse y me lo devolvió sonriendo.

»—Bromas espirituales. Supongo que no serás capaz de darle otro sentido a ese papel.

»—No. Pero esto también es espiritual. Toma. —Y le aticé una feroz bofetada, tendiéndola en un diván.

Gumersindo Chamorro hizo un ademán enérgico para explicar la manera cómo aplicó el castigo a la poetisa inverecunda, alarmando a un grupo de niñas que pasaba frente a nuestro banco.

## VIII

—Permítame, señor Chamorro, que disienta con ese procedimiento suyo —le dije, procurando serenarlo—. ¿Por qué semejante violencia?

—¿Y qué hubiera hecho usted en mi lugar?

—Examinar con frialdad la situación. ¿Está Ud. seguro, acaso, de que Lía no le amaba?

—¿A pesar de aquella prueba?

—A pesar de todo. Bien pudo ella, como usted, haber leído las comedias bárbaras de don Ramón del Valle Inclán y pensar lo mismo que el señor de Montenegro. Bien pudo decir ella: «si a mí me hubieran dado diez maridos en vez de uno, los hubiera querido a todos de igual modo»...

El viejo de blanco me miró colérico.

—¡Disparata usted! Esa teoría de don Juan no es aplicable a las mujeres por razones obvias. Ya se lo demostraré a usted de manera terminante. Por ahora, déjeme que continúe mi relato ya que he cometido la indiscreción de introducirlo en mis cosas íntimas.

—Lo que mucho le agradezco. Preveo lo que ocurrió. Otro divorcio ¿no?

—Y ¿qué más quedaba por hacer? Nos separamos en medio de las amargas lamentaciones de la culpable que juraba no haber querido a nadie más que a mí.

—¡Pobre mujer! Tal vez si usted la perdona llega a adorarlo, como usted hubiera idolatrado a Gladys si ella otorga una magnánima amnistía para sus deslices.

Chamorro dobló la cabeza sobre el pecho como si le abrumaran los recuerdos que yo despertaba en su alma atormentada.

—No, no —prorrumpió, al fin—. Los hombres no pueden perdonar. Están de por medio los grandes valores de la vida: el honor, la dignidad, la propia estimación... Ya le explicaré...

Iba a decirle que, en cambio, nuestros congéneres podían ser unos camastrones, unos disolutos, sin mengua de esos valores respetables, pero me contuve temiendo irritarlo.

—Mi segundo naufragio conyugal —continuó Chamorro— coincidió con otra gran desgracia: la muerte de mi tío. Aunque este acaecimiento me dejaba dueño de una considerable fortuna, deploré la pérdida de aquel hombre que había sido un padre para mí, sin mezclarse jamás en mis asuntos. Por esa misma causa, vime obligado a preparar un viaje rápido a Tucumán donde debía hacerme cargo de la gerencia de la «Sociedad Anónima Chamorro Ltda.».

—¿Y su hijo? —me atreví a preguntarle, extrañado de que hasta entonces nunca lo hubiera recordado.

—Quedó con Lía. Yo fui cruel con el inocente. No lo quise, y si bien aseguré su porvenir, me prometí no verlo nunca. Años más tarde reaccioné contra esta injusticia y le escribí una carta en que desbordaba mi ternura de padre. Me la devolvió con dos líneas al pié que decían: «No tengo el honor ni el deseo de conocerlo, señor. Yo soy hijo de mis propias obras». Hoy es alférez de fragata y no lleva mi nombre. Se firma Leandro Aveleira.

## IX

Los paseantes de la plaza empezaron a abandonarla dispersándose hacia distintos rumbos. Los cobres de la banda habían dejado de sonar. A lo lejos tañó suavemente una campana y la dulce vibración del bronce acentuó la hora crepuscular. Me pareció que Chamorro se enjugaba los ojos.

—Partí a Tucumán —dijo de pronto—, y esta vez con una vaga esperanza en el corazón. Pensaba en Gladys mientras volvía imperioso a mi memoria el recuerdo de los lejanos días de paz y de amor. ¿Por qué no aceptar que todo podía tener remedio aún? Ahora comprendía que mi primera pasión había sido mi único acierto. Pero ¿cómo rehacer la vida y rever el pasado a los ojos burlones del mundo? Y sin embargo, yo no hubiera vacilado un instante en casarme otra vez con mi primera esposa. Existía en este anhelo la misma emoción del que intenta volver, tras larga ausencia, a los viejos caminos de los días juveniles para renovar sensaciones extintas. Llegué a mi ciudad natal locamente enamorado de Gladys...

—¿Y? —articulé yo para abreviar la tirada sentimental de mi amigo.

—Allí supe que ella no era ya libre. Yo le había enseñado el camino de Montevideo y a la sazón paseaba Gladys por las rías de Galicia su segunda luna de miel, en compañía de un abogado salteño.

Gumersindo Chamorro se incorporó. Su figura recia ponía en las sombras ya densas del paseo la mancha luminosa de su almidonado terno blanco.

—Seguiremos mañana. Tengo que hablarle de mi tercer casamiento y sobre todo probarle que no es posible aplicar a la mujer la moral que se ha hecho para el hombre. —Me estrechó la mano y lo vi alejarse picando fuertemente con el regatón de su garrote las piedras de la calle.

## X

Al día siguiente lo esperé, en vano, en el banco de la plaza. No fue. Y al otro día tampoco. Pasó una semana, luego un mes, sin que aportara por el lugar. Posiblemente le faltó valor para hacerme conocer los últimos actos de su tragedia y se marchó en silencio. Tal vez reconoció que la ideología de don Juan de Montenegro es humana y filosóficamente falsa y renunció a defenderla. De cualquier modo, confieso que su partida sin adiós me dejó triste. Esto es tonto, pero es así. Si vuelve a Santa Fe este verano ya no me hallará acá. He recibido una buena propuesta para regentar un baratillo en Lobería y parto en la semana que viene. Allá pienso leer las obras completas del señor Valle Inclán y ver si puedo hacer estilo... Porque, lo repito, el estilo es todo...

## LA ESCRIBANÍA DE CULPÍN

### I

El registro de contratos públicos nro. 13, otorgado hacía veinte años al escribano Tobías Culpín, pasaba por ser el más importante de la provincia. Bien relacionado su dueño, y favorecido con una tradición de honorabilidad que muy pocos profesionales podían invocar, se aseguró una clientela enorme. Legalizar una transacción en el protocolo de Culpín era rodear al negocio de amplios recaudos. Resultaba de buen gusto decir: «Culpín hace las escrituras».

El afortunado depositario de la fe pública era un hombre esmirriado y diminuto. Su talla le había salvado de servir a la patria bajo banderas, pero tal suerte no le envanecía: hubiera querido tener veinte centímetros más, y no verse obligado, cuando conversaba con alguien, a la fatiga de mantener sus cuarenta y cinco kilogramos sobre las puntas de los pies, con los tacones en vilo.

Un festón de cabellos grises bordeaba su cráneo mondo y bruñido y la nariz afectaba la forma de una polaina de agente de seguridad. La poca carne que había en aquel cuerpecito de jockey reuníase en el mentón para dibujar una cabeza de cebolla; y allí formaba un hoyuelo sombreado por los pelos de un lunar. Una abultada nuez subía y bajaba por el largo pescuezo.

El señor Culpín no era bello, pero tampoco antipático. Tenía su fealdad un atrayente donaire cómico, realizado por la elegancia de las ropas y el exquisito perfume de los extractos que se desprendía de ellas.

Nunca pensó en casarse y, célibe incorregible, se defendía de las coyundas con un argumento decisivo:

—No me considero capaz de hacer la felicidad de una mujer —decía.

En cambio, el propietario del registro nro. 13 parecía estar convencido de que las mujeres no tenían otra obligación que la de labrar su dicha. De sus aventuras galantes se contaban cosas por demás entretenidas. Con ellas se hubiera compuesto un romance desopilante o un boceto diabólicamente intencionado.

Pero de ahí no se sigue que el señor Culpín fuese un tipo libertino o licencio-

so. Sabía separar las dos personalidades que chocaban y se repelían dentro de su cuerpecillo, a tal punto que nadie hubiera descubierto al calavera de la noche anterior en el funcionario rígido y glacial que por la mañana impartía órdenes a su pasante, sentado detrás de un mueble monumental con dieciocho cajones. Los asuntos de la escribanía eran una cosa, y los del corazón, otra.

A los cincuenta años de edad, Tobías Culpín comprendió que el edificio de su doble personalidad se venía abajo. El notario no iba con puntualidad a su oficina, y el tenorio abría desmesurados interregnos a sus actividades.

Empezó una gota traidora por hipertrofiarle exageradamente los tobillos, y ya no pudo poner los pies en la calle sin ayuda de un grueso bastón. Luego, con una violencia brutal, lo tumbó sobre su lecho de solterón una ataxia locomotriz.

Cuando pudo levantarse y andar bien arropado, sobre unas antiestéticas botas de prunela, vibrando al ritmo de sus dolores como un muñeco de resorte, pensó en deshacerse de su registro del modo más ventajoso que pudiera.

—Ninguno mejor para sucederme que Berruezo —se dijo.

En efecto, su colega Natalio Berruezo era un hombre serio y honrado, que soñaba con un registro. Culpín fue a verlo.

—¿Cuántos años de vida me das, Natalio? —le preguntó.

Berruezo miró a su amigo con lástima. Calculó para su capote que al infeliz no le quedaban seis meses de resuello.

—¡Hombre, qué pregunta! Siempre he dicho que en ti hay madera de centenarios.

—Gracias. Pero yo no me hago ilusiones; cada día estoy peor. ¿Quieres hacerse cargo de mi registro?

Berruezo abrió la boca asombrado.

—¡Cómo!

—Vengo a ofrecértelo, y aunque podría venderlo cobrando diez mil pesos a tocateja, me da mayor gusto hacerte a ti un servicio. Bueno es morirse, dejando un buen recuerdo. Haremos un arreglo...

—Ya sabes que no tengo dinero.

—No importa. Pásame una pensión mensual vitalicia de doscientos pesos que es lo que necesito para ir acabando mis días y asunto terminado. Mañana mismo haré las gestiones en el Gobierno, donde cuento con muchas influencias, para el traspaso del registro... No está demás también que me extiendas un reconocimiento por veinte mil pesos, pagaderos en esas condiciones... Es una simple formalidad pues haremos constar que tu obligación se extingue conmigo...

Berruezo hizo un cálculo rapidísimo. No había ningún peligro y abrazó a su amigo con enternecimiento.

Ocho días después Culpín tenía un sucesor en su acreditada escribanía, y libre ya de preocupaciones arrastraba con dificultad las suelas de sus zapatos hiperbóreos por las aceras. A lo mejor, con la nostalgia de sus horas felices se

detenía en una esquina, y temblando dentro de sus franelas como un pollo mojado, lanzaba un suspiro voluptuoso sobre las hermosas líneas de unas medias de seda. Pero un dolorcillo punzante en el coxis recordábale bien pronto su lecho de célibe, y el señor Culpín reanudaba su marcha trepidante, con un hilito de agua que vertía sin cesar del ojo izquierdo como del grifo de una fuente.

El médico de Culpín había dicho a Berruezo, al amparo de la confianza, algo que a este lo tranquilizó del todo: la miocarditis estaba muy avanzada.

## II

La sanción de la ley Pedernera, que declaraba libre el ejercicio del notariado, cayó como una bomba sobre los escribanos con registro, y especialmente sobre aquellos que ganaban mucho con sus protocolos.

Ahora todos los escribas y tabeliones inéditos se pondrían a trabajar, y a fe que había motivos para desesperarse, pues la Universidad colaba cada año varias decenas de profesionales.

Natalio Berruezo estaba muy lejos de ser feliz con esa revolución. Gran parte de la clientela de su antecesor se había dispersado y la renta del registro nro. 13 no iba más allá de quinientos pesos. De estas mezquinas utilidades tenía que distraer la mitad para pagar la cuota vitalicia del fundador de la escribanía.

El señor Culpín se presentaba el primero de cada mes a cobrar su pensión. No solo no se había muerto sino que daba la impresión de ir mejorando. Reservas insospechadas parecían comunicar nuevas y milagrosas energías a la maquinilla vital de aquel vejete de cara terrosa, devolviéndole hasta cierto punto el aire tenoril de sus tiempos felices.

Una cólera contenida bramaba en el pecho de Berruezo. Hacía un año que aguardaba la extinción de su compromiso, y más de una vez, en sueños, había visto a Culpín descansando en el fondo del ataúd, con las manecillas exangües cruzadas sobre el pecho y un último hilillo de agua, desprendiéndose del ojo mortecino.

—Debieras cuidar un poco más tu escalera —dijo un día el valetudinario a su amigo—. Está siempre que subo sembrada de cortezas de banana. Ni adrede que lo hicieran. Cualquiera día me descuido y hay una desgracia en tu casa. Por fortuna, mi vista clarea y las piernas se ponen más fuertes.

Berruezo ensayaba una sonrisa que le resultaba un visaje.

—Estoy a punto de creer que eres un profeta —agregó Culpín— y que en mí hay realmente madera de centenarios.

La verdad era que el antiguo escribano volvía a la vida en un estupendo fenómeno de resurrección, desconcertando a su médico y a sus amigos. Claro que no era ya el hombre normal de otras época, pero sin abandonarlo, dábanle

sus achaques, largas treguas durante las cuales volvía a disfrutar los placeres menos peligrosos de su vida pasada.

Su pasión era el teatro, y cuando al coliseo principal de la ciudad llegaba una compañía lírica, podía vérselo ocupar sitio en la primera fila de plateas y exteriorizar su entusiasmo al final de un fragmento de buena o mala ópera, batiendo sin hacer gran ruido las manos, siempre enfundadas en unas gruesas quirotecas de lana verde, mientras la nuez del pescuezo asomaba y desaparecía por un instante de la bufanda.

Un sábado, desarrollóse en el teatro un voraz incendio que degeneró en catástrofe. Cuando los bomberos pudieron dominar el fuego, ya el terrible elemento había hecho docenas de víctimas, cuyos cuerpos carbonizados se sacaban en parihuelas, en medio de escenas desgarradoras. Un inmenso gentío, apiñado frente a los escombros del edificio, hacía comentarios de todo género.

—Le digo a usted que lo vi con mis propios ojos—decía un caballero—. Estaba en la primera fila, casi frente a la concha del apuntador.

—¡Pobre Culpín!—exclamó otro, con acento apesadumbrado.

Natalio Berruezo, que escuchaba, lanzó un suspiro. El no era malo, pero ¿no había vivido demasiado ya su acreedor?

—Va a ser difícil identificarlo —se dijo a sí mismo—. Era tan menudo de cuerpo...

Y olvidando todas sus tribulaciones, tuvo en el fondo de su corazón un recuerdo piadoso para el infeliz fundador del registro nro. 13.

De improviso, la atención de los curiosos se concentró en otro grupo y hacia él se aproximó Natalio Berruezo. En el centro de la rueda un hombrecillo calvo, agitando sus manos cubiertas por unos guantes verdes, decía:

—A no ser por la confusión y el pánico que se apodera del público, estos siniestros no alcanzarían jamás proporciones tan espantosas...

Berruezo sintió que los oídos le zumbaban y que un sudor frío mojábale la raíz de los cabellos.

El hombrecillo era Tobías Culpín.

### III

El trabajo seguía disminuyendo en la oficina de contratos públicos de Natalio Berruezo. Las escribanías se multiplicaban en la ciudad de una manera escandalosa, y ni siquiera quedaba el consuelo a los notarios arruinados de emigrar a los departamentos, porque en ellos también se repetía el fenómeno. La ley Pedernera era un instrumento fatal, que arrancaba a una parte del gremio protestas y maldiciones.

Berruezo pensó en zafarse de su compromiso, alegando una excusa: la que

la misma ley le brindaba. Declarada libre la profesión no tenía por qué seguir pagando la propiedad de una cosa que era de todo el mundo.

Pero el pensionista vitalicio defendió sus intereses con una lógica inflexible. ¿Quién le indemnizaba de los miles de pesos que había dejado de ganar, retirándose de la escribanía? Y, después de todo, las chicanas serían inútiles. Su sucesor le debía veinte mil pesos, no por la cesión del registro sino por la prestación de servicios indeterminados.

El papelito que guardaba en un compartimento de su cartera de piel de caimán no había sido escrito por un tonto. El más hábil leguleyo se hubiera estrellado contra el bloque granítico de su clara redacción. Si Berruezo no hacía honor a sus compromisos, con dolor, pero resueltamente, procedería. Iba a embargarle sus pocos bienes y, si era necesario, hasta los honorarios ganados y por ganar.

—¡Cría cuervos! —exclamó.

A Berruezo le vinieron unas ansias criminales de estrangular a Culpín, pero viose convertido en el siniestro protagonista de un drama policiaco, y capituló con su acreedor eterno.

—No es mía la culpa, si no he muerto todavía —dijo el vejete, borrando con su fino pañuelo de batista la descarga del ojo que le lloraba. Y se reconciliaron.

Tres meses más tarde, Natalio Berruezo no hubiera podido decir cuál era su estado de ánimo. Los diarios daban cuenta del fallecimiento de Culpín, ocurrido inesperadamente en las termas de Cacheuta y abundaban en elogios para el apreciado caballero. Uno de ellos acompañaba a la nota necrológica el retrato del viejo escribano, con chuletas y el índice pegado al parietal, en actitud pensativa.

En el Colegio de Escribanos se agitó la idea de traer los restos y tributarles un homenaje sentido. Era el miembro más considerado y antiguo del gremio.

Berruezo recordó que la voluntad de su antecesor, expresada a él varias veces, era la de que sus huesos descansaran al pié de una montaña. Y no se habló más del asunto.

Para el propietario del protocolo nro. 13, llegaba bastante tarde la extinción de su compromiso fatal. Las transacciones legalizadas en su oficina apenas permitían con su producido atender la pensión vitalicia del vejete, y, para colmo, la salud de Berruezo estaba seriamente amenazada con un principio de tuberculosis, surgido a la zaga de una bronquitis rebelde que cogiera la noche del incendio del teatro, al ir transpirando a informarse del acontecimiento.

De cualquier modo, con el deceso de su acreedor experimentó una sensación de alivio.

Salió una tarde Berruezo a tomar aire por los barrios de extramuros y, caminando, llegó al Parque Municipal. Allí sufrió la impresión del que recibe un varillazo en los corvejones. Del banco del paseo vio levantarse a una especie de muñeco, metido en un gabán peludo, que abría los brazos y le llamaba por su nombre.

Berruezo se restregó los ojos, pero no era posible la ilusión. Frente a él, con



los tacones en vilo, las manos trémulas y todo el cuerpecillo agitado por una vibración de aparato telegráfico, estaba Tobías Culpín, con su nariz de polaina de gendarme y su ojo lacrimoso.

—Ya habrás comprendido —dijo el patriarca de los escribanos— que todo fue un error de los diarios... Gracias a Dios, no he muerto.

Y como a Berruezo le retorciera un acceso de tos, exclamó:

—Cambiado te encuentro. Es preciso que te cuides. Esos catarros nunca sabe uno cómo acaban...

Se sentaron ambos en el banco: Berruezo con una tristeza sombría pintada en el semblante; Culpín echando de los ojillos color mostaza todo el fósforo de su luz gatuna.

—¿Con que me dieron por muerto? ¡Jem, jem!... Petardo grande se llevan, cuando sepan que en vez de acabar mis días pienso prolongarlos con una buena boda... Porque te lo digo, muchacho... Al fin Himeneo me atrapó en sus redes... ¡Qué hacerle! —Y se frotaba las quirotecas con una fruición voluptuosa.

Natalio Berruezo, a pesar de su disgusto, sonrió oyendo tan extraordinaria noticia. Ese escorzo de hombre iba a casarse.

—¿Con que te casas?

—Y con una mujer extraordinaria. Nos conocimos en el balneario... Siempre me han gustado las mujeres de tipo grande, y ella es así. Es francesa, viuda de un coronel, cuyo abuelo sirvió bajo el primer imperio... Cuando supo que yo era hijo de francés, sintió grandes deseos de conocerme... No te imaginas la cultura que tiene... Conoce la historia de todas las campañas napoleónicas, y sin equivocarse nunca, te lleva desde el puente de Arcole hasta las pirámides egipcias... Una mujer vertiginosa, Natalio... De noche, solía gritar en el hotel, soñando: «¡Vive l'Empereur!».

Berruezo se levantó del banco. No lo había escuchado ni lo entendía. Un dolorcillo entre pecho y espalda le torturaba. También Culpín se incorporó.

—Un favor quiero pedirte: que seas testigo de nuestro casamiento. ¿Aceptas?... ¿Verdad que me harás ese honor? —Le tomó las manos.

Berruezo recordó en ese instante un episodio desagradable de su vida profesional. Un cliente que después de haberle hablado esa mañana por unas escrituras, a última hora, desistió, haciéndole perder quinientos pesos. Sus mandíbulas crujieron. Un hormigueo le bajó de los bíceps a las manos, y alzó el brazo, descargando un fuerte puñetazo sobre la cabeza de su interlocutor.

Tobías Culpín cayó sentado en el banco. Algunas hojas desprendidas del árbol vecino con las primeras ráfagas de otoño le adornaron el sombrero abollado.

Y mientras el otro se alejaba, sacudiéndose como un perro que sale del sueño, en el rostro acartonado del homúnculo había una expresión de asombro, mansa y estúpida...

## DOS AUTORES TEATRALES

Florencio Menéndez, redactor en jefe de El Minuto, diario de tendencias muy liberales, descubrió en el gacetillero Torcuato Ochoteco, grandes condiciones para la forma dialogada.

—¿Si escribiéramos una pieza teatral? —le propuso.

Ochoteco que aderezaba crónicas de barrio, deslizando, invariablemente, algo trascendental en los discursos de sus reporteados, aunque solo se tratara de vendedores de pescado, celebró la inspiración del superior.

—¿Un sainete?

—No, rechazó Menéndez. Es ese un género que la chabacanería y el lunfardismo han desacreditado. Prefiero abordar el drama.

Menéndez tenía bastante desarrollado el concepto sobre el teatro de ideas. Para él todo lo que andaba disperso y flotando en el aire como emanación del dolor y los anhelos de la humanidad era un polen fecundante destinado a caer en las bambalinas.

Ochoteco sacudió la diestra haciendo sonar las falanquetas.

—¡El drama! —exclamó, asustado—. Se me ocurre que es marchar muy aprisa. El teatro exige entrenamiento y hay que hacer gimnasia primero con los géneros más livianos.

El redactor jefe aplastó la yema de un dedo sobre el parietal, dejándole una impresión nítida y dijo:

—No, lo que se necesita, simplemente, es tener algo aquí. Busquemos el asunto; lo demás carece de importancia.

El Minuto empezó a resentirse, como consecuencia de la constitución de la firma literaria: Menéndez y Ochoteco. Los socios, afiebrados en la búsqueda del motivo dramático, descuidaban el *metier* verdadero. Los artículos de fondo, preparados en un huelgo, no tenían ya las cualidades sinérgicas y nutricias de los editoriales anteriores. Se descuidaba de una manera verdaderamente criminal la propaganda doctrinaria, ante el regodeo de los suscriptores de La Verdad, diario de orientaciones opuestas, que iba en camino de hacer triunfar sus ideas por falta de contrapeso positivista. Porque El Minuto —interesa decirlo— era

ateo cerrado, sin un poro permeable a las influencias del espíritu divino. Para él todos los secretos de la vida estaban en el misterioso fondo de la Naturaleza creadora y en las revelaciones de la ciencia pura. En cambio, La Verdad dueña de una lógica de hierro, arremetiendo contra el grosero materialismo, no en balde era el órgano más leído de la ciudad.

El director de El Minuto, don Guadalupe Caravajal, no era periodista profesional. Tenía una agencia de informaciones comerciales secretas, y vendía artículos de ortopedia a plazos. Pero con la noción instintiva que despertaba en su espíritu el simple título de la tribuna, pensaba que no era sensato dejar sin contundentes e inmediatas respuestas los arrechuchos del enemigo. Si el diario se hubiera llamado El Siglo podría explicarse la acción de *relentisseur*, pero en El Minuto resultaba una paradoja el sistema.

Tenía razón el señor Caravajal. Tampoco aparecían ya ni por excepción las encuestas populares: «¿Cómo vive un hojalatero?», «¿Cuánto gana una *midi-nette*?», «Lo que dice un estibador». Todo esto había pasado al recuerdo de los ciclos brillantes del periódico y ahora los lectores apenas si saboreaban los ecos de la matanza municipal de canes o de alguna zaragata de falansterio.

Pero Menéndez y Ochoteco no perdían el tiempo. Empeñados en brindar días de gloria a la farándula, habían encontrado el asunto del drama en el matute del tabaco. El pensamiento de los autores consistía en hacer del contrabandista el símbolo de la rebelión contra la ley. Sucumbiría luchando contra los agentes del orden social que habrían de sorprenderlo al atracar con una barcaza cargada de charutos en las orillas del Quillá, una noche muy tempestuosa.

Un escrúpulo se le atravesó a Menéndez. A pesar de sus ideas un tanto avanzadas, no le agradaba aparecer estimulando tendencias extremas, porque los contrabandistas, así se dediquen al tráfico de estupefacientes como al de bananas, no son más que delincuentes de fuero común.

Ochoteco se tranquilizó.

—El mérito estará en que vamos a poner en el personaje protagónico las condiciones de un fanático religioso que en todas sus maniobras púnicas invocará a la Divina Providencia, lo mismo que ocurre en las novelas de Matilde Serao y en los cuentos de Fogazzaro.

—Esto sí que picará a los de La Verdad —interrumpió Menéndez, entusiasmado.

—Pero la obra no será de tesis —siguió Ochoteco—. Será una sencilla cadena de episodios dramáticos de los cuales sacará el espectador, junto con la emoción de las escenas patéticas o violentas, la filosofía que mejor armonice con sus inclinaciones espirituales. Y así el Rebelde, mirado por algunos como a un dios, apenas resultará para otros un vulgar *pillete*.

Menéndez, un poco envidioso de la fertilidad mental de su compañero, aportó algo de proporciones danunzianas:

—Le daremos por compañera de hogar y correrías a nuestro héroe a la hermana menor del capitán de los carabineros...

—¿Y qué rol tendrá esa mujer?

—Será, claro está que en otro sentido, algo así como Anita junto a Garibaldi, y morirá en la barcaza peleando al lado del introductor clandestino de tabaco, de manera que cuando el capitán se apodere del contrabando y encuentre el cadáver de su hermana abrazado al del bandido, pierda la razón. ¿Entiendes?

—¡Magnífico! ¡Estupendo! —prorrumpió Ochoteco.

Los flamantes socios literarios, puestos de acuerdo en el plan, repartieron el trabajo y lo acometieron con denuedo.

El título les exigió un laborioso cambio de ideas. Ochoteco propuso: La mató su hermano pero a Menéndez se le ocurrió que eso hedía fuertemente a crónica policial. Insinuó: Sangre sobre el agua o Los cruzados de Nicot.

—Ya sabes —le dijo al compañero— que el francés Nicot fue el que descubrió las vitolas y nuestros personajes hacen el acarreo de los cigarrros de hoja a las espaldas del fisco.

—Sí, no está mal, pero —objetó Ochoteco— yo quisiera algo más sintético, algo más sugerente. Si acertáramos, por ejemplo, con una sola palabra que sin decir mucho lo dijera todo...

La encontraron al cuarto día de rumiarla, y el drama en cinco actos y un prólogo, quedó definitivamente bautizado. Se titularía Fatalidad. Salvado el escollo magno, el tejido de la pieza resultó para los todavía inéditos obreros de Thalia un juego de niños. Escribían con una rapidez y lozanía verdaderamente extraordinarias, y lo que a otros pendolistas más aprensivos hubiera demandado, entre rectificaciones, limaduras y retoques, por lo menos seis meses, ellos lo despacharon en dos semanas, sin que los originales entregados al mecanógrafo exhibieran una sola enmendadura.

Mientras tanto, un buen número de suscriptores de El Minuto pedían se les diera de baja porque el diario revelaba en la decadencia del tono doctrinario y en la franciscana pobreza de los materiales informativos, el abandono en que lo tenían sus redactores. Y La Verdad libre ahora del antagonista lo afirmaba y demostraba todo, sin oposición seria, ya que los sueltejos que escribía don Guadalupe en los momentos que le dejaban libres las almonedas y la venta de bragueros carecían de poder suasorio.

Menéndez y Ochoteco se excusaron con el director del órgano, abusando un poco de su privilegio de accionistas y del interés que el señor Caravajal demostraba por el estreno de Fatalidad. Terminado el trabajo que los había absorbido, volverían vigorosamente a la lucha. Pero no contaban con los inconvenientes que se oponen a la aspiración de todo autor novicio. Ellos creían que apenas salieran las carillas de las manos del dactilógrafo, los empresarios teatrales se disputarían el honor de arrebatarlas, y al efecto se habían tomado disposicio-

nes para contener a los impacientes. Calculaban que, por los sugerentes anticipos de El Minuto, el público debía estar poseído de una expectativa nerviosa. Sin embargo, las cosas ocurrieron de otro modo. Anunciada la terminación del trabajo, ningún interesado por el libreto se presentó, y ellos que, en cierto momento hasta pensaron en la novedad que introduciría un llamado a licitación para adjudicarlo a la compañía que mayores garantías ofreciese, viéronse obligados a visitar las secretarías de los teatros para sufrir intolerables humillaciones. Porque unas compañías, sin leer una escena del drama, eludían todo compromiso. Venían a la ciudad con cartel hecho para dar un reducido número de funciones. Otras, después de hojear el hipertrófico cuaderno, lo devolvían deplorando que una cosa tan buena y digna del más resonante suceso artístico las encontrara sin elementos. ¡Qué lástima! Y no faltó director de elenco que, sin guardar protocolos, despidiera a los autores con cajas destempladas:

—Pero, hombres de Dios, ¡cómo quieren que hagamos mover en este pequeño tablado veinticinco contrabandistas, once carabineros, cuatro pescadores, dos inspectores de impuestos internos y un enorme fardo de charutos!

A estos comicastro insolentes, El Minuto les puso las peras a cuartos en unos sueltos de mano maestra. Pero Menéndez y Ochoteco no dejaron de comprender que solo eran los instrumentos de una conjura miserable maquinada en aquel estercolero de La Verdad, que estaba interesada en impedir por todos los medios la representación del drama. Y empezaban a perder el optimismo al gustar las primeras desazones del noviciado cuando inesperadamente, apareció el agente salvador. Una compañía de género minúsculo que recorría el bosque con menguadísima suerte y parecía que iba a cerrar la tournée sin gloria en medio de un espantoso desastre, a tal punto que varios de los componentes comenzaban a tomar el camino de los tinglados al aire libre del Boulevard Oroño, mostró interés por Fatalidad. Cultivaba el sainete y el melodrama, pero podía pasar, si era necesario, a la tragedia, penetrándose bien de una obra. El director, señor Mendoza y Pintado, un andaluz con más conchas que un galápagos, barruntó el negocio. Esos autores locales que disponían de un vehículo de propaganda eran la promesa de una buena cosecha. No obstante, se consideró obligado a formular algunos reparos; le parecían demasiado largos los parlamentos y excesivas las dimensiones de la pieza. A su juicio los cinco actos podían reducirse a tres desbrozando el drama de todo aquello que no influiría en su interés central.

Menéndez y Ochoteco se opusieron. Se les antojó sacrílega la intención del andaluz. Habían ellos destilado la quintaesencia de su genio en los pasajes más culminantes del drama, sobre todo en aquellos en que el «ganster» aparecía como la verdadera encarnación de Luzbel, sin Dios y sin ley, y era precisamente allí donde el director amagaba con unos irracionales golpetazos de podadera.

—Es que —arguyó el señor Mendoza y Pintado— si no aligeramos el libreto,

la representación va a llevarnos una temeridad de tiempo y acabaremos con las luces del alba...

—No importa —dijo Menéndez—, lo esencial es que la pieza sea interesante y que los autores se posesionen bien de los papeles... El tiempo que lleve la función será lo de menos y cuente usted que la inmensa mayoría de los concurrentes al espectáculo serán amigos y admiradores nuestros, acostumbrados a desvelarse... No van a hacer cuestión por una hora de más o de menos...

El señor Mendoza y Pintado, con la perspectiva de un lleno completo que le permitiría libentar sus maletas de la fonda, capituló.

En *El Minuto*, con recuadros, aparecieron llamativos anuncios de Fatalidad, drama de pasión, sangre e impiedad, de un crudo realismo. Después, para acicatear la curiosidad del público se adelantaron algunos pequeños fragmentos de las escenas más movidas.

En *La Verdad* se inició, entonces, una furiosa campaña derrotista. Se estaba, según el cronista teatral del periódico ultramontano, despertando los instintos bajos de la plebe con la promesa de una farsa estúpida y sensacionalista, acomodada a la mentalidad de individuos horros de todo principio moral. ¿Era lógico esperar algo digno de un par de scribas que se lo pasaban denostando a la religión y haciendo chirigotas a expensas de sus indefensos ministros?

Pero tales protestas no eran sino excesos de celo, porque Menéndez y Ochoteco, dominados por la fiebre de la creación artística, parecían haber olvidado su rol de folicularios intolerantes al salpicar el libreto de interjecciones reñidas con el léxico liberal como las de «¡Por los clavos del Señor!», «¡Dios Santo!», «¡Virgen mía!».

El señor Mendoza y Pintado tuvo otros repulgos, esta vez de carácter escénico. El drama resultaba demasiado fragoroso porque, con excepción del primer acto, en los cuatro restantes había que hacer abundantes disparos de fusilería. ¿No sería ello una molestia para el público, y sobre todo para aquellas personas a quienes se les ponen los nervios de punta cuando oyen romperse un pocillo? Y tanto estruendo, ¿no refluiría, tal vez, en desmedro del valor artístico de la obra? Los autores debían meditarlo...

Estos escucharon atentamente la observación.

—¿Cuántos tiros suenan en total? —preguntó Menéndez.

—Economizando los cartuchos, siempre pasarán de ochenta —informó el director.

Ochoteco tomó la palabra:

—Hay que tener en cuenta, señor Mendoza, el carácter típico de la pieza en la que se mueven hombres hechos al ejercicio de las armas que están siempre peleando con las autoridades. Son unos rebeldes. Si no hacen fuego sus figuras van a deslustrarse mucho... En fin, creo que el conflicto podría arreglarse graduando la pólvora.

—Pero hombre, a las escopetas no se les puede poner sordina como a los pianos, y siempre será grande el barullo.

Menéndez y Ochoteco cifraban la mayor parte del éxito en los estampidos de las carabinas y se mantuvieron firmes. No habían creado tipos de pelo en pecho para reducirlos a figuras decorativas, a pistoleros de chocolate.

El director, a regañadientes, transigió por segunda vez.

El día del estreno llegó. Era un sábado. Las paredes de la ciudad amanecieron tapizadas con affiches. Una gran parte de la primera plana de El Minuto se dedicaba a recomendar la obra primigenia de los autores locales Menéndez y Ochoteco. Cada amigo y allegado de estos se había convertido en un activo propagandista y el pedido de localidades para el espectáculo dejaba colmadas las esperanzas del señor Mendoza y Pintado hasta hacerlo abdicar de sus reparos a la frondosidad del libreto y las excesivas descargas de fusilería. Nada había conseguido La Verdad con su prédica derrotista. Al contrario, ella había obrado en el sentido más a propósito para despertar el interés general y aquella noche la sala del principal coliseo ofrecía el aspecto propio de las grandes veladas. Media hora antes de comenzar la función no había un asiento disponible.

Un detalle novedoso para el concurso lo constituyó la presencia de Florencio Menéndez y Torcuato Ochoteco, instalados rozagantemente en las butacas de un palco avant-scene, desde donde repartían saludos y sonrisas a sus relaciones. Entre ambos ponía su nota policroma un enorme ramo de flores que momentos antes entregara a los autores una comisión de señoritas.

Para los cronistas y críticos teatrales esa exhibición resultó algo desconcertante. Estaban ellos acostumbrados al miedo cerval de los pobres autores que en noches de estreno oteaban temblorosos por los agujeros de las bambalinas, y veían ahora a un par de novicios, en una actitud de insolente seguridad, desafiando a la fiera.

El primer acto no dio al auditorio calificado la impresión de vigor que los anuncios del drama prometían. La acción transcurría con una lentitud desesperante y la dicción peninsular de los actores en cuyos labios perdían toda virtud vernácula las voces criollas provocó los primeros runruneos del público. Las conteras de los bastones tamborilearon en el patio de la platea y del paraíso partieron algunos silbidos, turbando a los intérpretes. Este amago de tempestad pareció desvanecerse en la escena del rapto de Alejandrina, la hija del vista de Aduana, por el jefe de los contrabandistas, pero las escasas señales de aprobación que arrancara el episodio no impidieron que el telón cayera en una atmósfera plúmbea.

Menéndez y Ochoteco se corrieron al antepalco, arrastrando la ofrenda floral, presos de una viva inquietud.

—¡Estos cómicos nos revientan! —articuló el primero, medio sofocado—. ¡Nos destrozan la obra!

—¡Y la oposición que hicieron a los tiros! —barbotó Ochoteco—. Ahora veo el error que cometimos suprimiendo la descarga de arcabuz que debió hacer el papá de Alejandrina por sobre el muro de la finca, en el momento del rapto, porque, indudablemente, ese detalle hubiera galvanizado al espectador.

—Esperemos el segundo acto.

Los apabullados autores, sin atreverse a asomar al pasillo, se pusieron a fumar, maquinalmente. Mientras tanto, del palco vecino les llegó un alarmante rumor de voces. Una señora reprochaba al marido la mala ocurrencia de haberla traído para que viese semejante...

—¡Mamarracho! —exclamó Menéndez, repitiendo el vocablo proferido por la dama. Y le vinieron deseos de armar un escándalo allí mismo. Pero su compañero lo detuvo, calmándolo.

—No, Florencio, nada ganaremos con una gresca.

Finalizado el entreacto el público volvió a ocupar las localidades y los compositores de Fatalidad advirtieron, mosqueteando por las junturas de las cortinas, grandes claros en todos los sectores de la sala. ¿Era que el público desertaba?

—Mira a aquel tipo de facha patibularia que gesticula en el paraíso —advirtió Ochoteco a su socio.

—Es el maquinista de La Verdad. ¿Y qué llevará en esa bolsa que tiene al flanco?

En una coincidencia angustiosa la palabra con que se designa a cierto tubérculo iba a escaparse sincrónicamente de los labios de nuestros autores, pero no tuvieron tiempo. Se apagaron las luces y levantose el telón.

La escena representaba la orilla boscosa de un curso de agua, tenuemente iluminada por el crepúsculo matinal. Al fondo perfilábanse las líneas de una embarcación. Ladró un perro y al rato, emergiendo de una maraña de arbustos, apareció un gendarme, carabina en mano y seguido de un mastín feroz. El hombre dio unos pasos cautelosos, percibió el arma y encorvándose, gritó:

—¿Quién va?

Una nutrida descarga de fusilería fue la respuesta, y el carabinero rodó por el suelo, quedando boca abajo, con los brazos en cruz. El perro le puso las patas encima y aulló lastimeramente.

En la sala se armó una algarabía indescriptible. De las butacas saltaron algunos caballeros, tapándose con las palmas las orejas, berreó un niño y gimieron unas mujeres. El actor gendarme debió pensar que algunas de las balas que lo habían matado eran auténticas, porque, olvidando su estado artístico de cadáver, levantó la cabeza y la volvió amedrentado hacia la platea. En ese instante sonaron nuevas descargas, pero esta vez no partían ya de los bastidores sino de fuera del teatro. Estampidos aislados al principio, fueron, poco a poco, multiplicándose y un fragor inmenso puso en vibración todos los ámbitos de la ciudad. El tableteo de las ametralladoras alternaba con los rugidos secos del cañón, y



en las calles arrancaba estrépitos infernales el rodar de pesados vehículos sin llantas y los cascos de los caballos lanzados a toda carrera. El público, dominado por un pánico horrible, empezó a evacuar atropelladamente la sala del teatro en un cuadro de confusión que aumentó al quedar en tinieblas el recinto. Y afuera, los que habían conseguido llegar primero, pasando por encima de los caídos y desmayados, tuvieron la brutal revelación del suceso. Había estallado la revolución de los autonomistas y estos triunfaban fácilmente en todas partes. Las comisarías estaban tomadas por los insurgentes, copadas las fuerzas leales, interrumpidas las comunicaciones y depuesto el Gobierno. Estas eran, al menos, las noticias que circulaban de boca en boca.

Melchor Menéndez y Torcuato Ochoteco salían entre los últimos rezagados, arrastrando el primero el ramo de flores ya bastante estropeado con que les obsequiaran las niñas. No pudieron dar muchos pasos. Una pareja policial se les echó encima y les colocó sendas esposas, obligándolos a marchar. Quisieron ellos obtener algunas explicaciones y recibieron por respuesta unos manotazos.

Al día siguiente La Verdad publicaba una extensa crónica del acacimiento. La revolución no había sido otra cosa que un motín abortado dos horas después de estallar, sin otras consecuencias que las de un pequeño número de heridos y accidentados. En la nerviosidad de los primeros momentos se habían echado a rodar versiones truculentas, pero ahora que la ciudad recuperaba su ritmo normal, podía verse que todo el saldo de la chirinada se reducía a algunos heridos y contusos y a la detención de los cabecillas. Entre ellos, rigurosamente incomunicados, se encontraban los redactores de El Minuto, señores Menéndez y Ochoteco a quienes toda la población acusaba de haber servido algo así como de campana a los filibusteros. Estos dos miserables habían sido, según La Verdad, los entregadores del municipio tranquilo y confiado, a las hordas del autonomismo, y pese a la negativa en que se encerraron después de los hábiles interrogatorios a que fueron sometidos, existía la semiplena prueba de su participación en los hechos. ¿No había coincidido, acaso, el estallido revolucionario con las descargas de los contrabandistas al oír el «¡Quién vive!» del carabinero en el segundo acto del drama Fatalidad?

Para el fiscal del crimen, doctor Barrionuevo, este antecedente resultó decisivo y sobre él levantó el soberbio edificio jurídico de la acusación, pidiendo penas graduadas para los autores de la pieza, el director de la compañía señor Mendoza y Pintado, el galán joven, los tramoyistas y el encargado de la boletería.

Hace un año que Melchor Menéndez y Torcuato Ochoteco, reos de un delito que juran no haber cometido, están confinados en Ushuaia. Otros compañeros de destierro han logrado levantar el exilio y volver a sus hogares. Ellos no quieren solicitar clemencia mientras en la ciudad natal una sola persona pueda

creer que fueron los entregadores. Al deshonor de la libertad bajo la sospecha pública, prefieren el suplicio de aguantar temperaturas de 30 grados, o arrastrar en los días más benignos sus extremidades inferiores ya desbaratadas por un principio de reuma hacia las rocas de la ribera bañadas por el agua donde hacen una abundante cosecha de crustáceos y mejillones.

En las pausas de las pescas suelen cambiar opiniones sobre actividades escenográficas. Menéndez siempre es partidario del teatro de ideas, solo que actualmente, parece inclinado a considerar el estrépito como un valor técnico de muy relativa eficacia. El mismo silencio profundo que les rodea debe haber operado un cambio radical en la sensibilidad del escritor y a suponerlo induce un hecho harto sugestivo. Cuando por milagro un tiro escapado de algún rincón de los montes quiebra, como si hiriese un cristal, la calma de aquella atmósfera sutil que agranda y multiplica de una manera extraordinaria todos los ruidos, ambos se echan a temblar.

Algunas tardes bajan al puerto y contemplan las embarcaciones que cruzan el canal de Beagle, atiborradas de pieles y almagres. Los tripulantes de estos navíos, con sus rostros barbados y negros piporros de tierra de Granvier siempre en las bocas, les imponen una admiración casi religiosa. Son los agentes de un tráfico comercial muy honesto, bien distintos de aquellos piratas de agua dulce, sin ley y sin Dios, que practican el matute del tabaco brasileño.

A menudo revuelven Melchor y Torcuato las memorias del pretérito cercano y se les antoja un mal sueño el estreno infausto de Fatalidad y una ironía se les ocurre la odisea del señor Mendoza y Pintado, decretándose una larga huelga de hambre hasta demostrar su inocencia y recuperar la libertad. ¿Qué tendría que ver este pobre actor de género chico con la sedición del Partido Autonomista?

Don Guadalupe Carabajal les escribe con alguna frecuencia. Sigue vendiendo artilugios ortopédicos, pero ya no es liberal y admite que lo acaecido a sus amigos bien puede ser un castigo celeste, como lo asegura La Verdad. Por el último correo les ha enviado el libro de Massimo Bontempelli: La famiglia del fabbro, o sea la historia lacerante de aquel pobre don Eteocles, honesto herrero y falso homicida que, aun absuelto por la Justicia, sigue perseguido por las misteriosas palabras del estribillo popular: «Non si saprá mai, saprá, mai non si saprá».

Releyendo este libro cruel la noche austral, frígida y silente suele encontrar a Menéndez y Ochoteco frente al mar cargado de misterio y de yodo, como si quisieran arrancarle el secreto del porvenir que les aguarda...

## UN COMISARIO MODELO

### I

El auxiliar sellador Serviliano Rocha soplaba aquella mañana invernal sobre una taza de café con leche, en la cocina del Ministerio de Gobierno, cuando el ordenanza Ciriaco Ludueña entró gritando:

—Lo llama el ministro, che.

Rocha se dio vuelta mostrando en el bigotillo un grumo de nata.

—¿A mí?

—Sí, y apúrese porque parece que se trata de algo serio.

Al burócrata le flaquearon las piernas. Seguramente iba a recibir una mala noticia, pues con el cambio de Gobierno se preparaba una degollatina. Hacía dieciséis años que estaba en el puesto con que iniciara la carrera, sin ascender. Era un eterno auxiliar sellador, pero no podía, desgraciadamente, culpar a nadie de su mala suerte. De las cien horas hábiles de oficina que registraba mensualmente el calendario oficial, gastaba, por lo menos, ochenta en buscar por ahí al que inventó el trabajo. Las restantes las insumía en lamentarse de su mal estado de salud y formular pedidos de licencia. Solía afirmar que uno de sus pulmones estaba poco menos que perdido. A algunos de los secretarios de Estado que iban turnándose en el manejo de la cartera llegó a ocurrírseles si no sería conveniente tirar una raya sobre la línea de la planilla que ocupaba con su nombre Serviliano Rocha. Pero oficiosas intervenciones lo impidieron. El hombre estaba a media jubilación y sería una iniquidad cortarle la carrera.

Rocha tragó aprisa el bocado de bizcocho que masticaba y salió limpiándose el hocico.

Al pasar por Mesa de Entradas creyó advertir en el encargado cierto aire compasivo. Este debía saber ya para qué lo llamaban. Y su alarma creció cuando el oficial mayor, con voz suave desusada en él, le dijo:

—El ministro lo necesita, Rocha.

El titular de la cartera, un hombre obeso y calvo, estaba solo en su despacho

doblado sobre unas carpetas verdes. Con un gesto invitó al auxiliar sellador a acercarse.

—Tengo entendido que usted es un hombre despierto y voy a confiarle una comisión reservada.

Rocha que aguardando la noticia de su cesantía, ensayaba una tosecilla ad hoc, respiró por los dos pulmones.

—Tiene que salir hoy mismo para San José de la Esquina, de riguroso incógnito, y allí se informará, sigilosamente, de la actuación del comisario Homobono Gabito contra el cual llegan al Ministerio varias denuncias. Y todos los días me enviará Ud., directamente y por pieza certificada, un resumen de las observaciones que vaya haciendo. ¿Me ha entendido?

—Sí, señor ministro.

—Bueno. Puede tomar Ud. todo el tiempo que necesite. Tiene diez pesos diarios para viático y en habilitación le entregarán cien para los gastos de viaje. Si tiene éxito le prometo un ascenso.

El ministro siguió con una sonrisa paternal al viejo burócrata que se iba alegre como unas castañas.

En un pasillo Serviliano Rocha tropezó con su colega el auxiliar archivero Antenor Barriovero y medio sofocado por la emoción le volcó en las orejas, a media voz, el secreto de su felicidad inesperada.

## II

El Comisario Homobono Gabito hacía derramar demasiado tinta a los sumariantes de la Jefatura de Casilda y gastar no pocos pesos en telegramas a los vecinos de su distrito. Todo inútilmente porque al final de las investigaciones que el Ministerio ordenaba levantar, aparecía el funcionario víctima de acusaciones infundadas. Los mismos denunciadores declaraban haber sido instigados por determinados políticos a firmar protestas, en barbecho, ignorando algunos hasta el contenido de los despachos dirigidos al Poder Ejecutivo. Y así fue cómo, últimamente, el cochero Toribio González que decía haber quedado rengu para toda la vida a consecuencia de una paliza feroz que le aplicara el comisario, llamado a ratificarse, en un careo con el representante de la autoridad, cantó el muy pícaro la palinodia. En un momento de ofuscación había hecho un cuento porque su cojera era de origen reumático, cosa que pudo comprobarlo el médico de policía, Dr. Ivan Fedorovich Asvalinsky. Los expedientes, previa una vista del agente fiscal, iban al archivo con declaraciones expresas de que no afectaban el buen nombre de Homobono Gabito. Y en el archivo fue necesario habilitar un casillero especial para guardarlos. Había como ochenta. Cerca de media tonelada de papel.

La reciente denuncia de los cerealistas señores Bevilacqua y Catafesta, personas muy caracterizadas de San José de la Esquina, hizo perder al ministro el dominio de su sistema nervioso. De los galpones de la firma habían desaparecido cincuenta bolsas de maíz pisingallo y quince de afrecho.

—¡Ese Gabito es una peste! —clamó su señoría—. Inocente o culpable debe ir a la calle. Ya nos tiene hartos.

—No es posible que todo el mundo se queje por gusto de molestar al comisario —dijo el subsecretario—. Cuando el río suena, Sr. ministro...

—¡Agua trae! —concluyó el titular de la cartera, sentenciosamente.

El ministro se encerró en su despacho para pensar lo que debía hacer y de súbito le vino la feliz inspiración: mandar un emisario secreto para que siguiera los pasos del policiano sospechoso. Pronto tuvo hecha la elección del agente. Serviliano Pocha, pese a su haraganería, podía prestar buenos servicios, porque era un sujeto ladino y perspicaz.

Su señoría ordenó que le llevaran del archivo los sumarios instruidos a Homobono Gabito.

La operación de transportar los polvorientos carpetones en una carretilla de la Intendencia de Palacio duró dos horas largas. Y el ministro empleó tres días en tomar apuntes. Eran los que había entregado al emisario confidencial y que ahora, Serviliano Rocha, instalado en un vagón de primera clase, con las piernas estiradas sobre el asiento fronterero iba leyendo, mientras el tren que lo conducía devoraba kilómetros. No era poco lo que tenía que hacer, averiguar cien cosas distintas, pero estaba dispuesto a trabajar y ganar el ascenso prometido. Su situación era cómoda. Por el sur no tenía amigos ni conocidos, de modo que podría actuar sin el menor riesgo de ser descubierto. En Santa Fe había contemplado largo rato, en la ficha de identidad, la figura de Homobono Gabito. Lo reconocería a primera vista.

El guarda penetró en el vagón anunciando la llegada a San José de la Esquina. Serviliano Rocha entregó su boleto, metió en la valija El alma de los perros de Juan José de Soiza Reilly, y se sacudió las ropas.

### III

El comisario andaba de un extremo al otro del andén despejándolo con golpecitos suaves de fusta.

Rocha lo identificó inmediatamente y se acercó a él.

—¿Es usted, el comisario?

—Sí, señor —contestó Gabito llevando la mano al sombrero.

—Desearía me indicase un hotel. Soy viajante y es la primera vez que llego a este pueblo.

—Con mucho gusto. —Y dirigiéndose a un milico de nariz partida por un tajo que tenía a su lado, Gabito le ordenó:

—Haga llevar al señor en la volanta de Rosales hasta el restaurant «La Palomita». Y cuidado que el cochero no le cobre de más.

Serviliano Rocha en viaje hacia la hospedería llevaba una buena impresión del comisario. No le parecía que fuese el tipo grosero a que se referían las denuncias. Pero no deseaba tampoco dejarse suggestionar por cosas baladíes. Estudiaría al hombre.

Ese día tuvo lugar una reunión política en la plaza de San José de la Esquina, organizada por el partido opositor. Los oradores encaramados en un banco expresaban conceptos enérgicos contra el Gobierno provincial, calificándolo de incapaz y ladrón. Rocha vio a uno de los hijos del propietario de «La Palomita», don Jerónimo Panza, subir a la tribuna y manifestar francamente que el comisario era un cochino.

¡Hay que lincharlo! —gritó Pancita.

El delegado del Ministerio dirigió una mirada temerosa a Gabito que estaba allí, acompañado de un agente, cuidando el orden. Pero Gabito no daba muestras de la menor nerviosidad. Sereno, casi sonriente, escuchaba los apóstrofes. Solo cambió de actitud cuando en respuesta al orador agresivo, un individuo gritó: «¡Mueran los traidores! ¡Viva el comisario Homobono Gabito!». El comisario se dirigió a él y le pidió que callara, pero como el sujeto se empeñara en seguir vivándolo ordenó al agente:

—Llévelo.

En la fonda, Serviliano Rocha dejó varias veces enfriarse en el aire la cucharada de buceca que llevaba a la boca para coordinar un monólogo interior: ¡Cómo lo calumniaban a ese pobre comisario! Tan civil y cortés, tan respetuoso y tan mal correspondido.

Cuando acabó de comer pidió papel y empezó a redactar el primer mensaje para su señoría, mientras don Jerónimo Panza, en el fondo de la sala, rodeado por un grupo de amigos descorchaba botellas de Barbera celebrando el éxito del mitin.

#### IV

—Le puedo asegurar, amigo Rocha, que ese es un robo simulado con objeto de perjudicar al comisario. Yo he sido empleado de la casa Bevilacqua y Catafesta, y les conozco todas las mañas a mis viejos patrones. Están haciendo política.

Así hablaba al delegado del Ministerio su compañero de pieza Gilberto Maurilli, mientras se ponía los calcetines.

Rocha se revolvió en la cama, bostezó y dijo, adoptando un aire despectivo:

—En estos pueblos chicos, todo se embarulla y agranda. Pero a mí, ave de paso, no me interesan esas macanas.

Ya estaba el burócrata bien edificado acerca de Homobono Gabito. Todas las denuncias eran fruto de la pasión política, porque al comisario, no había por dónde agarrarlo. Y eso que en diez días de observación continua no le había perdido pisada. Lo del juego era el mayor de los embustes. El comisario, acusado de regentear una chirlata, era tan severo con los infractores a las disposiciones ministeriales que llegaba a excederse. ¿No lo había visto, acaso, cómo arrestaba al telegrafista y al valijero del correo, dos buenos correligionarios, por que los encontró jugando al cubilete por un paquete de cigarrillos en el café «La Sirena»?

Serviliano Rocha fue despachando día a día sus mensajes favorables al representante de la autoridad local. Y en cada uno de ellos acentuaba la nota optimista. Lo contento que estaría el señor ministro con sus noticias.

La víspera del día que fijara para su regreso a Santa Fe, el auxiliar sellador resolvió hacer una última experiencia. Uno de los cargos contra Gabito consistía en que este acostumbraba a desvalijar «mamados», sin dar nunca recibo por las multas que aplicaba, arbitrariamente.

Fácil resultaba en la fonda «La Palomita» rendir culto a la pasión que perdió a nuestro abuelo Noé. Las chupandinas estaban allí a la orden del día. Rocha, que entre sus pocas virtudes tenía la de ser un abstemio impermeable, probó de ponerse alegre con un vaso de tinto, a la hora de la cena. Gilberto Maurelli sentado frente a él lo estaba de veras, y cortaba el aire con el tenedor llevando el compás de la gastada «Marianina» que, vozarrón aguardentoso, canturreaba don Jerónimo Panza, rodeado de un núcleo de connacionales. Serviliano Rocha se incorporó gritando:

—¡Gringos de morondanga! ¡Cállense la boca! —Y arrojó una banana en dirección al grupo.

Minutos después, el emisario confidencial del Poder Ejecutivo, destacado y con un gran siete en una manga del saco, marchaba hacia la Comisaría. A su lado, iba el comisario Homobono Gabito, sosteniéndolo con una mano y tirando con la otra del ronzal de su cabalgadura.

## V

Los pescozones de «La Palomita» no le habían dejado el menor humo de alegría báquica, pero tenía que hacer la farsa de una beodez completa. Así es que al llegar a la leonera, Serviliano Rocha empacose en la puerta y desasiéndose del policía, le amagó un puñetazo. Gabito se limitó a cerrar la guardia, mientras el sargento, abrazando suavemente al contraventor, lo reducía, obligándolo a entrar.

En la oficina fue sometido a un prolijo registro. No le dejaron nada en los bolsillos.

—¡La noche que voy a pasar! —pensó Rocha anticipándose a la visión del calabozo. Reinaba un frío bárbaro.

Su estupefacción no tuvo límites cuando lo hicieron pasar a un cuartito limpio donde había un catre con colchón y todo el aperlado de cama. Un verdadero sleeping-roun.

—Duerma, amigo, tranquilo —le dijo el comisario. Y se fue dándole las buenas noches y unas palmaditas en la clavícula. Tras del funcionario se cerró la puerta.

Rocha estaba deslumbrado. ¡Cómo! ¿Era a ese buen hombre, a ese funcionario modelo a quien jeringaban con denuncias?

—¡Canallas! —barbotó el auxiliar sellador. Y se acostó quitándose todas las prendas, como si estuviera en su propia casa. Inmediatamente apagose la bombilla de la luz. Rocha no podía dormir. Por primera vez en su vida sonaban en su conciencia voces graves. El papel que estaba desempeñando no era decente. A la madrugada, próximo ya a capitular con Morfeo, oyó abrirse la puerta y deslizarse, puntillando el piso, una forma. Y en seguida sintió caer sobre sus piernas un paño. La forma retiróse y en ella reconoció el auxiliar sellador, a favor de un rayón de luz que se filtraba por la puerta, a Homobono Gabito. ¡El comisario le había echado encima un grueso capote militar!

Serviliano, enternecido, casi próximo a llorar, recordó las frías noches de su edad infantil, en que su buena mamá, ahora convertida en polvo, bajo una loza de Barranquitas, realizaba la misma diligencia cariñosa.

Tuvo deseos de saltar del lecho, correr en busca de ese santo policial, abrazarlo y pedirle perdones por lo que estaba haciendo. Pero fue más fuerte en él el interés de ganar el ascenso prometido por su señoría, y se durmió.

## VI

—Cuando lo registraron, anoche, usted tenía en el bolsillo del pantalón veintitrés pesos en un papel de diez, dos de cinco y tres de uno; con dos chirolas de veinte. Aquí está la plata —dijo Gabito entregándosela.

Rocha asintió. Acababa de hacer una comprobación más: la honradez extrema del comisario.

—Para recobrar la libertad es necesario —siguió el comisario— que pague Vd. una multa de ocho pesos, que es lo que corresponde a ebriedad y desorden. Podría, también, cargarle lo de resistencia a la autoridad pues usted me marró una trompada, pero le perdono eso. Al fin y al cabo es algo que me ataña a mí, únicamente.



—¿Y si me perdonara todo? —insinuó Rocha, deseando saber hasta dónde llegaría la bondad de aquel candidato al santoral.

—¡Eso no! —expresó enérgicamente el comisario Gabito—. Sería defraudar al fisco.

Luego, dulcificando la voz, dijo:

—¿No tiene otros recursos, amigo?

—No, señor. Ando muy escaso y no sé cómo podré viajar.

Homobono Gabito cogiose la barbilla meditando.

—Bueno. Tome el recibo y haga de cuenta que lo ha pagado. —Y le entregó la certificación en una hoja estampillada.

—¡Y no beba más, amigo! —añadió mientras lo empujaba hacia la puerta de salida.

En camino a «La Palomita», Serviliano Rocha recordó recién el desgarrón de su saco, pero, en vano buscó en la manga la señal del siete. La mano de un virtuoso del zurcido había hecho florilegios en el paño agraviado por los compatriotas de don Jerónimo Panza.

Lo único que le faltaba a Homobono Gabito para ser un ángel eran las alas.

Y el agente secreto del ministro de Gobierno se las puso aquel mismo día redactando el último informe confidencial, definitivo y terminante.

Por la tarde se embarcó de regreso a Santa Fe. Homobono Gabito, que estaba en la oficina del factor de encomiendas haciendo rotular una gran jaula de gallinas, apenas lo saludó. En ese detalle creyó descubrir Rocha la discreción del comisario.

## VII

Cuando Serviliano Rocha llegó a Casilda la ciudad fundada por el hidalgo don Carlos Casado del Alisal y dio el primer paso por el andén, sintió que en la muñeca de la mano con que sostenía el maletín, se enroscaba un objeto frío y duro.

—Está usted arrestado —le musitó en la oreja un individuo de ojos inquisidores que parecía el apéndice de la pulsera.

—¿Por qué? —gimió tembloroso el agente secreto de su señoría.

—Allá se lo dirán.

Y allá se lo dijeron, en efecto, después de proceder a la apertura de su valija.

—¿Reconoce, usted, este reloj? —le demandó el mismo hombre que lo había conducido.

Rocha contempló en la mano del detective un reloj de metal blanco e hizo un puchero.

—Mírelo bien. Vea el minuterero roto. ¿No le parece que es el mismo que usaba un amigo suyo de la fonda «La Palomita»?

—¡Ah! —exclamó Rocha, que al punto recordó el cronómetro de Gilberto Maurelli, un fermentido reloj de bazar que no valdría dos pesos y que el ex empleado de los cerealistas señores Catafesta y Bevilacqua sacara de premio en una kermesse a favor de las víctimas de cierto movimiento sísmico reciente.

—Bueno. Ya cantó. Así me gusta —dijo el policiano.

—¡Yo no he cantado nada! —clamó Rocha—. Esto es una infamia. ¿Quién ha metido ese tacho en mi valija? Protesto...

—¡Beltrán! —ordenó el detective a un empleado de mofletes aceitosos—. Pase a este sujeto al calabozo y manténgamelo rigurosamente incomunicado.

## VIII

El ministro de Gobierno firmó, días más tarde, dos decretos. Por uno se nombraba a Antenor Barriovero auxiliar de primera clase en lugar de Serviliano Rocha cuya designación quedaba sin efecto; y por otro, se ascendía a Homobono Gabito a la categoría de comisario general.

La prensa amiga del Poder Ejecutivo recibió bien ambas designaciones. Eran dos actos de buena administración, que servirían de estímulo al personal en condiciones de ascender.

Serviliano Rocha se encontró una mañana con Antenor Barriovero en los pasillos de la Caja de Pensiones y Jubilaciones.

—Ando —dijo el ex emisario secreto de su señoría— retirando mis descuentos. Con los pesos que voy a sacar, abriré una agencia de loterías y quinielas. Negocio seguro.

—Te auguro un éxito completo, Serviliano. ¿Querés venir a casa para que comamos un puchero de aves? He recibido del campo unas gallinas que se caen de puro gordas.

—Aceptado —contestó el burócrata cesante.

Y a medio día los dos hombres, con los mentones barnizados por la grasa del succulento cocido criollo, hablaban de las martingalas con que los quinieleros suelen burlar el derecho de quienes aciertan las tres cifras, sin correr mayores riesgos.

Ambos estaban ya bastante iluminados por el garnacha.

De pronto, Barriovero, inopinadamente, irrumpió:

—¡Qué gallinas macanudas tiene ese don Homobono!

Rocha inquirió, con sobresalto:

—¿Qué?...

—Nada, hombre... —Y, alargándole una presa descarnada del ave, su amigo agregó—: A ver quién gana. ¡Tirá!

Serviliano Rocha tiró de un ramal y se quedó con la parte más chica.

## LOS VENGÓ A TODOS

Basilio Cuscueta, antiguo y honorable funcionario de la Administración municipal, estaba cansado de sufrir las incursiones que periódicamente hacían en el gallinero de su casa los ladrones del barrio. En menos de tres meses había disminuido de tal modo el activo de su corral, que al buen hombre llegó a plantearse un serio problema. La despoblación de su huerta le ponía fuera de sí, no obstante su natural pacífico.

—Es estúpido esto de criar aves, para que otro se las coma —decía cada vez que una comprobación dolorosa le obligaba a andar por los fondos del domicilio en busca de una pista delatora.

El último robo le sacó de la boca expresiones en él inusitadas.

—¡Tendré que comprar un revólver! —dijo con tono severo a la hora del almuerzo, mientras quitaba con nerviosidad el aro de la servilleta.

Su esposa, que le ponía en el plato una costeleta dorada con una fresca rajilla de limón, dejó escapar un pequeño grito.

—No, Basilio, no. Ya sabes que no puedo ver esos instrumentos de exterminio... Me atacan los nervios, y luego tú no eres hombre de armas llevar.

Mientras hablaba la señora de Cuscueta, una mujer joven y hermosa a quien cualquiera hubiese tomado por hija del funcionario, insinuaba las líneas de un seno escultural por el escote de su elegante kimono.

—Nos dejaremos robar, con resignación musulmana, entonces —repuso él malhumorado.

—Es preferible. No quiero oír tiros. Me moriría de miedo. Y puesto que no podemos tener aves, con dejar de criarlas, termina el fastidio. Nos comeremos las que quedan.

—¡Bonito modo de arreglar las cosas! Tu opinión es la misma de Cordero.

—¿Le hablaste del revólver?

—Le pedí que me prestara su pistola Browning, y se negó. Teme que yo haga un disparate... No ve otra solución que la de liquidar el gallinero.

En esta conversación con su marido, no cesaba la dama de azotarse el dorso

de la mano, nerviosamente, con un ramito de violetas moradas, sus flores preferidas.

Días después se registraba en ese hogar el robo más sensacional de la racha. Los cacos impenitentes se habían llevado un pavo por cuyo largo pescuezo el señor Cuscueta hacía pasar todas las mañanas un crecido número de nueces, prometiéndose con su carne exquisita celebrar dignamente la Navidad próxima.

—¡Canallas! —vociferó, asustando a unos patos que salían balanceándose de un charquito—. ¿En qué país vivimos?

La señora de Cuscueta, que esperaba a la hora del almuerzo oír renovar el plan armamentista, quedó sorprendida. Su marido no solo no recordó al volátil desaparecido, sino que estuvo en la mesa despreocupado y contento.

Pero cuando esa tarde salió de la oficina, se fue a la armería de don Genaro Mendía y pidió un revólver. El dependiente del negocio, que conocía a Cuscueta y tenía de su pacifismo las más amenas noticias, sonrió.

—¿A quién anda usted por matar, don Basilio?

—Ya se sabrá, ya se sabrá —contestó él con tono enigmático—. Si doy en el blanco, servirá de escarmiento... Es lo que hace falta.

El armero creyó que su cliente bromeaba, y después de ajustar el precio, le entregó el instrumento: un revólver Colt, calibre 36, con una caja de balas.

Jamás, en sus cincuenta y cinco años de vida, el señor Cuscueta había tenido en sus manos un arma de fuego. El homicidio era una idea que le causaba horror, y no podía comprender cómo algunos hombres mataban con tanta frialdad. Esos crímenes pasionales le sublevaban. «Es preciso ser un imbécil —decía— para quitar la vida a nadie».

Dueño de tan claros principios morales, se había casado diez años antes, sin tener descendencia. Adoraba a su mujer y por primera vez iba a darle un disgusto. Pero era necesario llevar la tranquilidad al barrio y defender el bien propio. ¿Quién aseguraba que los ladrones, después de acabar con las aves, no pasarían del patio a la despensa? Luego, no había hecho mal proveyéndose del revólver.

Cuando lo tuvo en su poder se le presentó un conflicto. No sabía manejarlo, pero bien pronto halló el modo de resolver la dificultad.

Al salir del trabajo, íbase por las afueras de la población y empezaba a descejar tiros y más tiros sobre un blanco improvisado.

En un principio, el ejercicio le llenaba de pavor. Temía que el cañón explotase, y al poner el dedo en la llave del percutor, cerraba los ojos, volviendo la cabeza. Cada disparo le hacía estremecer. Después se familiarizó con la herramienta y el hortelano que se la guardaba fue anotando los progresos de su puntería.

—Desgraciado del que se ponga a veinte pasos de usted —le dijo una tarde.

El señor Cuscueta, que acababa de meter un plomo entre las patas de un chimango, viendo caer al bicho a tres pasos de él, sonrió. Daba por terminado su entrenamiento.

Ese día, el antiguo empleado de la comuna llegó a su casa con un sí es o no es de alegría burlona retratada en su semblante.

En la sala encontró a su compañero de oficina Silvestre Cordero, conversando con su esposa. Esas tertulias eran frecuentes y habían dado pábulo a no pocas murmuraciones de la vecindad, pero el señor Cuscueta las escuchaba con un desprecio olímpico. Cordero, más que un amigo, era un hermano.

Por temor de que le descubrieran el revólver que le abultaba bajo las ropas, se escurrió de la sala y fue a ocultarlo por ahí. Los preliminares del drama habían terminado y ahora la acción galopaba hacia su desenlace.

El oficinista consideró prudente levantar una punta del velo de sus planes a los vecinos.

Los ladrones de aves, en la más dulce ignorancia de lo que el buen ciudadano tramaba, seguían despoblando sistemáticamente los gallineros; y todas las mañanas, el relato de un asalto, realizado audazmente, añadía un episodio más a la ya larga historia de los atentados avícolas del barrio.

Nada había que esperar de la policía, cuya impotencia para luchar con los caos era manifiesta. Tal vez los vigilantes mismos, lanzados al delito por la exigüidad de sus sueldos, tuvieran algo que ver en esos vandalismos. Se podía pensar, por lo menos, que hacían la vista gorda.

—Cualquier noche de estas, oyen ustedes un tiro, y habrá terminado todo —exclamaba el señor Cuscueta con el aire de un hombre próximo a recuperar su tranquilidad perdida.

Estas declaraciones expresadas en un tono de serena firmeza consolaban un tanto a las víctimas. Era algo ya para ellas tener quien montara la guardia.

El señor Cuscueta encontró fácil esa tarea, pues hacía mucho tiempo que, con el objeto de evitar a su esposa la molestia de los ronquidos, dormía aparte. Solo luchaba con un pequeño inconveniente; la pesadez de su sueño, un sueño plúmbeo que, cuando lo había cogido, lo aislaba por completo del mundo.

Pero ahora, después de cenar, tomaba grandes tazas de café amargo, pre-textando cierta acidulez al estómago. Y luego, cuando la casa estaba en silencio y cesaba toda manifestación de vida en el barrio, salía en puntillas de su habitación, vistiendo una robe de chambre oscura, e iba a instalarse en el rincón más aparente de la huerta, debajo de una chumbera, teniendo el revólver entre las rodillas.

Los ladrones, como si estuvieran sobre aviso, no se mostraban. Comenzó el empleado municipal a aburrirse. Hacía una semana que los esperaba con las ansias de un cazador furtivo y ellos empeñados en no hacerle el gusto.

Una noche, la décima de su paciente guardia, después de estarse tres horas sentado en una pila de ladrillos, atisbando hacia los fondos del corral, se sintió invadido por una suave modorra. Serían aproximadamente las cuatro. Una tenue claridad precursora del alba suavizaba el fulgor de las estrellas.

El señor Cuscuela, en una reacción de su somnolencia, alzó la cabeza y bostezó. Arriba, en la bóveda celeste rodaban los mundos indiferentes a la grave función de policía doméstica que él estaba realizando.

—Esto es estúpido —se dijo, pareando el primer bostezo con otro más prolongado, e hizo ademán de incorporarse.

De pronto, un leve ruido, semejante al que produce un cascote al caer a plomo, le clavó en el asiento. Miró al fondo de la huerta, y su corazón experimentó un vuelco. Detrás del muro se dibujó primero la cabeza de un hombre, luego el tórax y dos brazos que, apoyándose en la tapia, elevaban el cuerpo.

El ladrón estaba allí sin sospechar el terrible castigo que le aguardaba. Enarboló una pierna y, en ese momento, pobláronse los aires con las notas agudas del canto de un gallo. El remo del delincuente se agitó en el vacío con un estremecimiento nervioso, pero en seguida continuó su trayectoria.

El señor Cuscuela no aguardó más. Con rapidez martilló el arma, apuntó al bulto, afirmando el cañón en el tronco de la chumbera y disparó. El malhechor, que estaba a horcajadas sobre el muro, osciló de derecha a izquierda. Sonó otro tiro, y el cuerpo desbarrancose hacia el interior del corral.

Momentos después, la casa llenose de gente. El último en llegar fue, naturalmente, el comisario acompañado de un par de gendarmes. Los vecinos, vestidos con ropas livianas y descalzos algunos, rodearon al señor Cuscuela en el zaguán, felicitándolo.

—Creo haberlo matado —decía el funcionario edilicio, mostrando un gran aturdimiento.

—Nos venga usted a todos —declaró un individuo regordete, abotonándose una camiseta a rayas, por la que asomaba un matorral de pelos ásperos y grises.

Los representantes de la autoridad, alumbrándose con linternas eléctricas, marcharon a los fondos, seguidos de los curiosos.

Allí estaba, boca abajo, en un charco de sangre, un individuo elegantemente vestido, con zapatos de charol y medias de seda. En el meñique de la mano izquierda, fulguraba la piedra de una sortija. Sus dedos crispados apretaban un ramillete de violetas moradas. A dos pasos de él, un ganso entreteníase en picotear el tafilete de una galerita de pelo lustroso.

El comisario hizo un gesto de sorpresa.

—¡Ladrón de gallinas! —dijo—. ¡Quién lo creería!

Los circunstantes se aproximaron más y, cuando un vigilante levantó el cuerpo y pudo vérselo el rostro al difunto, todos prorrumpieron en una exclamación de asombro.

Era Cordero, el amigo íntimo de don Basilio Cuscuela. Este lanzó un grito y se puso a temblar horrorizado.

—¡Pero qué necesidad tenía el infeliz de robar aves! —decía, vertiendo un raudal de lágrimas.

—Es un fenómeno científico —interrumpió doctoralmente el boticario, mientras ataba los cordones de la jareta del pijama—... Hay individuos que roban de puro vicio, inconscientemente, porque la idea del hurto es en ellos una obsesión enfermiza. Conocí a un sujeto rico, a quien la familia hacía acompañar con un criado para que este restituyera los objetos que robaba.

—También he leído eso —barbotó el hombre de la camiseta a rayas—. Esos delincuentes tienen un nombre especial... se llaman... ¡diablo!... si lo tengo en la punta de la lengua...

—¡Vaya, el pobre era un cleptómano! —prorrumpió el señor Cuscueta con un acento lastimero.

## FALTABA UNA PRUEBA

No se tenía memoria de un invierno tan cruel como el de aquel año, el último de la gran guerra europea. A la miseria popular uníase la hostilidad de un tiempo maldito. Durante ocho días no se dejó ver el sol y después cayó nieve en abundancia sobre la ciudad llena de tristeza y de lodo.

El Siglo poblaba sus planas con noticias espeluznantes traídas por los reporteros de la policía y los ministerios. Ríos y arroyos se desbordaban, arrasando las aguas con todo lo que encontraban a su paso. Un clamor de catástrofe llegaba de las islas donde los infelices pobladores veían desaparecer sus viviendas y morir el ganado. Otros huían hacia tierras altas, echando por delante sus bestias como las figuras atormentadas del cuadro de Cormán.

En el norte la desocupación adquiría aspectos pavorosos. Millares de trabajadores hambrientos, organizados en gavillas, recorrían los campos, a la manera de ejércitos derrotados, asaltando y robando por necesidad. Un juez absolvió en aquellos días trágicos a un hachero, convicto y confeso de haber sacrificado una vaca ajena para dar de comer a sus hijos.

El espíritu de rebelión sectaria, contenido por el puño del orden en los centros urbanos, cruzaba ahora las aldeas y villorrios chaqueños, y del fondo de los bosques salían, ebrios de rencor, insospechados apóstoles de doctrinas terribles. De exploración por los vericuetos de la selva, la gendarmería volante hizo un descubrimiento extraño. Al penetrar en un rancho encontró a un hombre leyendo a Gorki. Se hablaba en esos días de Rusia como de una llave mágica que abriría a todos los miserables las puertas de un venturoso reino. Y cuando los trenes podían rodar, veían los pasajeros espectáculos dantescos al llegar a las estaciones: caravanas de seres demacrados y casi desnudos, hombres, mujeres y niños, jóvenes y ancianos, que cruzaban charcas de aguas podridas, entre nubes de mosquitos, tendiendo las manos.

Ocurrió una tragedia en pleno bosque. Amotinados los obreros de una fábrica de tanino que iba a cerrarse, por exceso de producción, invadieron el establecimiento y enfurecidos, lo destrozaron todo. Luego, fueron en busca del adminis-



trador para matarlo, pero el hombre era valiente y se defendió contra cien en un heroísmo de gigante acorralado. Derribó a tiros seis hombres y con la culata del Éibar hendió el cráneo de otro. Después, desarmado, con el cuerpo hecho una criba, mientras el más feroz de los asaltantes le revolvió en el vientre un cuchillo, se desplomó en el patio de la fábrica y allí quedó exangüe como un Cristo de cera. Era un hombre simpático, de líneas finas y aire señorial.

Esa misma noche, el director de El Siglo, Norberto Guevara, demoraba en la redacción, aguardando novedades importantes de la guerra. Se esperaba la noticia de la paz que debía firmarse de un momento a otro, y su diario sería el primero en adelantarla, como de costumbre. Pronto iban a dar las tres de la madrugada. El frío era intenso y apenas si lo atenuaba el radiador eléctrico que enviaba desde un ángulo del gabinete el resplandor de su roja espiga. Guevara se levantó de la silla y empezó a dar pequeños pasos por la estancia para desentumecerse. En tanto lo embargó la idea voluptuosa del mullido lecho que lo esperaba en su casa y la del bello libro empezado a leer la noche anterior. Y de súbito vino a su memoria la sarcástica sentencia de Barbey D'Aureville: «los periódicos son los ferrocarriles de la mentira». Recordó que esta frase le había hecho reír, pero ahora, una vaga inquietud se apoderaba de su espíritu. En veinte años largos de profesión, nunca había pensado que aquello podía ser cierto, y un pesar hasta entonces desconocido le amargó el corazón. Quiso distraerse y echó a andar por los rincones de la casa.

Las oficinas del diario estaban desiertas. En las mesas reinaba el desorden de un campo de batalla abandonado por los combatientes y bajo las cónicas pantallas verdes reían por sus bocas rectangulares las páginas del canje que habían dado materiales a la «cocina». Sobre la carpeta del secretario una tijera enorme abría sus hojas oxidadas como abre sus piernas un ebrio dormido sobre las hierbas de un baldío.

Fue a la ventana y miró afuera. Caía lenta y pausada una fina llovizna que iba formando fangosos arroyuelos a lo largo de la calzada. Ya no tenía sueño ni frío. Un dolor moral le causaba el inexplicable efecto de atormentarle el estómago. Se imaginó que el alimento que acababa de preparar para nutrir a la clientela frívola y aturdida del periódico, lo tenía allí en su víscera digestiva, convertido en un bolo, opilándolo. Arrojó el cigarrillo y siguió andando.

Desde el pasadizo que daba acceso a las cabinas de los redactores, vio el taller, un enorme cuadrilongo, bañado por la claridad casi láctea de cinco lámparas de arco. Los brazos de los linotipos, puestos en línea, se alzaban y bajaban realizando su trabajo admirable, como si fueran brazos humanos. En los teclados saltaban ágiles y veloces las manos de los operadores, y el tufo penetrante del plomo que hervía en los crisoles lo saturaba todo. Guevara se detuvo en

la garita del corrector Doval donde apenas cabían una mesa, dos sillas y un diccionario. Estaba el buen muchacho encorvado sobre una larga tira de papel impreso cuyos márgenes iba llenado de signos gruesos, seguros y firmes. Ponía mucha atención en su labor. Al ver a su superior que raras veces asomaba por allí, levantó la cabeza ensayando una amable sonrisa, pero como aquel nada le dijo, volvió a inclinarse sobre la prueba y continuó su labor. El director tomó asiento cerca de él y se puso a contemplarlo. Doval era un joven de aspecto melancólico. Tenía la dolorosa gravedad de los seres que maduran sin haber sido nunca niños. Su cabello negro y espeso adquiría al fulgor de la bombilla eléctrica, reflejos azulados. Una pelusilla sombreábase el labio superior.

Guevara, solo por hablar, dijo unas palabras inconexas y Doval tornó a mirarlo y sonreír, mostrando su dentadura de piezas grandes y amarillentas. Parecía, inclinado con toda la buena voluntad de sus veinte años sobre las pruebas, un pobre viejo escarbando en la tierra para sacarle un alimento cualquiera.

—La guerra maldita no acaba —refunfuñó Guevara.

—No acaba —contestó como un eco el corrector.

—¿Y sabe usted quién tiene la culpa de la guerra?

—Los alemanes, señor.

—Es lo que decimos nosotros todos los días, pero El Siglo miente, Doval.

Doval abrió la boca. El otro reiteró:

—Le aseguro que miente. La verdad es que todos tienen su parte de culpa en esta feroz carnicería. Pero... no vaya usted como un imbécil a repetirlo por ahí... Nosotros somos partidarios de los aliados que representan la civilización... Los otros, los «boches», encarnan la barbarie... Asesinaron a Mis Cavel... No lo olvide usted...

Una risa nerviosa le cortó el discurso. Luego se quedó serio. Acababa de oír alzarse del fondo de su memoria la voz socarrona del filósofo: «Los periódicos que debieran ser los educadores del pueblo, no son más que sus cortesanos, cuando no sus cortesanas».

—¿Es cierto eso, Doval? —inquirió, como si este hubiera oído algo.

—¿Qué?

—Nada, hombre. Soy un tonto. Le pregunto cosas que usted no puede comprender. Haga el favor de perdonarme, querido amigo.

Dominado por una sobreexcitación extraña, cerró el puño y lo descargó con violencia sobre la mesa. Se escaparon del tintero gruesas gotas, manchando los papeles. El corrector parpadeó asustado.

—No se altere usted... Quería probar la solidez de este mueble... Una ocurrencia... —Y para tranquilizar al infeliz volvió a reír con una risa absurda que parecía hacerle daño. En seguida, sin esperar a que el joven se repusiera de su asombro, le interrogó:

—¿Es o no es un gran diario El Siglo, Doval?

—Sí, señor, un gran diario.

—¿El mejor de la ciudad?

—Claro que sí.

—Bueno, pero ¿no cree usted que a nosotros pueden matarnos algún día como a ese pobre gerente de la fábrica de tanino?

—¡Oh! Qué idea, señor...

—Sin embargo, es posible, Doval. Más aún, yo tengo la absoluta seguridad de que tal hecho va a ocurrir... Escuche. Cualquiera noche de estas cuando estemos solos como estamos ahora, esos hombres silenciosos que se sientan frente a las máquinas y se pasan largas horas allí, componiendo nuestros bellos discursos sobre el orden, la moral, la política y las buenas costumbres, se levantarán cólericos de sus sillas, vendrán hasta aquí y nos matarán como a perros... ¿Lo ha oído usted bien, Doval?... Harán con nosotros una masacre... A usted que es el más bueno de todos, le echarán por el cuello de la camisa grandes cucharondas de plomo derretido.

Doval intentó sonreír e hizo una morisqueta. Se le pusieron lívidas las aletas de la nariz, abrió desmesuradamente la boca y miró al director espantado.

Guevara recordó entonces la historia vulgar de aquel pobre muchacho cuya existencia era una interminable sucesión de miedos. Huérfano de padre y madre desde sus primeros años, sostenía con su mezquino salario a dos hermanitos que habían aprendido a leer el horror de la vida en las miserias del hogar cuando todavía era para ellos un mundo misterioso el del alfabeto. En un paraje de extramuros donde la edificación ralea y una que otra moribunda candileja brilla sobre los charcos de las callejuelas sin afirmado ni vigilancia, tenían su guarida. Doval adoraba a los niños.

Cuando él se marchaba para ir al trabajo quedaban los pequeños bajo la vigilancia de una vieja lavandera que les demostraba su afecto con injurias y chancletazos. Los días de fiestas Doval los llevaba de paseo al Parque Escolar, subía con ellos al tobogán, alzábalos para que se colgaran de las barras y los hartaba de golosinas ordinarias.

El corrector entraba al servicio nocturno trayendo su cena: una botellita de café con leche. Una vez en son de broma, los compañeros derramaron el líquido y lo sustituyeron con una solución de acaroína. Doval, al destapar la botella y aproximarla a los labios, la rechazó con asco, y como los autores del chiste lo festejaran con ruidosas carcajadas, él quiso imitarlos, pero no pudo y se echó a llorar como un niño al que le han roto un juguete.

El regente penetró en la garita con una prueba en la mano.

—La última, gracias a Dios —dijo, y salió dando un portazo.

Doval arqueó el largo pescuezo sobre la tira y se puso a trabajar, cotejando el impreso con los originales. Pronto terminó la tarea, cogió su sombrero aligacho

que suspendido de un clavo proyectaba una sombra grotesca en el muro y le hizo un saludo a su jefe. Guevara lo detuvo.

—¿Se han corregido todas las pruebas?

—Sí señor, todas.

Le vinieron al director deseos de alargar el diálogo, de retener al compañero para decirle algo que tenía a flor de labios, mas una extraña parálisis le impidió hablar. Le hubiera dicho: «Oye, hermano mío: todos los hombres somos papeles en los que estampa la vida sus signos buenos y malos. Todos llevamos en el espíritu y en el alma, la injusticia, el egoísmo y el error. Solo tú, pobre de espíritu, eres bueno y honrado. Te has equivocado. No lo has corregido todo. Falta una prueba. ¡Corrígeme!».

Pero Doval se había marchado. El director de El Siglo buscó su gabán, se cubrió y salió afuera. Ya no llovía. De un cielo tan blanco y tan bajo que parecía la comba de un ajimez fantástico, caía la nieve cubriendo la calle.

Guevara tuvo la ilusión al dar los primeros pasos de que la acera se había convertido en una inmensa tira de papel sobre la cual su sombra dibujaba un borrón...

## LAS VIZCACHAS

### I

Los habitantes de Las Vizcachas se aprestaban a celebrar un acontecimiento jubiloso: la transformación de la villa en ciudad por obra y gracia de un decreto que tiraría el Gobierno. Un censo, levantado a prisa, establecía que el centro había ultrapasado el número de habitantes necesarios para obtener, de acuerdo con la ley, su autonomía municipal.

Sin embargo, no todos los vizcachenses adheríanse al programa de urbanización. Las opiniones estaban bastante divididas.

Muchos pensaban que con la conquista de sus fueros mayoritarios, iba a recibir la villa un duro castigo.

El tendero gallego don Baldomero Segovia, propietario del «Blanco y Negro», alzó, sublevado, el pendón de la disidencia.

—¡Es una niñada lo que se pretende hacer! —gritaba—. ¿Qué apuros tenemos en ataviarnos con esas galas vanidosas, cuando todavía no hemos podido cegar los pantanos de las calles ni aumentar los faroles del alumbrado?

Al señor Segovia se le unieron el farmacéutico Botarelli, y el constructor don Paulino Foramiti, oriundo del primero de las provincias irredentas de Italia, y súbdito legítimo el otro del rey galantuomo.

Todos estaban de acuerdo en que era un solemne disparate cambiar de régimen. La Municipalidad resultaría una ruina, pues para sostener el tren de las ramas comunales, Intendencia y Concejo Deliberante, forzoso sería reventar al contribuyente, multiplicando los diezmos.

Botarelli escuchaba con delectación los enérgicos discursos del tendero. Tenía el boticario una pierna anquilosada que arrastraba al caminar, y un ojo de vidrio azul, exactamente igual al otro vivo y animado. Achacaba la falla del miembro y la existencia del artificio ocular a sus campañas guerreras siguiendo al mártir Oberdan.

En la trastienda del negocio se reunían los hombres discurriendo sobre lo que podría hacerse para conjurar el peligro de la ciudadanía.

Al terceto se incorporó más tarde el encargado de la Defensa Agrícola, don Aparicio Bustinza, cuyo origen riojano y sus modalidades migratorias hacían un tanto sospechosa la sinceridad de su adhesión. ¿Qué le importaría a él que Las Vizcachas fuese una metrópoli o una aldea, si el día menos pensado le ordenarían enrollar las oxidadas barreras de hojalata y ubicarse en otro apostadero langosticida?

Pero don Aparicio demostró que le era imposible permanecer indiferente. Mucho había visto, rodando, y podía citar el ejemplo de pueblos que elevados prematuramente al rango de ciudades habían llegado a una rápida decadencia bajo la carga de los tributos.

Conocía bien la miseria que sigue a esos delirios de grandezas.

Botarelli que le tenía abierta a Bustinza una larga cuenta por concepto de lociones y potingues le lanzó, satisfecho, toda la luz de su ojo auténtico.

—¡He ahí lo que nos espera! —clamó Segovia—. ¡La ruina! ¡Caerán sobre nosotros las alcabalas y obligados hemos de vernos a mantener con nuestro esquilmo el hambre de una burocracia parasitaria, que eso ha de traernos la dichosa ciudad!

Pero los antiurbanistas eran minoría y por más que ellos procuraban que el pánico se extendiera a todas las capas de la población, muy escasos prosélitos lograban hacer para su causa. Casi todas las clases sociales estaban engolosinadas con la perspectiva de la urbe que para ciertos espíritus refinados, surtiría, apenas se fundase, los efectos de una ducha civilizadora. A las niñas érales, sobre todo, singularmente grata la idea de que pronto iban a suprimir del encabezamiento de sus esquelas la odiosa palabra villa.

La señora de Segovia siempre solidarizada con los negocios de su marido procuraba hacerle ambiente a la campaña anticitadina entre las mujeres, y después de hablar mucho en la Sociedad Damas de Beneficencia y en los corros femeninos que se formaban en la plaza, a la salida del templo, todavía encontraba medios de mantener vivo el espíritu de resistencia.

De noche mientras su marido y el boticario Botarelli, tomaban el fresco en las sillas respaldadas en los paraísos de la vereda, cantaba ella, acompañándose al piano:

«Si la reina de España muriera,  
Y Carlos V quisiera reinar,  
Correría la sangre por tierra  
Como corren las olas por mar».

El tendero se apoderaba de la estrofa, y hablando en voz alta, como para que

le oyesen bien sus vecinos, los Vallory y los Bearzotti, también instalados en la acera, decía:

—Si las gentes de este pueblo tuvieran sangre, ya hubiera corrido en abundancia.

En las ruedas de damas y señoritas, el canto agridulce de la tendera y el comentario malicioso del marido provocaban sofocones de risa.

—¡Más juicio, muchachas! —pedían las mamás no pudiendo ellas mismas contenerse.

El doctor Fernando Vallory, víctima de una neurastenia que lo estaba convirtiendo en un animal insociable, asomábase a veces a la puerta del zaguán y echaba pestes contra Carlos V y la reina.

—¡Valientes argumentos! —replicaba Segovia.

Era evidente que la campaña derrotista estaba condenada al fracaso.

Los partidarios de la ciudad, capitaneados por el mayor contribuyente don Enrique Brandán, industrial que movía todos los títeres en el pueblo por medio de su gerente, el inglés Parry, habían logrado atraerse el concurso de los principales vecinos. Con él estaban el dueño de la fábrica de aceite Otto Weimüller y el rentista don Cataldo Bearzotti, presidente de la Comisión de Fomento.

¿Qué hacer contra estos caballeros todos poderosos?

Las gentes empezaron a inclinarse ante los árbitros de la villa. Acaso los llevaran a una mala aventura, pero, por el momento, no había más remedio que seguirlos. Además contaban ellos con el apoyo de las autoridades locales.

—Lo que se anda buscando el gallego Segovia es una paliza —había dicho en una reunión el receptor de rentas, Apolinario Fombona. Y se ofreció para dárse-la, pero el señor Brandán lo contuvo:

—¡Nada de violencias, Fombona! Las ideas triunfan por gravitación de su propia virtud.

## II

Los del cuadrunvirato decidieron quemar el último cartucho. Irían a la capital de la provincia llevando un formidable alegato contra el proyecto de ciudadanizar a la localidad.

—Probaremos que Las Vizcachas no está en condiciones todavía de tener Ayuntamiento —dijo el propietario del «Blanco y Negro».

—Porque el censo es un embrollo —agregó Botarelli—. Se han incluido en él hasta los perros y las gallinas.

—Cuenta también —barajó el constructor Foramitti— que muchos individuos de ambos sexos que se llevó la epidemia de tifoidea hace 10 años figuran en los padrones como cosas vivientes.

—Marchemos sin pérdida de tiempo —demandó el señor Bustinza.

La delegación se puso en viaje despedida por una gacetilla chocarrera del periódico El Combate que calificaba a los embajadores de «filibusteros» y «enemigos jurados del progreso».

A don Aparicio se le trataba con bastante severidad. Un tiro por elevación del suelto, dirigido a él, decía:

«Es lamentable que mientras el voraz ortóptero desova tranquilamente en la plaza, y los vecinos se lo pasan tamborileando en latas de petróleo para ahuyentar las mangas que talan sus huertas, el señor Bustinza haga causa común con un grupito de retrógrados, solo con el vituperable designio de defraudar los anhelos de un pueblo culto y laborioso. Pero es inútil el intento de la camarilla derrotista. Las Vizcachas será ciudad porque ha llegado el momento de que la crisálida se convierta en rutilante mariposa».

Se pudo descubrir que este artículo pertenecía al juez de paz, el chileno Lautaro Veraciero, un tipo petizo y gordinflón, con aire mogato y tocado siempre con una galera color ratón.

Las felicitaciones llovieron sobre Veraciero. El primero en presentárselas fue el doctor Salustio Mendible, y luego entrambos se pusieron a sacarle despiadadamente el pellejo a Bustinza. ¡Era ridículo ese viejo!

Los enemigos de la ciudad, después de hacer largas antesalas en el Palacio de Gobierno de Santa Fe, obtuvieron una audiencia del primer magistrado.

Los recibió el señor gobernador que estaba acompañado de su primer ministro, con suma afabilidad, y pareció muy interesado en conocer los antecedentes que le exponían.

Segovia tenía la palabra, y vencida la timidez del primer momento, se despachaba con desenvoltura.

—¡El cambio de régimen, señor gobernador, va a costarnos un ojo de la cara! —exclamó cuando ya no tenía nada que agregar a su exposición de agravios.

—Sí, excelencia —apoyaron Foramitti y Bustinza. Botarelli hizo, algo turbado, un gesto de aprobación. Lo del ojo no le había sonado bien.

El gobernador los despidió con la promesa de que todo iba a estudiarse y de que nada se resolvería antes de que el Ejecutivo hiciera concepto propio del asunto.

Los delegados de sí mismos se fueron tranquilos al hotel y esa noche durmieron casi seguros de haber conjurado la catástrofe que amenazaba al terruño.

Al día siguiente cuando Botarelli se levantó y hubo hecho sus abluciones higiénicas, buscó inútilmente en la mesita el ojo artificial que colocara allí al acostarse. El artefacto había desaparecido, sin que dieran resultados las búsquedas afanosas que por todos los rincones del dormitorio hizo el farmacéutico auxiliado por el camarero.



Y como no era cosa de perder el tren, se resolvió que el boticario debía resignarse a viajar con un ojo solo: el natural.

—Aquí no se pierde nada, señor; la casa está muy acreditada —le dijo a Botarelli el dueño del hotel. Y muy contrariado por el percance, dio seguridades de que el ojo aparecería por ahí. Tal vez se cayera de la mesita y «Tony», el perrillo de la casa, confundiénolo con un bombón, se lo habría tragado, porque era muy aficionado a los dulces. El animal sería puesto en observación...

Los cuadrunviros partieron. La noche del regreso sentados en la vereda, bajo los frondosos paraísos, comentaban alegres las incidencias del viaje. La laringe de doña Estrella de Segovia echaba por la ventana de la sala, a todo registro, las notas de la canción admonitiva:

«Si la reina de España muriera  
Y Carlos V quisiera reinar...».

De pronto una culebrina de fuego hendió verticalmente la atmósfera y explotó una bomba de gran estruendo. Luego otra y en seguida otra más.

Esos ruidos intempestivos anunciaban la aparición de un boletín que acababa de tirar El Combate.

Las gentes salían de sus casas corriendo hacia la imprenta del periódico y pronto se supo de lo que se trataba. Esa tarde el Superior Gobierno había lanzado un decreto declarando ciudad a la Villa y nombrando intendente municipal a don Enrique Brandán.

¡La crisálida se convertía, al fin, en mariposa!

Doña Estrella cerró el piano, Botarelli dando rodeos marchó en silencio a su farmacia y tras él se fueron, mohínos, Bustinza y Foramitti, saludados por las sonrisillas burlonas de los convecinos que se les cruzaban.

Segovia lanzó un recio juramento. Ah ¡qué poco valor tenía la palabra de aquellos mandatarios! A las veinticuatro horas escasas de haber prometido solemnemente una investigación, volvían grupas, sancionando una verdadera monstruosidad.

Al otro día se formó una comisión organizadora de los festejos. Estaban en ella todos los notables de la localidad; en primer lugar Otto Weimüller, Cataldo Bearzotti, el doctor Vallory y Cecil Parry; luego Vito Zoccoli, Apolinario Fombona, Lautaro Veracierta y el jefe de la estación Aniceto Garabino.

Todos estos caballeros se pusieron a trabajar febrilmente preparando el programa de agasajos a las autoridades de la provincia. El jefe del Gobierno acompañado de sus ministros y una nutrida comitiva llegaría el domingo próximo, constituyendo la sede del Poder Ejecutivo en la flamante ciudad.

Era esto un honor muy grande que quitaba el sueño a los habitantes de Las Vizcachas.

A Tito Zoccoli, dueño de la imprenta por donde se imprimía El Combate, le nació una idea luminosa: editar un gran álbum que reflejara los progresos alcanzados en todos los órdenes por Las Vizcachas, en treinta años de dura brega. El material de lectura se alternaría con notas gráficas sobre los aspectos más pintorescos de la población, vistas de los principales comercios, retratos de los fundadores de la colonia y perfiles de damas distinguidas. Aparte del honor que refluiría sobre el iniciador de la empresa, Zoccoli esperaba embolsar muchos pesos tarifando muy alto los anuncios y especulando con la vanidad de los individuos.

Vito Zoccoli tenía el don de hacerse odiar. Ni Lautaro Veracierto, que era el redactor encubierto de la hoja y su inseparable compañero de correrías galantes, le guardaba una estimación sincera. Alguna vez se le oyó decir al chileno, bajo el imperio de fuertes libaciones:

—¡A ese tipo no puedo pasarlo ni con cerveza negra! ¡Cualquier día vamos a tener una agarrada!

Zoccoli halló en su colaborador un entusiasta partidario del álbum, y el trabajo empezó. Pronto estuvo terminado. Veracierto había hecho florilegios con la pluma.

—Dejando modestia a un lado —decía en el Café Central de los señores Guardamagna Hnos—, como periodista no le tengo envidia a ninguno. —Y sacando del bolsillo largas tiras de pruebas adelantaba a los contertulianos, entre sorbo y sorbo de Pernod, párrafos de los artículos ya compuestos—: «La aldea deja, como una casta desposada sus atavíos doncelliles para vestir las galas de su jubiloso himeneo con el progreso»... «Un nuevo florón va a unirse a la corona de Santa Fe».

—«¡Bavo! ¡Bavo!» —palmoteaba el inglés Parry dejando caer las erres en el fondo de su aperitivo.

Hubo, no obstante, algunas reclamaciones cuando el número especial fue distribuido a los suscriptores. Se habían omitido en las reseñas a varias personas con título para figurar en la galería ilustrada, y en cambio, ¡qué barbaridad!, salían con una nitidez desconcertante los retratos de Segovia, Botarelli y Foramiti, enemigos declarados de la transformación de la crisálida.

Zoccoli explicó como pudo las omisiones y prometió ampliar el álbum con un suplemento. En cuanto a la inclusión de los derrotistas, la justificó con un argumento decisivo. En la hora del triunfo no debía haber vencidos ni vencedores. Todos eran hijos de una madre común. La verdad era que los hombres del cuadrunvirato, viéndose perdidos, y percibiendo el peligro de ir contra todo el mundo, consideraron sensato volver grupas.

—¡La política es transigencia! —expresó Segovia—. Y puesto que empezamos a hacerla, hay que someterse a sus leyes.

Don Aparicio Bustinza eliminado del álbum no quedó satisfecho. No valía la

pena haber peleado tanto para sellar luego una paz deshonrosa.

El tendero lo consoló:

—Deje hombre que rueda la bola. Ya nos llegará a nosotros el desquite... El que ríe último es el que ríe mejor.

Mientras tanto la ciudad se atalajaba para la recepción de los altos dignatarios de la provincia. Grandes arcos con leyendas alusivas plantáronse en la calle Falucho, arteria que recorrería el gobernador y su comitiva, a pie, el día de su arribo.

Una de esas leyendas, fruto de la inspiración literaria de Lautaro Veracierto, decía: «¡Loor a los mandatarios que saben elevarse a la altura de los anhelos colectivos y vinculan sus nombres al progreso de los pueblos!».

### III

El día de la gesta llegó y Las Vizcachas vibró de entusiasmo al repiqueteo de las campanas de la iglesia, el estampido de los cohetes y las alegres notas del Himno Nacional escapadas de unos cobres contratados en Rosario por la comisión de festejos. Al gobernador y los secretarios de Estado se les hizo una recepción espléndida dándoseles por residencia la casa de don Enrique Brandán.

Un poco de vacilación observose en el primer mandatario al salir de la estación.

La calle por la cual debía marchar encabezando la columna cívica estaba fangosa por haber llovido algo la noche anterior, pero su excelencia con un gesto de valentía venció sus escrúpulos y metió los zapatos en el lodo. Los vítores que llegaban a sus oídos y los ramilletes de flores que de trecho en trecho caían suavemente sobre su cilíndrico chapeo le resarcían de la molestia.

A Bearzotti, que iba colgado de uno de los brazos del gobernador, le mortificaba el espectáculo de una legión de perros que marchaban al frente de la columna, a manera de exploradores. Por fortuna los canes se lanzaron en persecución de algo que parecía ser el motivo de la asamblea y desaparecieron en la vuelta de una esquina.

En tres días no cesó la algazara en Las Vizcachas. Al banquete de gala en honor de los ilustres huéspedes, siguieron las visitas a la escuela fiscal y establecimientos comerciales. Los ministros, deferentes, tomaban nota de las necesidades públicas para satisfacerlas en cuanto reanudaran sus funciones.

El gobernador prometió hacer votar un subsidio para el hospital. Todo el pueblo quedó encantado. Las gentes humildes que tenían acerca de los pilotos del Estado un concepto casi supersticioso y oían hablar de ellos como de seres inaccesibles, ante aquellos hombres sonrientes y francotes que les estrechaban las manos y las palmeaban con la familiaridad de viejos amigos, se sintieron conmovidas hasta el enternecimiento.

He ahí uno de los primeros frutos de la ciudad. Antes cuando eran habitantes de una villa casi ignorada, solían pasarse meses y años esperando el cambio de un mal funcionario. En lo sucesivo, para resolver cualquier conflicto, no tendrían más trabajo que tomar el tren e ir a hablar con esos amables caballeros, o ponerles dos líneas por correo.

—Sí, sí. —expresaba el propietario del «Blanco y Negro» con una sonrisa irónica—. Ahora podrá conseguirse todo sin fatigas.

Vito Zoccoli y Lautaro Veracierto en una audiencia que les concedió el gobernador pusieron en manos de este un ejemplar del número extraordinario, ricamente encuadernado en cuero de Rusia.

Otros ejemplares de la obra pasaron a manos de los ministros.

Los obsequiados formularon los más calurosos elogios de la obra.

—Está muy bien escrita —dijo su excelencia, que no había leído nada.

Veracierto, revolvió el corto pescuezo en el cuello almidonado y respondió con fingida modestia:

—He hecho, señor gobernador, todo que he podido. Si hubiera dispuesto de un tiempo mayor...

—Está muy bien —repitió el dignatario— y ya veremos de recompensar el esfuerzo.

Afuera, de salida, el dueño y el redactor de El Combate cambiaron algunas palabras agrias.

—¡Usted se ha apuntado todo el mérito! —gruñó Zoccoli.

—Y usted se quedará con la mayor parte de las ganancias —replicó el otro—. ¿Qué más quiere?

—Es justo porque he puesto el capital.

—Y yo mi pluma que vale más que su dinero. Sin mí no hubiera hecho usted nada.

—¡Bah! —estalló Vito Zoccoli—. Pretende siempre ser un don Preciso. —Y se fue sin saludarlo.

El «broche de oro» de los festejos fue, según la bonita expresión del cronista social de El Combate, un baile de gala que reunió en los «aristocráticos salones» del Club Social a la «élite» de Las Vizcachas.

El *savoir faire* de las autoridades del centro, el «chic» de las damas y el ambiente «*charmant*» en que las parejas se deslizaban marcando el compás que les daba una orquesta «*sui generis*», todo eso contribuyó, apuntaba el gacetillero, a que Therpsicore celebrara el más brillante de los homenajes que hasta entonces se le habían rendido.

Al otro día por la mañana el Poder Ejecutivo levantó su tienda y partió. Sus miembros fueron despedidos con delirantes aclamaciones, y ya en marcha el tren, el gobernador, con la calva afuera de la ventanilla del vagón, agitó por largo tiempo su galera de pelo.

Las niñas se quedaron en el andén un poco tristes.

Por la tarde ocurrió un suceso lamentable.

Al salir Vito Zoccoli del café de los hermanos Guardamagna, un perro, al parecer hidrófobo, le clavó los incisivos en una pantorrilla.

Con tal motivo don Cataldo Bearzotti, de cuyas retinas no había podido borrarse la visión de los animales que marchaban a vanguardia de la columna cívica, declaró que era menester resolver sin retardos el problema que planteaba la multiplicación de los canes vagabundos. Debía ser esa la primera preocupación de las nuevas autoridades municipales.

El boticario Botarelli que desde su viaje a Santa Fe, miraba con rencor a todos los pichichos de la flamante ciudad, aprobó.

Esa noche el farmacéutico retiró del correo un paquetito certificado. Lo abrió y verificó, lleno de placer, que el contenido era su ojo de vidrio azul.

## UN CASAMIENTO POR AZAR

### I

Las charlas casi siempre sobre asuntos filosóficos en que se enfrascan Adimanto Zavaleta, profesor de matemáticas del «Politécnico Pereda» y Rogaciano Caravaca, naturista y speaker de la Radio Colombiana, empiezan en cualquier sitio: en una confitería, bajo la florecida pérgola de una plazoleta o frente a un taller de vulcanización, pero acaban ordinariamente en las banquetas de un cine. Allí convierten los dos excelentes amigos en axiomas graníticos verdades que personas de elemental discernimiento suelen desdeñar por miedo instintivo al lugar común, y no pocas veces tales paliques originan la protesta de individuos formales que desean seguir tranquilamente en la pantalla las aventuras de Rátón Mickey o las travesuras del Gato Félix.

Zavaleta es cojitranco congénito y sus quilates intelectuales son, sin duda alguna, muy superiores a los de Caravaca cuyo único fuerte reside en el conocimiento de las fuentes de la salud. Partidario acérrimo del ilustre alemán Herr Khüne, cree como en un dogma revelado en los baños fríos de asiento y en el régimen alimenticio a base exclusivamente de leguminosas. Y la conclusión que saca de esa escuela es definitiva: la criatura humana es herbívora; ha nacido para comer hierba y la hierba debe ser el manto que cobije su despojos.

No da mayor importancia Adimanto a la culinaria que preconiza su camarada. Para él el hombre es un animal de costumbres que come cuanto se le pone por delante, y por lo que atañe a la hidroterapia comprueba que sujetos refractarios a la bañera suelen vivir mucho más que otros partidarios de la ducha sistemática.

Rogaciano no se empeña demasiado en discutir estas diferencias de criterio. Carece de temperamento polémico y hasta se podría sostener que le falta carácter para defender sus convicciones íntimas; así es que cuando en sus funciones de speaker debe colocarse frente al micrófono de la broadcasting para difundir ciertas noticias sobre el repunte del chilled beef y las carnes congeladas, no da

su semblante la impresión de ninguna violencia espiritual. Habla tan tranquilo como si estuviera haciendo la propaganda de la radicheta y el nabo.

En lo que siempre ambos coinciden es en que el azar, la casualidad, interviene con harta frecuencia en los asuntos humanos dando las más inesperadas soluciones a los conflictos e intereses de los individuos.

—Con este factor no hay matemáticas posibles —expresa Zavaleta, casi irritado—. Tú te pones a amontonar secuelas, llegas a corolarios magníficos y de pronto toda esa talanquera de cosas exactas que no pueden fallar se te viene con estrépito al suelo barrida por un soplido de lo misterioso e imprevisto.

—Es verdad —asiente Caravaca. Y recuerda un caso reciente, por cierto bastante doloroso.

Don Fernando Bravo después de pasar sin resultados favorables por distintas clínicas en busca de salud se hizo vegetariano escuchando consejos del sabio profesor naturista Gastón Thibault; dejó la carne, la mantequilla y todas las materias grasas para solo comer sopitas de Quaker, cebolla y espinacas con aceite; suprimió el cigarrillo y extremó de tal modo la observancia del nuevo régimen alimenticio que teniendo su domicilio muy próximo a una fábrica de embutidos por la que debía pasar, camino de su oficina, se fue a vivir a otro barrio donde los alquileres eran más elevados. A los seis meses, Bravo estaba desconocido, sano, fuerte y resuelto a ingresar al Partido Socialista...

—¿Y qué le ocurrió? —inquire Zavaleta.

—¡Un sarcasmo del destino! ¡Lo mató un ómnibus de la línea K! Y lo curioso del caso es que el conductor del coche, tabaquista y alcoholista empedernido, odia las legumbres y no come otra cosa que asado de costillas.

—¡El azar, siempre el azar! —murmura Zavaleta entristecido. Y cuántas veces un hecho cualquiera lo pone en trance de comprobar la influencia de ese fatal resorte, más se adentra en su espíritu el convencimiento de que todo lo que hacemos en este pícaro mundo sublunar para ser felices o estar cómodos no es sino un esfuerzo librado al referéndum de la casualidad. Y así le sobrevienen al hombre ciertos repentismos anímicos extraños. Frente al espejo del lavabo, Zavaleta con los carrillos copiosamente enjabonados suele quedarse con la navaja en vilo. Medita bajo el dominio de un temor supersticioso. ¿Para qué rasurarse? ¿No ocurrirá, acaso, que al depilarse la mejilla derecha le sorprenda la muerte por la rotura de un vaso sanguíneo?

La idea de que lo colocarán luego en una caja de estaño para que sus amigos le vean entre cuatro blandones con la mitad de la cara limpia y la otra mitad poblada de pelos amarillos le despierta de tal modo la noción del ridículo que prefiere quedarse barbado. Y ya no se afeita hasta que se borra de su espíritu la preocupación.

## II

Las otras noches Zavaleta y Caravaca se metieron temprano en el «Tropical Cinema». El tiempo desapacible, frío y húmedo, no era promesa de mucho curso. Algunas parejas burguesas salpicaban la platea. Tampoco el programa del espectáculo tenía virtud para atraer público. Se exhibiría una cinta bastante tonta repasada en todas las salas de la ciudad: la historia de un tipo con excesivo prontuario galante para quien el hogar resultaba un apeadero.

—No hay que exagerar —dijo Zavaleta mientras hacía un cucurucho con el programa de la función—. Los hombres necesitan conocer el sabor de la aventura, sin caer, es claro, en la licencia, porque la aventura es la sal de la vida. Y en definitiva, ¿quién prepara esas pequeñas o largas novelas de amor en que se reúnen, a la vuelta de una esquina, un hombre y una mujer que nunca se conocieron?

—¡El azar! —afirmó resueltamente Caravaca.

—Sí, ese es el ingrediente que sazona, endulza y amarga las pasiones del corazón y de la sangre. Y allí tienes una pareja unida por la Diosa Casualidad —dijo señalando a un hombre y una mujer que acababan de tomar asientos en una fila cercana. El caballero, de rostro atezado, se retorció sus negros bigotes corniformes descubriendo una soberbia dentadura. Ella, rubia y pequeña, hinchaba un carrillo con un bombón, mostrando aplastados sobre los pómulos dos aceitados rulitos en forma de interrogantes.

El mecánofono del cine empezó en ese instante a desgranar las notas voluptuosas de una rumba esparciendo en la sala los hálitos enervantes de la manigua cubana. El taconeo del público que llevaba el compás de la música lasciva puso en conmoción las maderas del piso.

—Levanta la voz —dijo Caravaca.

—Tiene una historia realmente cómica ese matrimonio —prosiguió Zavaleta.

—¿Quién es él?

—El ingeniero Delfín Cortés. Como podrás ver le lleva a su consorte un buen número de años. Hasta los treinta y ocho no había pensado el hombre cambiar de estado civil. Solterón empedernido creía que nada le faltaba a su tranquila aspiración de cristiano doméstico, y que todo lo que podía encontrar de novedad en el hogar compartido con una mujer, así fuese la mejor del mundo, acaso no valiera la molestia de jugar un billetito a la riesgosa lotería del matrimonio. Poseedor de una buena renta y de una envidiable salud, en su vieja ama de llaves doña Pola, que le cuidaba con canina devoción, hallaba el ingeniero Cortés todos los halagos de la familia: la casa limpia, el guardarropa pulcrísimo, la mesa bien servida. ¿Qué más podía desear?

—Prolongar el apellido —interrumpió Caravaca.

—Sí, eso se le vino a las mientes alguna vez. Le parecía bueno tener hijos... Pero el recuerdo de esos desventurados padres que se lo pasan luchando con



herederos holgazanes y disolutos desvanecía pronto el espejismo de la radiante vida conyugal.

—¿Cómo cayó el chivo en el lazo?

—El hombre propone y Dios dispone. Ahí verás. Cortés, que suponía su corazón perfectamente blindado contra las flechas de Cupido, sucumbió a la atracción de dos ojos negros con los que se encontraron los suyos...

Caravaca lanzó un vistazo hacia la pareja.

—No —advirtió Zavaleta—, no es ella. Era otra, una linda maestra morocha, que respondía al bonito nombre de Indiana. Debo decirte que el ingeniero es un hombre de una timidez inverosímil, y que en esta falla encontró siempre la mayor dificultad para aproximarse a las mujeres, al punto de que se le consideraba un misógino. Y por lo tanto, ya comprenderás su situación. No se animaba a abordar directamente a la chica. Pero nunca falta la Providencia a los angustiados y a Cortés le tiraron un cable.

—¿Quién?

—Un vecino y amigo suyo, el comerciante en casimires don Recaredo Regidor, solterón también. Regidor es un andaluz, dicharachero y atropellado, capaz de ocupar dos horas el tendido por menos de un pitillo. «¡Hombre! —dijo al saber los apuros de Delfín—, te haré ese servicio con el mayor gusto. Precisamente yo soy amigo de la familia de la niña. Hablaré al padre».

»Cortés, después de recomendarle a su amigo mucha cautela diplomática, quedó más tranquilo. Deseaba por ahora solamente conversar con Indiana en la esquina de su casa.

—¿Y qué hizo el andaluz?

—Un lío fenomenal. Equivocó domicilios, confundió nombres y en vez de dirigirse a Indiana Benavidez se puso en comunicación con Manuela Cubillas...

Caravaca volvió a soslayar una mirada hacia la compañera de Cortés.

—Sí, esa es —dijo Zavaleta. Y continuó—: Durante tres días el enamorado Delfín no vio al vendedor de casimires. En cambio tuvo ocasión de encontrarse con el objeto de su inquietud y advertir por ciertas miradas y expresiones que Indiana aceptaba sus tímidos requiebros. «¡Ya debe saberlo todo! », se dijo, mas no se atrevió a hablarla. Era feliz aguardando las noticias que no tardaron en llegarle: «Todo arreglado —le anunció, al fin, don Recaredo Regidor— y a fe, chico, que no podían haber salido las cosas de mejor manera. La familia tiene a mucha honra tus aspiraciones, y en cuanto a Manuelita, ni buceando en el mar Índico, encontrarás una perla de más precio».

»Cortés se quedó anonadado. “¿De qué Manuelita me estás hablando?”.

»Se explicó el andaluz y el ingeniero tuvo la impresión de que el techo se le desplomaba sobre la cabeza. “¡Has hecho una barbaridad!”, clamó consternado.

»En efecto, el tendero la había hecho, y al parecer sin compostura posible. Sus amigos eran los Cubillas y no los Benavidez, y como ambas familias vivían

en casas contiguas, el lapsus diplomático era hasta cierto punto excusable.

»Regidor buscándole enmiendas al soneto dijo: “Mira, chico, tal vez este equívoco redunde en tu propio medro, porque a decir verdad la dichosa Indiana esa no sirve ni para freír un par de huevos, mientras que la Manuelita se pinta sola para el trajín de una casa”.

»Lejos de apaciguarse con las pintorescas reflexiones del andaluz, Cortés se sintió apesadumbrado y contrito. Le parecía que había cometido, él tan correcto en todos sus actos, una grave informalidad. ¿Qué pensaría y qué diría esa familia? ¿No habría de ocurrírsele que se la tomaba para blanco de una burla grosera? “Debes volver a la casa y explicarle el error que has padecido”, propuso Delfín al tendero. Pero este respondió a la conseja con una mueca de perro al que le pisan la cola: “¡Hombre! preferiría que me dieran azotes. Tú no conoces a Magín Cubillas, sujeto honrado a carta cabal, si los hay, campechano y llanote, pero que en tocándole el puntillo no habrá en todo Aragón quien le gane a testarudo e irascible. Ir a decirle ahora que me he equivocado como un sandío y que no hay en este mundo comedido al que le vaya bien, es, de seguro, romper con él, interrumpir una amistad de veinte años largos...”.

—Aguarda —reclamó Caravaca—. ¿Ese Magín Cubillas no era hace años un almacenero de la Avenida Freyre, allá por el Hospital Italiano?

—Sí, el mismo.

—Ya me parecía. Y has de saber que a ese tío le quitó unos ataques al hígado el profesor Gastón Thibault, por el régimen naturista. En dos meses de tratamiento se le desembarazó la entraña de unas piedras tan grandes como porotos de manteca.

—Lo cual no impidió que se muriera poco tiempo después de unas calenturas malignas —informó irónicamente Zavaleta—. Pero me has hecho perder el hilo del relato. ¿Por dónde iba?

Caravaca, emocionado con la noticia, dijo:

—Don Recaredo no tenía valor para entrevistar nuevamente al papá de Manuela...

—Eso es. «Pero, es que has hablado demasiado, entonces», preguntó Cortés. «Mira —respondió el vendedor de casimires—, a mí no me agradan las ambi güedades y sotilezas en negocios de esta enjundia. Hay que hablar directo y claro, y yo hablé así. Que tú querías a la niña, que estabas prendado de sus virtudes domésticas y de su garbo, y que, en fin, a tu edad, la de un mancebo en la plenitud de su juicio, las decisiones deben ser rápidas y serias. ¿Comprendes?».

»El ingeniero Cortés tomose la cabeza entre las manos y comenzó a medir la habitación a grandes zancadas. Si hubiera sido menor su bondad que su capacidad para la cólera, habría estrangulado al traficante en paños. ¡Meterlo a él en semejante lío con una mujer a la que ni de simple vista conocía! Esto era sencillamente estúpido. Pero Delfín poseía un alma noble siempre dispuesta al

perdón de los humanos errores, y se llamó a serenidad. Su confidente no había concluido de informarle y la esperanza de que en la contestación de los padres de la chica hubiera alguna reticencia que le permitiese zafarse del ridículo enredo lo hizo interrogar anhelosamente: “¿Y qué te dijeron los Cubillas?”. “Ni que hubieran estado esperando la embajada, chico. Te conocen demasiado, no ignoran tu excelente situación económica y el buen concepto que te acompañan en toda la ciudad, y por lo tanto, poco tuve que hablar. La familia tiene a mucha honra tus pretensiones; la mamá no pudo ocultar su satisfacción y en cuanto a Magín, ni que le hubieran servido miel sobre hojuelas. ¡Medrados estamos, por cien mil rayos!”, concluyó don Recaredo. “Pero y ella, la muchacha”, inquirió Cortés, asiéndose a una vaga posibilidad de escape.

»El andaluz se encogió de hombros.

»“¡Qué iba a decir ella! Allí estaba con el rostro ruborizado, la sonrisa en los labios y los ojos recoletos, más bella que nunca hablando por todo lo que callaban sus labios”.

»Cortés ahora se encolerizó de veras y con las mejillas encendidas increpó al tendero su audacia. No lo había autorizado a hacer ni la mitad de lo que había hecho y exigió enérgicamente: “¡Tienes que ver a esa familia y disculparte!”.

»Don Recaredo, con la misma energía, replicó: “¡No, no voy por allá! Anda tú y di lo que quieras”. E incorporándose, añadió mientras se marchaba: “No vayas a creer que los Cubillas te harían poco honor, si ello fuera posible, con una alianza. Son gentes con el riñón cubierto... En cuanto a Manuelita es una chica de una educación esmerada y la dichosa Indiana no es digna de besarle el faralá de la saya”.

### III

Cesó la música tropical, apagáronse las luces del cine y en la pantalla comenzó a desenvolverse una despampanante historieta del Far West con vertiginosas carreras de cowboys detrás de púnicos arreadores de vacas.

Adimanto y Rogaciano siguieron un momento por los vericuetos de la selva las peripecias de la persecución de los bandidos, entre densas tolvaneras y nutridos fogonazos; vieron al Cheriff despeñarse en un precipicio con su caballo blanco; caer de lo alto de una rama como un cinocéfalo sobre la grupa del equino de un fugitivo al héroe de la batida policíaca, y se restregaron fastidiados los ojos.

—Esto es de lo más estúpido que se conoce —dijo Rogaciano—. Más me interesa la historia del ingeniero. Cuéntame cómo se arregló el lío.

Y Zavaleta, sin curarse de los siseos de la vecindad provocados por el natural deseo de no perder los parlamentos yankis de la película, reanudó el hilo de su relato:

—El ingeniero Cortés, ante la negativa rotunda del tendero, declaró que iría él, personalmente, a dar explicaciones a la familia Cubillas.

—¿Y fue?

—Se estuvo un par de días vacilando pero al tercero se puso resueltamente en camino hacia el agraviado domicilio, después de anunciar visita.

—Con la timidez del hombre se le haría muy cuesta arriba la diligencia.

—Es de suponerlo. Una tarde, correctamente acicalado y adoptando el aire grave que las circunstancias imponían, se apeó de su voiturette «Hudson» a la puerta de los Cubillas. La familia reunida en una salita le esperaba ataviada como para una ceremonia solemne. Don Magín, que casi todo el año andaba con listado pijama de poplín, sudaba la gota gorda bajo un temo negro y la dura pechera de la camisa. Su esposa doña Monserrat irradiaba la «santa simplicitas» de las mujeres hogareñas que festejan un gran día. Manuelita parecía un ángel con sus patillitas rubias.

»«Me trae un asunto bastante delicado...», dijo Delfín Cortés, después de estrechar las manos que se le tendían. Don Magín Cubillas atajó: «Déjenos usted de retóricas, joven, que ya sabemos los viejos lo que son estos tiquis miquis». «Es que, señor Cubillas, yo debo explicarme». «Nada, nada hay que explicar, que demasiado ha dicho por usted esa buena pieza de Recaredo». Y al decir esto entre alegres risotadas el candidato a suegro aplicaba sobre las espaldas del futuro yerno fuertes palmadas a lo castellano viejo. Después, se calmó y sin dejar de reír dijo: «Nosotros somos gentes sencillas, señor Cortés, pero sabemos lo que es un honor como el que usted nos hace, y en cuanto a la niña...». «¡Pero, papá!», exclamó Manuelita, ruborizada. El ingeniero Cortés se sintió Guatimozin asándose a fuego lento sobre una parrilla. Tuvo intenciones de levantarse de la silla, tomar su sombrero y salir disparando sin despedirse de nadie. Había venido caballerosamente a aclarar un error y se encontraba con una tertulia cómica. ¿Cómo hablar en esa alegre rueda de familia sin producir una escena lamentable? «Tócale algo lindo al señor Cortés», ordenó doña Monserrat a su hija. «¡Un pasodoble torero!», apuntó don Magín. «¡El Relicario!», exigió doña Monserrat. Manuelita hizo un mohín de coquetería y se dirigió al piano, abriolo, y puso en movimiento sus bellas manos sobre el teclado, ejecutando «Granada», de Albéniz. «¡Diablo, con la chica, siempre nos lleva la contra!», refunfuñó el papá. El ingeniero experimentó el divino encanto de aquella música selecta que nunca había oído interpretar con tan exquisito gusto y maestría. E insensiblemente, al terminar la pieza juntó las palmas batiéndolas entusiasmado. Ahora una impresión nueva venía a quitarle del espíritu la preocupación enfadosa de aquella visita que tomaba derivaciones ajenas a su desdichado motivo. Y se fijó entonces en lo que, hasta ese momento, no había reparado: en que Manuelita era linda, y que de toda su persona fluía una dulce simpatía. Se acercó a ella para felicitarla y pudo así percibir el timbre melodioso de su voz. Cambiaron unas palabras y ellas sirvieron para advertirle la

discreción de la muchacha y su fina cultura. No parecía hija de aquellos padres toscos. El señor Cubillas sacolo de la emoción que lo estaba embargando con un ofrecimiento inesperado: “Va usted, joven, a probar unos chorizos de Extremadura que acabo de recibir de España”. Cortés declinó bastante confundido el obsequio. El venía a decir a esa gente que nada tenía que hacer con ella; que su amigo había errado la puerta, y salían amenazándolo con una indigestión de embutidos. “Gustará, entonces, unos helados de frutilla”, propuso doña Monserrat. Ya no era posible rehusarse y Cortés, haciendo honor a su apellido, aceptó, avergonzado de su claudicación, pero dominado por un sentimiento extraño que le hacía grata su permanencia al lado de la chica. Afuera los pequeños hijos de Cubillas habían tomado por asalto la voiturette, y después de hurguetear por todas las piezas de la máquina se entretenían en hacer sonar la bocina. Alarmose Delfín, mas cuando la dueña de casa ordenó a la fámula que desalojara del coche a los arrapiezos, se opuso: “Déjelos que jueguen, señora”. Estaba casi vencido y no atinó ya a otra cosa que a devolver amabilidades. Al despedirse intentó, sin embargo, aclarar su situación: “Es necesario, señor Cubillas, que le hable a Vd.”. El paisano de don Recaredo, sonrió bonachonamente. “¡Bah! —dijo— no se preocupe usted, que si es por la cuestión de intereses, no habrá pleito”. Y aproximando su boca a la oreja del ingeniero, añadió: “Lo principal es que a la niña le agrade usted, ¿sabe?”. Cortés huyó con la espalda machucada por unos enérgicos palmetazos de despedida. En la vereda mientras abría la portezuela de su auto oyó que uno de los niños Cubillas le decía a otro amiguito: “¡Ese es el novio de mi hermana!... míralo...”.

#### IV

Rogaciano Caravaca no pudo contener una carcajada y la expidió ruidosamente, por fortuna coincidiendo con el final de una escena de box en que el Cherriff tumbaba de un formidable puñetazo al jefe de la gavilla de bandoleros. Las luces de la sala volvieron a encenderse, y el público salió a respirar los 10 minutos de intervalo.

El matrimonio Cortés no se movió de las butacas, y sus comentaristas, refrenando el deseo de fumar quedáronse en las suyas, observando a la pareja. Manuela extendió hacia su marido el cucurucho de bombones sonriéndole como a un novio.

—Conociendo el final de la novela, casi no tiene ya interés saber lo que pasó. Se adivina —dijo Caravaca.

—Sin embargo hay detalles interesantes. Al ingeniero le costó una verdadera lucha aceptar la situación violenta en que lo colocaba su falta de carácter. Al regresar a su casa y desvanecida un tanto la impresión que le causara la chica, le sobrevino un furor casi homicida. Se aplicó cuanto calificativo creyó que po-

dría despertar la susceptibilidad y la noción del ridículo. Se dijo que era un tonto de capirote y un mentecato; evocó para mortificar su sensibilidad de hombre fino aquella grosera ocurrencia de Magín Cubillas, ofreciéndole chorizos picantes a la hora del té; quiso sacar de este episodio la conclusión de que él no podía ni en sueños ingresar a la familia de tal gañán; pero todas las veces que proclamaban el desatino de su conducta se apagaron al sonar en su recuerdo las notas de «Granada» escapándose como un arpeggio divino del clavicordio de Manuelita. ¡Qué bien tocaba la chica, y qué contraste bacía su fina figura con las de sus charros progenitores!

—¿Qué resolución tomó?

—En un momento de coraje en que le volvía el enojo, decidió liquidar el asunto por escrito y redactó una misiva en la que explicaba el quid pro quo, causa de sus malandanzas.

—¿Y la mandó?

—No; después de leerla y releerla, rompióla y se entretuvo en ver desde el balcón de su casa cómo los pequeños fragmentos volaban en todas direcciones a la manera de maripositas locas.

—¡Vaya un infeliz! —comentó Rogaciano.

—Pero no abandonó por ello el propósito de despejar su situación, poniendo las cosas en su lugar, ya que por una sensiblería boba no iba a hipotecar el porvenir. Y así pues resolvió hacer a los Cubillas una segunda visita. Sería la última y la definitiva, e iría derechamente al grano.

—¿La hizo?

—Sin vacilación alguna y hasta llegó a la casa, con una fisonomía grave y adusta propia del sujeto dispuesto a producir actos enérgicos. Hablaría únicamente con don Magín. Pero, el programa se deshizo porque el papá no estaba, y tuvo, contra su voluntad, que pasar a la sala donde lo esperaba un cuadro radiante representado por un ramillete de hermosísimas niñas. ¿Qué hacían allí con un atuendo demasiado lujoso para aquel ordinario lunes? Delfín se dio cuenta cuando las encantadoras criaturas fueron, una por una, presentándole sus enhorabuenas cordiales. Lo declaraban solemnemente comprometido. Y si alguna duda pudo abrigar todavía, la desvaneció la franca exclamación de doña Monserrat que conduciendo hasta él a Manuelita les juntó a ambos las manos y dijo: «Se lleva usted una perla, hijo mío». Ante tan sacramental salutación, ¿qué iba a decir ya el pobre Cortés? Sonrió.

—Como un bodoque —alacraneó Caravaca.

—No —dijo Zavaleta—, como un musulmán, aplanado ante el fatalismo de su destino. Y ya no pensó en hacer aclaración alguna ni volvió a ocurrírsele que dentro de aquella familia estaría fuera de su centro. Se sintió cómodo y feliz y hasta tuvo un recuerdo cariñoso para el tendero Regidor con quien no había vuelto a verse desde el día del disgusto. Novio oficial, por carambola, se retiró

gustando en lo íntimo el sabor de la aventura y pensando que el azar no siempre depara sucesos desagradables. Porque Manuelita ya le parecía una compañera ideal. En la vereda de la casa los pequeños Cubillas en ronda con otros chicos del barrio cantaban a todo pulmón, la vieja letra infantil:

«Arroz con leche, me quiero casar  
con una niñita de San Nicolás...».

»Cortés subió nervioso a la voiturette. Mientras colocaba la llave del contacto, vio en el umbral de su domicilio a Indiana Benavidez que, como distraída, reparó un instante en él y le volvió desdeñosamente la espalda. No dejó de turbarlo un tanto este encuentro y en su conciencia de hombre honrado, sonó algo así como una acusación. Aquel comienzo de flirt con la maestra, aunque hubiera sido, como lo fue, una inocente telegrafía óptica, se le antojaba que había comprometido su delicadeza de caballero y que, truncándolo ahora, se incorporaba a la galería de vulgares galanteadores de barrio. Pero el cotejo de las doncellas desvaneció sus escrúpulos. El azar quería que se quedase con la mejor. La ocurrencia del andaluz sobre la incapacidad doméstica de la educacionista que no servía ni para freír un par de huevos concluyó por hacerlo reír. El ama de llaves, doña Pola, le hizo sentir al llegar a su domicilio la emoción más fuerte del día. “¿Con que usted, patroncito, se guardaba las grandes noticias?”, díjole entrando alborozada en su escritorio. Y le mostró un diario abierto por la Sección Social. El solterón leyó: “Ha quedado formalizado el compromiso nupcial de la distinguida señorita Manuela Cubillas con el ingeniero don Delfín Cortés”. Esa noche el vendedor de casimires, reconciliado con su amigo, le amenizó la velada con todas las cuchufletas que se estilan en la tierra de María Santísima, y tres meses después echaba don Recaredo Regidor en el libro de actas del Registro Civil, su firma con gavilanes, como testigo del casamiento.

—El epílogo está de más que me lo cuentes. Lo estoy viendo —dijo Caravaca, mientras soslayaba sus miradas hacia los esposos Cortés—. Parecen muy felices.

—Chupando bombones en la platea de un cine cualquiera parece dichoso —filosofó Zavaleta—. Sin embargo han tenido sus contratiempos. Al año escaso de sus bodas murió, como te dije, don Magín Cubillas, de unas calenturas malignas.

—¡Los chorizos de Extremadura! —protestó Rogaciano.

—No, no fueron los embutidos. Cuando el hombre contrajo esa enfermedad hacía mucho que había dado un adiós al picante manjar y practicaba el régimen vegetariano. Solo comía espinacas y rúcula con gotas de limón...

—¿Pretenderás que el naturismo fue su desgracia?

—Yo no pretendo nada, hombre, no te enfades. Me limito a hacer historia. Lo cierto es que don Magín Cubillas falleció cuando nadie se lo sospechaba.

Rogaciano Caravaca simuló un acceso de carraspera para ocultar su contrariedad y esquivar el airecillo irónico de la cara de su amigo. De esta violencia vino a salvarlo la oscuridad en que la sala volvió a quedar al reanudarse el espectáculo.

—¿Vemos esta tontería o salimos a fumar y dar unas vueltas por ahí? —propuso Adimanto.

—Vamos —digo Rogaciano, nostálgico de aire y de nicotina.



## MATRIMONIOS SUBSIDIARIOS

Lujoso y amplio hall de la residencia del hombre de negocios, don Florestán Saverny. Tarde de invierno muy fría. Instalados en sendos mapas, frente a una chimenea inglesa donde se queman grandes troncos de castaño, conversan el doctor Didimo Anglada y la señora Teodolina de Saverny. Ella rubia, cabello a la garçonera, saca las líneas finas de su cuerpo de un ajustado traje crepe marrocaín, azul marino. Él, provector, un poco ventrudo y engolletado, juega con la cinta de seda de los lentes que le cruza el almidonado chaleco de piqué. Entre los pies de ambos aplasta sobre un almohadón su puntiagudo hocico un hermoso perro danés, mirando la alegre danza de las llamas.

Dr. Anglada.—Artón no puede tardar. Mi mujer se encargó de recordarle a nuestro querido pensionista que la Sra. de Saverny lo espera para tomar el té. Tal vez lleguen juntos.

Sra. Saverny.—¿Juntos?

Dr. Anglada.—Sí. ¿Por qué no? Ya sabe usted lo desprejuiciada que es Julietta... Y son tres cuabras...

Sra. Saverny.—Vive el pobre Artón con la obsesión de las tablas.

Dr. Anglada.—Y acabará por darnos una obra maestra. Le tengo fe a nuestro amigo. Creo en su genio.

Sra. Saverny.—No se lo diga Ud., por Dios. La vanidad pierde a los hombres de talento y hace ridículos a los mediocres.

Dr. Anglada.—Me guardaré bien de decirle cosas mortificantes para su humildad. Artón es una violeta auténtica.

Sra. Saverny.—¿Qué asunto ha hallado para emparedarse? Hace quince días que no lo vemos.

Dr. Anglada.—Un rico asunto, señora. Artón realiza en una comedia de alto vuelo una tesis inverosímil, al menos para la mayoría de los mortales. Hace posible que una mujer joven y hermosa mantenga, durante muchos años, una amistad íntima con un hombre sin que jamás él se diga: «¿Por qué no la beso?»

y sin que ella, en ningún momento piense: «¿Careceré de encantos para él?».

Sra. Saverny.—¿No cree usted en el desinteresado comercio de los espíritus?

Dr. Anglada.—Ah, señora, se me hace muy cuesta arriba concebir la exclusión de los sentidos en esa clase de relaciones... Se me antoja una violencia...

Sra. Saverny.—Al orden clínico de su respetable profesión... Es cierto... ¿De qué otra manera puede discurrir la cabeza de un médico?

Dr. Anglada.—Soy humano, señora, en este caso.

Sra. Saverny.—No, superficial y materialista. Creer lo que todos creen y admiten; aceptar sin rebeldías la ley común hecha para todos los casos y situaciones...

Dr. Anglada.—Puede haber excepciones... Yo no digo que en condiciones especialísimas...

Sra. Saverny.—Que han de ser fenoménicas para un hombre de ciencia...

Dr. Anglada.—No, simplemente raras.

Sra. Saverny.—¿Y no me hará usted a mí el honor de considerarme una mujer correcta?

Dr. Anglada.—¡Señora! Por Ud. pondría mis manos al fuego...

Sra. Saverny.—¿Sabiendo, como sabe, que una amistad íntima me liga a Artón, hace muchos años?

Dr. Anglada.—Y conociendo, sobre todo, el cariño que tiene a sus hijos y la dignidad con que lleva el nombre de su esposo.

Sra. Saverny.—Un hombre vulgar que viene cansado de su oficina, cena, dice cuatro trivialidades y a las 21 duerme como un bienaventurado. ¿No es así, Anglada?

Dr. Anglada.—¡Un marido modelo!

Sra. Saverny.—Muchas gracias.

Dr. Anglada.—Envidio la suerte de Florestán Saverny, unido a una mujer intelectual que es la admiración de la sociedad selecta.

Sra. Saverny.—Exageraciones amables. Pero la verdad es que la mujer a la cual Dios se sirvió darle espíritu necesita aproximarse a otro espíritu semejante...

Dr. Anglada.—Y he ahí, señora, por qué al margen de los matrimonios desparejos, nacen esas bellas uniones espirituales a las que yo daría un nombre.

Sra. Saverny.—¿Científico?

Dr. Anglada.—No, muy apropiado y castellano. Las llamaré, si Ud. no se opone, «matrimonios subsidiarios». ¿No van, acaso, en socorro o subsidio del organizado por la ley que no podría existir sin su ayuda?

Sra. Saverny.—Las cosas ideales no necesitan nombres. Se empequeñecen y ridiculizan pasando por el vocabulario.

Dr. Anglada.—Posiblemente...

Sra. Saverny.—Me imagino la gracia que le haría a usted oír decir por ahí que

la esposa del Dr. Anglada se ha visto obligada a recurrir a los servicios de un casamiento auxiliar o cooperativo...

Dr. Anglada.—No habrá caso. Julieta y yo somos valores homogéneos.

Sra. Saverny.—Me alegro mucho. Sea Ud., entonces, compasivo con los desdichados y líbrelos del nomenclador.

Dr. Anglada.—Oh, señora, hablo con la mayor ingenuidad. Pero, de cualquier modo, me parece que Artón no dirá en su comedia nada que sea una novedad para el mundo, por más derroche que haga en ella del ingenio que le sobra.

Sra. Saverny.—Será su obra, al menos, la defensa de esos consorcios inofensivos tan maltratados por los que ignoran o fingen ignorar que la hostilidad del hogar sin equilibrio haría imposible la existencia a no mediar ellos.

Dr. Anglada.—Lo que pienso yo. Pero, señora, está Ud. haciendo un alegato como si alguien la acusara.

Sra. Saverny.—No contra usted que es una afortunada muestra de comprensión, pero sí contra el resto de la humanidad... hasta que no aparezca otra muestra...

Dr. Anglada.—Ahora soy yo la excepción honrosa entre la caterva de los mal pensados.

Sra. Saverny.—Debo retribuir su atención amigo Anglada. Cuando todos murmuran de la amistad de un hombre de genio con una mujer que quiere embellecer su espíritu para que no perezca en la grosera trivialidad de la vida doméstica, bueno es saber que existe una persona honrada y sin malicia que ve la cosa más natural en ese comercio... Pero ahí está Florestán...

Don Florestán.—(Tipo de catadura burguesa que huele a moharra y acusa el plebeyismo de su origen en un desgaire de chalán). Tanto gusto de verle por acá, amigo Anglada... ¡El frío que hace afuera! (Le tiende las manos y luego las aproxima a la lumbre).

Dr. Anglada.—Ud. siempre en actividad, señor Saverny.

Don Florestán.—La calle se ha hecho para el hombre pero el día que no la tomo por mis negocios formales me aburro en vez de distraerme... Hoy creía tener una buena tarde, y ¡lo que me ha ocurrido! (A su mujer). ¡Si supieras lo que me ha pasado, Teodolina!

Sra. Saverny.—Siempre te acaece algo desagradable cuando sales solo.

Dr. Anglada.—¿Un percance?

Don Florestán.—Me fui al Gimnasia y Esgrima para ver el match de box.

Dr. Anglada.—Ya...

Sra. Saverny.—Un espectáculo edificante.

Dr. Anglada.—Es el deporte del día. Vivimos, señora, en el siglo del trompis...

Sra. Saverny.—El hombre, después de dominar al bruto con la inteligencia, ha renunciado a su soberanía y ocupa su lugar. Esperemos que la civilización caiga por... ¿cómo se dice Anglada?

Dr. Anglada.—Knock-out...

Don Florestán.—¡Cuatro mil espectadores! No cabía una paja al cerrarse la boletería. Tomé una localidad en el ring-side y aposté cien pesos por Kid Gutiérrez, el negro de Puerto Rico... ¡Quién iba a creerlo!... Si era el favorito de los catedráticos y se cotizaba en proporción de ocho a uno... ¡Y la fama que tiene!

Dr. Anglada.—¿Ganó el otro?

Don Florestán.—Casi sin lucha. En la primera vuelta nomás, Jimmy Cacao lo mandó a dormir en la lona de un castañazo en el mentón... ¡La gritería que se armó! Algunos decían que el resultado era lógico por estar el negro fuera de training...

Sra. Saverny.—No entiendo esa jerga...

Dr. Anglada.—Quiere decir que no estaba en condiciones de actuar...

Don Florestán.—Se ha casado hace ocho días. No debieron dejarlo combatir... estaba en condiciones desiguales... (Muy serio). ¡Si yo lo hubiera sabido!

Dr. Anglada.—Olvide ese contrat tiempo, Saverny. Ya acertará otra vez.

Don Florestán.—Más suerte tengo con la filatelia. Hoy recibí la estampilla de Siam...

Dr. Anglada.—¿Aquella que buscaba hace tantos años? Lo felicito.

Don Florestán.—La misma. Ya sabe usted que es la única que existe en el mundo y tiene un valor incalculable. Venga a mi escritorio a ver esa reliquia. (A Teodolina). Te lo robo un momento al Dr.

(Los hombres abandonan el hall. Por unos instantes en el silencio del tibio recinto, solo se oye el crepitar de los leños que arden en la chimenea. La señora Saverny va hacia un rincón y abre un libro sobre una mesa de laca adosada a un biombo japonés. Se sienta y lo hojea distraídamente. De pronto lo cierra porque ha oído rechinar los goznes de la cancela. Alza la cabeza y sin ser vista por los que llegan, mira atónita reflejarse en la luna de un espejo a Federico Artón y Julieta de Anglada que se besan largamente. Teodolina se incorpora, llevándose una mano al pecho. Su movimiento azora a las figuras del cristal que se apartan y baten las manos).

Sra. Saverny.—(Con voz dulce). Adelante.

Julieta.—(Abrazándola). No te habíamos visto. ¿Dónde estabas?

Sra. Saverny.—(Simulando un bostezo despistador). A punto de dormirme, en aquel rincón.

Artón. — Tenía tantos deseos de verla, amiga mía.

Sra. Saverny.—Perdonado. Sé que le ha faltado tiempo para todo...

Julieta.—¿Y mi maridito?

Sra. Saverny.—En el escritorio, con Florestán.

Julieta.—Voy allá. (Sale).

Artón.—He puesto toda mi alma en realizar nuestro pensamiento. (Camina hacia la chimenea y se detiene frente a ella sin sentarse). Aquí está el trabajo

completo. (Le entrega un paquete de manuscritos).

Sra. Saverny.—Trabajo inútil. (Golpea con el mazo de carillas en el respaldo de un sillón, sin mirarlas).

Artón.—¿Inútil?

Sra. Saverny.—Sí, querido amigo. Al teatro que es la representación de la vida hay que llevar la verdad y esto que Ud. ha hecho no es más que un bello tejido de mentiras... Lo silbarán a Ud.... La crítica implacable dirá que en vez de una comedia dramática debía escribir usted un sainete.

Artón.—¿Un sainete?

Sra. Saverny.—Que podría llamarse «matrimonios subsidiarios». ¿No le parece bonito el título? (Arroja a la chimenea unas cuantas carillas del manuscrito).

Artón.—(Sobresaltado). ¿Qué hace Ud.? No lo he pasado a máquina todavía...

Sra. Saverny.—Me divierto. Vea cómo el fuego se apodera de lo que es suyo. (Ríe nerviosamente y echa otras carillas a la hoguera).

Artón.—No entiendo... Hace dos semanas...

Sra. Saverny.—Si, hace dos semanas yo le proponía a Vd. la defensa en el arte de una bella tesis...

Artón.—¿Y ahora?

Sra. Saverny.—Sigo creyendo que es una tesis bella.

Artón.—Abonada por el ejemplo de nuestras vidas fraternales. ¿No son acaso nuestras propias almas las piedras de toque de esta gran amistad espiritual? ¿Cómo puede Vd. matar en un día la fe de tantos años?

Sra. Saverny.—El tiempo se mide por la intensidad de las emociones que nos trae... Un segundo es a veces un siglo... Recuerde a Bergson... Lo hemos leído, juntos, Federico...

Artón.—(Irritado). Pero ¡por Dios! ¿Qué le ocurre a usted?

Sra. Saverny.—(Risueña). Nada. Pienso que un mediquillo cualquiera puede salir diciendo que usted sostiene un absurdo basado en un fenómeno científico vulgar. ¡Figúrese nuestra situación! Nos llamarían fenómenos sin admitir la prueba de nuestra normalidad. (Lanza una carcajada). Yo prefiero que me digan cualquier otra cosa... aunque sea más fea... Pero, no ponga Vd. esa cara, amigo mío. Esta noche iremos a ver trabajar a Janning en la pantalla del Doré. Dan «De carne somos». ¿Vendrá usted?

Artón.—(Aturdido). Como usted desee.

Sra. Saverny.—Gracias. Vamos ahora a tomar el té y haga un esfuerzo para que no caigan sus lágrimas en la taza.

(La criada vocea asomando en el fondo).

Fanny.—¡La señora está servida!

(Teodolina arroja a la chimenea el último manojito de manuscritos. Una violenta llamarada pone alegres lenguas a los tizones de la hoguera y pajarea por el oro de los muebles ya desvaído en la sombra vespéral).

## RECONCILIACIÓN

La luna elevó el filo de su disco rojo sobre la tapia del cementerio y una suave claridad bañó el rectángulo marmóreo de la tumba en que estaban sentados los dos esqueletos.

—¿En qué piensas? —dijo González, el de menor volumen.

—¡Qué música extraña hacen los hilos del telégrafo a esta hora! —exclamó Giménez, retirando de uno de los ángulos laterales de su cabeza, las piezas pulidas de la diestra que le habían servido de pabellón auditivo.

El armazón de González se sacudió en un ruido de articulaciones flojas y un fulgor fosfórico le iluminó el rostro. Tenía el maxilar atacado de un principio de caries y de allí se le escapaba un polvillo sutil. Estaba horrible con los dientes rotos y las fosas nasales negras como una mancha de tinta.

—¿Te ríes?

—No, Giménez, me conmueve tu sentimentalismo y creo que acabarás por contagiarme. ¡Como si todavía no hubieras podido desprenderte de la mísera envoltura terrena! ¿Es que te ha quedado por ahí algún pedazo de carne vil?

Lo palpó y lo olió un largo rato del mismo modo que un perro vagabundo olfatea una carroña.

—No, ya no hay en ti ni una partícula de esa materia abominable, pero, ¿por qué vuelves siempre a las cosas del mundo que hemos abandonado?

Giménez vaciló un momento. Parecía librarse en él una lucha cruenta. Su tórax trepidaba como el motor de un taxi próximo a partir. El chirrido de sus vértebras cervicales hacía pensar que la calavera, meneada con violencia, iba de súbito a desprenderse del cuerpo y rodar como un bolo por el césped. Al fin gruñó:

—No puedo evitarlo. Esto es superior a mí, y... ¿quieres que te sea franco? Pues bien, sábelo y no hagas sonar más tus artejos sobre mi sepulcro para que venga a hacerte compañía... ¡Todavía te odio!... Sí, cada vez que acudo a platicar contigo bajo la copa de este ciprés, algo de humano que ha quedado en mí se subleva contra tu sombra maldita. ¡Te aborrezco, González!...

González, que se daba golpecitos en las rótulas con las falangetas arrancán-

doles un fúnebre redoble, alzó su voz, una voz cavernosa que hacía daño.

—Y bien, ¿qué quieres? ¿Acabar conmigo?... ¡Destruyeme! Me harás feliz. Mira, allí hay un azadón al borde de aquella huesa, cógelo... Cuando me hayas triturado por completo y quede reducido a un puñado de arcilla, soplará el viento y me iré en sus alas veloces a abonar la tierra negra de los jardines donde revientan los claveles al sol y los muertos vuelven a vivir, soberanos invisibles del aire, del agua y del perfume... ¡Destruyeme!... No te imaginas el suplicio de yacer horas eternas en esa hedionda fosa de la que han hecho su guarida las más inmundas alimañas del subsuelo... Precisamente hoy, mientras sobre el féretro de un ladrón público que vinieron a enterrar a mi lado se desgranaban las sílabas de un epicedio mentiroso, sentía correr por este orificio del esternón que me abriste de un tiro hace diez años, un insecto blando y viscoso. ¡Puaf! ¡Qué asco!...

El esqueleto expelió a modo de salivazo una bocanada de rapé amarillo. Después, ahogando un golpe de hipo, tomó un dedo de su compañero y lo introdujo en el hueco que recorriera la bala homicida. Las falanges de Giménez producían un lúgubre sonido al rozar con aspereza las paredes del conducto, y como si ese ruido calmara su resquemor, dijo:

—¡Ah! Era un arma de gran precisión...

—Colt, calibre 36, de la casa Mendía —añadió González con acento melancólico, pero tranquilo— Sufrí como un condenado... No digo que no tuvieras razón, pero, ¿valía la pena?...

Giménez se incorporó como al contacto de una botella de Leyde, alzando hasta las primeras ramas del ciprés su imponente figura de coloso. Un estremecimiento le ensanchaba y ennegrecía las suturas del cráneo dolicocefalo, pelado y amarillento como el cuero de un tambor viejo.

—¡Que no valía la pena! —aulló—. ¿Y lo dices tú, ladrón de mi honra?

—Cálmate, Giménez. En este sitio no hay ni debe haber pasiones. Es un gran descrédito para los muertos sentir y hablar como los vivos. Seamos razonables. Te lo ruego...

Lo atrajo suavemente hacia sí, con una gran dulzura paternal, y lo hizo sentar de nuevo.

El gigante, ya más sosegado, gimoteó:

—Cuando pienso que tú eras mi mejor amigo no puedo perdonarte.

—Pero si yo he sido el más desgraciado de los dos, al fin y al cabo —balbuceó el otro.

—¿Tú?

—Sí, yo.

Era ahora el pobre González quien doblaba su pequeña osamenta agobiado por una congoja muy honda.

—Yo la adoraba y tú nunca la amaste —exclamó—. En mí ardía una pasión

insensata que me llevó a saltar por encima de todas las barreras sociales: el honor, la amistad, el juicio público. En ti no había otra cosa que orgullo, la soberbia del derecho de posesión que hace del hombre un tirano odioso. ¡Pobre Norma! Y ella, la infeliz, te amaba...

—No, no es verdad.

—Te amaba, te lo juro.

—Entonces... ¿por qué?... ¿por qué?

—Fuiste tú quien la echó en mis brazos... fue tu falta de ternura lo que la hizo buscar en la simulación el olvido de su abandono. Jamás sentí su corazón junto al mío porque ese corazón no dejó nunca de pertenecerte... y tú, el hombre señalado al pasar entre las gentes con un signo estúpido que aquí no tiene poder ofensivo alguno, eras así el dueño absoluto de esa pobre alma de mujer... Si esta claridad que ahora nos envuelve te hubiera permitido descubrir la verdad, no la hubieras matado... Pero, consuélate: nuestra ciudad silenciosa está llena de almas que fueron puras al pasar como el agua por el cieno, sin mancharse.

Cesó de hablar y ambos quedaron inmóviles unos segundos. Después se aproximaron hasta unirse, y se besaron de una manera macabra con sus bocas fantasmales. Lloraban apretándose cada vez más, y al ritmo de un leve temblor que sacudía sus cuerpos, como raspados por una lima misteriosa, iba cayendo de sus huesos un polvo fino sobre el mármol del sepulcro.

Poco a poco los esqueletos fueron perdiendo sus formas. Primero se disolvió la calavera de Giménez, después la de González, en seguida los brazos, los troncos, las extremidades de los dos. Un largo reguero quedó al pie de la tumba y sobre la loza un montículo de tierra negra.

En el cénit la luna esparcía una claridad lechosa al entrar ya en la zona de la luz matinal. Sonó en los predios vecinos el clarín de los gallos y cuando en los rincones del blanco cementerio interrumpieron su rigodón los fuegos fatuos, una fuerte brisa sopló sobre el polvo de las almas reconciliadas y lo aventó hacia el confín lejano en que se apagaban las últimas estrellas...

Fin





## Índice

Habla el autor .....	6
El ángel custodio .....	9
Noticias de Las Tijeretas .....	32
El sucesorio de Vergara .....	44
Nuestros padres .....	48
El microbio de Hansen .....	57
La vuelta de don Rodrigo .....	68
Historia de un hombre andariego .....	75
Un ladrón .....	93
El sueño de Mirasol .....	97
Huakalo.....	109
La tragedia de Gumersindo Chamorro .....	116
La escribanía de Culpín .....	124
Dos autores teatrales .....	130
Un comisario modelo .....	139
Los vengó a todos .....	147
Faltaba una prueba .....	152
Las Vizcachas .....	157
Un casamiento por azar .....	166
Matrimonios subsidiarios .....	177
Reconciliación .....	182

Carranza, Eduardo  
Abalorios. 1a ed. Santa Fe : Espacio Santafesino Ediciones, 2015.  
E-Book.

ISBN 978-987-3962-02-8

1. Narrativa Argentina. I. Título.  
CDD A863

Fecha de catalogación: 13/07/2015

Edición general del Proyecto Territorio y de esta Biblioteca Digital:  
Secretaría de Producciones, Industrias y Espacios Culturales,  
Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe.

© Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe, 2016.

Selección de autores: Jorge Isaías  
Coordinación y textos: Agustín Alzari  
Investigación bibliográfica: Ernesto Inouye  
Diseño: Verónica Franco y Martín Bochicchio  
Corrección: María Laura Tubino, Diego Giordano y Carina Zanelli

Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe  
San Martín 1642. Santa Fe (S3000FRJ)

ISBN: 978-987-3962-02-8  
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723  
Impreso en Argentina

## Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

La colección *Ciudades, campos, pueblos, islas. Relatos Clásicos Santafesinos* está compuesta por una antología homónima en papel y una biblioteca digital con once libros fundamentales, que incluye, además de *Abalorios*, de Carlos Eduardo Carranza, los siguientes títulos: *Santa Fe, mi país*, de Mateo Booz; *Cuentos del comité*, de Alcides Greca; *Aquerenciada soledad*, de Luis Gudiño Kramer; *Las 9 muertes del Padre Metri*, de Leonardo Castellani; *La barranca y el río*, de Abel Rodríguez; *El camino de las nutrias*, de Gastón Gori; *Don Frutos Gómez, el comisario*, de Velmiro Ayala Gauna; *El taco de ébano*, de Jorge Riestra; *Los días siguientes y otros relatos*, del Lermo Balbi y *Las aguas turbias*, de Diego Oxley.

Un minucioso trabajo de cotejo con las primeras ediciones permite reencontrarse con los textos de estos autores clásicos tal como salieron a la luz originalmente. La colección traza, de esta manera, un inédito panorama de más de cuarenta años de narrativa santafesina con el foco puesto en las historias y los paisajes propios.